

Edgar Avila Echazú

RESUMEN Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA

GISBERT Y CIA. S. A.

Libreros - Editores

La Paz - Bolivia

1973

LA PRODUCCION LITERARIA CONTEMPORANEA (1930 -1960)

1) Antecedentes: Las ideas filosóficas y políticas, antes de la Guerra del Chaco.

La situación de dependencia y las profundas convulsiones políticas que sufren las naciones latinoamericanas, desde la década de 1920 a 1930, expresan una crisis de la democracia liberal como sistema de gobierno y la insuficiencia doctrinal del Positivismo para explicar y justificar esos cambios.

El Positivismo, con su fe en el progreso científico limitado, con su dogmatismo preponderante de la Razón, con su intransigente defensa de la libre empresa, sobre todo, no había podido evitar las rebeldias sociales, nacidas de la desigualdad amparada por una democracia que sólo permitió su libre ejercicio político a las clases altas. El Superestado minero, especie de asociación de los grandes empresarios mineros, controlaba todas las actividades de la vida nacional; desde la producción económica hasta el funcionamiento de las universidades, ante la impotencia y la misma complicidad de los gobernantes liberales.

En ese estado de cosas, se conoce en Bolivia el Materialismo filosófico y los postulados nacional-socialistas europeos. Ambas ideologías — porque fueron difundidas como tales, más que como especulaciones teóricas (?)— partían de las nociones sobre el

(?) Para comprender la diferencia entre estos dos conceptos, diremos que la Teoría nace de la comprensión y explicación de cómo está conformada una realidad, —es decir, que la Teoría viene a ser una sistematización de la realidad; la ideología— en cambio —es una noción primaria que se tiene de determinada realidad, en base a conceptos asumidos no siempre con una estricta lógica—, tiene un carácter más subjetivo por eso no estrictamente científico y como es una enunciación explicativa y justificadora

Estado y la Sociedad Civil de Hegel, el filósofo alemán que, apoyándose en una original concepción de la evolución dialéctica de todas las cosas, o sea, en la constante lucha de dos opuestos, afirmaba que ella buscaba el desarrollo del Espíritu Absoluto o la Idea, causa y esencia de todo lo existente. Partiendo de ahí Hegel había encontrado un móvil al desarrollo histórico; pensamiento que lo condujo a la enunciación de su famosa teoría de que "El Estado es la Idea divina tal como se encuentra en la tierra", además de acentuar el historicismo de toda acción humana, ya que todo lo debido al hombre o a los hombres es expresado sólo a través de la Historia. Estos conceptos idealizaron el papel dirigente del Estado, justificando el uso indiscriminado de la fuerza ejecutiva, convirtiéndose más tarde en la base ideológica de las doctrinas políticas nacionalistas, a la vez que ejercieron una influencia preponderante en las especulaciones del nacionalismo literario.

Las rivalidades de las empresas petroleras norteamericanas e inglesas, que habían logrado concesiones enormes en territorios de Bolivia y el Paraguay, avivaron las viejas discusiones sobre derechos de ambas naciones en el Chaco Boreal, y exaltaron en una forma fanática el espíritu nacionalista; motivos estos que condujeron a la guerra, en la cual —después de tres años de sacrificios fratricidas— los intelectuales tuvieron un doloroso pero necesario confrontamiento con la realidad nacional. Una vez terminado el conflicto, varios de esos intelectuales intervinieron activamente en la política del país, entremezclando en sus prédicas partidarias conceptos del relativismo positivo, del romanticismo nacionalista y del socialismo. Quizá a esa indefinición teórica se deba el que, entre 1940 a 1950, la mayoría de esos intelectuales renunciaran a sus ideas revolucionarias radicales para contemporizar con el poderío económico y político tradicional, sirviendo a esos intereses en funciones gubernamentales y abandonando incluso sus actividades literarias; aunque unos pocos desde aquellas funciones intentaron realizar algunas reformas en el campo de la educación oficial, — como ya había ocurrido antes con ciertos intelectuales liberales. Otros, dedicáronse activa y valientemente a la lucha política e ideológica, a través de sus actuaciones en el parlamento, en la cátedra universitaria, en la prensa, y en sus escritos publicados algunos ya en los últimos años de la guerra, — tales

pretende dirigir una conducta individual o social e impulsa a la acción casi inmediata. La Teoría, por el contrario, busca el conocimiento exhaustivo de una realidad para definirla y comprenderla en todos sus aspectos y móviles.

son los casos de Tristán Marof, uno de los primeros introductores del Materialismo en Bolivia, de Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, Armando Arce, José Cuadros Quiroga, Víctor Paz Estenssoro, Jesús Lara, Arturo Urquidí, Augusto Guzmán, Federico Avila, José Antonio Arze, Humberto y José Vásquez Machicado, Roberto Prudencio, Fernando Díez de Medina, Guillermo Francovich, etc., etc.

2) La Literatura Ideológica: El Ensayo

Partiendo de los postulados positivistas y de las ideas sociológicas derivadas de ese movimiento filosófico, así como defendiendo un liberalismo auténtico que introdujo en nuestras letras el examen psicológico y científico de los agentes históricos nacionales,— antes de que se diera difusión a las ideas geopolíticas del nacionalismo literario—, cuyo precursor fue don Jaime Mendoza; a la vez que se comenzaban a aplicar las nociones filosóficas materialistas en algunas monografías que examinaban el proceso social y económico del país,— cuyos antecedentes se encuentran en los estudios de Bautista Saavedra, Rigoberto Paredes, José María Camacho, e incluso en cierta manera en "La Creación de la Pedagogía Nacional" de Franz Tamayo—, una serie de escritores desarrolló una fructífera labor, no bien valorizada aún, en el campo del ensayo antropológico y sociológico, como por ejemplo Gustavo Adolfo Otero e Ignacio Prudencio Bustillo, máximos exponentes de esa amalgama ideológica. Otero en sus análisis del proceso cultural y de la mentalidad indígena, así como en su estudio de la vida social de la colonia, sentó las bases que desarrollarían más tarde otros investigadores, y Prudencio Bustillo comenzó a introducir en sus estudios jurídicos y literarios algunos conceptos del Materialismo que, poco después, serían ampliados por José Antonio Arze, Arturo Urquidí, Ricardo Anaya, Rafael Reyeros y otros más.

Gustavo Adolfo Otero (1896-1958)

Periodista, ensayista, novelista e historiador, parlamentario, diplomático en España, Italia, Ecuador y Colombia; fue también Ministro de Educación. Apasionado propulsor de la actividad cultural boliviana, poseía una erudición y una enorme capacidad de trabajo sustentada en una formación metodológica rigurosa. Exponía sus ideas en una prosa bien delineada, clara y vigorosa,

en la que se daba capital importancia al estudio caractereológico, incidiendo en una visión antropológico-cultural de acuciosa información. Sus ensayos interpretativos de la vida y la cultura coloniales y sobre el indio aún poseen vigencia por su erudición y profundo conocimiento de las materias estudiadas y merecen ser valorizados en su proyección nacional.

Obras Principales: "Horizontes incendiados" (1933); "Estampas bolivianas" (1934); "Figura y carácter del indio" (1935-1954); "La vida social del coloniaje" (1942); "Sociología del nacionalismo en Hispanoamérica" (1947); "Don Pedro Domingo Murillo y su tiempo" (1948); "La piedra mágica: vida y costumbres de los indios callahuayas en Bolivia" (1951); "Figuras de la cultura boliviana" (1952).

"Figuras de la Cultura Boliviana"

GABRIEL RENE MORENO

II

Moreno fue un intelectual puro, es decir un hombre contemplativo, sin asomo de la voluntad de dominio y de poder. Como todos los hombres temperamentamente no forjados para la acción, se dedicó a enseñar y a los libros.

En Moreno apreciamos como elemento constructivo de su psicología de intelectual su aristocracia individualista, ese crear distancia entre él y los demás, situándose en una atmósfera que tiene algo de monástica, que le convirtió durante su vida en un asceta de la cultura y del estudio. Moreno no vivió en la torre de marfil que fue el símbolo ocasional del individualismo romántico, sino que hizo de la biblioteca un laboratorio donde encontró el material para su obra creadora y para su labor técnica de ordenación. En ese escritor como en otros benedictinos del libro y del pensamiento hay un gesto de renunciamiento y consagrado al libro se olvidó de lo que constituye para la mayoría de los hombres el placer y eso de vivir su vida o la satisfacción hedonista de los intereses personales. El se entregó en forma tenaz y permanente a ese algo abstracto que es el espíritu, constituyéndose en un servidor de la inteligencia.

René Moreno, como expresión de su tipo psicológico, nos ofrece la tonalidad del hombre que a través de su vida ha querido

labrar la estatua interior de su carácter en un esfuerzo de una estética mental que opera incesantemente como un polvo de diamantes desbastando la piedra bruta de su temperamento. Así le vemos empeñado en la doble labor de realizar su obra intelectual y en otra dinámica de hacer de su propia vida una obra de arte, aliándose en los equipos de quienes han profesado la religión de la belleza estética y moral. Es debido a esta devoción que René Moreno llegó a alzar sobre el pedestal de su personalidad como expresión soberana —sostenido por el método, la ordenación y la disciplina—, su inteligencia.

Consciente o mejor dicho dueño de esta personalidad, no asentada en la imaginación, cuyo hijo es el sentimiento vanidoso, sino en las raíces de esa su obra de creación permanente, sintió el orgullo de la nobleza de sus esfuerzos, que le hicieron aparecer desdenoso, recluso en su altivo renunciamento, tocado no poco de la clásica soberbia española que le presentaron por su actitud y por su obra en Bolivia como uno de los últimos caballeros del siglo XVIII desterrado en la nueva patria, y como todo intelectual de raza conoció esa atmósfera de proscripción voluntaria de todos los que consagran sus esfuerzos a las labores de la cultura.

Algo que nosotros queremos destacar en la personalidad de René Moreno en su carácter de introvertido, que aplicado al trabajo y al pensamiento no tuvo esa fuerza dinámica que necesita el político o el simple conductor de hombres por modesta que sea su esfera. En René Moreno como en todo "intelectual puro, su inteligencia estaba situada encima de todas sus demás facultades" (1), de tal suerte que, cuando el azar de su vida y los dictados de su mismo idealismo le hicieron aparecer como un quimérico que hablaba de paz en momentos de fervores guerreros, se encontraba en situación marginal. Era la intervención típica de un servidor de la inteligencia, que siente los dictados de una generosidad humanitaria y que no se encuadra dentro de la aspereza de la realidad. Así el fracaso de René Moreno en su intervención como negociador diplomático, es el fracaso típico del hombre de pensamiento, interviniendo en la política, que cuando es diputado calla, cuando es jefe de grupo parece un piloto ciego y, cuando es ministro está cargado de escrúpulos y preocupaciones que paralizan la acción, decidiéndose por el análisis preparador de todas las perplejidades. Por eso es que los auténticos hombres de acción que llevan la carga de los estímulos puesta al servicio de una poderosa voluntad, aprecian al intelectual, pero siempre lejos de la ac-

(1) "Porque actuamos somos seres humanos", por G. A. Darsey.

tividad sepultados en medio de sus sueños y naufragos en medio de sus libros. El mismo René Moreno con la exquisitez de su sensibilidad hipertrofia el caso de su traición hipotética, y como le atraía el combate literario forjó un mundo para aplastar a sus enemigos, que eran en la mayoría otros intelectuales resentidos y doloridos por sus simples ataques de crítico. No cabe duda que en René Moreno habría sido muy difícil encontrar ningún álcali dinámico útil para el papel de personaje de enlace en momentos guerreros, de tal modo que desde su elección estaba fracasado el trabajo que precisaba un hombre de piel dura y de probada capacidad de intriga, es decir, dotes de hombres de acción.

Penetrando a las zonas del temperamento de René Moreno, enfocamos el paralelismo de una inteligencia de tipo superior y de una memoria también emanente. De la armonía de estas fuerzas es que la obra de René Moreno aparezca con una ponderación selectiva. Sobre estos elementos de la estructura psicológica del escritor se encuentran situados su imaginación evocadora y el instrumento del lenguaje. Hay en la inteligencia de Moreno una manifestación muy elevada y es su sentido crítico, que algunas veces más que simple operación de examen estético, nos da el empuje de un sentimiento de poder y de dominio. Este criticismo agudo de Moreno que a veces parece furiosa requisitoria, nos trae el mensaje psicológico de una voluntad hamletiana, que cuando trata de imponerse explosiona en el impulso del ataque y en la actividad idealista de un afán de conformar las expresiones de la vida literaria y de la vida histórica a una ideología normativa. La posición espectadora de su temperamento que le acerca al tipo hamletiano, opuesto al tipo quijotesco que interviene como actor, acusan una base indispensable en el varón estético o intelectual. De esta misma actitud frente a la vida, surgía en René Moreno ese su constante no conformismo, esa inadaptabilidad, esa amargura combativa, ese descontento y también ese aire de resentido tan típico en la estructura íntima de casi todos los hombres de letras.

Hay una frase de René Moreno que es la definitoria de su personalidad como varón estético. En ella nos revela aquellos atributos que son específicos del hombre entregado al afán de crear la belleza y gozarla íntimamente. Dice así: "También el autor se aprueba a sí mismo su respuesta al amigo gacetero que venía por datos para una noticia bibliográfica: "Soy gitana y digo como la gitana: "¡o canto per me sola" (!)".

(1) "Bolivia y Argentina — Notas Históricas y Bibliográficas", por Gabriel René Moreno.

En dicha frase hay una manifestación romántica. Así pensaron todos los grandes creadores intelectuales del romanticismo que luego fue consagrado por Teófilo Gautier en la fórmula del arte por el arte. Se atendía más al criterio de la aristocracia del talento, olvidándose del público, aunque se pensaba en la posteridad que no es sino el público del futuro. Pero, es aun más especial este pensamiento en René Moreno que conocía que el escritor no realiza nunca una obra de narcisismo, contemplando su propia obra, sino que busca el contacto con otras mentes. Por los años en que René Moreno publicaba el prólogo a los documentos de los "Últimos días coloniales", ya estaban en circulación las ideas del arte como expresión sociológica y se apreciaba la obra intelectual no sólo al servicio de los cuatro exquisitos como querían los discípulos de Barbey d'Aurevilly, sino que se pensaba en el arte por la vida y en la influencia de la ideología del escritor sobre el público.

Esta obsesión de soledad en la obra de René Moreno es explicable por esa actitud romántica del tiempo en que se escribían libros en ediciones limitadas "entre amigos", o se vendían por rigurosa suscripción, o en fin, hacían tiradas extraordinariamente reducidas de tal modo que al nacer ya estaban bautizadas con el marchamo de la rareza bibliográfica. Edita treinta ejemplares de la "Vida del General José Ballivián", muy pocos de "Daza y las Bases chilenas", y por último el mismo nos explica la reducción publicitaria de "Los últimos días coloniales en el Alto Perú" con estas palabras:

"Porque el libro es ya tomo V sobre Bolivia por autor solitario, escritor sin lectores en Bolivia mismo, escritos desconocidos hasta en la propia ciudad donde se publican, ninguna de imaginación, todos en obsequio de la historia, junto con otros dos de la especie sobre el Perú, cada uno a su turno ha ido sirviendo para canjes exteriores de publicaciones que hace la Biblioteca del Instituto Nacional de Chile".

Tristán Marof (Gustavo Navarro) 1898.

Abogado, periodista de agitada y trashumante existencia por todos los países de América y parte de los de Europa, adhirió muy joven a la ideología materialista y fue uno de los primeros en darla a conocer en el país. En su ensayo "La Tragedia del Altipla-

no" fundamentó algunas de las reformas (Nacionalización de las Minas, Reforma Agraria, etc.), que justificarían la política gubernamental del MNR, partido al que, anacrónicamente, Marol combatió. Lo valioso en él ha sido la ejemplarización de su espíritu caústico que cuestionó valores y pseudovalores de la vida nacional, denunciando el espíritu de clase y la formación cultural que los sustenta. Su criticismo, en el fondo, tiene mucho de amor y desengaño, de fe y escepticismo por su patria. Sus novelas, aparte de su ironía despiadada, de su realismo costumbrista, son más bien esbozos que servían de medios para exponer sus críticas amargas.

Obras principales: "La tragedia del Altiplano" (1934); "El ingenuo continente"; "La Ilustre ciudad" (1950).

"La Tragedia del Altiplano"

El Blanco, elemento director

En poder del conquistador español estuvo la dirección de los negocios públicos. Fue su espada la que decapitó al Inka y la que dio posesión de las tierras de América como clase dirigente. Derrocado éste, el criollo fue su heredero legítimo. Juró la Constitución republicana, hizo leyes y administró la hacienda pública.

Uno, después de cuatro siglos de dominio absoluto y continuado del blanco, se pregunta con estupor: ¿por qué teniendo todas las materias primas en su mano, los hombres y el régimen que le favorecía, no creó ni hizo grandes cosas? ¿Qué le faltaba? ¿Por qué no superó a los Inkas? En otro lugar de este libro nos detendremos a dar explicación de este drama, o por lo menos, pretendemos interpretarlo de acuerdo a la realidad histórica.

El español trajo a América en el filo de su espada el individualismo, es decir, la propiedad privada. Deceaba riquezas, roce de ellas, voluptuosidad y dominio personal. Incrustó el feudalismo en el sistema de los Inkas. Se sirvió de la propiedad colectiva para crear sus haciendas. A los indios los convirtió en sus vasallos. La religión —su religión católica, amplia, generosa y a su servicio, lo perdonó todo— con tal que el rico hacendado le diese un tanto de sus beneficios. De ese modo, cielo y tierra, cuerpo y espíritu, nectaban la armonía.

Tres siglos duró su dominio. Quisieron dar a América, sello occidental: religión católica, propiedad individual, explotación del hombre por el hombre. Una minoría se desarrolló mezquinamente, sacrificando a la mayoría.

Descuajado el gonfalon de Pizarro, proclamada la república, después de luchas sangrientas y crueles, el régimen no varió. Pasó el poder de manos de los padres a los hijos. La propiedad, la religión, los privilegios, quedaron incólumes. "Todos eran iguales ante la ley", pero el criollo hacendado y el sacerdote, por su peso, aplastaban a los pequeños.

Los "famosos doctores" flamígeros, de verba fácil y grandes corbatas libertarias, tenían bajo el brazo el manual de Rousseau y solían pronunciar discursos en toda ocasión en nombre de la libertad. Unos asimilaron cultura francesa, copiaron casi a la letra el código Napoleón, se vistieron con las modas de París y meditaron sobre los derechos del hombre. Muy pronto, se entabló la lucha entre sus doctores románticos y los militares. Otros se entusiasmaron por la cultura sajona. Leyeron a Tocqueville, a Spencer, Stuart Mill, y muy rápidamente quisieron hacer el experimento de su saber en una tierra donde la mayoría de los habitantes no conocía el alfabeto y no se había destruido el sistema feudal. Alberdi tiene mucha razón, al criticar la ligereza de los legisladores del pasado siglo, dictando leyes francesas, inglesas y yanquis a pueblos que cruzaban por la historia con un largo retardo económico.

¡Pero en la cabeza de los doctores, anidaban fórmulas políticas inahilibles! Cada cual era original a su manera. El uno copiaba las leyes francesas hasta que venía su sucesor y las reemplazaba por leyes sajonas. Los dirigentes triunfaban por el color y el brillo de sus discursos, no por la realidad y el conocimiento de la economía. ¿Para qué? Ella estaba encomendada a vulgares contadores que se desempeñaban como economistas.

Felizmente los pueblos vivían de sus inmensos recursos, groseramente, sin enderezar su nivel, en la pobreza y el abandono.

¡Todo se reducía a la pugna política! Y la política consistía en la argucia, la frase cascabelera y florida, el chanchullo y el silogismo. La universidad, durante la república llenó una función: dio a la inutilidad un título; a la ignorancia un bastón; para enarbolarlos sobre el vulgo. En ese tiempo los doctores —y aún en éste— todo lo resolvían con una cita, un latinajo, una mentira. Y toda la ciencia consistía decir las palabras con solemnidad subrayando el escrúpulo de la honestidad, fingiendo la modestia. Entonces el pueblo ignorante quedaba pasmado, se desbacia en aplausos. A los doctores se los levantaba hasta los cuernos de la luna. ¡Y era era su lugar!...

No obstante, la realidad era la siguiente: doctores, militares y curas —es decir, la clase dirigente—, vivían a costa de los ignorantes, que en América tenían una amplia representación en los mestizos, los negros y los indios. Cuánta razón tiene Simón Rodríguez, fumoso maestro del Libertador, hombre caústico y amigo de la verdad, al escribir estas frases: "porque si los señores doctores no hubieran comido, estudiado y llevado una vida de holganza, estarían en la misma condición de los indios, detrás de las mulas, de los mestizos en las tiendecillas, bordando casullas o fabricando zapatos, apegados terriblemente a su ignorancia".

Los doctores hablaban de cultura y métodos europeos, pero los medios de producción eran primitivos. El latifundio no había sido destruido. ¿Qué importaba que una ley fuese excelente en la letra, si ella no era resultado de la necesidad, ni contemplaba la costumbre? Con unos cuantos decretos y unas leyes expurgadas aquí y allá, creyeron salvar etapas históricas por arte de magia, sustituyeron la estructura, o lo que es lo mismo, tenían la pretensión de cambiar la cabeza india o mestiza por la occidental, en nombre del progreso. Ellos, fervidos, liberales, creían en la fuerza de las ideas, no en la fuerza de las cosas. Anteponían el ideal a las cosas despreciables de la materia. Exponían un bazar de leyes y decretos, pero no se preocupaban de crear el instrumento de producción. Naturalmente, el resultado fue grotesco, ridículo y lo estamos viendo a más de cien años de república. Esas leyes, esas constituciones quedaron escritas. Nunca se han cumplido. Los indios jamás han sido favorecidos por ellas. Han sido hechas para una minoría sin contemplar la mayoría. Nadie puede hablar de república democrática sin sonreír. Bolivia como muchas repúblicas sudamericanas es un pandemonium. Siete veces llegó a cambiar su constitución. Y aún cuando hubiera cambiado cincuenta (sin modificar su régimen de propiedad), los males estarían en pie. Porque la cuestión no es de traje sino de contenido. Las mejores leyes son letra muerta si la clase privilegiada se reserva el derecho de aplicarlas.

Carlos Montenegro (1903 - 1953)

Periodista, parlamentario, diplomático (Embajador en México y Chile), ensayista e historiador. Su empeñosa formación autodidacta se complementó con un profundo conocimiento ideológico y una rigurosa noción de que, ante todo, debe existir un irre-

nunciable compromiso en la tarea intelectual, porque toda teoría, toda formación cultural individual, deberían confrontarse con la realidad y servir a la práctica política. En su principal obra "Nacionalismo y Coloniaje", Montenegro intenta unificar y hasta conciliar ciertas ideas antropológicas y filosóficas de Spengler con las del Materialismo Dialéctico para clarificar y caracterizar el proceso histórico nacional. Con una de las prosas más vigorosas, plástica en su vibración conceptual y rica de metáforas incisivas, que haya producido nuestra literatura, analizó con pasión, con contenida frialdad también, con desprecio de los encajillamientos ideológicos, con metodología firme, los avatares de ese proceso, dejando una ejemplar interpretación de nuestra historia en la que se pone de relieve el papel definitorio de las masas. Si es cierto que incurre en algunos errores (sobre todo al enjuiciar ciertos aspectos de la colonia), no es menos cierto que sus planteamientos revisionistas tienden a incitar a la auténtica creación de una cultura nacional.

Obras principales: "Frente al derecho del Estado, el oro de la Standard Oil" (1938); "Nacionalismo y Coloniaje" (1946).

"Nacionalismo y Coloniaje"

Drama

II

El belicismo es casi una represalia de la conciencia nacional por el abandono que de ella hicieron los ilustrados. Es también una reacción del sentimiento boliviano contra la tendencia que pretendería dar a la República una estructura incoherente con las realidades nacionales. Fúndase en estos caracteres de todos modos cualquiera que sea la interpretación que de él haya hecho la historia escrita del país. La verdad es que el gobierno de Belzu implica la más rotunda afirmación bolivianista, ya que en la etapa que corresponde predomina en nuestra vida política lo mestizo, aquello que por sí mismo, y aún huérfano de teoría, significa una orientación concreta frente al espíritu clasista que reclama el mando en nombre de la sangre española, vale decir de la sangre extranjera. Parece, por lo tanto más que antojadizo, tendencioso, el supuesto de que Belzu buscara el apoyo del pueblo a instancias de su ambición y a precio de concesiones y dádivas vergonzosas.

"Las masas populares, han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente, —dijo al respecto, con lealtad, el caudillo en 1855—; han sofocado revoluciones y combatido por el gobierno constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social de eminente trascendencia". Aunque fuera enemigo mortal de Ballivián, y adversario personal de Santa Cruz, lo cierto es que Belzu resulta el continuador de ambos por su obra de afirmación nacionalista. Cuanto los dos primeros hicieron en tal sentido con las armas, el vencedor de Yamparáez lo hizo en el campo de las luchas civiles. Exaltó la bolivianidad, no la chusma, porque la bolivianidad auténtica se encarnaba en las clases populares antes que en la capa letrada, tal cual se la vio.

La prensa belcista fue más afortunada que su predecesora. Poseía una orientación definida y su actitud crítica era condenatoria para con el periodismo del os inmediatos días anteriores. Rastro es ese del sentido revolucionario que la nueva publicidad alentaba. Decía ella lo siguiente sobre el particular: "Las ideas más perniciosas y dañinas son las únicas que se han vertido en los periódicos, y se ha desmoralizado a la sociedad. No se ha escrito sino lo que ha halagado al Jefe, ni se han emitido otras opiniones que las que han servido para justificar sus avances... Tales han sido la prensa y la libertad de imprenta: adulación al Poder y sátira y mordacidad contra el ciudadano. Concluyamos: Si la prensa se ha de convertir en la servil adulatora del mandatario, en la cruel detractora del ciudadano, vale más que ella no exista".

Perfilóse bajo el gobierno de Belzu la línea divisoria de las fuerzas políticas beligerantes. Por oposición al caudillo popular, y muerto ya el grande Ballivián, los ilustrados hacían culto de bandera con nombre de ésta. Su periódico procuraba infertar el prestigio guerrero del héroe ingaviño, en la copa oligárquica y española de los corifeos aristocráticos que lo derrocaron. "Acostumbrados, —decía—, al ruido de las balas, sólo el clarín nos alimenta; sólo el sonido de las trompetas nos vivifica; sólo el resplandeciente brillo de las bayonetas nos alegra. Ocupados constantemente de nuestra libertad y de la seguridad de nuestros derechos imprescriptibles... Y como dignos hijos de los intrépidos gigantes de Castilla y Granada, a la par que guerreros, queremos también ser hombres libres".

La prensa de Belzu, —contrariamente a la de Ballivián y a la de Santa Cruz—, podía interpretar con suma explicitud el valor histórico del régimen. He aquí uno de sus juicios relativos al

"Las masas populares, han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente, —dijo al respecto, con lealtad, el caudillo en 1855—; han sofocado revoluciones y combatido por el gobierno constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social de eminente trascendencia". Aunque fuera enemigo mortal de Ballivián, y adversario personal de Santa Cruz, lo cierto es que Belzu resulta el continuador de ambos por su obra de afirmación nacionalista. Cuanto los dos primeros hicieron en tal sentido con las armas, el vencedor de Yamparáez lo hizo en el campo de las luchas civiles. Exaltó la bolivianidad, no la chusma, porque la bolivianidad auténtica se encarnaba en las clases populares antes que en la capa letrada, tal cual se ha visto.

La prensa belcista fue más afortunada que su predecesora. Poseía una orientación definida y su actitud crítica era condenatoria para con el periodismo de los inmediatos días anteriores. Rastro es ese del sentido revolucionario que la nueva publicidad alentaba. Decía ella lo siguiente sobre el particular: "Las ideas más perniciosas y dañinas son las únicas que se han vertido en los periódicos, y se ha desmoralizado a la sociedad. No se ha escrito sino lo que ha halagado al Jefe, ni se han emitido otras opiniones que las que han servido para justificar sus avances... Tales han sido la prensa y la libertad de imprenta: adulación al Poder y sátira y mordacidad contra el ciudadano. Concluyamos: Si la prensa se ha de convertir en la servil adulatora del mandatario, en la cruel detractora del ciudadano, vale más que ella no exista".

Perfilóse bajo el gobierno de Belzu la línea divisoria de las fuerzas políticas beligerantes. Por oposición al caudillo popular, y muerto ya el grande Ballivián, los ilustrados hacían culto de bandera con nombre de ésta. Su periódico procuraba injertar el prestigio guerrero del héroe ingaviano, en la cepa oligárquica y española de los corifeos aristocráticos que lo derrocaron. "Acostumbrados, —decía—, al ruido de las balas, sólo el clarín nos alienta; sólo el sonido de las trompetas nos vivifica; sólo el resplandeciente brillo de las bayonetas nos alegra. Ocupados constantemente de nuestra libertad y de la seguridad de nuestros derechos imprescriptibles... Y como dignos hijos de los intrépidos gigantes de Castilla y Granada, a la par que guerreros, queremos también ser hombres libres".

La prensa de Belzu, —contrariamente a la de Ballivián y a la de Santa Cruz—, podía interpretar con suma explicitud el valor histórico del régimen. He aquí uno de sus juicios relativos al

Parlamento, juicio que permite medir la precisión conceptiva alcanzada por aquel periodismo sin gafas europeas: "¿Pero a qué podemos atribuir —decía sobre ella una hoja belcista—, los pocos bienes que los Congresos han hecho? Muchas son a nuestro concepto las causas que han producido ese resultado, y de la que nos ocuparemos muy ligeramente. Educados durante tres siglos, por un Gobierno despótico y altamente aborrecedor de la civilización, hemos debido haber recibido máximas análogas a nuestra circunstancia de entonces. Nuestros hábitos, nuestras costumbres, por otra parte, tampoco han podido dejar de ser las costumbres de los hábitos del esclavo, que gime bajo el yugo que le impusiera el más bárbaro de los abusos.

"Destruídos en América los gobiernos, —agregaba señalando las verdaderas raíces del incurado malestar boliviano—, pero no el Godismo valiéndonos de la expresión de un autor contemporáneo, han estado en tucha desde la independencia, el principio democrático y todas sus esperanzas con el monárquico y sus preocupaciones. El resultado de esa lucha tanaz aún no podemos conocerla. Mientras tanto, nuestra sociedad ha sido gobernada por la preponderancia de un reducido número de hombres de las viejas generaciones, que desgraciadamente han ejercido siempre una fatal influencia en los consejos del Gabinete, en las Cámaras legislativas y en la Magistratura. Ellos son los que se han creído con derecho para pensar por los demás, a quienes no han considerado sino como instrumento. Bajo semejante orden de cosas es imposible que los Congresos pudieran haber hecho nada bueno sino es en favor de esosociagos oligarcas".

Es imposible desconocer la exactitud y la transparencia de semejante análisis. De su histórica certeza responde el hecho de que entonces, igual que en nuestros días, la bolivianidad lucha contra una cosa voraz e insaciable que explota la Patria sujetándola a servir extraños intereses. Fácil es, en efecto, para la conciencia pública de hoy día identificar las posiciones del belcismo frente a las de la oligarquía europeísta, como las posiciones que conservan ahora las fuerzas políticas nacionales frente a la política servil para con el extranjero. La propia historia escrita de Bolivia que anatematiza a Belzu, puede homologar sus términos con los de la prensa contemporánea que execra todo intento de emancipación económica de la Patria. El sentido bolivianista y anti-extranjero del belcismo, hizo en su tiempo lo que podría hacer en el nuestro una administración que desconociera los fueros de la plutocracia imperante sobre el país.

Cabe aquí repetir que el dispositivo de las dos grandes tendencias históricas cuya pugna se hilvana al correr de la historia de Bolivia, enfrenta el Parlamento con el gobierno. Los enfrenta sobre todo cuando el Poder Ejecutivo se encuentra en manos de las fuerzas nacionales. La corriente colonial actúa entonces desde el Legislativo. Ya se ha dicho que éste es, a partir de los iniciales momentos republicanos, baluarte exclusivo y perpetuo de la oligarquía. Debe esclarecerse, no obstante, que la conducta parlamentaria respecto del gobierno —inclusive cuando éste se declara enemigo de los intereses oligárquicos como en épocas de Santa Cruz, Ballivián y Belzu—, alcanza en todo tiempo los mayores extremos de la sumisión.

A tal circunstancia debe su consagrado renombre el servilismo legislativo. Es pueril asignarle, —cual se le asigna por ciertos historiadores—, valor de expresión psicológica nacional, puesto que el Parlamento no es en sí un concentrado índice de la nación por ser más bien la entidad representativa de la clase antinacional, esto es, de la clase espiritualmente europeizada. Así la docilidad y la obsecuencia congresales, más que traslucir disposición psicológica alguna, constituyen por sí propias un hecho político. Ellas aseguran el *Modus Vivendi* en que el espíritu colonial se protege cuando pierde sus posiciones de mando. Rendir plicitesa y obediencia al gobierno importa en este caso, para la casta pudiente, nada menos que conservar en sus manos el Poder Legislativo, como instrumento protector de la economía oligárquica. Mediante él resguarda sus intereses de clase imponiendo en el país las leyes que legitiman y hacen sagrados tales intereses. La incondicionalidad parlamentaria es el medio con que se asegura la subsistencia de la institución legislativa, cuyo aniquilamiento sería fatal para la capa adinerada. El Congreso enroscado bajo el presidente de la República asume con esa postura un gesto cristiano de abnegación en defensa de los privilegios coloniales. Habla de ello la propia elasticidad con que el acatamiento congresal se acomoda al temple del gobierno: a mayor poderío del Ejecutivo mayor servilismo del Legislativo. Esta es casi una ley de relación entre ambas entidades. La conducta parlamentaria se acusa, en el hecho, como un usual recurso táctico. Es el que emplearon los ex-realistas durante el gobierno del General Sucre. Tácitamente lo denunció Bolívar al reconocer que «a los enemigos no se los engaña sino lisonjeándolos». A fuer de eficaz, el procedimiento se hizo insustituible para los legisladores colonialistas. Una vez caído el gobernante, la servidumbre humilde a él ofrecida se tro-

caba en malvado y terrible furor contra él. Este hecho indica los tácticos alcances que los congresales atribuyen a su comedimiento con el oficialismo. Su agachada actitud es transitoria, y dura estrictamente lo que dura el gobierno.

José Antonio Arze (1904- 1955)

Abogado, periodista, catedrático, parlamentario. Uno de los creadores de la Federación Universitaria Boliviana (1928). Tuvo una fecunda labor como profesor en diversas universidades del país y del extranjero (Chile y EE.UU.), y en 1941 fundó, con Anaya, Urquidí, Villalpando y otros intelectuales, el Partido de la Izquierda Revolucionaria que, hasta fines de 1950, polarizó los anhelos reivindicacionistas de las mayorías obreras. Su labor en diferentes congresos ha sido ejemplar por su valentía y su alto sentido ético de la lucha política, en la cual logró el respeto y la admiración de sus propios enemigos ideológicos. Poseía una de las mentalidades más lúcidas y eruditas de su época y una bien fundamentada capacidad de análisis y la virtud de exponer sus ideas con claridad y con una prosa ágil, certera en su objetividad. Modelos de estas virtudes constituyen sus actuaciones parlamentarias, entre las cuales aquellas que dedicó a examinar los problemas educacionales merecen estudiarse todavía con atención. Para él, el marxismo constituyó una guía metodológica de clarificación conceptual y una Teoría que descubría y podía explicar no sólo nuestro pasado sino el previsible desarrollo de ciertas acciones políticas. Hoy es necesario revisar sus escritos, porque en ellos hay una profunda afirmación de fe en las fuerzas nacionales.

Obras principales: "La novelística de la guerra del Chaco"; "Jaime Mendoza: el hombre y el escritor"; "Sociología del Inkarío"; además, su discípulo Miguel Bonifaz publicó sus apuntes que le iban a servir para confeccionar una "Sociología marxista".

"Proceso de la Educación Boliviana" (9)

de "La educación en la época republicana"

Tenemos, pues, que señalar ese hecho interesante en relación con el rol histórico del liberalismo. En esa época tampoco se dictaron leyes sociales; los obreros que, naturalmente, no recibían salario proporcional a las utilidades de las empresas, estaban completamente desamparados. Sin embargo, para hacer un enjuiciamiento sereno de la Administración Liberal, tenemos que reconocer que ella fue relativamente progresista por el sólo hecho de haber articulado a Bolivia en la vida de las finanzas internacionales. Tampoco podemos negar que a la época liberal corresponden obras de vialidad, reformas hacendarias, tecnificación del Ejército y que en materia de educación, especialmente durante las dos presidencias de don Ismael Montes se produjeron las reformas más significativas en el campo pedagógico. Evidentemente, ya desde la época de don José Manuel Pando aparece un Ministro muy progresista: don Samuel Oropeza, y a él se debe la implantación de las reformas en la educación secundaria. Oropeza era muy conocedor del proceso que en esos momentos vivía la pedagogía francesa, con su gran polémica entre clasicistas y modernistas, éstos últimos representados por Ribot, que quería dar un sentido mucho más utilitarista a la educación secundaria. Ya por el año 1900 se publicaron los programas de secundaria que introducían el sistema gradual concéntrico, es decir la enseñanza de una materia en varios años de estudio, contraria a la vieja práctica de enseñar de un sólo golpe, en un determinado año las diversas asignaturas. Además, bajo el ministerio de Oropeza, se votó un millón de bolivianos para escuelas normales, pero esa partida, al ser considerada después en la legislatura respectiva, no llegó a tener efectividad.

Con Ismael Montes aparece un hombre que, a mi juicio, es uno de los más eminentes en el campo de las reformas educacionales: se refiero a Juan Misael Saracho. Saracho acompañó varios años a Ismael Montes en el Ministerio de Educación y realizó algunas cosas que debemos señalar siquiera rápidamente. Desde luego, inició personalmente una gira por el interior de la República. Des-

(9) El fragmento reproducido aquí corresponde a la versión taquigráfica de la intervención de José Antonio Arce en la sesión del 25 de marzo de 1947 en la Cámara de Diputados, y que fuera dada a conocer en un folleto editado por la Oficina de Informaciones de la mencionada Cámara.

de este modo no era el Ministro que actuaba desde su escritorio, era el hombre familiarizado con los problemas de las apartadas regiones de la República; trajo, además, gran cantidad de material didáctico de Estados Unidos y de Francia; fundó Escuelas de Minas en Oruro y en Potosí; se dictó la primera ley de Educación Indígena, en fecha 11 de noviembre de 1905, estableciendo premios pecuniarios para aquellos que fundaran escuelas indígenas en sus haciendas, establecimientos mineros, etc., y se instituyeron profesores ambulantes. Cabe recordar también que el Presidente Montes se hizo presente en Ayo-Ayo para hablar con los indígenas respecto a las reformas educacionales en favor de ellos. También se contrataron profesores normalistas chilenos y se fundaron en el año 1908 la Biblioteca y Museo pedagógicos que actualmente ya no existen.

En 1908 vuelve del Viejo Mundo don Daniel Sánchez Bustamante, que había ido en comisión de estudios acompañado de Felipe Guzmán y que adquirió interesantes experiencias en países de Europa y en Estados Unidos. Don Daniel Sánchez Bustamante propuso a la legislatura de 1908 un plan general de educación que fue aprobado por unanimidad. De paso, indiquemos que por ese tiempo la cifra de estudiantes de todos los ciclos había llegado a 52.000.

Desgraciadamente don Daniel Sánchez Bustamante tuvo que abandonar el Ministerio de Educación para hacerse cargo del Ministerio de Relaciones; debido a ello no pudimos ver la fructificación de sus proyectos; cumple indicar, sin embargo, que Sánchez Bustamante ha sido uno de los hombres a quienes se deben las más valiosas contribuciones en nuestra pedagogía. Para empezar, escribió un silabario, porque era uno de los que creía que había que atender ante todo la instrucción primaria, cuestión básica en un país de tantos analfabetos. Por otro lado, aunque por sus funciones de abogado y otros cargos que desempeñó en la Administración Pública, se ausentó por largo tiempo de los problemas de la cultura, fue un espíritu siempre inquieto a todas las corrientes nuevas. Aún cuando hablaré con más detenimiento de él, al referirme a las reformas universitarias, quiero decir que, sin Sánchez Bustamante, seguramente no hubiese habido autonomía universitaria, porque su gran autoridad fue decisiva para que la Junta Militar que surgió después de la Revolución del año 1930, se decidiese dar el carácter de una reforma fundamental a esta aspiración de las juventudes estudiantiles.

Tenemos también en la época liberal el Ministerio de Educación de don Bautista Saavedra, que por desgracia estuvo muy

pocos meses, pero a su paso por la cartera dejó un folleto llamado "Reorganización de la Instrucción Primaria", que es un documento que puede leerse con mucho provecho. Fue también lástima que Saavedra, un hombre que dio lustre a la cátedra, que figura como uno de los grandes tratadistas en el campo de la psicología americana, debido a las pasiones políticas que todos conocemos, tuviese un paso tan infecundo en el campo educacional.

Durante el período liberal hay que anotar, pues, el alto significado de la creación de la Escuela Normal en 1909 y la del Instituto Normal en 1917; la contratación de la Misión Belga con Georges Rouma a la cabeza, quien fue Director de la Escuela Normal de Sucre, primero y Director General de Instrucción Pública después.

Y ahora dos palabras de crítica rápida sobre lo que significó la Misión Belga. El señor Ministro de Educación se refirió al libro escrito por Juan Bardina "Arcaísmo de la Misión Belga". Este tiene una posición evidentemente derechista, reaccionaria en el campo filosófico y aún en ciertos aspectos de su posición política, pero no podemos negar que en Pedagogía era un hombre bastante enterado sobre las corrientes modernas. La crítica del libro de Bardina, a juicio mío, fue en muchos aspectos exacta y puede todavía leerse con provecho para medir todo lo que significó el roumismo en nuestro proceso educacional. Fundamentalmente, Bardina acusaba a esta misión de no haber traído las corrientes activistas más nuevas al campo de la educación primaria y secundaria. En realidad, la base filosófica de la reforma de la Misión Belga consistió en transformar el sistema memorialista, el uso dogmatista de los textos de enseñanza, etc., por el sistema que propugna que el alumno sea inclinado a métodos de reflexión, que procure por sí mismo redactar sus cuadernos, etc. Por la Reforma roumista no intentó, evidentemente, introducir métodos de Activismo en nuestras escuelas.

La Escuela Activa intenta convertir al niño no solamente en un sujeto cerebral, pensante, sino de hacer de él un ente activo. Ya Juan Bautista Vico había dicho hace bastante tiempo: "Sólo sabe el que sabe hacer las cosas". Y esta no fue precisamente la base de la pedagogía "roumista". Si hacemos un balance sereno de todo lo que significa el "roumismo" en la instrucción primaria y secundaria —porque tampoco llegó a abarcar la instrucción superior—, encontraremos que preparó maestros que hacían pronunciar bonitos discursos a los alumnos, que les mandaba hacer a veces cuadernos con artísticas ilustraciones, etc., pero

no había un trabajo sistematizado de talleres, no había articulación dinámica de la vida de la escuela con las actividades prácticas. En suma, el "rounismo" se representó una tendencia activista en la educación, en la acepción atribuida a tal expresión en la pedagogía contemporánea.

Carlos Medinaceli (1899-1949)

Profesor, periodista, novelista y crítico literario. Tuvo una fugaz intervención parlamentaria y también trabajó como asesor de la Cancillería. Fundador, con el escritor peruano Gamatiel Churata, Armando Alba, Walter Dalence y otros jóvenes intelectuales, de "Gesta Bárbara", un movimiento literario que adhirió en su primera época a los postulados de La Mística de la Tierra y, desde luego exaltó el nacionalismo folklorizante (en su segunda etapa, organizado por Gustavo Medinaceli, Julio de la Vega, Oscar Alfaro, Valentín Abecia, exaltó más romántica que conceptualmente el izquierdismo y el vanguardismo social). Su labor periodística, como crítico y glosador literario, ha sido una de las más fecundas por la justeza de sus análisis, en las cuales se propende a asumir ideal y prácticamente nuestra nacionalidad. Aún hoy en día la mayoría de esos escritos, —desechándose de ellos un verbalismo propenso a la erudición, y ciertos usos lingüísticos ya perimidos, conservan su vigencia. Su novela "La Chaskañawi" es uno de los firmes antecedentes temáticos de la novela nacional, pero en cuanto a sus valores estilísticos ha sido superada.

Obras principales: "Estudios Críticos" (1938); "La educación del gusto estético" (1942); "La Chaskañawi" (1947).

"Estudios Críticos"

La Redención por la Cultura Indígena

Si realmente se quisiera crear una Bolivia Nueva, como se vino afirmando a principios de posguerra en todos los tocos, lo primero en lo que debiera pensarse es en la reorganización educacional del país, no solamente porque, en sentido trascendental, ella es la base de todo progreso, sino, principalmente, porque es el organismo más lacerado del organismo nacional, aquel que más perentoriamente reclama la más conspicua atención del Estado; y

de todos los hombres de buena voluntad que tantas ganas tienen de crear la Patria nueva.

Para que exista una Bolivia Nueva, lo primero es crear nuevos espíritus y esas almas matinales no vemos cómo puedan nacer si no es por obra de la cultura. Cultura que la han de adquirir, necesariamente, en la escuela. Necesitamos, pues, una Escuela Nueva. ¿Quiénes la han de crear? Los creadores de la Nueva Patria que salieron de la guerra con el espíritu renovado, según afirma la prensa nacional, pero sin ninguna idea pedagógica, que sepamos. Mientras tanto la realidad es otra. Sintéticamente la vamos a decir con un proverbio de Tamayo: "Hay educaciones que son una destrucción". Es destrucción metódica lo que ha hecho nuestro educacionismo enciclopédico.

Para lo que la instrucción pública hace en Bolivia, más valiera que no exista, porque lejos de crear un ambiente social próspero, es el origen de toda la improbidad intelectual, la anarquía moral y el aniquilamiento volitivo que ha hundido y continuará hundiendo al país.

Verdad palpable: cuando menos pervertido está un sujeto por la "educación" oficial, es tanto menos un animal inofensivo, como es una alimaña dañina cuanto más abachillerado y doctorado es el quisque. La prueba está en que el elemento mejor de la patria es el indio, y el peor, el más letrado, el abogado, el militar y el cura, estas tres personas distintas y una sola calamidad verdaderamente nacional.

La razón es sencilla: es que el indio, aunque no sepa leer, ni haya visitado una escuela —precisamente por eso—, posee, realmente, una cultura. Cultura milenariamente heredada de su raza, que marcha al par del ritmo de su sangre y se traduce en vitalidad orgánica, y consecuente, en pureza moral. En cambio las otras razas, van perdiendo en rectitud étnica y energía creadora, a medida que van ganando en adoberamiento universitario, en fachadismo educacional y parasitismo social. Es que estas gentes, aunque sepan leer y hayan visitado muchas escuelas y colegios —precisamente por eso no son cultas, porque la cultura que ellos usufructúan —fraudulentamente— no es la que correspondía a su acervo hereditario y su mentalidad caústica, sino una cultura que se les ha impuesto a la fuerza, desde fuera, como un botín chino que se les hubiera metido a forja en el cerebro y con el cual ellos se pavonean como el cernícalo con las plumas del grajo, pero que no se reduce más que a eso: plumaje.

Y la causa para ello se encuentra en que, hasta ahora, no ha habido nunca en Bolivia una orientación definida en materia

de educación. Lejos de eso, se ha incurrido en la peor ignominia: aparentar que se educa, cuando en verdad se corrompe. Se ha trompido la inteligencia y el espíritu, es decir el fondo ético-religioso, base de toda cultura. Por eso decíamos en otro artículo lo que Bolivia necesita es una redención por la cultura, y la clase que más necesita de esa redención no es el indio, sino la clase instruída.

Lo que primordialmente urge es la orientación de la cultura nacional. Eso sería lo esencial para crear la Bolivia que esperamos todos, hasta los desesperados.

1942

de "El Fracaso Histórico de la Enseñanza Universitaria"

(La Universidad de San Francisco Javier)

La Universidad de San Francisco Javier es, entre nosotros, una institución que goza de tanto prestigio, que casi la tenemos como una reliquia sagrada.

Según el pensar general ella fue en la época de la Colonia el cerebro de la Audiencia de Charcas, el centro solar de donde irradiaron las ideas libertarias y de ella salieron los próceres que nos dieron independencia y fundaron la República.

Pues, en este hecho, que para todos es cierto y que todo el mundo elogia imponderablemente, yo creo ver un mal síntoma desprendiéndome de prejuicios patrióticos: no niego la importancia que dicha Universidad tenga en nuestros anales históricos, lo que a mí me parece es que ella ha educado hombres no para el trabajo —así sea trabajo manual, científico o artístico—, sino hombres para la política, la literatura y el empleo burocrático. Explicaré este asunto luego.

La Universidad de San Javier —nos dicen—, es la gloria de Bolivia, y Charcas, donde ella se asentó, fue "La Atenas de Sudamérica".

Lo que extraña es —si nos desprendemos de las frases hechas y analizamos la obra de la Universidad—, ver que ella no ha engendrado ningún grande hombre, ni siquiera en política... El mejor de sus hombres no ha pasado de una laudable medianía.

En los siglos coloniales de la Universidad, no encontramos ningún hombre que hubiera llegado a descollar, un poco siquiera, en cualquier disciplina científica: no tenemos ningún hombre representativo, como lo tienen en otras partes.

En la época de la independencia, salen de ella los universitarios que precipitan el grito subversivo del 25 de mayo de 1809, Monteagudo, Zudáñez, Lemoine y los demás... Ahora bien, aún mirándoles el aspecto únicamente de la inteligencia política, ¿hay, entre ellos, algunos o alguno siquiera, que se distinga por su genialidad política?

En cuanto a sus ideas, no nos han dejado ninguna personal; todo lo que encontramos en ellos sobre sistemas de gobierno, problemas económicos, organización administrativa, etc., está sacado de los enciclopedistas franceses y mal aplicado al problema nacional. No se me va a hacer creer que en los "Escritos políticos" de Monteagudo o los folletos de Pazos Kanky, haya algo útil que espigar en cuanto a ideas...

Ahora, en cuanto a acción, para probar su incapacidad, basta para mí en el siguiente fenómeno, que es importante: la fundación de la República se debe no a los nacionales, sino a los extranjeros: Bolívar y Sucre. No son nuestros, eran forasteros. ¿Qué se hicieron durante la trágica contienda de los quince años los que muchachilmente provocaron la revuelta de Mayo?

La mayor parte de ellos desaparece; se eclipsan, se borran. Unos, como Monteagudo, cambian de ideas, se vuelven monarquistas; otros mueren heroicamente en la lucha, algunos emigran, etc, esto no es lo esencial. Lo que llama la atención es por qué no sale de entre algunos de ellos un hombre superior que dirija los acontecimientos, un político de garra, de larga mirada americana y de brazo fuerte para imponer una voluntad señera: de entre aquellos estudiantes no sale ni un Bolívar, ni un Sucre, ni un Paz, ni un Santander, ni un Subieta, ni un Ricaurte, ni siquiera un Belgrano o un San Martín... ¿por qué?

Este por qué es trágico para nuestra historia.

3) La Mística de la Tierra.

El máximo exponente de las ideas antropológico-culturales y literario-sociológicas del nacionalismo fue don Jaime Mendoza. En sus ensayos publicados desde 1933 a 1936, se exponen casi todas las tesis de lo que, más tarde, Guillermo Francovich denominaría "La Mística de la Tierra", cuyos fundamentos se encuentran principalmente en la ideología geopolítica de Ratzel y Kjéllen, dos sociólogos —sueco y alemán respectivamente—, que

desarrollaron algunas ideas expuestas por Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Montesquieu, Herder y Hegel, las que resaltaban el papel de las determinaciones geográficas en el proceso evolutivo social e histórico, a tal punto de considerar a los estados como "organismos especiales"—, es decir, que se desarrollan en el tiempo y el espacio sin intervención de los hombres. Tratando de justificar esa noción, se idealizó el influjo del medio ambiente en el desarrollo biológico y social. Por eso la *Mística de la Tierra* acentúa la determinación histórica de "las fuerzas telúricas" consideradas como conformadoras de la esencia o alma de la naturaleza; según esos enunciados, tanto los pensamientos, como las mismas acciones de los hombres, obedecen los "mandatos" de las "voces secretas de la tierra".

Estas ideas ejercieron una fecunda influencia en las creaciones artísticas que describían y trataban de explicar nuestras específicas características físicas, sociales e históricas, y revalorizaron, a la vez que denunciaron la explotación indígena, el papel de las sociedades nativas en el proceso nacional, exaltando —por eso— sus virtudes creadoras incólumes, como también su fortaleza física y moral, fieles exponentes del "alma nacional", con mayor lirismo pero sin el vigor realista expuesto por Tamayo.

Lo positivo de estos escritos fue su incitación al reencuentro con las formas expresivas de la tradición precolombina, que derivó en la valorización de mitos, leyendas, tradiciones, campo de estudio de la investigación antropológica, sociológica y literaria —incluso arqueológica— que, con los sistemas metodológicos materialistas, se está desarrollando con tanto brillo en nuestros días; —aunque muchas de esas directivas se manifiestan en los escritos de investigadores liberales como José María Camacho y Rigoberto Paredes, aparte de los aportes de los tradicionalistas potosinos, cochabambinos y paceños del siglo pasado.

Con ese sentido reivindicacionista también hay que destacar la tarea de los ensayistas de *La Mística de la Tierra* en el campo socio-histórico. Su lírico confrontamiento con la tierra, con los valores de la tradición precolombina, y con el proceso, poco aclarado hasta entonces, de lo que ellos llamarían con acierto la nacionalidad, produjeron una infinidad de obras en las que con un eclecticismo muy propio de la época, de la ideología política nacional-socialista, mejor dicho, mezclaba nociones críticas y valorativas procedentes del Materialismo: la evolución dialéctica del proceso histórico, — del nacional-socialismo: preponderancia de los factores biológicos (la Raza) y geopolíticos y telúricos: influencia determinante de la conformación geográfica y de la tierra sobre el

carácter individual y social, —así como la idealización de algunos mitos y ordenamientos socio-económicos de los imperios andinos prehispánicos: superioridad de la organización social, militar y autoritarismo de los imperios aymara y quechua. Con estas nociones se pretendió darle un sentido místico redentor a la historia, en detrimento o desechando de plano la explicación básica del Materialismo Dialéctico sobre la historia con su delimitación del proceso en tres niveles de acción: el económico, base imprescindible del progreso o receso social, el político como la acción concreta de la lucha de clases, y el cultural como la superestructura que define la acción de la ideología en el desarrollo social e histórico de los pueblos.

El blanco de esta crítica revisionista fue la obra de Alcides Arguedas, contra la cual reaccionaron —apoyándose en el vitalismo místico de Jaime Mendoza—, escritores como Federico Avila, Fernando Díez de Medina, Roberto Prudencio, Carlos Medinaceli, entre los que se agrupan en la *Mística de la Tierra*, y Tristán Marof, Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, José Antonio Arze, los hermanos Vásquez Machicado, entre los que fundaban sus análisis en las ideologías nacionalistas y socialistas.

Lo superado de *La Mística de la Tierra*, es su fácil verbalismo de tendencia lírica: el uso a veces grandilocuente del idioma para especular con ciertas idealizaciones mitológicas, como ocurre con Díez de Medina—, el confusionismo expositivo de los análisis socio-históricos, como se encuentra en muchas partes de las obras de Federico Avila y Tristán Marof—, y la tendencia meramente informativa, sin compromisos ideológicos claros, como se da en Guillermo Francovich y Augusto Guzmán.

Guillermo Francovich (1901)

Catedrático de Filosofía y Derecho, diplomático (desempeñó varias funciones en Brasil, Argentina y Paraguay). Fue Rector de la Universidad de Sucre y funcionario de la UNESCO. Es uno de los principales ensayistas bolivianos. Su profunda formación humanista, su rigurosa dedicación al estudio del desarrollo de las teorías filosóficas, informan su obra en la cual hay una armoniosa relación de claridad ideológica y pristina exposición literaria. Esta se caracteriza —además— por el equilibrio conceptual, no por la pasión interpretativa ni por un claro compromiso. Ha contribuido a difundir extensamente los valores culturales del país en el extranjero, a la vez que a clarificar su pensamiento, resaltando el

papel de las raíces culturales y proponiendo que éstas fueran el fundamento original para propender a una universalidad necesaria para perennizar dicha labor. Ha escrito también piezas teatrales y diálogos de tersa prosa y de originales sugerencias especulativas.

Obras principales: "Supay" (1939); "Pachamama" (1942); "Los Idolos de Bacon" (1943); "La filosofía en Bolivia" (1945); "El pensamiento universitario de Charcas" (1948); "El pensamiento boliviano en el siglo XX" (1956).

"Pachamama" (Diálogo sobre el porvenir de la cultura en Bolivia).

Fragmentos:

Alberto:

El genio de los pueblos cambia con la geografía. La mentalidad y el espíritu de los hombres de las montañas y los de los hombres del mar, los de los hombres del desierto y los de los pobladores de la llanura son diferentes. La vida de las aldeas españolas replegadas sobre sí mismas, en los valles cerrados, explica el individualismo ibérico; la insularidad de Inglaterra ha hecho nacer su imperialismo, su necesidad de expansión; Taine ha explicado el genio helénico por la variedad y la belleza de la tierra griega; según Renán, sólo en las llanuras ardientes del desierto pudo nacer el monoteísmo semita. Cada región geográfica, cuando más original, más típica es, con mayor energía influye sobre el hombre. Y si su acción deja de hacerse sentir un día es porque el hombre arranca sus raíces de ella y le da las espaldas para entregarse a influencias exóticas, artificiosas y extrañas.

Carlos:

Podrías recordar también que Waldo Franck ha llamado a nuestros indios los "hijos de la roca".

Alberto:

Y con razón. La geografía de nuestras montañas que se levantan por encima de tres mil metros sobre el nivel del mar, donde el hombre trabaja y piensa frente a un paisaje excepcional, ha de crear un alma excepcional también. Todo es estático aquí, enorme e invariable. Lo único que se mueve es una realidad invisible: el viento. En este paisaje diáfano y luminoso, la vida parece una cosa efímera e intrascendente. ¿Cómo el hombre que habita en

estas tierras no ha de tener un espíritu diferente de todos los que conocemos? ¿Junto a las aguas azules y heladas del Lago Titicaca las maravillosas ruinas de Tihuanacu, bloques de piedra, severos y enigmáticos no serán para América lo que las ruinas del Partenón han sido para Europa? Yo creo que sí. Si nace una cultura en América Latina sólo aquí puede surgir. Dentro de este escenario geográfico es posible la aparición de un espíritu autóctono, que extienda su hegemonía por todo el Continente. Dentro de este mundo que está exigiendo su propia expresión, tiene que nacer un hombre nuevo, el "nuevo indio", que será encarnación del viejo y sabio genio de los Andes. Ese hombre nuevo sabrá encontrar una nueva forma de vida, una nueva estética, una nueva ética, una nueva metafísica. Como el hombre del Tiabuanacu plasmará en las piedras su íntima visión del mundo. Surgirá la Venus andina y el Apolo indio. El cerebro del hombre reflejará una nueva visión del universo en que la permanencia estática de las montañas inmensas se asociará a la fuga de horizontes de la planicie. Pero el espíritu de los individuos y el espíritu de la colectividad sólo podrán alcanzar el vigor necesario para descubrir su originalidad si se impregna de las influencias vivas y profundas de la tierra, si dan a su alma los ritmos del medio en que viven. Deberán consumar la adaptación a las fuerzas cósmicas para desarrollar su propia personalidad. Como decía Franz Tamayo, "debemos lisonjearnos de haber nacido en un gran suelo capaz de producir una gran raza".

Carlos:

¿No crees que hay "grandes suelos" por todas partes? ¿No será que el patriotismo te deslumbra los ojos? Evidentemente la geografía influye sobre la vida y las actividades de los hombres. Sería insensato quien pretendería negarlo. Sólo una técnica muy adelantada puede variar un poco los caracteres de un determinado ambiente. Pero eso no autoriza dar a lo telúrico el predominio sobre el espíritu humano. No justifica que se convierta en la cultura en una superestructura de lo geográfico. Creerlo sería incurrir en un error mucho más grave que los racistas y los marxistas que piensan que la sangre o lo económico crean y dirigen la cultura y la historia humana. La geografía no es sino un instrumento del espíritu. Claro está que, como instrumento tiene determinaciones y exigencias propias, que hay que obedecer para emplearlo debidamente.

Alberto:

¿Y el espíritu no será también un producto geográfico? El espíritu es una cierta reconcentración de la vida, una disciplina de la existencia, un encerramiento de nuestra voluntad dentro de inflexibles marcos. ¿Y eso de dónde ha venido? De que algunos hombres, en determinada época de la historia, tuvieron que vivir en regiones frías que los obligaron a renunciar a la existencia al aire libre, a ignorar la sociabilidad y la espontánea sensualidad, y que les imponían el aislamiento, la introversión. De ahí nació la ciencia, la técnica y todo lo que ahora se vuelve contra la misma naturaleza. La acción del espíritu sobre un medio dado no es sino la acción de la geografía de una región sobre la geografía de otra región.

Carlos:

Podrías referirte también a esos sensitivos que tienen como si dijéramos la geografía en la carne, como Jaime Mendoza. Vivió la tierra tan intensamente que la hizo centro no sólo de sus actividades literarias sino también de sus preocupaciones políticas. Me contó una vez que cuando regresaba de los valles el vientecillo frío de la puna le producía una sensación tan deliciosa que le hacía llorar de alegría. Y en uno de sus últimos poemas escribió una cosa que me causó una viva impresión, en este sentido. Pedía Mendoza que después de su muerte, su cuerpo fuera entregado a la tierra, en tan íntimo contacto que ni siquiera una tabla lo separara de ella.

Eduardo:

Pues bien, esa serie de resonancias que el mundo produce en nosotros, ese conjunto de influencias que establecen una especie de obscura correspondencia de nuestra realidad íntima con las palpitaciones del universo, constituyen el subconciente cósmico. Nuestro ser, en su interioridad, tiene un ritmo que es el ritmo del universo, está dentro de la grandiosa interdependencia que hace que el elemento más diminuto del mundo sufra la gravitación de las fuerzas todas de éste.

Carlos:

Es decir, en resumen y en términos menos pretensiosos, que el hombre es el hijo de la tierra. Realmente tu teoría no puede ser más nacional. Los indios adoraban a la Pachamama, a la tierra "madre de los hombres", proveedora no sólo de sustento

sino también de energías espirituales. Y tú justificas ahora en toda regla ese culto.

Una cosa me parece interesante en las observaciones de Eduardo y es que cambian las concepciones a que nos ha acostumbrado el freudismo. A la imagen del hombre como ser encerrado en sí mismo, que caracteriza a los psicoanalistas, que sólo ven instintos que se retuercen en el alma humana, se superpone una visión optimista: el concepto de que el hombre es un ser abierto al mundo.

Los psicoanalistas reducen lo subconsciente al instinto, a las exigencias de origen biológico. Explican la conducta humana por determinaciones puramente internas. El hombre no consigue salir de sí mismo en todo lo que hace. Es un ser hermético.

En cambio, por el subconsciente cósmico, el hijo de la tierra parece como un ser que está en contacto y sujeto a todas las influencias del mundo natural. Vive en una especie de comunidad con el cosmos.

Federico Avila (1904-1973).

Profesor y catedrático de Literatura, geografía y economía y diplomático que cumplió varias misiones en México, Paraguay, Argentina, Francia e Italia. Fundador de la Universidad "Juan Mirasol Saracho" de Tarija de la que fue su primer Rector. La primera etapa de su actividad estuvo dedicada a la confección de varios estudios de carácter histórico y sociológico-cultural; luego, escribió varias novelas y cuentos donde predomina la exposición de ideas sobre la conformación y avatares de la nacionalidad. Su última obra es una biografía del fundador de Tarija don Luis de Fuentes y Vargas. Sus novelas conservan una estructura tradicional a través de la cual se exaltan y critican las influencias del medio ambiente, con páginas dedicadas a la amorosa descripción del paisaje tarijeño. Sus ensayos magnificaron un ideal nacionalismo.

Obras principales: "La Revisión de nuestro pasado" (1936); "Bolivia en el Concierto del Plata" (1941); "Tierra y Alma boliviana" (1942); "Luces y sombras" (1953); "La Prima Elvira" (1956); "Los nuevos wiracochas" (1969); "Los últimos Gutiérrez" (1970).

"Los Valles Interandinos"

Interpretación del paisaje del valle: su influencia cósmica

Por lo general, pesada, densa, es la atmósfera valluna antes de las lluvias copiosas, para trocarse luego, cuando el sol cae a plomo y el cielo es claro y profundo —abismo luminoso— tibia y acariciante, adormidora. Y otras veces, cuando es aún más claro y profundo el cielo, más luminosa; y el ambiente nos envuelve con su belleza mansa y sedosa y en el redor todo es quietud y sosiego; cuando la naturaleza nos revela su sabiduría callando y el verde hace lujo de sus infinitas gamas y matices, y todo nos sugiere mil emociones divinas que, a fuerza de ser tantas, terminan por no concretarse en ninguna —y es tal la sugerencia máxima de esos valles, la abulia— entonces, digo, cuando la naturaleza muestra toda su luminosidad... Entonces se comprende cómo es de embrujante este paisaje y de cómo se mete e incrusta en el alma para siempre. Porque si alguna tierra es agarradora, por la facilidad de la vida, por la dulce y blanda alegría de vivir, por lo adormeciente y sedante, por el dejarse estar, es la de estos morunos valles. Ningún paisaje como el de estas hondonadas, en efecto, se apodera del alma tan absorbente, tan acariciadoramente. Ningún ambiente tan aletargado y dondese siente, como en parte alguna, el orgullo de la apatía, la soberbia de la languidez romántica, el sibaritismo de la naturaleza suntuosa, de la tierra húmeda y cálida, el blasón de la pereza criolla,

"de fantasía mágica,
corazón desdenoso
y voluntad cansada..."

que dijera el poeta.

Porque es verdad de verdades, si hay paisaje enervador de las energías, extenuante de todos los bríos y las ansias; si hay paisaje en que

"la voluntad bosteza y responde,
con voz blanda, ensimismadamente:
—mañana..."

ese paisaje es el del valle americano, el del valle andino en particular y especialmente el de las vegas bolivianas.

Oportunamente insistiremos sobre este aspecto.

— Y volviendo al aspecto físico de estos valles, si en el altiplano la tierra es "magra, vasta y solitaria", aquí la naturaleza está siempre poblada y animada, el horizonte tiene sus límites y todo respira una dionisiaca euforia y un deseo intenso de vivir. El clima es en efecto delicioso para la vida del hombre, de los animales y de las plantas. Y si el paisaje tiene también un cierto dejo de salvaje grandeza, no es menos cierto que el hombre encuentra a la vez una máxima y fácil abundancia, no sólo de los primitivos elementos, sino casi todas las variedades de ellos, en la calidad y cantidad suficientes para adormecer la iniciativa humana, el esfuerzo del hombre. El aire sutil falta por razón de la profundidad y el enclaustramiento de las montañas altas que la circunvalan. Pero es, en cambio, de una tibieza aterciopelada y sus caricias son como de aladas y fraganciosas mujeres, o mejor como besos tibios de tenues pétalos de rosa. Tan sedoso y acariciador es este aire del valle y se apodera del alma tan arrulladoramente, que sus habitantes justifican su indolencia de alcurnia como un atributo y regalo de dioses, una actitud de monarcas, como un goce sacerdotal. Y en cuanto al fuego no sólo que sobra en todas las épocas, sino que lo mucho que hay que quemar se inflama con la facilidad con que se incendia la imaginación de sus habitantes.

Es que como ninguna otra, estas son tierras neutras. Ni brillo luminoso del sol, ni la atmósfera opaca. Siempre nubes alocadas y densas en porfiado empeño de empujar el brioso brillo del sol. De aquí el odio del montañés y del altiplánico por estas regiones que les inspiran aversión, sólo porque la atmósfera cargada y las lluvias y nubes fugitivas del valle les quitan la heredad común: la inmensa e infinita afirmación de las cosas que traduce el cielo traslúcido y definido de la pampa y la montaña.

Aquí la naturaleza calmosa y solapada produce más bien seres neutros que no saben afirmar ni negar, seres vacilantemente sospechosos, como las nubes del ambiente físico. Y esta es la mayor desventaja de estos medios...

Pero si bien tienen estos y otros inconvenientes, en cambio significan un renovado embrujo y una permanente atracción para el inmigrante que arriba a ellos después de vencer las desoladas tierras del altiplano. Si nuestras montañas son como faros luminosos y puntos sobresalientes que guían al viajero, nuestros valles son como tantos otros abrigados para recibirla. Las montañas, el Ande, son ciertamente como señales que orientan al peregrino y los valles otros refugios —como cariñosos senos maternos— es-

perándolo para arraigarla. Nunca el hombre, venga de donde viniere, se siente más a su gusto que en nuestros valles templados. Hasta las plantas y los animales se adaptan luego con una ubicuidad admirable. Y si todos se adaptan con vertiginosa facilidad, las razas nativas es lógico que tengan aquí su patria verdadera en el sentido histórico; por eso creemos que ellas encontrarán en estos valles su medio propicio. Y mañana se fundirán en estas tierras como en un crisol todas las energías nacionales. Como el alma de la tierra pasa aquí con más facilidad al alma de los hombres, su espíritu les comunicará su grandeza, locundidad y energía. Esta continua comunicación será un poderoso engranaje para el desarrollo de nuestra sociedad. De ahí también que al espíritu claustral del aymara, propio de su ambiente físico, opongamos nosotros el espíritu fusionista y expansivo del valluno como resultante de su medio terrícola. Y si "la soledad andina se ha convertido en la soledad aymara", la sociabilidad del valle es la que hará la unidad nacional. El Chapaco, síntesis de estos medios, será —ya lo es por eso— un concentrado aparente, pero con esa fusión devendrá en un expansivo real y auténtico. Y así como es rica de formas y medios y alegre esta tierra, plasmará también una raza fecunda como la que más. La ancestral tristeza boliviana, cuando inunde estos valles, y los enseñoree, se cambiará en la desenfrenada y edificante alegría nacional. . .

...Nuestras montañas nos han separado hasta ahora. El altiplano encerró, distanció a sus habitantes. El agua de nuestros valles, todo el valle mismo que geológicamente es el eslabón entre la montaña y el llano, nos unirá y constituirá el tránsito de la vida montañosa y solitaria a la fecunda del llano y la selva. . .

Fernando Díez de Medina (1908)

Poeta, ensayista, periodista, novelista; actuó también en la diplomacia y en la política. Como Ministro de Educación (1957) cumplió una ejemplar tarea en pro de la cultura nacional. No hay actividad pública en la que no hubiese intervenido llevado por su pasión polémica y su deseo de esclarecer —desde el punto de vista de su ideología humanista y nacionalista— el proceso social-histórico de nuestro país. Hábil prosista, peca a veces de un exceso retoricista y de una insustancialidad ideológica, pero cuando despoja a sus escritos de lo meramente metafórico, expone con precisión y originalidad de miras sus ideas.

Obras principales: "El Velero Matinal" (1935); "El Arte Nocturno de Victor Delhez" (1938); "Franz Tamayo: Hechicero del Ande" (1942); "Thunupa" (1946); "Nayjama" (1950); "Literatura Boliviana" (1953); "El alfarero desvelado" (1964); "Desde la profunda soledad" (1970).

"Thunupa"

"Samiri" o descansadero —dice la tradición kolla— es la morada de los antepasados.

Elegid cualquier accidente del paisaje: una cueva, la prominencia de la montaña, esa colina ondulante, un árbol solitario, el lago inmóvil, una pírca de piedras. Son "samiris". Hombres y animales en sus correrías por el altiplano, buscan un lugar de reposo, el asilo bienhechor que repara las energías perdidas y da nuevo acicate a la jornada. "Samiri" es el fuerte bgamen del suelo con su poblador, el don que "Pachamama" —la Tierra Madre— concede munifica a sus criaturas. Todo piraje, todo accidente natural, irradian una fuerza misteriosa que envuelve al viajero, cuando el viajero como el poeta antiguo busca y absorbe los efluvios del paisaje. El indio acude a su "samiri" en son de protección; quiere fortalecer el cuerpo y elevar el ánimo antes de reanudar su marcha. Entonces el ancestro lo reanima con su viejo poder vitalizador; repara las fuerzas desgastadas, temple el espíritu medroso; y lo arroja otra vez al mundo de la acción. Así es el ancestro; envuelve y ampara al afligido. Así es el hábito de los antepasados: levanta el corazón que sufre. Pero esto sólo lo sabe el kolla, hijo de la tierra, anterior al quechua, hijo del Sol. Y quien no se sumerja en sus mitos telúricos, ignora las culturas primitivas del Ande inmemorial.

"Samiri" —dice el indio— y un resplandor alado enoiende sus ojos de bronce. La fe simbólica del cristiano, corresponde al culto animista del nativo por la naturaleza circundante. "Samiri" es pues una forma de la fe. Y viniendo a lo presente, en un tiempo de vacilación y pesadumbre, para los extraviados hijos de esta inmensa nación nocturna, ¿cuál será el descansadero capaz de reanimarlos y elevarlos a una mística de resurgimiento nacional?

El "samiri" de los bolivianos debe ser la evocación del nombre de Thunupa.

Magno misterio del tiempo mítico, Thunupa es también el nódulo vital del tiempo nuevo. Numen cosmogónico, es una fuerza activa que moldea el universo andino. Numen teogónico, es el hijo de Wiracocha, profeta y caudillo de almas. Numen histórico,

perdura con los orígenes del río Desaguadero. Numen moral, es el restaurador de la ley natural en las costumbres. Gran sabio y señor le llamó el indio, porque amparó al desvalido, desafió al poderoso, fue brújula y candela del oprimido. Thunupa combate la iniquidad, predica justicia. Es amigo de los justos, enemigo irreducible de los despotas. Y cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de belleza la ruda longitud de la meseta. La montaña es Thunupa, crecido en la verdad y en la entereza. Y Thunupa es también esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Hay tres versiones del mito de Thunupa: la kolla, la quechua y la española. Tomemos la primera, ya que las otras dos deforman el mito originario.

La leyenda kolla refiere que el andino conoce a Thunupa desde los tiempos más remotos. Thunupa, hijo de Wiracocha el Creador del Universo, es uno de los héroes tutelares de la raza. Thunupa está presente y dirige la contienda entre el Mururata y el Illimani, allá en los albores de la cosmogonía andina, cuando mares y cordilleras modificaban la morada humana. Castiga la corrupción de los primeros moradores de Tiahuanacu, transformándolos en piedra. Y su nombre aparece también en los mitos solares del Titikaka, luchando contra Yaurinka, la serpiente del abismo que amenaza las islas y los tronos. Pero el Thunupa histórico aparece un milenio antes de Atahualpa, a la caída del Tercer Imperio Kolla, cuando las nómades del bosque y del os valles subandinos suben a la meseta, al amparo de la guerra civil que disgrega el Kollasuyu.

Deteníase el profeta en los poblados kollas, bastándole un oyente para iniciar su prédica. Después llegaban otros como ovejas al redil, y al terminar su admonición un rebaño azorado veíale perderse en lontananza. Alto, bien conformado, su tipo ascético denotaba privaciones físicas. Vestía un hábito talar de lana finísima, ceñido por un delgado cordón de cáñamo. Sandalias de vicuña. Y una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los fornidos kollas más que en la estatura, por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla honda y sosegada, un mirar cautivante como la llama de una lámpara de aceite. Regresaba con la aurora, reanudaba su prédica y volvía a marcharse en el crepúsculo; así por nueve días consecutivos, al cabo de los cuales emigraba. Al principio no se quiso dar impor-

tancia a sus palabras, pero niños y ancianos las recordaban y fue menester que todos se ocuparan de ellas. Thunupa prevenía contra la disolución moral; atacaba la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia; pedía la reforma de las costumbres, clamaba por la justicia y la templanza. Sus ojos desprendían amor al dirigirse a los humildes, desprecio al enfrentar a los mandones y a los "malicos"; y al denunciar a los despotas, su verbo solía encrenarse de coraje. Un "chafño" del Ande, ese pajarillo de vivaces movimientos, cuyo pelaje negrísimo y lustroso alterna con manchas de oro, jamás abandonaba el hombro del profeta. Y era en verdad su único atavío.

Transcurrido algún tiempo, Thunupa retornaba al mismo poblado, en viajes circulares que además de moralizador le iban creando fama de mago, pues su presencia coincidía con sucesos maravillosos. En Taraco, su llegada aplacó la tempestad. Ahuyentó la sequía en Aigachi. Dicese que aplanaba montes, protegía cosechas, sacaba el agua del fondo de las peñas. Y en Cacha, donde no había seres justos porque todos andaban contaminados de iniquidad, con serpientes de fuego calcinó la roca. La tercera vez que reapareció en Carabuco, fue apresado por los guerreors de Makuri y conducido a presencia del caudillo. Impío, cruel, concupiscente, Makuri se movió del profeta pero quiso valerse del mago:

Tu palabra es humo —dijo el caudillo— ni molesta ni perdura. Mas, si eres hechúero, convierte este plomo en oro.

Negóse el peregrino a complacer al guerrero, y alzando la voz como el viento áspero y tonante de la puna, denunció sus crímenes conjurándolo a cambiar de vida:

—¡Vuelve a la ley de Wirakocha! Despréndete de la culebra que te consume.

—¿La ley...? ¡La ley es Makuri! —replicó el despotas. Y confiado en su fortaleza física desafió:

—Lucha conmigo. Makuri no teme a guerreros ni a hechiceros.

Una expresión de tristeza veió el semblante de Thunupa:

—Nacio —contestó— la culebra no debe luchar con el águila.

Entonces el caudillo montó en cólera:

—¡Es un impostor y un cobarde! —profirió—. ¡Arrojadlo a hondazo limpio!

Y Thunupa fue lapidado por los honderos de Makuri. Los indios vieron cómo se abría su piel bronceada: un tajo profundo en la sien, la boca desgarrada, gruesos hilos de púrpura tiñendo

el pecho descubierto. Cuando se alejaba, agotado y vacilante, todavía le persiguió la lluvia de las hondas derribándolo tres veces. Pero el profeta volvió al siguiente día, y estaba intacto su cuerpo, inmacula su vestidura albisima. Y un pájaro aurinegro posado en el hombro. Y cuando los hombres de Makuri fueron a las lagunas para trabajar los metales, ya no los encontraron. Y fue que Thunupa, queriendo evitar la corrupción por la riqueza, había recogido los metales situándolos en las altas sierras para que su posesión demande dolor y sacrificio.

4) La Investigación Histórica.

Como ya lo anotamos, la principal preocupación de los investigadores de nuestro pasado es su afán revisionista: revisar el por qué de la desfiguración, ocultamiento y omisión de determinados aspectos que nos informan con mayor detalle sobre las características del proceso social en la historia nacional. En tal sentido la obra de Alcides Arguedas fue tipificada por adolecer de tales defectos, tal como lo probaron en muchos de sus estudios Humberto Vásquez Machicado, Federico Avila, Marcos Beltrán Avila, Tristán Marof, José Antonio Arze, Carlos Montenegro y Augusto Céspedes, principalmente, —estudiosos estos que reivindicaron la actuación de algunas personalidades como Murillo, Belzu y Santa Cruz y comenzaron a dilucidar el papel de las masas en nuestra historia.

En segundo término, el nuevo concepto científico de la utilización documental, para fundamentar una interpretación en base a la consideración exhaustiva de todo documento o de las fuentes de la investigación—, lección ésta aprendida en René-Moreno y que los hermanos Vásquez Machicado, Marcos Beltrán Avila, Enrique Finot y Carlos Montenegro, para citar los principales historiadores de este período, se encargarían de ejemplificar en sus escritos.

Al mismo tiempo, se procedió a la divulgación anecdótica y detallista de ciertos episodios históricos, de acuerdo a un criterio de interpretación subjetivista de la historia; dando preponderancia a las acciones de las personalidades en los acontecimientos sociales, manejando con eclecticismo la documentación y sin demasiados rigores científicos; ejemplos de esta especie de cronistas que, en muchos de sus trabajos contribuyeron al conocimiento de diversos sucesos históricos departamentales por parte de un públi-

co mayoritario, son Tomás O'Connor d'Arlach, Armando Alba, Heriberto Trigo Paz, Porfirio Díaz Machicao, Moisés Alcázar, Rodolfo Salamanca Lafuente, Víctor Santa Cruz. Por lo general, sus monografías y crónicas, así como las obras de más aliento, como las de Heriberto Trigo Paz y Díaz Machicao, están escritas con un estilo claro y con tendencias pedagógico moralizantes,

Humberto Vásquez Machicado (1904 -1957)

Catedrático, diplomático e historiador. Vásquez cumplió varias misiones oficiales en Europa y Latinoamérica que le permitieron acumular datos referentes a nuestra historia y profundizar sus estudios, a la vez que definir su concepción sobre la labor historiográfica a la que se entregó con pasión. Iniciado en la escuela positivista, más tarde supo aceptar —y aplicar en sus investigaciones— las directivas y métodos modernos de la ciencia histórica, especialmente en lo que se refiere a la técnica de investigación, comprobación de la autenticidad e interpretación de los documentos manejados, aspecto éste que han acentuado en sus trabajos los historiadores contemporáneos con su ejemplo, para bien de la cultura nacional, como se ve —por ejemplo— en las monografías de Gunnar Mendoza, Ramiro Condarco Morales, Valentín Abecla B., Eduardo Quiroga Arce y Juan Siles Guevara. Vásquez Machicado puede considerarse como un verdadero profesional de la investigación histórica; en sus obras predomina una lógica irrefutable y una claridad expositiva que no se pierde en rebuscamientos retóricos.

Obras principales: "El problema étnico en Bolivia" (1930); "Blasfemias históricas" (1939); "La Delegación Arenales en el Alto Perú (1941); "Facetas de la cultura boliviana" (1958) — reunión de varios artículos suyos editados por la Universidad de Oruro.

"Imperialismo Personalista"

Como el Protector temía tanto a la guerra, pactó un armisticio, pasando por la humillación de aceptar que los buques aprehendidos quedasen en calidad de rehén. Chile no ratificó el convenio y envió a la misión Egaña que se presentó en el Callao con una poderosa escuadra. Reclamamos van y reclamamos vienen, Egaña se retiró dejando declarada la guerra a la Confederación.

La diplomacia chilena anduvo activa; en el Ecuador no consiguió mayor éxito, pues este país más bien había suscrito un tratado con la Confederación ⁽¹⁾, pero en la República Argentina supo despertar las suspicacias del tirano Rosas y con argumentos convincentes ⁽²⁾ pudo convencerlo de que declarase la guerra a la Confederación, la cual se llevaba a efecto el 19 de mayo de 1837. Rosas publicó un extensísimo cuanto difuso documento justificando su actitud, la misma que hace derivar de la anexión de Tarija a Bolivia en 1826 y del apoyo prestado por Santa Cruz a los unitarios ⁽³⁾, etc., etc. El gobierno protectoral ⁽⁴⁾ y el de Bolivia ⁽⁵⁾ respondieron a ese documento.

La primera expedición chilena desembarcó en Islay en las costas del Perú a órdenes del general Blanco Encalada; adentrándose en el territorio llegó hasta Arequipa, donde se vio diezmada y depauperada, teniendo que firmar una capitulación en Paucarpata, el 17 de noviembre de 1837 ⁽⁶⁾, en cuya virtud volvió tran-

(1) S. Valdéz: Campaña.

(2) Según un autor argentino. Chile pagaba a la Argentina 30000 mensuales para gastos de la campaña. Francisco Cerdeno: Virutas Históricas. Buenos Aires, 1929.

(3) Juan Manuel de Rosas y Felipe Arana. Manifiesto de las Razones que le obligan a la declaración de guerra contra el gobierno del General D. Andrés de Santa Cruz, titulado Presidente de la Confederación Perú Boliviana. Buenos Aires, 1837. Ni hay que olvidar las tentativas de anexión del Norte Argentino a Bolivia en los primeros años del gobierno de Santa Cruz. Véase los estudios de Enrique M. Barba, publicados en la Historia de la Nación Argentina de la Academia Nacional de la Historia, vol. II, segunda sección: Formación de la tiranía, págs. 143 y sig., 297 y sig. Las relaciones exteriores con los países americanos, págs. 281 y sig. Las reacciones contra Rosas, págs. 569 y sigs., 647 y sigs. Además pueden consultarse los siguientes trabajos: Enrique M. Barba: La Misión Caviaza, Bolivia, La Plata, 1941; La Guerra de la Confederación Argentina con Bolivia, Tucumán, 1936. Miguel Angel Vergara: Jujuy bajo el régimen federal. Jujuy, 1938.

(4) Andrés Santa Cruz y Casimiro Olabeta: Contra-manifiesto al publicado por el Gobierno de Buenos Aires, sobre las razones con que pretende justificar la declaración de guerra que ha expedido en 19 de mayo último, Chuquisaca, 1837.

(5) Antonio José de Irisarri: Defensa de los Tratados de Paz de Paucarpata, Arequipa, 1838. Refutación del folleto escrito en Arequipa por don Antonio José de Irisarri. Santiago 1838. A. J. Irisarri: Revista de los escritos publicados en Chile contra los Tratados de Paz de Paucarpata; Arequipa, 1838, publicado también en Chuquisaca; A. J. Irisarri: Diálogos políticos sobre la defensa del Tratado de Paucarpata, Arequipa, junio 2 de 1838. Estos diálogos son seis todos publicados en la misma ciudad y el mismo año. A. J. Irisarri: Defensa de los Tratados de Paucarpata. Por los Editores del Foreign Quarterly Review, Guayaquil 1839.

(6) Ramón Sotomayor Valdés: Campaña del ejército chileno contra la Con-

quilamente a su tierra, comprometiéndose a devolver algunos buques apresados y que no se volvería a mezclar Chile en los asuntos internos de la Confederación (7).

Por su parte, la Argentina envió al general Alejandro Heredia (8), cuyas tropas fueron derrotadas en Humahuaca, Iruya y Montenegro por el general Otto Felipe de Braun, de noble familia de Kassel (9) al servicio de la independencia primero y de Bolivia después; el vencedor recibió el título de Mariscal de Montenegro, primero y único que cuenta la historia de Bolivia. A esto se redujo la acción armada de la Argentina.

Chile persistía en su política, pese a la trágica muerte del férreo canciller Diego Portales (10). Gamarra y muchos emigrados peruanos incitaban al gobierno a una nueva intentona asegurando la cooperación de los pueblos que acogieran al ejército chileno como a libertador. Chile rechazó los pactos de Paucarpata (11) enviando una nueva expedición al mando del general don Manuel Bulnes y guiada por peruanos, la misma que después de ocupar Li-

federación Peri-Boliviana, Santiago. 1890, págs. 150 y sigs. "Blanco e Iri-sarri, lo mismo que Garrido y que casi todos los plenipotenciarios y marinos extranjeros que trataron a Santa Cruz quedaron materialmente rechazados. Andamos el hecho como un dato psicológico útil para el bós quejo de la personalidad del gran inca". Francisco Encina— Portales, Santiago, 1934.

(7) Clemente Baski: Una Guerra poco conocida. Buenos Aires, 1971.

(8) Manuel Michaelis Braun: El Gran Mariscal Otón Felipe de Braun y la casa de H. C. Bock de Hamburgo, sin fecha ni pie de imprenta. Edición probable de 1930 y de Hamburgo.

(9) Francisco A. Encina Portales. Santiago, 1934 vol. II, pág. 127.

(10) Exposición de los motivos que ha llevado al Presidente de Chile para desaprobar el tratado de paz celebrado en Paucarpata en 1837 y renovar las hostilidades interrumpidas por el Sanguino. 1838. Se reimprimió en La Paz al año siguiente Andrés Santa Cruz y Manuel de la Cruz Méndez. Manifiesto del Gobierno Protectoral sobre el decreto del Gobierno de Chile de 8 de noviembre de 1837, en que rehusa su ratificación al tratado de paz de 17 de noviembre de mismo año. La Paz, 1838.

(11) "Santa Cruz de lo pues escapa; al enemigo. Preocupándose más de desarmar a Orbegoso que de bafiraaquel que, durante el día 13, se encontraba fraccionado y efectuando la árdua operación del embarque, además con el deseo de conceder a los chilenos otra paz como la del Paucarpata no los buscó, a fin de darse tiempo para proponerles arreglos que, a pesar de valerse de todos los medios decorosos que pudo ejercitar, fracasaron por completo. Si el Protector hubiese procedido con un espíritu ofensivo más ardiente, la operación de los restauradores hubiera sido un completo desastre, puesto que habrían sido cogidos en flagrante delito de retirada". Coronel Carlos Dellapiane: Historia Militar del Perú, citada. Vol. I, págs. 316, 331 *passim*.

ma se vio obligada a abandonarla ante la aproximación de Santa Cruz, refugiándose en sus barcos ⁽¹²⁾, para después aparecer en el norte y convenientemente posesionada, derrotar a Santa Cruz, primero en Buin y después en la decisiva batalla de Yungay el 20 de enero de 1839.

Son muy discutidas las causas de ese desastre, e incluso se habló de algún jefe que no quiso batirse ⁽¹³⁾, pero en todo caso dicha acción de armas demostró una vez más la poca o ninguna pericia militar de Santa Cruz ⁽¹⁴⁾. El ejército federal derrotado fue deshecho completamente en la persecución. Los prisioneros bolivianos sufrieron lo indecible; el general Mariano Armaza fue estrangulado. Un grupo que logró escapar, pasó penalidades sin cuento atravesando todo el Perú hasta llegar a Bolivia ⁽¹⁵⁾. En el campo mismo de batalla el general Manuel Bulnes fue nombrado Gran Mariscal de Ancash, por el propio Gamarra, quien con el apoyo de las bayonetas chilenas quedó de Presidente del Perú.

El Protector, al darse cuenta de su derrota, sintióse completamente solo y despavorido fugó a Lima recorriendo cien leguas en cuatro días, para después tener que abandonar su querida capital ⁽¹⁶⁾ y seguir a Arequipa donde se anotició que Bolivia, siguiendo el ejemplo del norte del Perú y aún de algunos pueblos del sur, habíase también sublevado contra su gobierno. Todo esto y la frialdad que sentía, convencieronle que era imposible formar un nuevo ejército con el cual seguir sosteniéndose y que su causa estaba perdida sin remedio. Renunció a todo ⁽¹⁷⁾, escapó a la costa

(12) Vindicación del coronel Mariano Sierra. La Paz, 1839.

(13) Camacho: Arte Militar. 26 págs. y sigs. Delaplane: Historia Militar, vd. I, págs. 399-400.

(14) Belisario Loza: Los sesenta y nueve episodios de la Historia de Bolivia. Sucre, 1876.

(15) "Viendo el general Gamarra que el ejército enemigo se retiraba en confusión, lanzó al aire su sombrero de dos puntas, gritando en medio de su escolta: ¡Viva el Gran Mariscal de Ancash! título con que fue conocido, desde ese día, el general Bulnes en el escudón del Perú". Gonzalo Bulnes: Historia de la campaña del Perú en 1838, Santiago, 1878, pág. 396.— Diario militar de la campaña que el ejército unido restaurador abrió en el territorio peruano el año de 1838 contra el general Santa Cruz, titulado Supremo Protector de la Confederación Perú-Boliviana, Lima 1840, pág. 121.

(16) Ricardo Palma, niño a la sazón de seis años, pudo ver a Santa Cruz cuando salió de Lima a toda escape; después, en 1864, visitó en Versalles y le recordó el hecho, Ricardo Palma Tradiciones Peruanas completas Ed. Aguilar, Madrid, 1953, págs. 142-142.

(17) Documentos relativos a la dimisión que el general Santa Cruz hizo de su autoridad como Presidente de Bolivia y Protector de la Confederación, Guayaquil, 1839.

y en medio de grandes peligros y sólo con la ayuda del cónsul inglés pudo embarcarse en el barco británico "Sammarang", donde recibió generosa hospitalidad de parte del general Juan José Flores, presidente del Ecuador. Publicó algunos folletos en su defensa ⁽¹⁸⁾, los mismos que provocaron violentas réplicas ⁽¹⁹⁾. Volvió a Santa Cruz el poder perdido y tentaba por todos los medios de retornar a la presidencia de Bolivia, cosa que creía más factible. Después de un fracaso en Cobija en 1841, dos años más tarde, en octubre de 1843, personalmente comandaba una expedición desembarcando en las costas peruanas ⁽²⁰⁾; cayó en poder de las fuerzas leales, de las cuales trató de arrancarlo Ballivián, pero fue entregado a Chile quien lo mantuvo prisionero en Chillán ⁽²¹⁾. Intercedieron por él los gobiernos de Inglaterra y el Ecuador, hasta que, al fin, en Santiago, el 7 de octubre de 1845, se firmó un convenio entre Chile, Perú y Bolivia, resolviendo de la suerte de tan temido huésped. Plenipotenciario boliviano fue don José Joaquín de Aguirre, que lo era también ante el gobierno de La Moneda. El tratado consta de cinco artículos; en ellos se estipula el inmediato viaje de Santa Cruz a Europa, donde deberá residir seis años, no pudiendo regresar durante este tiempo a ningún puerto de la América del Sur "sin el consentimiento unánime de los tres gobiernos de Bolivia, de Chile y del Perú". Bolivia se comprometía a devolverle todos los bienes que le habían sido secuestrados más sus frutos; gestionar ante el Congreso la devolución de las fincas Chíncha y Anquioma que el Parlamento de 1837 le había obsequiado y anulado tal decisión los que vinieron después de su caída ⁽²²⁾. Además, le aseguraba el pago de una pensión de seis mil

(18) Para los pueblos de Bolivia: Guayaquil, 1839. El General Santa Cruz explica su conducta pública y los móviles de su política en la Presidencia de Bolivia y en el Protectorado de la Confederación Perú-Boliviana. Quito, 1840.

(19) Unos bolivianos.— Los cinco primeros capítulos del manifiesto de Santa Cruz de octubre de 1840. Publicados con notas comprobatorias de las falsedades que contiene. Sucre, 1843. Refutación que hacen cien mil Restauradores al manifiesto publicado por D. Andrés Santa Cruz en Quito el 21 de mayo de 1843.

(20) Joaquín Torrico: *Invasión filibustera. Documentos para la Historia*. Lima, 1878.

(21) Unos restauradores: *Santa Cruz en Chillán*. Sucre 1885. Emilio Bello Godínez: *Anotaciones para la historia de las negociaciones diplomáticas con el Perú y Bolivia, 1900-1904*. Santiago, 1919, págs. 231 y sigs.

(22) Dionisio Barrientos: *Alegato hecho ante la Excm. Corte Suprema sobre el desembarco de los bienes secuestrados al ex-presidente Santa Cruz*, Sucre, 1840.

pesos anuales durante el tiempo de su permanencia en Europa. Las propiedades de Santa Cruz quedaron hipotecadas al cumplimiento por su parte de este convenio. El Protector aceptó estas condiciones y el 20 de abril de 1846 se embarcó en Valparaíso en la fragata mercante "Nueva Gabriela" rumbo a Europa ⁽²³⁾. El Mariscal Santa Cruz apenas llegado a Europa, se ocupó de viajar por diferentes países; pasada la acusación relativa a la expedición Flores al Ecuador, fijó su residencia permanente en París, sin perjuicio de viajar frecuentemente por toda Europa. Santa Cruz invistió durante muchos años la representación de Bolivia e incluso la de Guatemala ante varias cortes europeas ⁽²⁴⁾. Volvió a América en 1852, con pretensiones presidenciales en Bolivia, al igual que en 1864. No llegó a pasar de la Argentina. De retorno al viejo mundo, falleció cerca de Nantes el 13 de septiembre de 1865 ⁽²⁵⁾.

Marcos Beltrán Avila (1881)

Profesor e historiador. Estudió en los Archivos de España una extensa documentación referente a nuestro pasado con una paciencia benedictina y con un criterio riguroso por su metodología. Ha escrito también novela, teatro y ensayo filosófico. Su pasión por la verdad histórica prevalece en su honesta y valiosa producción que se caracteriza, además, por su acuciosidad y por la exposición clara de las ideas, sin temores a herir tradicionales pre-conceptos emotivos.

(23) Ricardo Montaner Bello: *Negociaciones diplomáticas entre Chile y el Perú*, Santiago, 1903, pág. 292.

(24) Andrés Townsend Ezeurra: *Misión del Mariscal Santa Cruz en Francia y Bélgica*, Guatemala, 1953.

(25) Fuera de la bibliografía citada en el texto y por supuesto que sin pretender agotarla ni mucho menos, pueden consultarse con provecho las siguientes publicaciones: *El General Santa Cruz*, de la Gaceta Mercantil, imprenta chuquisaqueña, 1839.— Reintención al folleto titulado: *Mé pro-cripción y mi defensa*, Sucre, octubre de 1840, suscrito por "Un Boliviano". Carta escrita por un vecino de Potosí con motivo de la defensa publicada por D. Mariano Enrique Calvo, Sucre, 1840. La carta está fechada en Potosí 30 de julio de 1840, dirigida al Sr. D.N.N. y suscrita por P.G.— Aniversario de Yungay. Santiago, 1846, con versos anónimos, fuera de relatos de índole patriótica.— Arturo Alessandri: *El General don Manuel Bulnes*, Santiago, 1937.— Además, para tener una idea completa de la época, es preciso revisar la prensa coetánea, tanto de Bolivia como del Perú, Chile y aún de la República Argentina.

Obras principales: "Capítulos de la historia colonial de Oruro" (1925); "La Pequeña Gran Logia que independizó a Bolivia" (1948); "El Tabú Bolívarista" (1960) y "La tormenta en le jardín de Epicuro" (1941).

"El Tabú Bolívarista"

XII.— Bolivia y el arrepentimiento del Dictador.

El Dictador, colaborado por la comisión legislativa dictó varios decretos referentes a instrucción, minas, agricultura, haciendo mejoras importantes para el buen gobierno del nuevo Estado. Es cierto que quien preparó los proyectos oyendo al Legislativo, fue Sucre, interiorizado como estaba de las necesidades del país. Esta fecunda labor fue la base para la organización y administración de la incipiente república. Puso el Dictador especial atención en la venta de las minas para que se realizaran mediante posturas; uno de los proponentes fue el coronel Diego Paraisson, masón, diligente monarquista, enviado quizás a inquirir con cautela las intenciones de Bolívar sobre el gobierno monárquico o a imbuirle.

El día 1^o de octubre Alvear propuso a Bolívar, como uno de los objetos de su misión, que destinase una expedición a liberar el Paraguay, oprimido por Francia, y otra contra el Brasil, que él estaba mejor preparado para tal operación. Entre Bolívar y Alvear debatieron bastante en Potosí y Chuquisaca este problema de la intervención que no corresponde al libro.

Estando Bolívar todavía en Puno, se dio cuenta de que la misión del General Alvear era para invitarle a bicese la guerra al Brasil y recuperar Montevideo; y, en efecto, en otra larga conferencia la Misión pidió que Colombia y el Perú auxiliaran a la Argentina para entrar en guerra contra el Brasil y que Bolívar fuera el protector de la América, para salvarla. Además, la Misión argentina le demandó que sin esperar el reconocimiento del Congreso peruano proclamara él, la independencia de la "República Bolívar". El Dictador se negó aduciendo ¡como siempre! que no tenía autoridad para tales oficios porque se lo prohibían los decretos de 23 de febrero y de 16 de mayo.

El 25 de octubre, la Misión le solicitó la entrega de Tarija que, según su gobierno, le pertenecía porque era dependiente del obispado de Salta, por disposición real del año 1807; decisión que no fue cumplida legalmente, porque un año después comenzaron los conatos revolucionarios de emancipación.

El Dictador ante este pedido diplomático complació a la Misión con el mayor desprendimiento. Mandó mediante su secretario Felipe Estenós la nota que disponía en lo principal: "que ponía en conocimiento a los señores ministros que" S.E. el Libertador ha accedido a la entrega de la provincia de Tarija, demandada por segunda vez por los señores ministros en la nota que con fecha diez del presente se sirvieron dirigir a S.E. y que en virtud ha mandado librar las órdenes necesarias para que se verifique la entrega dicha" (27 de noviembre de 1825). En este caso no estampó su firma el Dictador, sino su secretario Estenós.

Este caso de Tarija no consultó con nadie, ni pidió consejo; no existía ninguna otra autoridad para él, sino su voluntad y una oculta intención de acceder a la Misión argentina a apropiarse de Tarija, para quedar así muy bien conceptuado, halagado y solicitado interventor. Tomó para sí toda la responsabilidad que contenía esta determinación que produjo a Bolivia males e inconvenientes que duraron muchísimos años, hasta liquidar diplomáticamente con la República Argentina, que se negó aún a reconocer la independencia de Bolivia como a recibir oficialmente al plenipotenciario José Mariano Serrano, y Bolivia se vio en el caso vidioso de romper relaciones. El padre fundador se mostró dádivo por una parte y por otra le aprestó inconvenientes graves desde temprano a la Nación.

Existía en Bolivia un Congreso, una comisión permanente de diputados, precisamente para asesorar en casos delicados; autoridades legítimas de quienes no averiguó nada al respecto ni les pidió antecedentes, y, lo más grave, Bolívar que alardeaba de respetar la voluntad de los pueblos, no consultó cuál era el ánimo del pueblo tarijeño, cuyos diputados José Ruiloba, Baltasar de Arce y Joaquín Tejerina, clamaron a las puertas del Congreso para ser recibidos como natos representantes de Tarija. Pues nada, salga bien el Dictador con sus lisonjas a la Argentina y que Bolivia se quede con el conflicto.

Lo más serio de este proceder sin control fue que inició el primer acto de desmembración que se comió en Bolivia, y conociendo que el Brasil amenazaba ocupar el territorio de Matogrosso al cual tenía Bolivia derecho, según el Tratado entre los reinos de España y Portugal. Pero Bolívar recibió una lección maestra sobre este hecho. El Congreso boliviano del año siguiente lo desautorizó en términos cabales, decretando "La Representación Nacional: desconoce los actos y niega ratificación a las negociaciones porque haya sido desmembrada la provincia de Tarija del te-

territorio del Alto Perú, hoy República de Bolivia". El segundo artículo dispuso: "Que en virtud de las reiteradas negociaciones de Tarija y de su libre y espontánea resolución para incorporarse a Bolivia, se admite en Congreso Constituyente a sus diputados que se hallan en esta capital".

Por esta resolución legislativa ingresaron a la Sala de Sesiones del Congreso los patriotas tarijeños José Fernando Aguirre y José María de Aguirre, que fueron recibidos con aplausos por los legisladores. Tarija quedó incorporada a Bolivia.

Además, el Congreso manifestó que lo "mandado por Bolívar sólo puede apreciarse como medida militar, como Jefe de un solo Ejército en estado de guerra, cuya validez debe hacerse por la sanción del cuerpo legislativo, y que para conocerla, exige los documentos que dieron mérito al Libertador, acentuando que no reconocen ninguna deliberación que desmembre el territorio de la República". ¡Soberbia lección!

Si Bolívar hubiera consultado como era su deber, porque al fin no era Bolivia tierra disponible o conquistada, habría sabido que el pueblo de Tarija el día 5 de julio de 1825, reunido en gran Asamblea, pidió pertenecer al Alto Perú aún antes de que existiera como nación soberana. Anheló popular que había que respetar y que fue ratificado posteriormente. Esta determinación tenía todos los caracteres de un plebiscito que obligaba el acatamiento, porque es el máximo derecho que tiene un pueblo para manifestar su voluntad; y Bolívar, como en otras ocasiones, fue en contra de esta ley que le obligaba a respetar o por lo menos a consultar y no disponer de un territorio muy ajeno a su mandato, fuera de Derecho.

Tarija, con cuatro actas populares de adhesión a Bolivia; con una sublevación popular contra la autoridad argentina del Gobernador político militar coronel Gordaliza, a quien lo depuso y lo despachó hasta Yavi con un piquete de caballería; Tarija, gracias a su hombría demostrada con hechos y peticiones, triunfó de la precipitada determinación del Dictador, y evitó patrióticamente esta primera mutilación del territorio boliviano, patrocinada por Bolívar.

En esta emergencia tomó parte de hecho en contra de la determinación entreguista, el famoso guerrillero Eustaquio Méndez, uno de los pocos sobrevivientes de la guerra, apercibiéndose a su gente a favor del pueblo de Tarija contra la disposición dictatorial.

Así quedó en suspenso este enojoso asunto.

Augusto Céspedes (1904)

Periodista, parlamentario, historiador, novelista y diplomático, Céspedes es —aún para sus enemigos políticos— uno de los intelectuales que no solamente ha dado prestigio internacional a la cultura boliviana, sino uno de los esforzados luchadores nacionalistas que, a través del periodismo y en el parlamento, —con una intransigencia ejemplar— ejerció la alta misión de cuestionar y denunciar los males sociales, políticos y culturales de nuestra dependencia, exaltando el heroísmo y los valores del pueblo boliviano. Ninguno como él, excepción hecha de José Antonio Arze y Carlos Montenegro, puede enorgullecerse de haber llevado una tan prolífica siembra de auténtico compromiso social. Vida y obra en Céspedes son, pues, una misma cosa: su inmersión en la savia revolucionaria nacionalista y la indeclinable vocación de expresar, a través de la palabra considerada como un arma, la realidad en la cual nace y se justifica esa savia. Puede ser que muchos aspectos de su obra hayan perdido su vigencia: ciertos errores de concepción debidos a una inconsciente contradicción ideológica (su nacionalismo idealizante que se contrapone a su crítica en base a postulados materialistas); y algunos usos lingüísticos y concepciones de la obra de arte, de la estructura narrativa, sobre todo, ya perimidos, — pero ella sostendrá aún el andamiaje ideológico de la creación cultural boliviana.

Obras principales: "Sangre de Mestizos" (1936); "Metal del Diablo" (1946); "El dictador suicida" (1956); "El presidente colgado" (1962).

"El Dictador Suicida"

Del capítulo III "Doctrina de la Anticultura":

Contemporáneamente a Arguedas apareció otro personaje que expresó el drama de la asfixia de Bolivia con fuerza y belleza nacidas en su grandioso individualismo. Este personaje era Franz Tamayo, autor de "La Creación de la Pedagogía Nacional", que marcó respecto a "Pueblo Enfermo" un contraste de jerarquía por el estilo, la sustancia y la orientación.

Ambas fueron obras publicadas casi simultáneamente. El frenesí anatómo-patológico de "Pueblo Enfermo" agradó al público mientras el silencio se tragó "La Creación de la Pedagogía Na-

cional", recopilación de 45 editoriales que Tamayo escribió, a uno por día, en "El Diario" de 1910.

Tamayo proclamó, con su prosa, sin vacíos cual relieve barroco, el imperativo de dar a la vida nacional la sangre autóctona que le negaba la descolorida intelectualidad criollo-mestiza. Su ilustración clásica y humanista, de filósofo y esteta, afinó su sensibilidad autóctona cuando, al remontar la corriente arterial de la raza nativa, halló en el humilde superviviente del imperio destruido, el indio, la única fuente potencial de un destino nuestro. Con enunciados de esta calidad: "Tenemos que librar aún la última campaña de la independencia y destruir definitivamente el espectro español que aún domina nuestra historia" y: "Somos un algo vivo: debemos descubrir nuestra ley de vida que seguramente no es francesa ni otra, sino boliviana", exploró y cubió los yacimientos de lo nativo y su potencia cultural, como nadie supo hacerlo hasta entonces en América. El antiimperialismo coetáneo de Manuel Ugarte y la posterior "Indología" de José Vasconcelos no alcanzaron la profundida de la revolución interior planeada por Tamayo, a quien por eso y por precedencia, le corresponde el título de fundador de la teoría indoamericanista en el Continente.

Después sólo Carlos Montenegro, con su antítesis de "Nacionalismo y colonaje", extrajo de los escombros de la historia boliviana el sentido íntimo y viviente de la afirmación nacional.

Tamayo, ser paradógico, en cuyo interior convivían la civilización y la barbarie, el erudito blanco y el indio mágico, no pudo resistir los rayos del sol de la época que bañaban la amplia periferia de su intelecto. El invocador de lo terrígeno al abordar el plano político, se inclinó por el macaquismo que él mismo condenara y, a imitación de la burguesía francesa, fundó un partido de élite llamado Partido Radical. El partido resultó un semillero de tráfugas, un puente para que sus adherentes se pasaran al liberalismo o al republicanismo.

El drama de la cultura actuó con otras atroces alternativas en el pensar de Tamayo, convertido en protagonista de contradicciones a causa de la extraña incomunicación entre su ilustración europea y su alma indígena. Su familiaridad con las grandes ideas de la civilización occidental, unida a su calidad de terrateniente, le afirmó dentro de la clase dominante, permitiéndole el lujo de ser original y rebelde tan sólo dentro de ella. Contrapuso a la mediocridad oligárquica, en política, los ejemplos de las democracias griega e inglesa, y en literatura, la egregia aristocracia de su lenguaje.

La preterición del tema nativo ante su cultura helenística, floreció así en "La Prometheida o las Océánides", tragedia lírica publicada en 1917. Con un procedimiento al que Guzmán de Rojas habría denominado coagulatorio, el poeta obtuvo efectos deslumbrantes en versos que son prodigio de síntesis de la inquietud universal. Evadiéndose del ambiente, utilizó los símbolos clásicos para cumplir el "séxtuple periplo" de su alma en busca de la plenitud, sobre "el invicto Cáucaso" en un "paisaje esquiliano". Mas evoca, sin duda, "La Prometheida" un templo apolíneo invadido por las enredaderas del tronco. Nadie pudo seguir el periplo de Psiquis, la protagonista irredenta. Se comentó que "La Prometheida" era tan difícil de entender como si Tamayo la hubiese escrito en griego. Nadie tenía siquiera una cerilla encendida para avanzar un paso en el suntuoso interior del templo cuyos capiteles se decoraban con el cobre nativo de un castellano prohibido, fundido en estrofas dannunzianas que, algo más que un canto o música en palabras, eran el pensamiento en escala sónica. "Nadie me entendió. Como siempre: margaritas apud porcos" sentenció años después el poeta desdeñado por su público burgués.

"La Prometheida" quedó reducida a curiosidad bibliográfica y la "Creación de la Pedagogía Nacional" a ensayo académico (1).

El destino de estas obras de Tamayo denuncia el índice mental de la oligarquía. Repudiaba por instinto toda teoría revolucionaria indigenista y, por añadidura, era incapaz de comprender una obra burguesa de gran estilo. Un rasgo típico de esta incompetencia se halla en don Rosendo Vilalobos, poeta a cuya pericia se encomendó hacer la síntesis de la literatura boliviana. Vilalobos, al mencionar "La Prometheida", dice: "Para quienes somos ignorantes en el conocimiento griego... no hay más que confesar la imposibilidad de apreciar el valor literario de esa obra" (2).

En la segunda década de este siglo se empieza a precisar la implantación de la anticultura como garantía de la libre explotación del estaño.

Durante el pasado siglo y hasta comienzos del gobierno liberal, el desconocimiento de las funciones del capital monopolista explica en cierta forma la indefensión del país frente a dicho capital. Pero luego, al acumularse los hechos de la explotación sin

(1) Pasados 30 años, el gobierno Villarroel reeditó y distribuyó oficialmente la "Pedagogía Nacional".

(2) "Bolivia en su primer centenario", p. 925

disimulo, se impuso la ignorancia premeditadamente, como norma educativa. Los conductores del pensamiento y el gobierno del país experimentaban los excesos de la empresa minera incontrolada, pero nada hicieron para controlarla. Se redujeron, como Montes, a calificar de "anomalía financiera" el aniquilamiento de la nación. La clase dominante se concertó con el superestado para eneubrir tal proceso degenerativo, combatiendo todo brote de cultura o de civilización que pudiera oponerse al vasallaje.

La economía puede producir la cultura o la incultura. En Bolivia alcanzó a crear la anticultura, o sea el estrangulamiento de toda cultura, como exigencia necesaria y funcional de la mecánica de la industria extractiva. La incultura de la plata fue sustituida por la anticultura del estaño, no sólo opuesta a la cultura, sino a la civilización o tecnificación del país. La filosofía estañífera tendía a hacer desaparecer Bolivia como Estado para aminorarla a una concepción de la Gran Minería ya idiotizar a su pueblo para obtener el servicio sumiso y barato del ilota.

Señala precisamente el segundo gobierno de Montes —cuando se denunciaron los abusos de la industria estañífera— el comienzo del deliberado envilecimiento de la conciencia boliviana. Atropeadas las comunidades indígenas y asfixiada la agricultura, la minería pudo disponer siempre de peones baratos. En vez de la pedagogía nacional se estimuló por igual la autodenigración arguediana, paralelamente al mito de la grandeza liberal. En pedagogía se impuso el eclecticismo idealista de Sánchez Bustamante, abogado de la Bolivia Railway que, como ministro de Instrucción, importó una misión belga. La educación del ejército se confió a un general francés, Severt, y posteriormente al alemán Hans Kundt. Para el servicio exterior se fabricó una serie de diplomáticos estilo rococó.

La anticultura controló el programa de las universidades, manteniéndolas al nivel de ineficiencia constante, lejos del acceso a la ciencia económica, las finanzas y la técnica. La propia Rosca se enfangó en ese terreno, al extremo de carecer de una preparación financiera o jurídica. La minería siempre dirigió su actividad mediante técnicos y consejeros extranjeros, y sus mediocres abogados nativos vencían las causas únicamente merced al temor o al soborno de funcionarios o jueces.

La prensa cooperó en esta transfusión de la sangre de una nación por el estaño. Cooperó con su labor educativa ofreciendo cotidianamente al pueblo, a cambio de su nivel de vida, el más bajo de América, los mitos y tabús del Superestado. Tabús espe-

cificamente extractivos; el tabú de los costos de producción del estaño; el tabú de las fundiciones del mineral; el tabú de la masonería, el tabú del Banco Central, el tabú del Ministerio de Hacienda, el tabú del ferrocarril a Yungas. Y los mitos: el de "gran era liberal", el de "nuestros grandes diplomáticos", el de "los verdaderos estadistas", el mito del Ejército, el de los Maestros de la Juventud, y el mito de la Constitución.

En sincronía con la prensa y en una misión análoga, se redactaron los programas de los partidos y se escribió la historia instalando en la Constitución ficticia el punto de referencia para clasificar hombres e ideas, sin tocar los fenómenos sociales ni económicos de la explotación minera, el imperialismo, la Rosca, la masonería, el Ejército, ni las masas indígenas y mestizas, fenómenos que siempre se dejó en la penumbra.

La nación boliviana pudo salvarse gracias al analfabetismo, a la incomunicación de sus grandes masas con la pedagogía del estaño. El pueblo conservó sus esencias puras con las que matizó las costumbres, infundió inspiraciones a los artistas que, como Guzmán de Rojas, hallaron en el camino del indio el secreto de su liberación y mantuvo en el subconsciente la personalidad nacional".

Federico Avila:

"El Fundador de Tarija" (Vida de don Luis de Fuentes y Vargas)

El origen y las inmigraciones de los Chiriguano

Está ya probado que los indios chiriguano pertenecían a la familia lingüística tupí-guaraní. Rama de esta gran nación, o más exactamente muchedumbre separada del conjunto de las tribus llamadas guaraníes del Paraguay y del Brasil meridional, vinieron a establecerse al pie de los Andes a fines del siglo XV y a principios del XVI, después de haber atravesado las vastas y solitarias llanuras del Chaco.

Las causas de este gran movimiento que trajeron a tantos miles de guaraníes hacia las fronteras del Imperio Incaico se explican por el singular atractivo que los objetos de metal, los vestidos, en una palabra, todo lo que puede hacer la vida más fácil y más bella, han ejercido sobre la febril imaginación de estos indios. El Perú y sus riquezas eran, desde mucho tiempo atrás, conocidas por los guaraníes del Paraguay y los Tupís de la costa del Brasil. Reci-

bían por intermedio de los pacíficos Chanes, Churumatas y Tomatas; instrumentos de cobre y adornos de plata y, algunas veces, también de oro. Al mismo tiempo que otros objetos les llegaban descripciones confusas de los originales pueblos de las montañas, que vivían en casas de piedra, y les proporcionaban para su servicio "siervos de pelo largo" que adornaban sus personas con brillantes joyas. Hachas de cobre, collares, brazaletes, placas pectorales, diademas y vasos de plata, recibían los Chiriguano por los pasos de los contrafuertes andinos que haciendo fácil la entrada al Chaco, permitían el trato y el comercio de los Kollas con los Chanes a quienes Manso y otros exploradores encontraron como pacíficos y primitivos señores de los llanos rodeados por el Parapetí, el Paraguay y el Bermejo. Estos Chanes, que vivían en contacto directo con la población del Imperio Incaico y traficaban con ella, jugaban el rol de agentes de comercio y, por su intermedio, útiles, adornos, armas y objetos de metal, llegaban al Paraguay y al Brasil.

Esta infiltración de objetos duró probablemente mucho tiempo antes que los guaraníes hayan concebido el propósito de ir ellos mismos a buscarlos en su lugar de origen. Las fabulosas noticias del Imperio Incaico, al comienzo vagas e inciertas, se fueron precisando poco a poco y aumentaron su deseo de conocer a los hombres y a los países fabulosos que producían tantas cosas bellas y raras. Una irresistible atracción que alcanzó a sumir formas y caracteres de fascinante embrujo, ejercían la cultura superior, las maravillosas riquezas, las bellas tierras, el sagaz gobierno, en suma, la superioridad organizativa y creadora de los Inkas, sobre el alucinado y crédulo espíritu guaraní. El poseer siquiera un objeto de hierro, el sólo oír el nombre de un arma de cobre o un adorno de plata u oro, ejercía una tal fascinación sobre el guaraní que, esto solo, era ya motivo para que los indios, desafiando los más grandes peligros, se lanzaran a cualquier ciudad incaica o dominada por los Inkas, en busca del codiciado metal.

Y como estos indios eran belicosos, valientes guerreros y habituados a triunfar sobre los pacíficos Chanes, Chiriquitos, Churumatas, Tomatas, Diaguitas y Chichas, pronto se sintieron bastante poderosos para tentar empresas cada vez más osadas y temerarias. Y como además no retrocedían ante expediciones lejanas, eran tribus nómadas y trashumantes de naturaleza y estaban dotadas de un espíritu de ventura por lo que se les dio el nombre de "Fenicios de la América del Sur", a principios del siglo XVI estaban en plena fuerza de expansión sin que les amedrente en nada la desolada travesía de las inhóspitas llanuras del Chaco.

Esta travesía había comenzado ya durante el reinado de los últimos Incas, como lo prueban numerosos y fehacientes testimonios de los anales y tradiciones quechuas. Los primeros guaraníes que, después de haber atravesado el Chaco, regresaron a su territorio ricamente vestidos, ataviados con adornos de metal y portadores de armas y objetos de oro, suscitaron, sin duda, la misma consideración de superioridad que se tenía hasta hace poco para todo chiriguano moderno que regresaba a su país después de afortunada permanencia en los ingenios azucareros argentinos o en las poblaciones del sudeste boliviano. Había que verlos entonces, vestidos de pies a cabeza, calzados y armados, haciendo cabriolas en sus caballos...

El Encanto de "Las Aguas de Tarixa"

Al finalizar el año de 1572, don Luis de Fuentes y Vargas, estando muy atareado en los Chichas con los frecuentes malones chiriguanos, recibió una inesperada comisión de la Audiencia de Charcas para "encaminarse, sin demora alguna, a las aguas de Tarixa y prender y traer a esta Capital de La Plata al capitán Juan de Galindez y a otros fugitivos que, habiendo sido condenados por esta Chancillería, por varios crímenes y atropellos, sabe esta Audiencia que, en contubernio con los indios enemigos chiriguanos vienen alterando esas regiones y maltratando a los pacíficos Tomatas y Churumatas, súbditos de la Corona.

El oidor Cepeda firmaba el pliego como Presidente de la Audiencia, y lo ordenaba a Fuentes que tomara todas las precauciones y los cautelosos recaudos del caso para no ser víctima de los feroces selvícolas, llevando, en consecuencia, "varios de los más selectos soldados y algunos indios Quechuas que, esta Audiencia, sabe han entrado a esas regiones con el General Núñez del Prado y otros que fueron a esos valles como empleados y sirvientes del Capitán Juan Ortiz de Zárate, cuando éste trató de lundar una ciudad en dichas aguas de Tarixa". El Licenciado Cepeda agregaba finalmente que, proyectando esa Chancillería, de acuerdo con el virrey Toledo, la repoblación de la dilatada Encomienda que se dio al dicho Ortiz de Zárate, quien la abandonó por haber sido designado Tercer Adelantado del Río de La Plata, la Audiencia, al conocer que "Zárate dexó en las aguas de Tarixa grandes cantidades de ganado que vienen matando y exterminando los indios enemigos", ha dado ya los pasos necesarios para que "se funde nuevamente un pueblo cabecera en esas vegas que, fuera de ser la natural fuerte y el mejor camino al Río de La Plata son las más in-

dicadas para tener a raya, por esos sitios, a los feroces Chiriguano que tantos males vienen ocasionando a estos reinos".

El Licenciado terminaba diciéndote que aprovechara esa dedicada y peligrosa comisión para averiguar e informar acerca de la conveniencia "de esta población y las ventajas que ella traería a estas fronteras constantemente amenazadas por el bárbaro". Cuando don Luis de Fuentes se informó y sopesó todos y cada uno de los peligros que le esperaban en esta comisión, estuvo a punto de negarse, alegando que, en esos momentos, su presencia en los Chichas era irremplazable, ya que como nunca esos días los Chiriguano por una parte, y los Omahuacas por otra, tenían cercada la Provincia a su cargo. Pero, fiel soldado como era y siempre obediente a las órdenes superiores, venció el súbdito teat, y, luego de elegir los mejores soldados y algunos indios Quechuas que habían estado en las regiones donde tenía que actuar, bien armados y pertrechados, para el largo viaje y la temeraria empresa, salieron de la Capital de los Chichas el 28 de diciembre de 1572, después de haber oído solemne misa y comulgado todos como quienes saben guanos.

En los días que don Luis de Fuentes recorrió esas eglógicas huertas, que él plantó con visionario afán, consciente de que ellas que van en busca de la espantosa muerte en manos de los Chiricon el paso del tiempo serían el granero de las hirsutas y yermas altiplanicies y el firme sostén de los centros mineros, su piadosa alma de herviente cristiano se reconfortó y ganó ánimos para proseguir la empresa que venía realizando como industrioso y amado Corregidor de los Chichas.

5) La Biografía.

La revalorización de muchos aspectos históricos y el deseo de magnificar la acción política, militar, parlamentaria y cultural de personalidades sobresalientes del pasado, han sido los principales móviles para la elaboración de monografías y ensayos biográficos que abundan. En dichos escritos, al contrario que en la novela y el cuento, es notoria una utilización más correcta de la expresión literaria, incluso en algunas páginas hay descripciones mejor logradas que en cualquier novela. Pero tampoco se ha logrado evadir el uso de ciertos términos retóricos, sobre todo en los análisis psicológicos de los biografiados, — aspecto éste que muy pocas veces sobrepasa el esquematismo. En otras biografías se acentúa

la interpretación de los condicionamientos sociales e históricos, la acción de las masas y de la mentalidad reinante entre esos grupos, pero siempre termina por predominar el enfoque subjetivista interpretativo.

Los ensayos biográficos más logrados son los escritos por Adolfo Costa Du Rels, Ignacio Prudencio Bustillo, Manuel Carrasco, Alfonso Crespo, Augusto Guzmán, David Alvístegui, con sus tres densos tomos sobre Salamanca, Horiberto Trigo Paz, sobre O'Connor d'Arlach, Manuel Frontaura Argandoña, Humberto Guzmán Arze y Alipio Valencia Vega.

Manuel Carrasco (1892 - 1964)

Abogado e historiador. Lo que sobresale en la obra de Carrasco es su pulcritud, su capacidad de estructurar una biografía en base a la claridad y buen manejo de los elementos documentales para efectuar una eficiente caracterización psicológica. Estas virtudes, sin embargo, contrastan con su interpretación ideológica de la época y de sus personalidades biografiados su liberalismo humanista no le permitió comprender las determinaciones socio-económicas del proceso histórico y, por ello, tampoco pudo aceptar la revolución operada en la vida nacional a partir de la Guerra del Chaco y de abril de 1952. Su obra merece considerarse entonces por sus virtudes propiamente lingüísticas y por algunos análisis psicológicos.

Obras principales: "Murillo, el abanderado de la libertad" (1948); "El General José Ballivián" (1949); "Estampas históricas"; "Simón I Patiño".

"José Ballivián"

Santa Cruz y Ballivián

Para juzgar a estas dos figuras eminentes que con tanto vigor gravitaron en Bolivia y en los países limítrofes durante el segundo cuarto del siglo XIX, sería inútil buscar semejanzas. Ambos son, en verdad, completamente distintos por su origen, por su mentalidad, por su carácter, por sus costumbres y por sus reacciones personales. Santa Cruz es reservado y calculador, impasible y sobrio, negociante astuto y celoso guardián de sus centavos. Ba-

llivián es impetuoso y ostentoso, sibarita y alegre, manirroto y locuaz. Coinciden, sí, en una desmesurada ambición de mando a todo trance, sin mirar los peligros, sin importarles la opinión pública, convencidos ambos de ser los únicos capaces de labrar la felicidad de la patria; semejanza, por lo demás, común a todos los caudillos. Pero en el correr de su vida tumultuosa y a pesar de sus muchos defectos y errores, nos dejan ambos la impresión de su elevada y admirable personalidad que pareciera destacarse en fondo de luminoso cielo sobre las cumbres del Illimani y del Illampu.

Santa Cruz nació en La Paz el 5 de diciembre de 1792 y descendía por línea materna de los caciques Calaumana, establecidos en Huarina; pequeño caserío indígena al borde del Lago Sagrado de los Incas. Su madre, doña Juana Basilia Calaumana, contrajo matrimonio con don José Santa Cruz y Villavicencio que era de hidalga cepa. Existe la extraña coincidencia que don José Santa Cruz fue, como don Jorge Ballivián, una de las víctimas de la matanza del año 14. Recordemos que ambos fueron asesinados en la prisión y que sus cadáveres fueron arrastrados por la plebe enfurecida hasta el cementerio de La Paz.

Desde muy joven se alistó Andrés Santa Cruz bajo las banderas realistas, combatiendo con diversa fortuna, hasta que los primeros días de enero de 1821 ingresó al ejército libertador del sud bajo las órdenes del general José de San Martín y pasó luego a la división colombiana que mandaba el general Antonio José de Sucre. El 24 de mayo de 1822 obtuvo Sucre una espléndida victoria en Pichincha, teniendo a Santa Cruz como comandante de su ala derecha. De nuevo triunfó en Junín, bajo el mando del Libertador Bolívar, pero se halló ausente en la gloriosa batalla de Ayacucho.

Santa Cruz era de estatura mediana, de caja torácica ancha y robusta, de semblante enérgico y rudo. Como político, era el más inteligente de los generales del Libertador, y por eso, Bolívar que era el genio tutelar de la guerra y de la paz, encargó el comando del ejército a Sucre y puso a Santa Cruz en el gobierno del Perú en 1826. Inspirado en el pensamiento del Libertador, Sucre, autorizado por la Constitución, lo designó en 1828 para sucederle en la Presidencia de Bolivia. Fue Santa Cruz en ese cargo un gobernante que desarrolló excepcionales cualidades de administrador. Logró meter en cintura durante diez años a toda la masa plebeya, indisciplinada y arisca, y a los doctores ensoberbecidos que sentían por él un temeroso respeto. Se hizo temer y respetar por to-

dos los militares de todos los rangos, los cuales se sentían disminuidos en su presencia. Era imposible contrariar a Santa Cruz en cuestiones de gobierno: esbochaba atentamente como midiendo la estatura mental de su interlocutor y luego hablaba con tal autoridad y con tal profunda convicción, que sus ideas tenían siempre que prevalecer con general asentimiento.

Los que querían deprimirle le llamaban indio, pero estaría orgulloso de su ascendencia incásica porque era una fuerza y un fuego interior que ardía en su ser dentro de su aparente mansedumbre de volcán apagado.

Dominó sin oposición en Bolivia y tenía un considerable partido en el Perú. Obsesionado por la Confederación, fue tendiendo con paciencia infinita los hilos de su trama y no fue al Perú como un invasor, sino como el Supremo Protector. Su gran figura de estadista se desplegó en la Confederación Perú-Boliviana, concepción genial incomprendida y aniquilada por oscuros intereses.

En cambio Ballivián era un guerrero que murió invicto. Figura procesora y varonil, dominadora y atrayente, era en la guerra como un maestro de ajedrez que estudiaba los más leves movimientos del enemigo y al primer descuido caía sobre él como un rayo y lo arrollaba con impetu incontenible. Así venció en Yanacocha, en el puente de Uchumayu, en Socabaya, en Ingavi y en Vitiobi. El destino lo apartó del desastre de Yungay y quién sabe cuál hubiera sido el curso de la historia si Ballivián hubiera dirigido la batalla en su carácter de Jefe de Estado Mayor de la Confederación.

Santa Cruz y Ballivián se completaban. Ellos habrían construido juntos el país del futuro; pero eran ambos demasiado ambiciosos y no cabían reunidos en un mismo ámbito, por lo cual se alejaron uno del otro y cultivaron una enemistad encarnizada y perdurable. Lo que además frenó el esfuerzo de los gobiernos de Santa Cruz y Ballivián fue el factor económico en un medio indolente y paupérrimo, negligente y egoísta. El hacendado, el burócrata y el artesano creían que la libertad consistía en que no se los molestara más ni con las leyes, ni con los reglamentos, ni con las gabelas que les impusieron los agentes de la extinguida monarquía española.

La victoria de Ingavi produjo el milagro de unir por un corto tiempo a todos los bolivianos, inclusive a Santa Cruz que desde su retiro de Guayaquil mandó a Ballivián una cálida felicitación. Quiso entonces Ballivián llegar a un acuerdo con el partido crucista y se valió de un eminente amigo de ambos, don Pedro José de

Guerra, el cual escribió a Santa Cruz el 30 de abril de 1842, pero Santa Cruz hizo oídos sordos a la invocación de Guerra. Los dos hombres estaban ya frente a frente, Santa Cruz y su partido conspirando sin descanso y Ballivián con el arma al brazo y en actitud vigilante, alerta a los más leves rumores del revanchismo peruano y de las intrigas internas y externas del crucismo.

Santa Cruz aparentaba en Guayaquil una extrema pobreza. El Congreso boliviano cometió el error de decretar la confiscación de sus bienes para quitarle los recursos con que movía a su partido, lo cual, tratándose de un hombre tan apegado a sus bienes y cuya economía rayaba en la avaricia, lo exasperó y sirvió de estímulo a su ambición, pero como era tan astuto y cuidadoso administrador de su fortuna, es probable que no careciera de holgados recursos. El escritor Rafael Alberto Arrieta, biógrafo de don Gregorio Baeche, refiere que Santa Cruz se asoció durante su presidencia a ese culto y esforzado comerciante en negocios comerciales y mineros, quedándole a Beeche un amargo recuerdo de su sociedad con el caudillo altoperuano.

Era Beeche un bibliófilo que tenía verdadera pasión por los documentos históricos y llegó a formar una de las más nutridas y valiosas bibliotecas de América. Poseía además un comercio próspero en Chuquisaca, con sucursales en Potosí y Cobija y las minas de Gatico en las cercanías de Cobija. Al ver prosperar sus negocios Santa Cruz colocó en ella diez mil pesos fuertes al quince por ciento anual y posteriormente ingresó como socio en la Sociedad Uriburu, Beeche y Compañía, con un aporte de cuarenta mil pesos. A raíz de una invasión de tropas peruanas a Cobija, las minas de Gatico sufrieron un descalabro pero Santa Cruz pudo salvar sus fondos en condiciones ventajosas.

Alipio Valencia Vega (1908)

Abogado, catedrático e historiador. Valencia Vega es un empeñoso investigador del proceso nacionalista en nuestra historia, el cual se encuentra encarnado en las luchas político-sociales de las masas explotadas. Sus planteamientos historicistas permiten evidenciar que parte de nociones filosófico-antropológicas del Materialismo que, en muchas partes de sus estudios, caen a veces en ciertas interpretaciones mecanicistas, sobre todo cuando juzga el coloniaje. Sin ser un gran prosista, tiene vigor expositivo

y maneja su documentación en vistas a una interpretación objetiva y descarnada.

Obras principales: "Desarrollo del pensamiento político en Bolivia" (1953); "Julían Tupac Katari" (1950); "El indio en la Independencia" (1962).

"Julían Tupac Katari"

(Caudillo de la liberación india)

Segunda Parte: V: La Aparición del Caudillo

Julían Apaza insurge en la historia de la vida colonial con caracteres netos de gran caudillo. Los españoles dominadores de América habrían querido, seguramente, trazar el cuadro de los acontecimientos históricos de sus colonias en el Nuevo Mundo, con estricta sujeción a sus propios intereses, y en lo que se refiere a los indios, para confirmar su inferioridad, habrían deseado que su historia hubiese terminado con el derrumbe de Cajamarca. Julían Apaza, en este sentido, como todos los demás caudillos de la rebelión indígena, resulta un advenedizo para los cronistas prohibidos de aquellos tiempos y los posteriores.

Empero, de las contradicciones latentes en la sociedad colonial, aunque pagados por el interés de las castas dominantes, surgieron hechos notables que no hay más remedio que anotarlos en los anales americanos, aunque se haya tratado de deformarlos en su esencia, tanto como falsificar la personalidad de sus gestos y conductores.

Apaza, pese al aparato opresivo de la dominación española, y más bien a causa del padecimiento impuesto a su raza, surgió como caudillo. En ninguna parte del mundo, en ningún tiempo de la historia, puede señalarse la actuación de un conductor de masas como producto aislado de su particular personalidad. Y en el caso de Julían Apaza, esta circunstancia se realiza visiblemente.

Un caudillo, para serlo, para no ser considerado por la posteridad como un bufón o un ridículo ambicioso, para adquirir categoría en la veneración de las generaciones del futuro, tiene que representar y concentrar en sí mismo el descontento, las aspiraciones, las reivindicaciones y la energía luchadora de las masas.

Un caudillo no tendría razón de ser si no hubiesen masas humanas que lo sigan y que acepten su dirección y su mando. La existencia de un caudillo depende, además, de la realización de de-

terminadas condiciones objetivas y subjetivas. Los caudillos, en la historia de la humanidad, encabezan siempre luchas cruentas por uno u otro ideal, o por satisfacer determinadas necesidades colectivas. Hay, en consecuencia, caudillos de las buenas y de las malas causas, pero para serlo, en uno u otro campo, tiene que constituir simultáneamente expresiones personalísimas y multitudinarias de esas determinadas condiciones objetivas y subjetivas, que son como el clima o el caldo de cultivo, que da consistencia y vigor al dirigente, al jefe.

Las condiciones objetivas, como en el caso de Apaza, estaban dadas desde el primer tiempo de la Conquista y la Colonia. Los españoles, herederos de una mentalidad feudal, incapaces de elevar sus concepciones del mundo de los señores y los siervos hacia la organización de una democracia que, reteniendo el sentido social de la organización indígena precolonial, le hubiese dotado de la experiencia técnica de la civilización europea, sólo construyeron la armazón egoísta de sus propias posibilidades para erigirse como casta dominadora y dueña de privilegios y riquezas, amén de sojuzgadora de esclavos y siervos.

Los indios, pese a que eran reputados por sus conquistadores como algo menos que hombres, desprovistos de inteligencia y juicio, pronto se dieron cuenta de su desgracia. Sintieron en lo más profundo de su ser el despojo de sus tierras y sus bienes; conocieron también la pérdida de su libertad personal, y aprendieron, bajo una inhumana tiranía, que la única razón por la que se toleraba su existencia por parte de los colonos españoles, era la necesidad que tenían de bestias de labor que ejecutasen con su trabajo la prosperidad de la casta dirigente.

La situación de los indios era tan desastrosa después de la Conquista y durante el Coloniaje, que llegó a conmover a algunos representantes del mundo opresor. Autoridades civiles y eclesiásticas hubo —bien que excepcionalmente— hicieron llegar hasta los estratos del rey de España su clamor favorable a la humanización del trato a los indios americanos.

Y está demostrado por la historia, en todas partes del mundo, que las formas opresivas de la tiranía, al determinar el sufrimiento de las masas populares, realizan aquellas condiciones objetivas gracias a las cuales prosperan el descontento y la rebelión, y que precisamente estas condiciones objetivas desembocan, con el transcurso del tiempo, en la revolución, pues las clases opresoras cada vez más ciegas, no reconocen el avance de la historia, niegan la evolución, creen en el encantamiento y acentuando los

dolores de las mayorías que dominan, las excitan a realizar saltos violentos.

Pero para que se verifiquen las grandes explosiones de rebeldía de las multitudes, hacen falta también ciertas condiciones subjetivas, realizables en cada persona del conjunto social, en las élites conductoras y en el caudillo de la cúspide. Estas condiciones subjetivas se traducen, primero, como el sentimiento y el conocimiento pleno del padecimiento que se sufre, y después, como la convicción incommovible de la injusticia de ese mismo padecimiento.

La coexistencia de estas condiciones subjetivas y objetivas plenamente desarrolladas tiene que coincidir aún, con el advenimiento de grupos o jefes capaces de encauzar la acción y conducirla en pos de la destrucción del régimen opresivo que pesa sobre ellas. Entonces el momento está maduro para las revoluciones o para las rebeliones y surgen los caudillos, aunque su vida anterior se hubiese perdido en la obscuridad del anonimato.

En el caso de Apaza —sacristán, minero, panadero y comerciante viajero— encontramos esa coexistencia de condiciones objetivas y subjetivas. El carácter de este personaje es ancestralmente varonil. Sus propios sufrimientos lo han retemplado, pero nació ya con la herencia concentrada de sus antepasados. La naturaleza que le rodea no es ajena a la formación de su carácter. Apaza, un ser huérfano y abandonado en medio de la estepa andina, tiene que luchar desde su infancia para vivir. No posee —como no tiene tampoco su raza— una situación favorable al desarrollo tranquilo de su vida. Sus días de existencia no se desenvuelven regular y despreocupadamente; en cada amanecer, Apaza siente las urgencias de la orfandad y en todo anochecer tiene que esperar, junto con la obscuridad de la noche, la obscuridad de su propio porvenir.

En el infortunio es donde se forjan los grandes caracteres. Y eso fue justamente lo que pasó con Apaza. Al tratar de subsistir, tuvo que vencer poderosos obstáculos, porque no contaba siquiera con las escasísimas perspectivas de sus hermanos de raza para el desarrollo de su existencia vegetativa. La personalidad de Apaza, en dura lucha con las condiciones materiales de su vida, fue creando su carácter de acero y despertando las más recónditas facultades de su sorprendente inteligencia.

Para la aparición del caudillo aimara, estaba, pues, consumada una de las condiciones subjetivas. Y también se cumplieron las otras. Los españoles, urgidos al finalizar el siglo XVIII de ri-

quezas públicas y privadas, para contener la decadencia de la nobleza y de la Corte peninsulares, y para alimentar las nuevas generaciones de aventureros que trataban, en serie ininterrumpida, de "hacer la América" en las colonias, redoblaron su tiranía y explotación, provocando el recrudecimiento del descontento indígena al borde de la reacción violenta. La personalidad de Julián Apaza absorbió toda esta realidad. Se empapó en su propia desgracia y en la de los hombres de su raza; interpretó exactamente el descontento de las masas indígenas y sus ansiedades de reivindicaciones y libertad. Apreció la magnitud de la rebeldía masiva e intuyó el momento oportuno para el estallido.

6) La Novela y el Cuento.

Aparte de los condicionamientos ideológicos que expresaban las determinaciones sociales, económicas, culturales e históricas que hemos mencionado, el choque con la realidad dramática de la Guerra del Chaco, culminación en muchos aspectos de esas determinaciones, —la crisis del pensamiento liberal, las luchas políticas, etc.— las influencias decisivas en la elaboración de la producción propiamente literaria, han sido: 1°— la asimilación de algunos aspectos técnicos del realismo francés, ruso y alemán, así como el conocimiento y la incorporación aún tímida de los enfoques narrativos de la literatura norteamericana (el lenguaje conciso, de una contenida poesía, los planteamientos estructurales cinematográficos, etc.), y 2°— la nueva valorización lírica de la realidad nacional propugnada por La Mística de la Tierra, que hacía sentir su influjo a través de la novela latinoamericana llamada indigenista, triunfante entonces por el vigor original de su lenguaje y su insistencia —a veces superficial y primaria— sobre el "contenido social".

Con estas concepciones estilísticas se buscaba expresar las nuevas realidades y crear una "auténtica novela nacional". Sin embargo, si se exceptúan algunos logros de enorme importancia para la época (casos de "Repente" de Jesús Lara, "Alusión de Fuego" de Oscar Cerruto, "Sangre de Mestizos" y "Metal del Diablo" de Augusto Céspedes, "La Chaskañawi" de Carlos Medinaceli, "Socavones de Angustia" de Fernando Ramírez Velarde, "El Embrujo del Oro" y "Tierras Hechizadas" de Adolfo Costa Du Rels y "Altiplano" de Raúl Botelho Gosálvez), en los cuales tampoco se ha

superado el esquematismo y, sobre todo, la utilización de términos gramaticales propios de la oratoria romántica—, son muy pocas las novelas y cuentos que puedan considerarse obras logradas¹, por los desniveles anotados. Pero en muchas páginas, ya que no en la totalidad de las obras de los novelistas y cuentistas que nombraremos, se pueden señalar aciertos loables, tanto en lo que se refiere al planteamiento narrativo, como por su concreción lingüística: uso correcto y, a veces, poético del lenguaje descriptivo, sencillez y profundidad en la exposición, etc.; esas páginas corresponden a Augusto Guzmán, Roberto Leytón, Raúl Botelho Gosálvez, Alfredo Flores, Jesús Lara, Federico Avila, José Unzueta, Nazario Pardo Valle, Rafael Ulises Peláez, Porfirio Díaz Macbicao, Enrique Riemp Mercado, Enrique Finot, Rosa Melgar de Ipiña, Alberto Sánchez Rossel y Franz Avila del Carpio.

Como es natural, el tema de la Guerra del Chaco y, posteriormente, el de la explotación indígena y minera, así como la reelaboración de crónicas tradicionales, con acentos impresionistas en el lenguaje, son los motivos predominantes de aquellas páginas.

Adolfo Costa Du Rels (1891)

Minero, diplomático, Ministro de Relaciones Exteriores, novelista, narrador, autor teatral. Costa Du Rels es la antítesis de Augusto Céspedes: su pulcritud, su mesura, su sentido armónico de la forma, su paciente dominio plástico de la lengua, su equilibrio mental, son el fiel reflejo de su formación cultural, de su ideología existencial que adhiere a humanismo liberal de Occidente muy ajeno o contrapuesto a la pasión verbal, al "compromiso" del arte con una realidad social y política. Su concepción del arte narrativo no desecula, desde luego, la expresión de esa realidad, puesto que de ella se nutre, quíéralo o no, pero es su exterioridad y algunos valores profundos de la individualidad lo que más le interesan como materia destinada a la trasmutación estilística. Su obra —sin su visión turística, sin su frialdad conceptual—, es un ejemplo literario de valiosas implicaciones, de significados estéticos en los cuales la subjetividad alcanza ciertas veces un nivel muy alto de sinceridad novelística.

Obras principales: "El Embrujo del Oro" (1937); "Tierras Hechizadas" (1940); "Félix Avelino Aramayo y su época" (1949); "Los cruzados de Alta mar" (1959).

"La Miski Simi"

(La de la boca dulce)

Sitio sin alma, gente sin ángel, tierra sin agua, sol sin calor. Uyuni fue siempre el pueblo más desventurado de Bolivia. En nuestros años mozos, mirado al través de los espejismos del inmenso salar que lo circunda, lo era, por cierto, menos. El clima, el aislamiento, la altura (cerca de 4.000 metros) no lo destinaban, por cierto, a ser capital de una provincia. Cárcel sin murallas, transformaba paulatinamente a sus habitantes en cautivos. Por más fervorosa que fuera, toda esperanza se perdía en la oquedad de la llanura. Última valla —infranqueable—: la cordillera.

Tocadas de zinc scanalado, como luciendo sombreros de plata, casuchas pintarrajeadas, se agazapaban a la vera de calles sin rumbo. No brindaban al transeúnte, ni hospitalidad, ni sombra, ni amparo. En verdad, Uyuni no era ni un pueblo ni una aldea. Apenas un conglomerado de tierra, de sol, un esbozo urbano sometido al vaivén de los vientos. Dueños y señores del paisaje, éstos salmodiaban, día y noche, el monótono lamento de la pampa.

Algunas firmas comerciales, en su mayoría europeas y americanas, surtían de mercancías a las minas del vecindario: Huanachaca, Toldos, Cobrizos, La Mesa de Plata. Los muchachos ansiosos, acudían allí en pos de la ocasión propicia para dar de sí. La faena era dura. Empezaba con el sol y, a la noche, cerrada, veíanse aún en las oficinas, cabezas inclinadas debajo de la pantalla verdosa de los quinqués. La semana de sesenta horas era aceptada por todos sin esfuerzo. Nadie hablaba de vacaciones. ¿Dónde ir? El mar estaba dos mil kilómetros y Oruro, la ciudad, seiscientos. El trabajo, al ocupar las manos, servía de distracción y para los más sensibles, de consuelo. Señoritos de casa grande, venidos a menos, mestizos de piel verdusca, brotes de terruño, caateadores, contrabandistas, gringos aventureros sin Dios ni ley, dispuestos a jugarse el todo por el todo, formaban un confuso rebaño sin pastor. ¿Ambiciosos? ¡Sí! ¿Ilusos? Tal vez. ¿Rebeldes? ¡Todos! ¿Resignados? ¡Ninguno! Uyuni era el gran nivelador. Como las asperezas de la pampa, ocultas por un manto de arena, en su seno desaparecían las diferencias sociales y raciales. Más indiferente que descreía, de escasa cultura, allí sólo existía una clase desamparada para quien la corazonada era la única forma plausible del milagro. Poquíssimos ancianos. No resistían ni el clima ni el desengaño. Una excepción: don Juan Castilla, fundador del pueblo y su alcalde vitalicio. Según aquel galero de regio temple, se sentón feo y alegre, minero pertinaz, la suerte obedecía a una re-

glia fundamental: La audacia unida al temor de Dios. Solía añadir, confidencialmente, al oído de sus íntimos: castidad y templanza. Como se le quería y se le respetaba, nadie le tachaba de ridículo ni de chocho. Su longevidad era ejcutoria de prestigio. Y, tal vez, de buena estrella.

En medio de aquella brega cotidiana, nosotros, los menores, fornábamos un equipo, y a la vez, un comando, listo para acometer. Poseíamos un talismán efímero pero certero: nuestros veinte años. Nos ligaba los unos a los otros una extraña solidaridad, la que, frente al banquero, une a los jugadores congregados alrededor de una mesa de bacará. El banquero se llamaba destino y los jugadores: inexperiencia, prisa, ambición, desprecio del peligro. Una sola incógnita: ¡la suerte!

Joaquín Avila llegó un día, de Cochabamba, para ocupar un puesto de responsabilidad en la Aduana Nacional. Su distinción, sus modales suaves, su elegancia y una espontaneidad mal contenida de niño, tanto en el ademán como en la palabra, le conquistaron muy pronto nuestra simpatía.

No pasó mucho tiempo sin que se hubiera incorporado del todo a nuestra existencia. es decir, a nuestra lucha. Después de cenar, nos reuníamos en el único hotel del pueblo; allí, alrededor de una estufa de kerosén, charlábamos de mujeres, de política, o de alguna veta metálica hallada en la cordillera, noticia que descubría siempre los colmillos de la envidia. Los films, entonces mudos, no nos entusiasmaban, pues los proyectaban cada sábado en una escuela glacial, inadecuada para apreciar la triste comicidad de Max Linder o de Chaplin. Preferíamos nuestras propias inquietudes y los temas rudos que se debatían, a veces, a dentelladas. No había tertulia sin alcohol. Poco a poco, a medida que se desgarraban las horas, los rostros parecían incendiarse. Las voces se volvían imperiosas y se cambiaban argumentos como bofetadas. Cada cual quería salir con la suya, es decir, con sus obsesiones, para darles una apariencia de verdad. El chocar de las bolas en un billar vecino o algún tango chirrado por un viejo disco, solían mezclarse a aquellas pendencias de cachorros.

Afuera, los astros tenían un resplandor tanto más extraordinario cuanto que la temperatura era más baja. El viento aullaba, glacial, sus navajas sobre las mejillas de escasos transeúntes. El menor ruido repercutía indefinidamente en el silencio metálico de la noche. De vez en cuando, a lo lejos, un perro aullaba de frío y el centinela del cuartel, para no dormirse gritaba: ¡Alerta! Nunca pude explicarme aquella voz lúgubre. ¿Alerta? ¿Por qué?

¿Cuál era el peligro que nos acechaba? Tal vez una secreta con-fabulación de la cordillera y de la pampa para impedir que un inmigrante advenedizo, sin pendón ni caldera, pretendiera remedar alguna portentosa hazaña de la Conquista.

Una vez por semana, acontecimiento que nos congregaba a todos en la estación, pasaba el tren internacional La Paz-Antofagasta. Los pasajeros parecían mirarnos con lástima. Caballeros regordetes, el habano encendido, se paseaban en el andén con mujeres guapas envueltas en pieles perfumadas.

Las admirábamos de lejos, en silencio, con un atisbo de concupiscencia. Luego, una campana anunciaba la partida.

Al alejarse en la noche traslúcida el pitear de la locomotora parecía decimos que allá, muy lejos, a la vera del mar, existían puertos de donde zarpaban vapores hacia Europa, a donde viajaban seguramente aquellas mujeres perturbadoras. Escuchábamos el llamado de la vida, muy luego acallado por el viento. Pero una sorda nostalgia, para unos aceite de ambición, para otros motivo de desaliento, nos roía el alma.

Había empero en Uyuni un sitio de regocijo regentado por Clotilde Esquivel, chilena vivaracha tildada de espía: el prostíbulo. Bajo su dirección vegetaban allí unas pocas mujerzuelas. Para olvidar lo siniestro del pueblo, entre tangos y bostezos, hacían el recuento mental de sus ahorros, con miras a una evasión que nunca se realizaría. No las visitábamos nunca. El ingreso era prohibido a los menores de edad. Por otra parte, punto capital, la casa no daba crédito. Todo era al contado: las copas y el amor. Muy de tarde en tarde, se nos convidaba con sigilo, como a niños para el árbol de Navidad, a jugar lota. La Clota se mostraba bondadosa. Sus tertulias parecían tener pretensiones burguesas. La Rosa Pinto, una de las veteranas, ya cuarentona, instalada en un sillón, como una matrona romana, cantaba los números con cierto retintín.

Las mujeres miraban con desdén a los mozalbetes incautos y pobretones. Cuando el reloj daba las diez, la Clota se ponía en pie y ordenaba: "¡Ahora niños, a casita! Tenemos anunciada la visita de gente importante". Cabizbajos, temerosos de la soledad, regresábamos al hotel, mientras que algún compañero aficionado a juergas baratas, desaparecía en las sombras de la calle del Peligro. Joaquín Avila era uno de ellos. Gustaba de fiestas populares, donde podía cantar coplas de su tierra. Algunas cholitas del barrio, aficionadas al baile y a todo lo que el baile entraña, se dejaban seducir por esa voz que, al ritmo de la guitarra, parecía acariciarlas.

Augusto Céspedes:

"Sangre de Mestizos"

De "La Paraguaya"

Aquella fotografía de mujer pertenecía a un paraguayo muerto. El Teniente Paucara la había obtenido una tarde, después del ataque sorpresivo con que los "pilas" ocuparon un sector de 400 metros de las trincheras bolivianas en el Oeste de Nanawa y llegaron hasta la picada que conducía al fortín Aguarrica, siendo ametrallados en ese punto por una sección de refuerzo boliviana, oportunamente llegada al comando de Paucara. El había manejado personalmente la ametralladora, disparando contra unos bultos azules que divisó a doscientos metros entre las ramas, debajo de las cuales quedó uno.

Desaparecieron los "pilas", pero desde más lejos durante toda la mañana y el principio de la tarde maullidos de disparos siguieron aguzándose entre las hojas.

A un centenar de metros se vislumbraba un bulto inmóvil, vago como una mancha de pintura azulosa sobre la tierra amarillenta, aprisionada por la áspera malla de ramas y hojas cenicientas que hacían un conjunto plomizo. Con un anteojo de artillero lo observaron en la tarde: negrura de cabellera y uniforme de soldado, pero lo particular eran los pies y las piernas, calzados. Calzados, cosa extraña en un soldado nso paraguayo, e indicio infalible, más bien, de un grado militar.

—Es un oficial.

—Sí, nñ Teniente, oficial es.

Un oficial muerto era presa valiosa para incorporarla al parte de bajas enemigas. Calmado el tiroteo ordenó que trajesen el cadáver. Dos soldados, arrastrándose por debajo de los arbustos, aplastándose contra el suelo, cada vez que la casualidad llevaba las ráfagas de fuego en su dirección, llegaron hasta el muerto y atándolo a una correa lo arrastraron, abriendo un surco de la arena candente, hasta arrojarlo a un ancho hoyo al pie del observatorio.

Era un oficial. Tenía la cara refregada de tierra y los ojos abiertos velados de polvo. La piel de la mejilla derecha había sido arrancada por los espinos en el arrastre. Semejando innumerables lunares peludos le cubrían las moscas negras atraídas por su sangre. Se le registró, hallando en los bolsillos del colán car-

tas dirigidas al "Señor Teniente F. Silvio Esquivel" y en el bolsillo abotonado de la blusa, un sobre doblado del que extrajeron una libretita, un pequeño envoltorio de papel de seda con un mechón de cabellos negros, y una fotografía de mujer.

"A mi amor, recuerdo de su amor" y una inicial "A", estaban escritas en el dorso.

—Que lo lleven más atrás y lo entierran —ordenó.

En una frazada dos soldados se lo llevaron, con su cortejo de moscas, al atardecer.

El Teniente Paucara guardó las cartas en una caja, pero la fotografía y el paquetito de seda en su billetera.

No en aquel día ni en los siguientes los volvía a mirar, pero al descenso de la temperatura bélica regresó a su puesto, un "buraco" abierto a la sombra de un inmenso palo-bobo, un kilómetro detrás de las trincheras que en un arco de más de veinte kilómetros se insertaban en el seno del bosque, intentando abrazar a Nanawa.

Allí extrajo la fotografía y la contempló detenidamente. Una hermosa mujer joven, con un tropel de cabellos densos, negros y sueltos que daban la impresión de caer con estrépito sobre sus hombros. El contorno del pálido rostro ligeramente redondeado le daba una expresión infantil, abrochada en el punto negro de los labios. Pero los ojos inmensos rodeados de sombra, desmentían esa infantilidad, mirando de frente con una cálida y brillante obscuridad de uvas.

Le encantó la figura. La monotonía de la guerra de posiciones, en el bosque al que se pegaba el polvo de una lenta y tenaz ascensión de entierro, dejaba pasar las horas remachadas unas tras otra por el periódico martilleo de ráfagas de ametralladoras y disparos de fusil. Tendido en su lecho de campaña, con la cabeza hacia la luz que penetraba por la abertura del techido del "buraco" formado de gruesos troncos de quebracho, aburrido de leer las mismas revistas o de dormir, contemplaba la fotografía de cuya tersa superficie se evaporaba su pensamiento como el agua de un lago. Así contemplaba en épocas distantes caer la lluvia, en las tardes grises de La Paz, por una ventana del aula del Colegio Militar, próxima a su pupitre, hasta que el profesor alemán cortaba su éxtasis con un:

—¡Qué migga ese cadeie!

Olvidó al muerto lleno de lunares. No recordaba su nombre, pero la foto se asomaba a sus tardes como a una ventana.

"A" ... ¿Alicia? ¿Agar? ¿Antonia? ... Alrededor de la pá-

lida incógnita despertaba una vida misteriosa, perdida para él como para el muerto. De la foto que tenía ante sus ojos semicerrados, obtenía una película cinematográfica, desprendiendo idealmente la composición de movimientos diversos. Y no sólo idealmente: a veces la desconocida misma proyectaba una sonrisa imperceptible, de sus cabellos una brisa insensible arrancaba nuevos resplandores y los ojos serenos se hacían acartciadores, penetrando en la penumbra mental donde atraían nostalgias indefinidas y recuerdos raros.

Recuerdos que habían perdido su forma para fundirse en una sensación oscura e indistinta, despertaban al reflejo de la figura presente. La vida del Teniente Paucara no contaba sino con superficiales remolinos amorosos. Casi adolescente, había saltado de la práctica militar en las quebradas pacañas de Calacoto o en frías pampas de Viacha, a la calcinada planicie del Chco cálido, cubierto de infinitos árboles taciturnos y tristes como un entierro bajo el sol.

Aquellas figuras se iban precisando, aproximadas al ángulo óptico de la fotografía misteriosa. Y era Chela que tenía melena negra y corta, pegada a las mejillas y una risa imprudente en la oscuridad de cine vespertino. O era Julia, la morena, vestida con un traje de malla imponderable que se precipitaba en la curva vertiginosa de sus caderas. O Lola, que desde su balcón enfarolado de una esquina de Churubamba le hacía un difícil alfabeto de señales usando la cabeza para las afirmaciones, la melena para las negaciones y los dedos para los números, a él que erecto dentro de su uniforme de paño azul pizarra, atléticamente erguido, hacía de centinela en la esquina, como un faro entre un mar de indios.

Y era, finalmente, la más alta y deseada: Toñita, la ingrata novia de sus vacaciones en Punata, de donde era nativo, que le decía:

—No me gusta que seas militar, pero es raro... tu uniforme me gusta, y tú también, por separado.

Y poniéndose sobre la ceja su gorra militar reía con sus ojos anchos y su boca cruelmente sabrosa, Gustaba de hacer caer sobre un lado del rostro un mechón de cabellos, adquiriendo una seducción perversa de mala hembra, y cuando echaba los cabellos atrás, descubriendo el cuello y entreabiertos los labios, era aún más provocativa. De todas maneras, también cuando cruzaba violentamente sus piernas en marcha triunfal. ¡Regia negra!

Carlos Medinaceli:

"La Chaskañawi"

De la Primera Parte:

I

Tarde de sol, paz de aldea.

Se le vino en mientes este verso, leído no recordaba dónde, no sabía cuándo...

Tarde de sol...

Desde el abra se puso a contemplar la villa natal. Media legua quebrada abajo se asentaba el pueblo. Era humilde: casas de una sola planta, con techumbre de barro, lo que le daba un aspecto terroso. Sólo el arbolado, molles en su mayoría, algunos álamos y eucaliptos, resaltaban la verde jugosidad de su fronda sobre la pardura del caserío. A la orilla del villorrio, la ancha playa grisca por donde el río arrastra sus aguas azulosas con tedio, por el arenal sediento.

Adolfo se puso triste. Dio en reflexiones irónicas:

—¿Este es el pueblo que se enorgullece de sus "tradiciones heroicas, de su soberbio nombre, "San Javier de Chirca", y se cree el centro del mundo?

Avizoró un momento más la lejanía. Luego picó su andadura. Trotaba ahora por una sinuosa vereda. La quebrada cubierta de ralo monte de churquis y algarrobos, en ángulo divergente, se extendía a ambos lados. Luego divisó el "dique" que por esta parte del Norte protege a Chirca de las riadas que por la época de lluvias descienden impetuosas amenazando vencer los defensivos y cargar con los alegres y confiados chirquenses.

Llegó, por fin, al pueblo. Tomó por la primera bocacalle. Anduvo por dos callejas. Luego torció a la derecha. Siguió caminando.

Silencio sepulcral. Ni un hálito de vida por ninguna parte. El sol, sólo el sol, cayendo y enjalbejado de las paredes, iba dorándolas a luego lento.

Anduvo una "cuadra" más. Tampoco señales de vida. Sólo allá calle abajo, cimbreada, donaire, iba una chola de pollera roja y manto celeste. En la límpida transparencia de la atmósfera y la fatal soledad de la calleja, la visión de aquella moza garrida, robusta como una Madonna del Tiziano y vital como un

vaso de leche, le impresionó. ¡Tanta vida en medio de tanta quietud!

Pasó por delante de ella. Ella lo deslumbró con el relámpago de una mirada. Era morena, de anchos ojos negros.

—¡Un real hembra! —pensó Adolfo.

Llegó a la plaza "Campero". Ni un alma tampoco. El "molle", el "molle" por antonomasia, —según lenguas el más corpulento y veterano de todos los molles de la provincia—, "el decano" de los molles, sombreaba las aceras que avanguardan el jardín de la plaza. Uno que otro tenducho con las puertas abiertas. Sin mayores indicios de actividad.

El sol, sólo el sol, un sol de aldea y de tarde, cansino y lento, iba languideciendo con sus rayos de oro pálido sobre la materialidad inerte de las cosas sumergidas en qué cósmica somnolencia.

Adolfo se repitió el acre estribillo:

—Tarde de sol... Paz de aldea...

A media tarde, cuando disminuyó el bochorno, salió de paseo.

De su casa, esquina de la calle "General Mariscal", tomó barrio arriba.

Anduvo una cuadra. No dio con un alma viviente. Fue avanzando por la otra cuadra. Al final, la casa de don Agustín Villafani. Volteó la esquina. Empezó por la derecha. Anduvo otra cuadra. Desembocó en la "quebrada" occidental, llamada popularmente de "Uraycanto".

Quebrada abajo fue caminando con dirección a la playa. A la derecha, los muros traseros de las casas, defendidos por diques de cal y canto; a la izquierda, el desparramado caserío de los vecinos y chociles de los indios.

En todo el ambiente tal dejó de pasividad inerte, una calma tan ensimismada...

Un pueblo muerto.

Sólo cuando anduvo como un cuarto de kilómetro, lo vio a su primo Aniceto Díaz holgazanamente apoyado contra la jamba de la puerta de una tienda; de pantalón de bayeta blanca, americana verdosa y un sombrero negro, grasiento, caído sobre las cejas. Cuando divisó a Reyes, Aniceto fue a su encuentro, ruborizado, zurdeando, como un palurdo. Se abrazaron. Invitólo a pasar al tenducho.

—¿Aquí vives? —inquirió Adolfo, paseando la vista por el contorno.

Era un tendecho angosto, el piso de barro, desigual. Una mesa sucia, renga, llena de papeles, a un lado. Una cama arrollada, con fullos de caño, al otro. Dos sillas desvencijadas.

Aniceto, avergonzado de la pregunta, como disculpándose, repuso:

—No... Yo vivo en la casa de mi madre... Es que... — hizo un guiño significativo—. Aquí vive... "la socia"... Te la voy a presentar. Llamó.

Entró una chola de mediana estatura, desarrapada, con cara de pocos amigos. Aniceto, sin abandonar su aire palurdo y su rubor, se la presentó:

—Es "mi socia".

—Petrona Rodríguez, señor, para servir a usted,

Al rato, con aire de confianza, le preguntó en kswa:

—¿Ajquetata sirvencuhajchu?

Mientras libaban, Adolfo pensó en Aniceto. ¡A lo que había llegado!... Rememoró su figura apenas hacía cuatro años, cuando lo dejó: entonces era un joven de ojos vivaces, labios sonrientes, cabellos negros y ondulados. Un joven distinguido. Se las daba de Tenorio. Y, ¿ahora?... Hasta tonto, de palabra tartajosa, cerebración incoherente, lo encontró. El cabello, ya canoso, le daba una faz de vejez prematura; el rostro lleno de arrugas y la piel con esa palidez sudosa, loba y verdeamarillenta de los bebedores consuetudinarios. La dentadura cubierta de sarro. En toda su persona se acentuaba este hálito de fatalismo que flota como una maldición sobre las almas vencidas, los hombres resignados a la desventura, como pasa también con las casas abandonadas.

Con una honda emoción de pena se despidió Adolfo de Aniceto. Al respirar el aire puro de la quebrada se alivió de su depresión espiritual con un hondo suspiro:

—¡Pobre Aniceto!... Haber caído en poder de semejante chola!

Fernando Ramírez Velarde (1913-1948)

Profesor. Novelista. Sin duda alguna que de no haber muerto en plena juventud Ramírez Velarde habría producido una de las obras más originales de nuestras letras. Existía en él un narrador de una sensibilidad nada común que se expresaba con una firme

noción de los valores plásticos y estructurales de la novela. "Socavones de Angustia" así lo demuestra. Quizá lo más perdurable de esa su única obra, sea su autenticidad y su falta de artificio que prevalecen por encima de sus caídas en la superficialidad verbal y en la inseguridad para armonizar sus elementos estructurales: narración y diálogos, donde lo literario domina a la vivencia real.

"Socavones de Angustia"

¿Cuándo llegará el alba?

IV

¡Feo paraje el del "Tope 35", en el nivel 470! Rocas deleznales, humedad excesiva y calor sofocante. A veces, cuando se toca una piedra quema la mano como si hubiera sido caldeada al sol. Aire malsano y pobre donde la respiración se hace difícil por falta de oxígeno. ¡Feo y amenazador paraje el del "Tope 35"!

En ese lugar los obreros trabajaban semidesnudos, porque el calor sofocante hacía insoportable el uso de las ropas, aparte de que la humedad exagerada las habría deteriorado. Por eso, antes de llegar, dejaban sus vestidos en un lugar seco y seguían adelante con las únicas prendas de sus calzones cortos y pañuelos amarrados a la cara cubriéndoles la boca. No tenían botas de goma y debían permanecer dentro del agua que les llegaba a las rodillas; ni abrigo para soportar a la salida la brusca transición climática que en muy pocos minutos los sometía a fuertes variaciones de temperatura, desde los treinta o treinta y cinco grados de calor en el interior de la mina hasta los cinco o menos grados en la superficie.

Allí trabajaban los perforistas Calle y Sunahua con sus respectivos ayudantes, separados por poca distancia. Sunahua en el mismo tope de la galería, siguiendo horizontalmente la dirección de la veta y Calle poco antes de llegar al tope, abriendo una chimenea ascendente, para comunicar el Nivel 470 con el 430, a objeto de dar ventilación al primero y sin perjuicio de explotar la veta en sentido vertical.

La máquina perforadora manejada por Sunahua, era una chicharra que descansaba en sólidos soportes, dándole la ventaja de trabajar cómodamente. En cambio, Calle, encaramado en tosco andamiaje, tenía que sostener el telescopio en el abdomen, en los músculos o el tórax, mientras el endemoniado aparato se sacudía

y traqueteaba al funcionar, magullando los músculos, nervios, huesos y hasta las mismas visceras del obrero. Y, menos mal que la Empresa había hecho acoplar a las máquinas un mecanismo por el cual se sincronizaba la perforación con la salida de un chorro de agua, que bañando el taladro cumplía dos objetivos: disminuir el polvo y enfriar el barreno perforador. A propósito de esto, los obreros comentaban, escépticamente, que tal innovación había sido adoptada por la Empresa no por evitar la enfermedad pulmonar del perforista, sino por el ahorro que resultaba de la obtención de un mayor rendimiento del acero.

Chirriaban frenética y ruidosamente los taladros mecánicos, haciendo ceder, con su pujante dentellada de acero, la resistencia de las rocas; martirizaba los oídos el ruido característico de los escapes de aire comprimido; el sudor y el agua chorreaban por los cuerpos de los mineros. Y había que salir adelante. Aunque los cuerpos ya no pudieran resistir el esfuerzo físico; aunque el calor convirtiera en infierno al paraje y la humedad penetrara hasta los huesos; aunque el ruido ensordeciera, faltara el oxígeno, el aire se volviera irrespirable y dolieran los músculos como llagas vivas. Siempre adelante. Más adelante. Para que el mayordomo, que aparecía de rato en rato, no protestara y el Ingenio Seccional quedara satisfecho para recibir los treinta y cinco bolivianos de salario. Adelante. ¡Siempre adelante!

Cuando llegó la hora del acullí, los obreros pararon las máquinas y se apartaron del paraje a fin de descansar en un lugar menos inhóspito. Sentados en piedras los unos, y en su posición favorita de cuchillas, los otros fueron rumiando lentamente su coca y su fatiga y fumando cigarrillos baratos.

—Está muy malo te tope Juvenal —observó Calle— debes pedir que los callapeen porque puede derrumbarse.

—Humnn —asintió Sunahua.

El viejo miró fijamente a Calle, reparando en las pronunciadas ojeras y en el brillo de la fiebre de sus ojos. Como si desquido le tocó una mano y notando que estaba caliente, le dijo:

—Estás con fiebre, Juancho.

—Humnn.

—No debes trabajar así. Es mejor que descanses unos días, curándote para volver sano.

—No Juvenal. Mejor es que siga trabajando "nomás".

—¡Pero es absurdo! Replicó Sunahua con fastidio. Los resfrios fuertes se quitan con un buen sudorífico y dos días en cama. ¿Para qué te empeñas en seguir trabajando?

Calle guardó silencio largo rato; después, moviendo la cabeza, habló en forma confidencial.

—No estoy resfriado Juvenal. Estoy fregado del os pulmones. Hace tiempo que tengo estas fiebres y tos en las noches. Tú sabes que estas enfermedades no se curan fácilmente y por eso prefiero seguir trabajando. Creo poder aguantar mucho tiempo todavía.

El rostro de Sunahua se fue poniendo torvo a medida que que escuchaba a su compañero. Le interpelló:

—¿Por qué no avisaste antes?

—No quería aumentar las penas...

—¡No puedes seguir trabajando en esa forma! —sentenció Sunahua—. Mañana mismo a la salida del trabajo debes ir al hospital para hacerte atender. Quizá no es muy grave y podrías mejorar.

—No, Juvenal. Tengo la impresión de que si dejara un sólo día de trabajo tendría que abandonarlo definitivamente. Y en ese caso, ¿qué sería de mi familia?

—¡Yo la mantendré!

—¿Y los chicos? ¿Sabes que quiero mandarlos a Oruro para que cursen la secundaria.

—¡Los mandaremos! Aborramos en lo que se pueda y mi "plata" será tuya como la tuya siempre ha sido la mía. Ahora me tocará trabajar a mí; pero después, cuando tú sanes y yo no tenga fuerzas te tocará el turno de sostenemos a todos.

—Cómo será... —dudó Juan Calle.

—¡Así será! —volvió a afirmar Sunahua. Mañana mismo irás al hospital y descansarás hasta que te encuentres completamente sano.

—Tal vez... Ya veremos... —concluyó Calle, introduciéndose entre los dientes un manojo de hojas de coca.

Continuaron acullicando y fumando silenciosos, hasta que llegó la hora de regresar al trabajo.

Cuando reiniciaron su labor, Juan Calle se sentía con el espíritu aligerado, a raíz de la charla con Sunahua. La oferta del viejo compañero, hecha con tan espontánea sinceridad, era en verdad un pilar firme sobre el que podía apoyar algunas esperanzas.

Mientras el telescopio seguía sacudiendo sin descanso los músculos de su abdomen, Calle fue mascullando pensamientos diversos.

—Quién sabe lo que dice el Juvenal podría realizarse... Si él fuera capaz de mantener a la familia yo podría curarme y

volver después al trabajo para seguir bregando hasta que acaben de estudiar los chicos... ¡Maldito telescopio! ¡Cómo sacudía al condenado!... Pero, ¿podré curarme?... Estas cosas de los pulmones no se curan fácilmente; sin embargo, el médico me dijo una vez que si se combatía al principio había remedio... ¿Estaré al principio? ¿Cuánto tiempo llevo?... ¡Chimenea del demonio que nunca llega a su término!... Poco después del Carnaval sentí los primeros síntomas; deben ser siete u ocho meses ¿Será el principio? ¿Será el fin?... ¡Pucha! que me canso. Si se cortara un ratito el aire comprimido! Iré al hospital ahora mismo a la salida del trabajo... Juvonal, Juvonal, ¡qué buen hombre y camarada eres!... ¡La gran flauta, qué calor! El Pedrito será un buen profesor; pero no me gusta que Pablo insista en ser minero, ¡diablo de chico!... ¿Querrá vivir sacudido siempre por las máquinas de la mina? Si me curara lodo estaría bien; pero estos médicos... ¡Esc papel que me hicieron firmar cuando entraba a la empresa, se habrá perdido hasta ahora o estará bien guardado y listo para impedir que me paguen la indemnización?... ¿Por qué firmé?... ¡La pucha! ¡Por que nos moríamos de hambre!

Réul Botelho Gosálvez (1917)

Periodista, ensayista, novelista y diplomático. Botelho comenzó muy joven a publicar sus ensayos novelísticos, en los cuales se advierte a un agudo observador de la realidad social y a un hábil y empeñoso trabajador del lenguaje, méritos éstos que ha continuado desarrollando, a la vez que acentuó su pasión crítica de la vida y los habitantes de provincias, sin que profundizara en el análisis estructural de la novela. La exterioridad plástica de la realidad le subyuga como tema de sus ejercicios metafóricos y de sus brillantes descripciones, sin abandonar la reticencia de las frases hechas y las connotaciones narrativas tradicionales—, común a todos los narradores bolivianos. Dejando a un lado el pintoresquismo, sus obras están en un nivel más elevado —estética y conceptualmente— que muchas de sus contemporáneos.

Obras principales: "Coca" (1937); "Altiplano" (1944); "La lanza capitana" (1969); "Tata Limachi" (1970).

“Altiplano”

La sequía

La amenaza del hambre muere el ánimo de los comuneros de Jatún-Kolla. En todas las casas la sequedad de la tierra y del cielo ha reducido la comida, en previsión de la carestía total. Ya no se tiene ni la esperanza de una sola lluvia porque ella no remediará nada. Agobiadas las sementeras por el sol del día y el frío de la noche, se agrietan como paredes envejecidas. Hasta ayer, las últimas siete chacras de comunidad, que se alimentaban con el agua que baja de las débiles vertientes del cerro, sealzaban con esperanza, pero hoy que acabó de secarse el agua que mermaba día a día, declinan sus tallos y sueltan la tierna granazón que se muere por falta de savia.

Por donde se mire no se distingue ni la más ligera nota de lozanía; las casas empiezan a despintarse bajo el fino polvo de los vientos de noviembre que lo cubren todo como una plaga que amenaza ahogar la vida y destruirla. En el norte de Bolivia avanzan las hormigas del trópico desbastando increíbles extensiones de bosque virgen; en el sur, negras mangas de langosta se precipitan sobre los maizales y los desmochan en medio de un rumor apagado y trágico de río salido de madre. Y aquí, en el centro altiplánico, peor que las hormigas y langostas, la sequía cuarteo y arruga la tierra. Es un año maldito.

En las gradas de la iglesia de Jatún-Kolla desde hace cuatro horas delibera el Consejo de los Achachis. Son catorce ancianos impasibles, encogidos bajo el poncho, a los que la opalina claridad del atardecer pone en el rostro curtido un matiz siniestro, cadavérico. Una multitud de comuneros se halla congregada en torno al Consejo y espera con avidez y angustia las providencias que dicte para combatir la sequía que aflige desde agosto. Pero la desconfianza es muy grande y nada podrán hacer los ancianos contra la calamidad.

El Tito Huallpa, trémulo y agotado por los años, en tono agorero habla a los Achachis; con lenguaje tardo y rechinante relata las contingencias de la gran sequía que se presentó en el altiplano hace veinticinco años. Las expresivas escenas que hitvane su voz ronca y gastada, son recibidas con humilde y consternado silencio por los comuneros que en aquel momento buscan en el hondon desesperante de su destino siquiera una fórmula para aplacar a los ciclos.

Todavía en la primera quincena de agosto canturreó el temporal sobre las tierras recién trabajadas, mojándolas con su riego fecundo y promisor, pero pasada esta fecha no hubo más agua. Los cielos se aclararon, inmensos, en todos sus bárbaros confines. Ni una pincelada enturbió el papel celeste y deslumbrador del cielo; ni una sola nube se detuvo contra las lejanas neveras del macizo andino, las pocas que pasaban, en hilachas, en manadas silenciosas, se iban más allá del horizonte, más allá de la esperanza.

Los días, cálidos y ofuscados por un sol tremendo, transcurrían con tal lentitud, que su quemante agobio envía las parcelas aradas haciendo crepitar los surcos como leños. El crepúsculo, más rojo que de costumbre, semejaba un dantesco biacero que inflamaba el suelo o un cráter volcánico en plena erupción.

Por fin, una noche en que ululaba el kanaya, vino el agua, el agua flageladora del granizo. Largo tiempo cayó resonando contra la paja de los techos, como una sombría carcajada. Al amanecer los comuneros hallaron las endebles siembras machucadas y dispersas en pajilla estéril que el viento de la mañana alivianó de los campos.

Cuando las dos vertientes de agua se secaron dejando un arenoso y blanquecino cauce tachonado de pedrisca, ya no hubo más vuelta que darle, el hambre se venía encima y cargaría con niños, ancianos y animales. Por eso el Consejo de los Achachis hubo de tomar acuerdos durante cuatro largas horas de frío y malestar.

El Achachi Huallpa, indio que sufrió el peso de varias sequías, habló a los comunes de Jatún-Kolla:

—Todo el altiplano sufre la sequía. La Pacha-Mama, la que sustenta la vida, ya está vieja. Hemos puesto diez fetos de llama, diez fetos de oveja, hierba koa, coca, dulces, kaitos de colores y mucho aguardiente en la cumbre del cerro; todo lo hemos quemado para que en humo se deshagan los males y caiga la lluvia, pero nada ha sido posible conseguir. La tierra está vieja, y como toda vieja es sorda.

Caras silenciosas, pensativas, miraban al suelo como si en esos instantes hubiese de aparecer el espíritu de Pacha-Mama para remediar tanto mal. En el augusto intervalo pasaron por la sugestionable imaginación de los indios visiones de hambres y muertes, de pestes y sufrimientos.

La hora había ido elevando el rútilo cortinaje de la noche. Y un viento arisco silbaba en las pajas y piedras de los valladares que circundaban la plaza.

Otro anciano, elevando ambos brazos a las estrellas, con actitud llena de unción y fe, exclamó con voz hueca que cortaba el viento:

—¡Sólo esperamos de Dios!... Que El nos libre de todo mal...

Cien indios toscos, hambreados, se quitaron el sombrero y, cabizbajos, mascallaron una oración gemebunda.

El Tito Huallpa, cuando hubo terminado el murmullo de las oraciones, comprendió que la le obraba milagros que los indios aguardarían apretándose la faja, como otros años, a que las lluvias nuevas entonarían sobre los campos su alegre canción fecundadora.

—Mañana en la madrugada sacaremos en andas la imagen de San Isidro Labrador. Que nadie falte, y los que tengan fe, que vengan de rodillas ante el santo...

El Consejo de Achachis se disolvió en la noche.

Aullaban los perros con el hocico dirigido hacia el infinito fulgor de las estrellas.

Con el albor inicial del día, cuando los gallos estridulaban su primera canción, por los caminos pedregosos, angostos y resacos, los comuneros y sus familias abandonaron las chujllas y con las rodillas desnudas, hincadas en la rústica aspereza de la tierra, fueron bajando rumbo de la igtesuca. Los hombres se habían puesto poncho negro y las mujeres el ppullu de luto que les cubría la greñuda cabeza. Detrás de ellos, con rostros que denotaban sorpresa, hambre, atonía, seguían los niños, que a veces tomaban la procesión en broma y con ligeras chacotas imitaban, a gatas, el galope ligero de los guanacos, las coces de los asnos.

Un viento frígido, seco, danzaba encima de las cabezas haciendo revolotear contra los carrillos las orejeras de los gorros de lana. A veces apagaba la lumbré de los gruesos cerones benditos, que estuvieron ocultos en cada casa y sólo eran encendidos para que amaine la tempestad o para que se apiaden los manes de la sequía.

Negras y rumorosas hileras de indios arrodillados, cuya piel entumida por el frío sangraba, dejaban tras sí manchones en el cascajo y la tierra polvorosa. Un clamor hosco y medieval brotaba de sus pechos:

—¡Uma tatito Dios! ¡Uma tatito Dios!

Coreaban la súplica los gemidos de las mujeres, que plañideras se quejaban a voz en cuello:

—¡Ay...! ¡Aaaay...! ¡Agua, tatito Diosito! ¡Misericordia,

Señor!

A medida que llegaban hasta la puerta de la iglesia se incorporaban, medrosos, como si cometiesen una falta, con la cabeza gacha y las rodillas sangrantes.

Eran las siete de la mañana cuando todos los comuneros de Jatún-Kolla sacaron en andas la imagen de San Isidro Labrador. El sol ascendía como un grito de victoria por encima del cerro. Había cesado el viento y una desolada inmovilidad aplastaba la naturaleza.

Agónicas amarillean las sementeras próximas, dando al paisaje yermo y luminoso un aspecto extraordinariamente triste que sobrecogía el ánimo.

La procesión enlutada caminaba en silencio, doblaba la testa, con humilde y deplorable compás. A ratos, de la multitud partía una queja que era como un llauri que se clavara en la pulpa del corazón.

El cortejo se dirigió hacia la pampa. Se detuvo en el más grande sembrío de papas de la comunidad; allí aun el tierno rastrojo verdeaba en la plomiza extensión de los surcos resecos.

El indio Juancho Vilca extrajo del bolsillo trasero del pantalón una botella de aguardiente y al tiempo de regarlo a los cuatro vientos, exclamó:

—San Isidro Labrador: danos agua, agüta para la tierra que se muere...

Toda la sombría y callada muchedumbre prorrumpió en sollozos, y hasta los niños, aviesos y montaraces, que asistían a la ceremonia obligados por sus padres, empezaron a consternarse y a comprender. En aquellos actos oscuros y fanáticos, trasunto del atormentado destino de los indios, se escondía, en un repliegue infinito y sin forma, la clave de la vida.

7) La Poesía

Los postulados estilísticos del Modernismo, del parnasianismo, de la poesía llamada "social", y ciertas incursiones formales en el expresionismo surrealista, han sido las influencias más notorias de la creación poética en la década 1930-1940 y en parte de la del 50 al 60. El Modernismo y parnasianismo, así como el simbolismo inspiraron las búsquedas de muchos de los poetas del período liberal que continuaron produciendo y hasta influyendo en la tarea de los poetas jóvenes; en sus versificaciones persiste el desarrollo de los valores musicales y oratorios, tal como se evidencia en José Antonio de Sainz, Gregorio Reynolds, Nicolás Or-

tiz Pacheco, y en parte de la obra de Fernando Ortiz Sanz, Yolanda Bedregal, Fruto Casanovi, Juan Capriles, Luis Felipe Vilela, Lucio Díez de Medina, Luis Felipe Lira Giron, Luis Mendizábal Santa Cruz y Javier del Granado.

Los experimentos "vanguardistas", que no eran sino una amalgama del surrealismo, del primer expresionismo, del dadaísmo y de la poesía folklórica, en la que se acentúa un impresionismo tipificante, como en la poesía social hay siempre un verbalismo tremebundo, patético y sentimental que trata de expresar con elementos formales perimidos una "experiencia de la realidad social"—, en todos esos bocetos y búsquedas estilísticas pueden encontrarse ciertos aciertos que pertenecen a Hilda Mundi, Luis Luckic, Carlos Gómez Cornejo, Rafael García Rosquetas, Humberto Viscarra Fabre, Julio Ameller Ramallo, Carlos Mendizábal Camacho y Luciano Durán Böger. Posteriormente, a fines de 1940 y principios de 1950, tales experiencias se profundizaron, alcanzando mayores logros en los poemas de Alcira Cardona Torrico, en parte de los que escribiera por entonces Yolanda Bedregal, y en los de Oscar Alfaro, Julio de la Vega, Alberto Guerra y Gustavo Medinaceli. En la producción de tendencia folklorista, que continuó la exposición de la vivencia y exaltación de los valores tradicionales telúricos, especialmente en la de los poemas de los valles cochabambinos y tarijeños, existen algunas páginas de indudable belleza expresiva y de un sentimiento romántico e impresionista de alto nivel, como se comprueba, sobre todo en la primera época formal de Octavio Campero Echazú y en Guido Villa Gómez, Julio Ameller Ramallo, Oscar Alfaro, Alberto Rodo Pantoja, Guillermo Viscarra Fabre, Jaime Canelas, Franz Avila del Carpio, Edmundo Torrejón y Alberto Valda Chavarría.

La asimilación de la poderosa expresión vivencial del Romancero Español, la decantación de los valores estilísticos del primer García Lorca y de la poesía española que continuaba desarrollando las lecciones de Machado, y una muy original concepción de la pureza lírica, se vertieron —en su madurez poética— en los versos de Octavio Campero Echazú con una profundidad de delicados contornos, agotando los caminos expresivos que comenzara a recorrer el folclorismo poético. El simbolismo de resonancias existenciales, pero con delineamientos estilísticos muy originales alcanzó una cima difícil de superar en Antonio Avila Jiménez, y todavía ahondó su sencillez estilística en las diáfanas creaciones de Milena Estrada Sainz, de igual manera que descubría nuevos rumbos patéticos en la poesía de Yolanda Bedregal y Julio

de la Vega, para adquirir una nueva dimensión lírica en Oscar Cerruto.

Enunciadores de las nuevas búsquedas poéticas, asumiendo la herencia de Blake, Hördelin y Lautremont y Rimbaud, y desarrollando una dramática experiencia del surrealismo, sumergiéndose profundamente en el fenómeno poético, —viviendo por él y a través de él—, producen sus alucinantes visiones Jaime Sanz y Sergio Suárez Figueroa. En los versos de este último existe todavía una conmovedora lucha formal entre su espíritu romántico y su rechazo de la oratoria lírica; desgraciadamente esa lucha no se definió por su prematura muerte, pero nos quedan sus ejemplares testimonios. En cambio en la poesía de Saenz esas contradicciones se resolvieron en el encuentro de un estilo original al máximo y en la poderosa, rigurosa utilización de un lenguaje que se aparta de toda efusión meramente sentimental. Por eso los versos de Saenz lograron la armónica y, a la vez, patética unión, —en el sentido auténtico del paletismo, como se encuentra en Tamayo, por ejemplo—, de forma y contenido: el delirio sensorial, la exposición de una filosofía de la existencia en pugna con la falsedad de lo real externo, no podían haberse expresado sino en esos coloquios donde las metáforas unen, separan, destruyen y expresan las circunstancias de sus vivencias, en las cuales siempre subyace un fervoroso amor a las cosas y al hombre.

José Antonio de Sainz (1898 - 1959)

Catedrático y Rector de la Universidad de Oruro. Poseedor de una amplia y erudita cultura Sainz supo conciliar la herencia simbolista y modernista con una concepción del verso clásica y romántica, a la vez. La pureza lírica se traduce en la diáfana claridad del ordenamiento y uso de los elementos poéticos. No hay estridencias ni rebuscamientos ni superficialidades en su obra; todo en ella expresa un calma, profundo y auténtico escepticismo que, sin embargo, ama la belleza de la existencia sin discordancias.

Obras principales: "Cantos del Sendero"; "Camino sin retorno"; "Véspero".

LA SOMBRA PEREGRINA

I

Guiar rosales, cultivar un huerto
en largas horas de labor ansiosa
ser bondadoso con la mariposa
y sentir pena del canario muerto.

A la primera luz estar despierto
y alegre como el alba luminosa,
hacer de nuestra vida silenciosa
un refugio de amor en el desierto.

Abrir a la esperanza el alma mía,
purificarla en sus remansos hondos;
pedir a Dios para mis sueños vanos

la síntesis de toda poesía;
una muchacha de cabellos blondos,
pupilas tristes y pequeñas manos.

II

Ser lago en que se escribe el firmamento;
ser en la noche lámpara encendida,
y luz y abrigo para dar aliento
a las sombras que pasan por la vida.

Ser fuente misteriosa y escondida,
amar en soledad el pensamiento
y comprender la voz estremecida
de nuestra vida, que es un ritmo
lento...

Una serena paz. Renunciamiento
de todo afán que el otro yo nos
fragua;
coger la rosa y esperar la herida.

Y libre de pasión y de tormento,
ser límpido y humilde como el agua...
Amar y comprender; jeso es la vida!

III

—Tu sed presiente la jornada larga,
y tu cansancio la quietud invoca...
El sol, el yermo gris, la dura roca
han de agravar el peso de tu carga.

Un vano afán tu corazón embarga;
agua que fluye de una fuente loca,
para apagar la fiebre de tu boca
para tu boca ha de tornarse amarga.

Desesperado de esperar en vano,
verás tu vida más doliente y corta,
correr hacia la mar, hacia el arcano.

Y sabrás al final de tu pasaje;
que nada vale lo que tanto importa,
y es siempre inútil emprender el
via je..

IV

¿Cómo vivir sin juvenil aliento
la roja antorcha de amor humano?
Me invade, al esbozar un gesto vano
la falga de un siglo en un momento.

Y nada exalta ya mi pensamiento;
ni los graves enigmas del arcano
ni los recuerdos. El ayer lejano,
es una rosa deshojada al viento...

Me envuelve el tedio con glaciales
tocas,

—melancolía de pasiones locas
que en tiempo inmemorial habré
vivido...—

Y cual viejo fakir indiferente,
sin la ventura que soñó mi mente,
sólo busco el reposo en el olvido!

V

Yo soñé con un mundo que no existe,
y al ir en pos de gloria y de ventura,
quise olvidar por siempre la amargura
de haber nacido soñador y triste.

Hallo dolor en todo lo que existe,
fue mi vida sin gloria y sin ventura,
y un hondo hastío vuelca su amargura
sobre mi vida soñadora y triste.

Al recordar mi juventud perdida,
el tedio se apodera de mi vida,
Y su paso la muerte no apresura!

Tengo piedad tan honda de mí mismo,
que quisiera perderme en el abismo
tenebroso y fatal de la locura!

VI

Resignado a vivir sin alegría,
yo persigo el misterio alucinante
de mi ser verdadero —caminiante
que me conduce por la oscura vía.

Porque su voz, maléfica y sombría,
puso en el sueño de mi vida errante,
mas el esquivo goce del instante,
la pesadumbre y la melancolía.

Triste de soledad y escepticismo,
contemplo mi alma con sutil mirada
en el cambiante espejo de mí mismo,

¡Y sólo veo por distinto modo,
en este caminar hacia la nada,
la irremediable vanidad de todo!

Antonió Avila Jiménez (1898-1965)

Estudió música en Europa y al retornar al país trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores hasta poco antes de su muerte. Poseía una muy decantada cultura y una sensibilidad profunda para percibir las virtudes humanas e intelectuales, así como una extraordinaria comprensión de los valores poéticos modernos. Su poesía, conformada por un muy exigente sentido de la forma, larga búsqueda y doloroso trabajo en pos de la decantación lingüística, y donde todo objetivismo podía incidir en una disarmonía expresión de lo esencial de la experiencia lírica, entraña una patética, magnificada aprehensión de la soledad creadora.

Obras principales: "Cronos" (1939); "Signo" (1942); "Las almas" (1950).

LEONARDO

Juventud ha querido que seas siempre joven
y ha guardado tus ojos para la eternidad

I

si pienso en tu sonrisa
mi pensamiento es música
si recuerdo tu voz
canta en mi mente
un "solo" la viola de un cuarteto de

Gluck

alguna vez suspiras
y una pequeña y contenida pena
me anuda la garganta

II

cantaba la alborada

motivos de cristal
y el fogón en penumbra
ofició tu partida

yo me quedé escuchando
el eco de tu paso
tan fóbil como el ala
de mi voz cuando duermes...

el aldadón cayó
y pensé tu ausencia
para formar el tulipán azul de tu
recuerdo

voy reuniendo los pétalos
de mi pasada sombra

POEMA

BARRO INÚTIL

Mercedes: el otoño ha llorado des-
amparo

para formar tus lágrimas
eres la bienvenida
de la dulce tristeza
al flanco mismo
de un tiempo sin mirada

está tu voz
en el silencio ubicuo
en el resumen secreto de las cosas
y a veces
en un monte sin fin imaginario...

Mercedes ¿Dime qué trajiste
del cielo en tu equipaje?
si has llegado
tan triste?

Me iré al fin
sin brazos y sin pies!
con los sueños inútiles
y sin pupilas...
inútiles los hitos
como inútil el barro!
Y la frente vehemente
y los deformes cénas
y la voz de todos los confines...
y las estrellas mudas
y el sol incandescente
y tú...
y mis manos celestes
y la celeste forma de mis sueños...
y la vivienda húmeda y el cerrojo
y todas las auroras
y la pena...

EL MISTERIO

Desde tu bienvenida
 hasta tu pesadumbre
 Desde tu voz ausente
 hasta tu voz de rosa
 Desde tu noche blanca y sin recelos
 hasta tu mirada de golondrina tran-
 siloria;

desde un dinhe! del limbo
 hasta tu madrugada
 desde la muerte austera
 hasta tu vida trunca

desde mi pensamiento
 hasta tu pensamiento
 está el misterio de los troncos
 el misterio del agua de las lluvias
 el misterio de las pupilas
 sumergidas en ánforas
 el misterio pensante
 que divaga en las frentes
 el misterio de la verdad remota
 en la mirada sin tiempo de los ojos
 de Cristo...

"Y UN SAUZ"

Mi propia hoguera calcinará mis huesos
 cuando se cumpla la señal
 y todos los caminos recorridos
 bajo todas las nieblas y los fríos
 se quedarán ausentes
 y todas las congojas se harán cristal
 dentro de todos los tiempos
 y dentro de los olvidos
 y dentro de los recuerdos angustiados
 de los seres pequeños.
 Si hubo luz
 no la habré
 si hubo sombra tampoco
 y el silencio, no será ni siquiera silencio. ...
 Yo sé de todo esto:
 una teja rosada de la casa
 y un sauz
 y un sauz
 Mi vida es una bebida celeste en la fontana. ...

ULTIMO POEMA

yo sé que tú
sombra azul
estás sentada al borde de la fuente
con lila en los párpados
que arreglan la nostalgia en el pinar...

cuánta alborada triste
celeste entre los pinos!

alegría de Dios en los senderos
los bueyes son de azúcar
y en los remansos flota el alma de
un saúz

y tus ojos oscuros
sin recuerdo

y una pequeña hoja del otoño
restaña tu mejilla
y la raíz de donde viene el canto
moja tu planta de maravillosa au-
senda.

dicen que has muerto!

el rincón de mi alcoba
me dice una alegría

Guillermo Viscarra Fabre (1901)

De la vanguardia del verbalismo superficial y de las fecundas experiencias en la aprehensión de lo auténticamente telúrico y de un más consciente estudio y elaboración de los valores lingüísticos, su poesía se fue elevando hacia una dolorosa, paciente y viril aceptación de lo esencial de toda vivencia. Su expresionismo inicial no ha sido desechado, pero sí depurado, —y los juegos verbales de las metáforas han adquirido mayor lucidez conceptual.

Obras principales: "Clima" (1938); "Criatura del Alba" (1949); "Nubladas Nupcias" (1968).

NUPCIAS

Desde la noche aquella
en que le hallamos muerto
con las hojas caídas
de tus párpados
sobre los grandes lagos
de tus ojos
Yo
sólo yo te habito
Hijo mío yo soy tu sepultura.

y duermes en mi hueco
convertido en hoguera
en rubí con cenizas
de tu sangre preciosa

Eres mi semilla de silencio
mi constante jovina de azucena
fertilizante flor
sobre mi campo santo

sombrado de cadáveres
de enmudecidas fieras

Eres mi pufalada
que no se cierra nunca
boca sangrante muda
abierta a las estrellas
Devorándote estoy como Saturno
como quien devorara
acónitos y azúcares

Me subes como yedra transparente
como un líquen de lágrimas
sobre mis eléctricas
rupestres escrituras

Me has convertido en un joven
y verde cementerio
lleno de tus arrullos
y tus brinco de pájaros

Yo no puedo separarme de ti
que eras mi sombra
mi identidad de ángel
mi ramo de azahares
saliendo de mi sangre

Mi verdugo adorado
mi víctima con cuello de paloma

Tu muerte me lluevacomó un otoño
de hojas rojas cayendo
en un prado sin tiempo

Están petrificados mis cabellos
mis venas y mis ojos
mirándote en mí mismo

Tú me rehaces como a un Adán
saliendo de tus manos

un Adán lleno de desencanto
y de la sabiduría de la nada de verte
de sentirte y de oírte
un Adán que sale de tus manos
para volver a ti
y llamar a tu puerta
amasada de llanto y de sordera
Yo vivo alimentado por tu agua
secreta

que corre en tu música nocturna
de roces y ruidos
de pieles ciegos que han perdido su
rumbo

Las letras de tu nombre
están petrificadas en el aire
como una catarata silenciosa

Tu nombre amado me destroza
como una artillería constante
con un hostigamiento
de secreto enemigo

Yo sé que el nuevo día
mañana en que naveguen
días de luz y espumas
de risas de muchachas
letrados de claridades
rubios girasoles de cánticos
rizados oleajes de olores y perfumes
tu cuerpo de gimnasta
gallardo y armonioso
no volverá a cruzar
como un relámpago de júbilo
y que tras de tu salto
de atleta hacia la noche
velada de eternidad y suelo
un monstruo de tristeza
devorará los robles de mi estipe

Yolanda Bedregal (1916)

Profesora. Su poesía en la que predomina una sensibilidad romántica exacerbada, profundiza la acentuación de sus elementos constituyentes más auténticos: la aprehensión romántica se ha depurado con un mayor rigor en el uso lingüístico; su oratoria de tonos épicos se ha magnificado en la decantación de lo superficial, para expresar la profundidad del sentimiento colectivo; su sensibilidad lírica innata se purificó con la afloración de un misticismo muy propio de la tradición indígena, pero expresado a través de una sabia utilización de los cánones expresivos españoles.

Obras principales: "Del mar y la ceniza"; "Naufragio"; "Nadir".

SED

No quiero
agua
ni sangre
ni vino
para mi sed.

Quiero
lo que ha sido
y nunca más será.

Lo que pudo ser
y no fue.
Lo que pasó,
lo que será.

Tengo sed
de Eternidad
en la copa de vidrio
de un instante fugaz.

"NOCTURNO EN DIOS"

Señor cuando obscurezca, te necesito mucho;
cuando las horas tiemblan para caer del árbol,
parece que un lamento contenido se acerca,

Señor, cuando sea Otoño y la flor no esté firme
quiero que me acompañes a ver el desnudarse
del mundo.

Caerá mi Primavera en un volar de estambres.
¿He de pisar acaso mi propia alma caída?

Llévame de la mano adonde nada piense,
donde en ti me cobije sin que se anueve el tiempo.

Tú eres inmarcesible y yo quiero agostarme
como hierba en tu pecho, que no me lleve el viento.
Tengo miedo al crujido que hace el pie en el Otoño.

ANTIFONA

Oh mar, tumba naciente. Recógete mi sombra
que se proyecta móvil desde la borda en sombra.

Acuéstame en tu flujo que, en la Uniebla, imanta
madréporas, esporas, tentáculos de planta.

Busqué en tu vientre ombligo la absoluta respuesta.
Estoy inerte y muda. Recíbeme en tu orquesta!

Nave de madreperla, perdió velamen, quilla,
red, tesoro, arpa ecólica, y no alcanzó la orilla!

Se aplacó mi extravío en tu piétago lerozo
al labio de ceniza venció el marino cerco.

—¿La gota insatisfecha pueda acaso medirme?—

Voz quemada en la tierra, caerá, mar, sin herirte.

Seré la apoyatura de un inaudible punto.

Seré apenas silencio del Todo en contrapunto.

Milena Estrada Sainz (1922)

Su formación cultural ha estado puesta al servicio de una mayor lucidez perceptiva del fenómeno poético: todo intelectualismo, toda "literatura" (el uso de términos tradicionales, eruditos o ya gastados, las metáforas demasiado implícitas), han sido rechazadas para mostrar solamente, a través de lo esencial de la expresión verbal, lo vivido en la aprehensión plástica y en el sentimiento.

Obras: "Corola de agua" (1946).

COROLA DE AGUA

Tenue, suave, y etérea
sueña, a veces, en los pliegues del musgo.

Oh, mi sombra verde que me sigue y me persigue.
Yo la encuentro en el camino de las flores
como una corola de agua.

En el frío castiño del invierno
sobre rios de sueño
se duerme en el cuenco de mis manos.
Entonces,
me acuerdo del acre perfume de los pinos

GREDA

Tus manos ya no son manos
y sin embargo son mías
como el viento.

Alma morena de tierra,
sombra de tierra morena,
ánfora de greda arisca
tu palabra.

Han llegado tus ojos.

VIAJERO

Siento llegar el frío del invierno,
Al frío y como el frío te espero.

Sombra de tu sombra,
viaja mi corazón,
No tardes.
Te esperamos.

MAR

Subiendo
desde las inmensas raíces despen-
didas

como liana rota
caerá mi rúa blanca
sobre su viento verde

Será mar

PALABRAS MARINERAS

Hay en tus ojos limpios
dormidos pájaros de soledad,
y una arcilla dorada sobre tus dedos
llovidos de estío.

Ahora que tengo
el dolor húmedo de la niebla,
blancos veleros de bruma
llevan mis palabras al viento.

PRESENCIA DEL SECRETO

Profunda raíz oscura se nutre de
la luz

y llega hasta la orquídea azul,

rama clara

colgada de los helechos

y sumergida en el mar,

hoja

que tiene toda la sangre del árbol

y es leve,

estambre

madurado en los adiós del viento

y los límites.

Estoy en el extraño país

que tú llamas vida

creciéndome la madre selva y

la refama en la yema de los dedos.

La lluvia de la montaña

es un redondo arroyuelo

en mis ojos oscuros;

trago las manos mordidas de viento

fuerte y moreno

y las brazos llenos de siempre vivas

Siento las tardes

como inmensas parvas de trigo

cuando el viento

rueda por mis cabellos

como amarillas hojas.

¡Estoy en el extraño país

que tú llamas vida!

Octavio Campero Echazú (1900 - 1970)

Profesor y catedrático. Su amplia versación en la música y su amor por ella, sus conocimientos del idioma, su especial sensibilidad para aprehender los aspectos esenciales y profundos de la cultura y de la existencia social, contribuyeron para que desechara, primero, la superficialidad romántica, el pintoresquismo folklórico y la oratoria del tremendismo socializante, para expresar, luego, el núcleo existencial de su ámbito social e histórico y geográfico. Su poesía, por eso, es una ejemplar búsqueda rigurosa de la valorización estilística de toda vivencia hondamente sentida.

Obras principales: "Amanecayas" (1942); "Voces" (1950); "Al borde de la sombra" (1968); "Aroma de otro tiempo" (póstuma - 1972).

EL RETORNO

—“Esos dos que van juntos”
camino del recuerdo,
cogidos de la mano
como dos niños viejos,
son hermano y hermana
que se quedaron huérfanos...

Así dirán las gentes
campesinas, al vernos
medir con nuestro agobio
la ruta del regreso,
y llegar —¡si llegamos!
con la noche en el cuello.

Ya será tarde, hermana.
La sombra de los cerros,
prolongada en el hégubre
aullido de los perros,
nos pondrá en la garganta
las tórtolas del miedo...

Entre el mar de las viñas
—¡Oh, isla del silencio!
emergerá el fantasma
del caserón desierto,
donde hicimos la ronda
de los primeros juegos.

No habrá una voz que salga
a decirnos: —“Ya es tiempo
de que entréis: os aguardan
la comida y el lecho”...

Y llorarás conmigo
junto al hogar sin fuego
Si el llanto es como lluvia,
cuatro arroyos fratermos
mojarán las raíces
más profundas del huerto...

Y cuando el sol enjague
los tristes ojos nuestros
—¡ah, qué prodigio!— un árbol
de carcomidos leños,
con entrañas de madre
retoñará de nuevo.

Al pulso de su savia,
nos suitará hasta el pecho,
en ascensión de pájaros
la aurora de otro tiempo
y nos dará un abrazo
de estrellas al crucero.

¡Tendrá tal voz el árbol,
cuando lo pulsa el viento,
y esparcirá un aroma
tan de antes, que, cierto:
será como si alguien,
de pronto hubiese vuelto!

Se hincharán las cortinas
de tul de tu aposento.
Y unos ojos de agua
nos mirarán de nuevo
desde el verde remanso
de azogue del espejo.

DON TOMAS

En esa casa habían tres cipreses,
y el mayor se llamaba Don Tomás.
¡Ah, qué trágicos vientos lo mecían
de tempestad en tempestad!

Dialogaban los tres bajo la luna,
y les fluía el diálogo en cantar:
que ya soplaron todas
las ráagas del mal!

Entre sus nobles brazos, las palomas
antaban en paz.
Y era un temblor de alas y de arrullos
el huerto al despertar.

Hasta el gló-gló del enmohecido caño
uníase al bullicio ma tinal.
cual lo haría un abuelo
en trance de cantar

Después, como a traición, sobre la casa
se cernió el huracán,
Y abatió el más egregio de los árboles
líra de la ciudad!

Desde entonces los otros dos cipreses,
¡qué mudos se han quedado en la heredad,
como un par de plegarias silenciosas
elevadas a Dios por Don Tomás!

LA SEQUENTE

En verdad, hijos míos,
no sólo por mi júbilo
esparcí la simiente,
fue un mandato del surco:
apremio de mi estirpe,
reclamo del futuro.

Vosotros me grísteis
—¡inmenso grito mudo!—
que os traiera a la vida
desde el no ser obscuro,

Ya estábais en mi sangre
como en la flor, el fruto;

y hallásteis en la entraña
maternal un refugio.

Y cuando, al fin, llegásteis
al umbral de este mundo,
¡qué campanas de gloria
tañeron en mi pulso!

La vida no sería
ya evento de un minuto
—el débil eco apenas
de un cántico inconcluso;
vara chispa en el viento,
signo de polvo y humo—,

sino perenne cauce
de auroras y crepúsculos.

Y como ya me invade
la sombra, es vuestro turno

—¡que la celeste antorcha
del amor os dé el rumbo!—
esparcid la simiente
y hacéd eterno el surco.

A GUIDO VILLA-GÓMEZ

¿A qué sonoro viento de la noche,
o a qué soplo recién amanecido,
le confiaré, estrujadas por la pena,
las cosas que le escribo?...

¡Adiós a todo lo que más amaba!
Al lay del val y la canción de río;
al canturón de míasas de la tierra
que usted laudó en sus áureos romancillos.

Me dormiré en el seno de la tierra
como en los brazos de la madre, el niño.
Y aunque después no sea
más que un puñado misero
de polvo siempre hollado
por rudos campesinos,
me velará el temblor de las estrellas
y la aguda plegaria de los grillos.

¡Adiós a todo! A toda fiesta
de amor y arrebatado ritmo.
A la amada sin par que obró el milagro
de hacer brotar, en árbol ya marchito,
pomras de miel
y yemas de rodó.
A todas las mujeres que pasaron
por nuestra vida como un himno
de juventud; fugaces melodías,
sorbos de miel en copas de suplicio.

Adiós a nuestras pláticas nocturnas
que tenían el íntimo
perfume de los versos,
alas de música y sabor de vino.

Cuántas veces surgieron, al conjuro
del recuerdo los nombres más queridos!
Y hablaban con nosotros, desde el alma,
la voz de los amigos...

Al son de nuestro verbo de insurgencias
—clarín del alba, látigo de Cristo—
amanecía el pueblo liberado
de su noche de oprobio y de martirio

¡Y cómo se murieron nuestros sueños
antes de haber vivido!

También nosotros
inextinguiblemente nos mo rimos.
Digo nosotros, porque yo lo llevo
—ancla de oro— en mi cariño.

Si de mi roto cáliz
se ha de verter la sangre de Dionisio,
para engendrar la poma de mañana
y el futuro racimo,
¿en qué vaso de Dios arderá luego
el óleo de mi espíritu?

Veré, tal vez, paisajes nuevos
por las claras puplas de mis hijos
Me llevarán sus plan tas
por todos los caminos.
Seré en su corazón ala de pájaro,
y sus puños, martillo.

Si así fuera, mi lámpara de muerto
echaría más luz sobre el abismo
que la débil antorcha con que marchan
—¡tan a ciegas!— los vivos.

Y adiós, ahora.
¡Voy a dormirme, Guido!

EL CAMINO

Como un delgado cinturón de plata,
ceñido al verde talie
de la tierra gozosa, iba el camino
entre opulentos surcos y alfalfares.
y al llegar a la casa, bruscamente,
se echaba a los portales.

Por él vinieron y se fueron
—¡qué pronto!— nuestros padres.
Y vinimos nosotros
a remozar su sangre;
y luego, nuestros hijos, como azoma
la aurora por el valle.

Por él los campesinos
—con sus cestas fragantes
de frutos de la tierra—, discurrían
desde el alba a la tarde,
y pasaban las mozas, deshojando
sus copas en el aire.

Después llegó la prédica del odio.
Cayó la casa, vino el hambre...
Por el que fue camino del trabajo
ya no transita nada.
Ha perdido su rumbo:
no va a ninguna parte.

LA FIESTA

La fiesta ya no es aquella
de mi mocedad... Antaño,
llegaba con los jinetes
de la aurora hasta mi pago,
y era un pandero la tierra,
el tropel de los caballos.

Alas de ponchos nativos
embanderaban el rancho,
y traían las moditas
la acuarela de los campos:
surcos en flor sus polleras,
pomar en fruto los sayos.

¡Y qué dicha la de alzar
el corazón como un vaso
henchido de melodías!..

A modo de un vino rancio
iba la lírica copla
enardeciendo los labios.

Al son pastenal de la rueda,
se encadenaban las manos
—éramos un pueblo unido
por eslabones de cánticos—
y redoblaba la tierra
como un tamboril chapaco.

Hoy las gentes se avergüenzan
de las prendas de otros años;
edian tras la barda el poncho
y el corazón de sus pagos,
y va un pueblo gris y mudo
a perderse en el ocaso.

Oscar Cerruto (1912)

Periodista, novelista y poeta. De la prosa llena de resonancias metafóricas pasó a la árdua elaboración lírica. Muy pronto comprendió que la poesía no es tan sólo la suma del dominio de sus elementos constitutivos: la estructuración armónica de los niveles expresivos del lenguaje, metáfora, musicalidad, ritmo de la palabra, alquimia del simbolismo, al servicio de una vivencia, sino la profunda veracidad de su transmutación en otra realidad que descubre una esencia significativa. En algunos de sus poemas, es cierto, hay predominio de uno de aquellos elementos y de su superficialidad, pero aún en ellos no deja de advertirse a quién asume la tarea poética como una vocación inapelable, grávida de su propio significado y gravitante por sus enunciados.

Obras: "Cifra de las rosas" (1947); "Patria de sal cautiva" (1958); "Cerco de penumbras".

ENUMERACIÓN DE TU HEREDAJE

Es tuyo este cielo de agua
donde las nubes transcurren como barcos
y saltan como peces
los relámpagos.

Tuya es la nieve, tuya
la cordillera,
y el silencio azulado
que en tus alturas se congela.

La pampa mineral también te pertenece
con los cascos voraces
de los vientos
que le arrancan sonidos musicales.

El río de piel oscura
y melancólica,
en el que se implican los ídus del rito
y los tumultos de la historia.

La soledad,
tan vasta como su poderío,
pero que una sola de tus palabras
deja sin sentido.

En cambio la luz es suave,
tómala en tus manos,
ves cómo se te escurre
como polen dorado?

Y allí a fondo está el lago
de eléctrica cintura,
corona de alabanzas,
Proverbio transparente de la puna.

Y la antigua ciudad en que has
saltado a tu encuentro, nacido
calicanto del aura y su hermosura,
vestida de aguaceros.

Urddá está como los sueños
y como el linaje;
al tope de las torres de la bruma,
banderas de combate.

De "CANTARES"

Por entre andariveles
 el viento andaba.
 También mi corazón
 por entre andariveles
 te soñaba.
 Papeles y papeles,
 mi corazón.
 La luz de los papeles
 te nombraba.
 ¡También mi corazón!

Si vas por los limoneros,
 detrás tui mi amor.
 Cruzarás la cordillera
 y yo en pos.
 Y al pasar los cafetales,
 mi voz.
 Y sabrás que el verde verde
 limón
 que se desangra en la rama
 soy yo.

Sergio Suárez Figueroa (1924 - 1968)

Patiendo de ámbito puro y estremecido de Rilke y de la fiebre pánica y lúcida de Rimbaud, Suárez Figueroa trasmutó esa herencia en un romántico hundimiento en las vivencias que la palabra —su lenguaje poético— trata de concretar. Sus versos, por eso, apenas pueden retener el dolor de lo perdido, la añoranza de iluminaciones, la música inaprehensible de una realidad soñada. Pero hay también en ellos una patética confrontación con la ruina, lo gris y amorfo que la otra realidad —la cotidiana, la que sufre una humanidad alienada por falsedades coercitivas, coloca en los caminos de la percepción. Ningún poeta nuestro, excepción hecha de Saenz, sufrió esa escisión espiritual en forma tan dramática, —tal y como lo evidencia su poesía y, antes de su muerte, sus obras de teatro: una prolongación verbal más concreta, más acro, más conflictiva de los temas de sus versos.

ESTANCIAS PARA UN TEXA DE RAVEL

I

Viajas en la orilla luminosa
 y el himno de las milenarias garzas azulan el temblor del aire
 —oscuras aves evocando bimbosos símbolos
 del amor olvidado,
 recuerdos de milagrosas transmigraciones
 que hoy habitan aquí,
 en el opio mágico de la ternura.

El agua enciende en las embarcaciones
reflejos melancólicos, elevando una beatitud
para la cual el hombre es reacio
el temor y el retorno a los infiernos.

¿Dónde habita ahora la dimensión
que devora el destello de otros cielos?

En el vértigo de las lejanías
posees el perfume y el fugaz temblor
de la forma y la diabólica inocencia.

¿Si la luz vibraba como el pánico de una tentación,
en qué presente caído estaba premonizado nuestro vuelo?

2

Los gigantes esclavos de tez oscura,
sostienen un crepúsculo de celajes sombríos.

Pavoroso evocar que mece el canto de un ave
en los muros de esta tumba.

La luz es cálida en el aire y en la melancolía,
y conmovido e indiferente por el paso de las grises sombras
de los espectros,
el lejano temblor de tu labio inferior
se me revela,
hasta encender mi sangre de otro tiempo.
La sangre que no olvido.

Podría ser llamado a esta tierra, sombría
ertizada de negras estatuas de piedra.

3

Mi corazón resuena como un arpa
al borroso amparo de una sombra en pilidos dinteles,
y en la significación conmovida de una apagada flor
aquí en la palma de mi mano
y en un otoño deslucido
por el milagro impalpable de los vientos.

Recupero mi breve eternidad en esta muerte
y mis dedos ensayan el reposo de la maravillosa apariencia
el vago hábito de la cega
y tu perfil, hoy convertidos en cenizas,
en la condenación
en el descenso a la mansión oscura
que atraviesa la región de los torpes murciélagos.

4

En el misterio concedido por el universo
y el rostro que lo anima,
salgo de mi vigor profundo de esta totalidad
que lo eterno trasmuta en la alquimia de su alegría,
—luminoso reflejo
que oculta y exige mi identidad impalpable.

Mi nombre antiguo
reposa en cementerios
de memorables dioses.
Las brumas despiertan al nacimiento
del sol de las memorias;
mis pies están cubiertos por una extraña forma
y aleteo en la brisa como un centinela matinal.

He olvidado tu nombre
y la vibración estremecida del reposo
Y he aquí que el juego impone su dureza
y sus ríos de olvido,
la alquimia y el manantial.

Todo es espantoso, todo es pavoroso,
y el vértigo del milagro anonada.

Y Dios tolera
erguido tras la cima de las piedras oscuras
—en la gigante bruma—
que tomamos para nuestros hombros casi eléicos
la fatalidad de prolongarlo.

Navegamos en las opacas aguas del infierno
Un dedo venerable escribe la palabra del vértigo maravillado.

—hermosos condenados
sosteniendo el tiempo
y el naufragio de la memoria,
resuelto por las intermitentes tumbas,
y los graves sarcófagos embellecidos.

Jaime Saenz (1921)

Periodista, poeta y novelista. Uno de los poetas más grandes de América, cuya producción puede muy bien parangonarse con la de Huidobro, Vallejo, Octavio Paz y José Lezama Lima. De su etapa expresionista —de original contenido por los fulgurantes encuentros en la entraña de la aventura existencial (como lo prueba "El Escalpelo")—, pasó a la construcción metafórica de un universo donde las alucinaciones verbales contenían un poder destructivo de toda retórica y de todo lujo superficial de la palabra. Mientras otros poetas —incluso Cerruto, Yolanda Bedregal y Viscarra Fabre, se empantanaban en quizá una inconsciente mentalidad colonizada cultural por el empeño en utilizar esquemas constructivos y, sobre todo, el lenguaje de la poesía española (como puede verse en el uso de los términos que ya han sido más que exprimidos de sus simbologías expresivas), Saenz incorporó a la poesía boliviana un profundo contenido popular vivencial y expresivo; pero ese contenido y su transformación lingüística, en la que no está ausente el juego poético, mordaz e ingenuo—, no obedecen a un afán literario de dudosa originalidad, sino que nace junto al discurso poético como una de sus sustancias constituyentes. Pero lo más importante de su obra es su original, auténtica e irrenunciable búsqueda metafísica de la identidad del ser, de las cosas que lo rodean y del origen mismo de su dolor esencial, ya sea a través de la enunciación de lo cotidiano, de lo funambulesco, de la irrealidad viscosa de la vida o a través de un conmovedor, retiscente, púdico y avasallante amor por esa misma vida.

Obras: "El Escalpelo" (1955); "Muerte por el tacto" (1957); "Aniversario de una visión" (1960); "Visitante profundo" (1964); "El frío" (1967).

De: "MUERTE POR EL TACTO"

Todo es movlizado por el tacto desde el principio de los tiempos.
El tacto es el mayor milagro porque hace que rueden dos bolitas siendo
tan sdo una y se confirma
lo yerto por el tacto
de qué sirve el tacto si estás tan triste
nadie dice que sin tristeza disfrutarás mucho del tacto
sino que estarás más árido
el tacto al servicio de lo que has tenido y podido
sin que un gesto de olvido te dé la medida del olvido
el tacto al servicio de lo elemental
de modo que nada turbe su uso y beneficio
y tengas a fin algo más concreto que la mirada y
la vida.
Se vaporiza el tacto y lo previo y lo sin remedio es
mágico

Yo te digo: te esperaré a través de todos los tiempos.
Siempre estaré aquí o allá, estaré siempre tanto en ti como
en las cosas

y tú lo sabrás: cuando te rodees de la melancolía por
el tacto

Yo estaré siempre: conocerás que estoy por el tacto;
siempre estaré en ti aunque tú no hayas porque cuando
no hayas, sabrás siempre que no eres.

En la espera de ser, estaré siempre. En ti me quedo
yo, confiado, y olvido a mí, y me cierro, y me vierto, y
amo a todo y renuncio a todo

Yo me quedo en ti porque así es mágico y porque basta un instante
para confirmarme por el tacto.

De "ANIVERSARIO DE UNA VISION"

V

A la vista del río, que lava de males a los habitantes
y los mantiene despiertos,

y socava la delgada corteza que sostiene a la ciudad
debajo de la cual se oculta un gran shismo,

no me dirigiré a tí, por un momento y deseo
detenerme en lo que habitas y habita en ti -- y también
en mí,

y percibir la forma, angosta y alargada, que pudiera

tener la muerte, en la substancia húmeda y dura del cristal
que le sirve de vivienda

y conocer sus maneras, la de ser y la de no ser,
me imagino como las de alguien que creciese de arriba
hacia abajo,

y descubrir el porqué sentimos que nos movemos, y
encontrar el espacio, el síno, o la distancia que hiciese
moverse el movimiento en la quietud,

donde busca el movimiento un ir de un lugar a otro
sin necesidad de ir, y busca realizarse en la inmovilidad
y dentro de sí mismo,

como la superficie de este río y como sus aguas
las cuales nos harán desembocar y nos hundirán
en el mar para salvarnos de no morir de la ausencia
de la muerte,

la que un instante atrás ignoraba nuestra vida,
y que viaja en ella ahora y se aleja de nuestro
lado,

¡Pasa sordo y ruidoso el río — se desliza y salta a
través de los diques,

a su estruendo se enanece las visiones de
grandes animales

que vemos cuando a solas nos desabogamos de
cierta mara tristeza

en la transparencia y en el olvido de los suspiros
que el río eleva y profundiza en medio de emanaciones melíficas
y al silbido del aire puro que el Illimani ha filtrado,

y que sopla sobre lo turbio e impetuoso de
nuestra inclinación,

esas visiones se debaten entre suspiros y buscan
en lo tumultuoso de las aguas alguna visión que las
mire y suspire por ellas

— y mientras respiramos el extracto de este gran aire,
filtrado, azul y frío,

a la hora de las sombras con una turbadora penetración
las emanaciones melíficas nos transportan al mar
y nos diluyen en la redondez de la tierra y en una
eminencia del cielo

— yo te busco

y con el alba y con los suspiros,

junto al claro de las estrellas se anima la ciudad

— y pasa el río, desconsoladamente y se queda

De "EL FRÍO"

Tiene un olor de antigüedad,
es el de los adivinos
— y en el aire,
cuando se cierra la noche,
un olor de juventud,
que se ha desvanecido
junto con el día.

I

En las calles me doy cuenta del estado del mundo,
yo pienso partir de una vez en pos del frío y dar con
el demonio que se oculta más allá de las sombras
y preguntarle por qué solamente en el país del frío
podía buscarse alguna cosa que sirviera tanto como la vida,
aquella voz que hecho de menos y que necesito escuchar
antes de marcharme,

si ya sé que en este mundo es lo único que se parece
a su celestial acento el olor del alcohol,
y con todo lo que digo y hago solamente doy tiempo
al tiempo:

en un rincón se esconde el alcohol glacial alcohol del
frío, y en otro rincón me escondo yo

cada cual a la espera de la salida del otro, a sabiendas
de que no hay escape en esta bruma pesada, tú ya lo sabes:
en Navidad, en Año Nuevo, en las fiestas patrias, en
los aniversarios,

cada vez me libro por un pelo, luego me echo a caminar
con rapidez y alegría y miro de reojo

— ya lo sé, en el rincón alguien tiene más paciencia
que yo, es un gigante, es un coloso y yo un pobre gusano
y quizá será por eso por lo que me queda solo y
fascinado:

qué raro

y por lo mismo me pregunto qué pasa en el mundo,
cuando el frío no existe y me pongo a temblar y no
escucho tu voz y el frío se está,

pues esto es muy raro:
la voz es la temperatura.

6

Tú que siempre apareces en el invierno, años tras año;
tú, que te pierdes
y pasas por las calles, y sin quererlo me enseñas a
vivir y me ayudas a morir,
tú eres el frío, eres tú la ciudad, es tu presencia una
música con la virtud de escucharse tan sólo en el olvido:
gracias a ti aprendí a decir adiós,
y sin ti no habría podido hacerlo tal como lo hice,
tan de viva voz frente al destino;
y tampoco habría podido conocer el verdadero frío y
adentrarme en él,
y dejar de temerle,
sin ti
— (porque era ya hora de aprender a ser viejo, después
de todo).

9

(Un sendero desciende de p. alto
conduce al camino real
yo miro una gruta y más allá el vacío.
en el aire de los abustos bajo el resplandor de la
mañana quiero quedarme suspendido
y no saber nada del camino real,
quiero quedarme,
en el vacío encuentro tu voz y presiento su sombra,
con tu presencia inimaginable,
con tu presencia soñada en la aventura del día, en el
olor del mundo,
en el cálido adiós que el mundo murmura con los
insectos y las aguas,
quiero quedarme para siempre y esperarte en el
sendero,
allí la luz que te devora me deslumbra, espesa
humareda, confusos ruidos, chispas en el cielo, silencioso
tu paso,
todo viene de golpe
y tengo frío, un ansia de evocar para ti algún
lugar vacío en la naturaleza
— yo desciendo por el sendero y no quiero mirar
el camino

la frescura en las nubes me impide quedarme dentro
de mí, el aire distante y mis ansias).

(Me apena un deseo el de caminar junto a ti y
respirar junto a ti y es triste el asombro,
la fugacidad en que te quedas y te pierdes,
y tu aparición en ese aire de luz, el que pasa por
mi lado,

el que habla de la distancia y del horizonte en
un declive del sendero,

el que se desvanece en infinitos límites en las
piedras, en la nada,

en donde me sorprende a mí,

aquí,

con el anuncio en algún lugar en mí, el que
corresponde al secreto y la permanencia
en vida y muerte,
que ha de llamarse "aquí").

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

(1960 - 1972)

EL ENSAYO FILOSÓFICO:

Arturo Oñas Medina (1931)

De: El Hombre en el Existencialismo

En esta concepción del hombre como ser —ahí hay un gran afán de realismo y un radical escepticismo. Realismo porque quiere captar al hombre, partiendo del hombre mismo y no de alguna idea que se tenga sobre él, quiere captarlo tal como se presenta en su realidad cotidiana y promedial. El hombre promedio en su afán cotidiano es lo que se quiere comprender. Y en efecto, lo más inmediato y real, lo más cotidiano y general del hombre, es el que está-ahí. Hay un radical escepticismo porque implícitamente rechaza la validez de cualquier concepción religiosa, metafísica o científica en general, que pueda servir de base segura para interpretar al hombre. Se ha perdido la fe en todos los valores y conquistas de la tradición cultural, que veían lo esencial del hombre, la base para su interpretación, por ejemplo en su razón o en su espiritualidad o en su impulso vital o en su calidad de criatura criada por la divinidad. Perdida esta fe, ¿qué queda como esencial del hombre? Realmente sólo el hecho de que él está-ahí, el *factum* innegable de su ser-ahí, su facticidad como dice Heidegger. Este pensamiento filosófico tiene, sin duda, un fundamento histórico-social. Es la Europa culta que había desarrollado elevadas y nobles teorías sobre cultura y humanidad, la que, confrontada con la barbarie, la crueldad y lo inhumano de la primera Guerra Mundial, reacciona, muy comprensiblemente, dudando de todas las teorías sobre el hombre, derrumbándolas y retomando y radicalizando el nihilismo e irracionalismo surgidos ya a mediados del siglo 19.

Pero fuera del realismo y escepticismo hay un elemento más que viene como consecuencia de estos dos: precisamente en la pugna con el nihilismo se trata del apasionado intento de encon-

trar algo primario y originario del hombre, aquello que por ser tan cercano se lo ha dejado de ver, aquello que el hombre antes de ser racional, o espiritual o criatura divina, su propiedad de ser-ahí, y tener que ser-ahí.

Hemos dado hasta ahora sólo el primer paso. Tenemos que profundizar más en este concepto del ser—ahí. Aún no se percibe lo que diferencia al hombre de las cosas que innegablemente están-ahí. El ser-ahí, dice Heidegger, es siempre mi ser-ahí, el ser-ahí propio de cada uno de nosotros. El hombre como ser-ahí tiene entonces una propiedad que la vamos a llamar con un término tan raro como el que usa Heidegger en alemán, la *miidad*, con lo que se quiere expresar que es siempre mi ser-ahí, no el otro, sino el de cada uno de nosotros. No se enfoca entonces al hombre como ente abstracto, el hombre en general, colocándonos nosotros mismos en una posición neutra de meros observadores, sino que al hablar del hombre se trata siempre de mí mismo, del ser irreductible, irrepresentable que es cada uno de nosotros. Hay aquí, como ven, un potente giro hacia el propio ser, hacia la realidad que es cada uno de nosotros; al analizar al hombre, al ser-ahí, estoy yo mismo comprendido, se trata de mí mismo. Si yo como ser que está ahí soy siempre mi propio ser-ahí, tengo entonces una relación conmigo mismo, estoy referido a mí mismo, estoy ocupado conmigo mismo, con mi ser. El hombre es entonces el ente que está ahí preocupándose por su propio ser. Es el ente que es y tiene que ser ahí y que en ser-ahí se pregunta por un propio ser. Esta manera de vivir del hombre siempre ya referida a su propio ser, la llama Heidegger la existencia: El hombre es el ser-ahí que existe, es decir que tiene una relación con su propio ser y la está elaborando siempre.

Para comprender en forma más concreta a este ser—ahí y a su existencia nos preguntamos: ¿Dónde está este ser? ¿Qué significa el ahí? Heidegger nos responde: el ser-ahí está en el mundo y nos dice incluso: El estar-en-el-mundo es la propiedad ontológica fundamental del ser-ahí. Ser-ahí es estar-en-el-mundo. La respuesta nos parece sobreentendible. Naturalmente que el hombre está en el mundo como está esta mesa y esta sala. Pero cuando nos damos cuenta que las cosas, según Heidegger, no tienen la propiedad de estar-en-el-mundo advertimos que Heidegger entiende algo muy especial por estar-en-el-mundo, una propiedad que sólo la tiene el hombre.

Ser-ahí es estar-en-el-mundo. ¿Qué es estar-en-el-mundo? No es un estar dentro de algo, así como el traje está dentro del

ropero, o el agua dentro de un vaso. *Estar-en-el-mundo*, dice Heidegger, es estar acostumbrado a algo, habituado a algo, familiarizado con algo, estar absorbido por el mundo. ¿Qué quiere decir esto?

Estar-en-el-mundo es sencillamente el estar metido en los quehaceres y tareas cotidianas, emprender algo o no hacerlo, cumplir o no cumplir con esta o aquella obligación, preocuparse por este o por aquel asunto, por este o aquel hombre, en suma estar sumergido en las tareas cotidianas, ocuparse de algo.

Realmente, si observamos nuestra vida en cualquier momento, vemos que estamos siempre absorbidos por un afán, trabajando en una oficina o en un taller, asistiendo a la universidad para seguir nuestros estudios, haciendo algún negocio. Estamos siempre habitualmente al servicio de algún fin que nos hemos propuesto. Incluso el dormir, el no hacer nada, obedecen al fin del descanso, de la distracción, para emprender luego nuestro plan. *Estar-en-el-mundo*, dice Heidegger, es siempre proyectarse hacia un fin. Proyectarse en el sentido riguroso etimológico de la palabra: *yactarse*= lanzar, *pro*= hacia adelante: es decir, proyectándonos nos lanzamos siempre hacia adelante, hacia un fin. Más exactamente hablando: Al *estar-en-el-mundo* estamos ya siempre proyectados, absorbidos por un proyecto. Por el proyecto de lograr una profesión, de ganar dinero, de hacer una obra social, de escribir un libro, etc. Proyectándonos estamos dando un sentido, un contenido al mundo y estamos refiriéndonos continuamente a tal sentido. Todas las cosas del mundo están en relación con ese contenido que damos al mundo. Los fines permanentes y más cercanos hacia los cuales nos proyectamos, mejor dicho, hacia los cuales estamos ya siempre proyectados, son lograr el sustento, lograr un albergue, prosperar. Al proyectarnos el mundo y los entes intramundos están ya siempre descubiertos y referidos a los fines propuestos. Incluso al alejarnos, olvidar, dejar de lado nuestros proyectos, seguimos en el fondo referidos a nuestros fines, pues nos alejamos y olvidamos de algo. Al hacerlo estamos viviendo, como expresa Heidegger, al modo deficiente de nuestro proyecto. ¿Pero qué son esos proyectos? Heidegger nos responde inmediatamente: Son posibilidades de ser del ser-ahí, del hombre. El ser del hombre es entonces esencialmente un poder-ser sus posibilidades.

El esqueleto que habíamos diseñado al principio va adquiriendo carne. Habíamos dicho que el hombre es esencialmente el ser-ahí que es y tiene que ser. Ahora vemos que ser-ahí es ser en

el mundo descubierto y configurado por nuestros proyectos. Decíamos del ser-ahí que es y tiene que ser. Ahora comprendemos que es ya siempre una de sus posibilidades proyectadas y tiene que serlo. Es siempre, repetimos, un poder-ser,

La existencia es entonces este carácter peculiar del hombre, de ser-ahí estando siempre proyectado hacia sus propios fines. Habíamos dicho que la esencia del hombre no es ser racional, ni ser biológico, ni ser humano, en el sentido del humanismo clásico, sino ser-ahí. Ahora podemos comprender que la esencia del hombre es estar ya siempre proyectado en el mundo ⁽¹⁾.

EL ENSAYO POLITICO TEORICO:

Sergio Almaraz (1928)

"El Poder y la Caída"

(El estallido en la historia de Bolivia)

De "De Huanchaca a Patiño"

Los hombres del 850 depositaron sus esperanzas en la inversión extranjera que un siglo después sobrevive en algunos bolivianos como una enfermiza ilusión. Esperaban milagros más que negocios. Fanáticos del progreso, creían que de la fuerza bienhechora de la minería nacerían industrias y ferrocarriles, se elevarían los ingresos del Estado y, románticos exaltados, yase veían encabezando una potencia dirimidora de los destinos sudamericanos. Llegados a Europa lo primero que hacían era indagar sobre minas y ferrocarriles, explorar posibilidades financieras y comunicar alborozados sus descubrimientos en cartas escritas invariablemente en tono discursivo. ¡Pobres doctores! Los especuladores los estafaron las veces que quisieron. La ansiedad con que buscaban el capital extranjero —que no ha cambiado en nuestros días— dio lugar a combinaciones cómicas como el empréstito Church destinado a realizar un proyecto loco: la navegación del Mamoré. Melgarejo, en gesto magnífico, dio plenos poderes al co-

(1) Fragmento del texto de una conferencia pronunciada por el Dr. Arturo Orlán en el Paraninfo de la Universidad de La Paz, en 1966.

ronel inglés Church para obtener los fondos destinados al proyecto. El militar consiguió en Inglaterra 1,700.000 libras esterlinas, pero en tales condiciones que nunca llegaron al país porque el capital desapareció con la amortización y los intereses.

Tanta exaltación fue inútil. El becho real estaba en Huanchaca que pagó a sus accionistas más de 40 millones de dólares y en Llallagua que devolvió a sus propietarios chilenos varias veces el capital. Las cosas se producían justamente al revés: los capitales salían de la minería y luego se internacionalizaban.

El naciente capitalismo boliviano encontró sus hombres de empresa en los mineros y en Huanchaca su primera y más grande realización. El país trasponía las puertas del futuro. Los partidarios de la minería se unían sobre ciertos principios. Arce, en sus cartas desde París, dice más concisamente lo mismo que Baptista: una escuela de minería, otra de maestros y un colegio militar. Podían ser ultramontanos o enemigos de la Iglesia, conservadores o liberales, pero su condición de representantes de una nueva fuerza les dio cierta unidad ideológica dentro de cual conceptos como minería, inversión, caminos, ferrocarriles, constituían las líneas maestras de su pensamiento. Tal era el sentido del progreso en la segunda mitad del siglo pasado y la frontera que inició la separación entre terratenientes y mineros. Más que de separación, que da idea de tensión y de lucha, habría que hablar de reparto de poder, porque en los primeros tiempos los terratenientes compartieron su poder con los mineros y aun cuando éstos, andando el tiempo, lo ampliaron considerablemente, los terratenientes nunca dejaron de tener su parte.

Los negocios mineros no fueron muy limpios y cuando incursionaron en la actividad política, aplicaron sus propios métodos. Arce y Pacheco compraron votos empleando un arma que los latifundistas y ricachos de las ciudades no estaban en condiciones de utilizar pues sus bolsillos no daban para tanto. El resentimiento fue profundo, pero después de Ayo Ayo y Parí y el impresionante despliegue de campesinos aymaras que selló el triunfo liberal, tuvieron que conformarse con compartir el poder con la nueva fuerza nacida en parte de la minería. Este es un curioso momento de la historia boliviana donde las imágenes se presentan invertidas. En realidad los de Sucre no estaban contra la oligarquía minera; ya pasaron por el gobierno las figuras de Arce y Pacheco. La resistencia estaba dirigida contra los liberales, la fuerza surgida en el Norte que como fenómeno histórico, amplio, profundo, impersonal, era la expresión más próxima de la minería y del naciente capitalismo.

"Ilustre oligarquía de mineros de grata memoria —dice un autor dado a la tarea de glorificarlos—, que a la vez alternaban en la vida política de Bolivia administrando los intereses nacionales con honestidad, economía y talento". Estos oligarcas —Pacheco, Aramayo, Argandoña, Ramírez, Arce, Alonso— vivieron imbricados entre dos sistemas. Su educación, ambiente, hábitos, modo de ser y de expresarse, estaban saturados de la tradición feudalista hispano-católica y colonial, pero se las arreglaron para que la vieja estructura feudal sirviera a la minería. Los trabajadores, más siervos que obreros, por la prolongación del feudalismo en la minería, vivían en condiciones atroces y la explotación sufrida por ellos era sólo comparable a la que existía en las "mitas" potosinas de la Colonia. Nadie se inquietó por ellos. Se encontraba natural la miseria del indio y su muerte prematura en las minas. Sénechal de La Grange, presidente de "Huanchaca de Bolivia", refiriéndose a las duras condiciones de trabajo a 4200 metros de altura, en una zona fría, decía que la empresa tenía en propiedad casi diez mil indios quechuas. "Trabajan exclusivamente para la mina y viven en el suelo y las casas de la compañía. De los 400 nacidos anualmente, mueren alrededor de 360 antes de los tres meses". La visión de Sissón sobre los trabajadores de Potosí no es menos pavorosa: "Los trabajadores de las minas de Potosí sólo viven cerca de diez años, porque trabajan 36 horas seguidas; esto lo hacen voluntariamente, sólo descansan a pequeños intervalos y beben demasiado con mucha frecuencia". Y hay quienes se atreven a decir que en aquellos sombríos tiempos "Bolivia podía considerarse un país de bienestar general ajustado a la época, donde sólo se conocía la pobreza como consecuencia de la disipación y el vicio" (1).

Sin esta formidable matanza, las fortunas de la minería no habrían llegado a nacer. En realidad era la condición para que los esfuerzos de los pioneros dieran resultados de acuerdo a las leyes inexorables del desarrollo capitalista.

Bolivia vivía todavía de la minería de la plata. Casi un cuarto de siglo faltaba para que de Llaigua y La Salvadora empezara a fluir el estaño. Cuando Aramayo envió unas muestras de mineral para que las analizaran, le dijeron despectivamente que era estaño, un mineral de muy escasa aplicación y de cotización baja; los ingleses con sus minas de Cornwall cubrían el consumo. En cambio otra fue la suerte de Patiño, veinte años después, cuando "cor.

(1) Manuel Carrasco: "Simón Patiño".

tó" el grueso filón de La Salvadora. Al amanecer del día siguiente se dirigió a caballo a Huanuni. Iba con el corazón encogido por la duda: nunca había tenido "impresión mayor de desaliento". "Yo no quería plata. Si hubiera sido plata se hubieran derrumbado todos mis proyectos". No fue plata. El análisis dio 54 y 60 por ciento de estaño.

El mundo necesitaba estaño. La industria de la hojalata crecía y todos los días se encontraban nuevas aplicaciones para la delgada hoja recubierta por la blanca pátina que le daba propiedades excepcionales para la conservación de alimentos. Los mineros respondieron al estímulo exterior buscando estaño; dejó de ser el mineral maldecido cuando se lo encontraba en las minas.

Con el estaño la industria británica se prolonga hasta el altiplano; el rasgo dominante de la economía boliviana nace entonces: la minería estañífera es la parte complementaria de la economía metropolitana.

Arce puso los últimos remaches a la ferrocarril que desde la costa trepaba sobre los 3.800 metros para alcanzar sus minas de plata e hincar sus extremos en Oruro, la capital boliviana del estaño. En 1885, los ingresos del Estado representaban algo más de cuatro millones de pesos y solamente Huanchaca distribuía entre sus asociados chilenos más de cinco millones. ¡País pequeño al que le habían salido mamutsen el espinazo andino!

Guillermo Lora (1922)

"Historia del Movimiento Obrero"

Del Capítulo V

Saavedra, alrededor del cual declararon el más impresionante silencio las sectas entroncadas en el liberalismo, se vio obligado a apoyarse en la masa artesana. Ciertamente es que los dirigentes obreros y los políticos de avanzada salidos de esta última fustigaban, juntamente con los estudiantes, a la dictadura saavedrista. Los trabajadores y bolivianos de avanzada nunca han olvidado ni perdonado a los carniceros engalonados que timonearon la masacre de los mineros de Uncía.

En Saavedra —que uno de sus biógrafos lo considera como a uno de los solitarios en el Palacio Quemado— se repite la amarga experiencia que vivió Belzu: la mano generosa tendida al

adversario político (ambos políticos comenzaron por llamara los desterrados y por ofrecer ministerios a los enemigos) que sólo encuentra odio despectivo y oposición intransigente.

Impulsar la dictación de un cuerpo coherente de leyes sociales (hasta ese momento todo se reducía a tanteos aislados) constituye un mérito para cualquier gobierno, porque denuncia el afán de ponerse al día con las conquistas alcanzadas por la sociedad contemporánea y porque sabe que ya no es posible cerrar los oídos ante el creciente clamor de los oprimidos. Pero sería erróneo considerar que Saavedra obsequió, porque así se le ocurrió de acuerdo a sus especulaciones teóricas, esas leyes al pueblo. La verdad es que las organizaciones obreras las fueron conquistando y paulatinamente, conforme se demuestra en esta historia. Los liberales —que concluyeron convirtiéndose en los peores enemigos de Saavedra— fueron los pioneros en este terreno.

"En su propósito de establecer fundamentos sociales de efectivo adelanto colectivo, encara los problemas de la legislación obrera. Los regímenes liberales poco se inquietaron por la suerte de las clases trabajadoras" (Aramayo Alzérreca).

No puede haber la menor duda de que esa legislación despertó la resistencia de los capitalistas individualmente considerados, pues tendía, en cierta manera, a disminuir la cantidad de plusvalía que se apoderaban. Puede ser que este fenómeno se hubiese traducido en la impopularidad de Saavedra en los círculos dirigentes de los partidos rosqueros. A pesar de todo esto, hay un hecho cuya importancia no ha sido hasta ahora puntualizada. La legislación social se convirtió en una necesidad inaplazable en la medida que crecía el desarrollo industrial; era preciso rodear la explotación del proletariado de condiciones normales, que importasen preservar la mano de obra de su destrucción. Después de Saavedra los sindicatos siguieron luchando por la dictación de otras leyes más perfeccionadas. Escribió algunas páginas poniendo de relieve la importancia del proletariado, lo que no era ninguna novedad: "El proletariado está constituido, en todas partes, por las fuerzas vivas del país. Sus brazos no sólo son la defensa nacional en el peligro, sino las columnas en que descansa la sociedad y la fuente de su progreso y prosperidad económica".

Los obreros cifraron sus esperanzas en los diversos sacudimientos políticos ocurridos en el país, unas veces los apuntalaron entusiastamente y casi siempre confiaron en que los gobernantes de turno les diesen bienestar económico y libertad política por lo menos. Los esfuerzos e intentos que buscaban estructurar

un partido obrero independiente chocaban con la creencia muy difundida entre los trabajadores de que su bajísimo nivel cultural no les permitía "aspirar el poder". La tesis fue creada y difundida por los ideólogos de la clase dominante.

Los regímenes que se presentaron con ribetes populares fueron fatales para las masas porque pudieron desorientarlas y engrillarlas más fácilmente.

La "revolución" del 12 de julio de 1920 confirma lo dicho. Los socialistas, los que organizaron los partidos obreros de ese entonces, no ocultaron las esperanzas que despertó en ellos el republicanismo. Lo que se transcribe a continuación corresponde a una carta firmada por Ricardo Perales:

"Los socialistas habíamos visto con simpatía la evolución política del 12 de julio, hasta decepción hemos sufrido al presenciar las elecciones con que el Partido Republicano debuta en el poder; honda amargura hemos experimentado al ver a los obreros republicanos, aleanados por sus candidatos, perseguir y hostilizar a los ciudadanos independientes",

Las sucesivas decepciones en este terreno fortalecieron en la vanguardia obrera la necesidad de dar nacimiento a un partido revolucionario propio de los trabajadores: "He ahí por qué, para preservar a la juventud trabajadora de esta enfermedad social que va envileciendo más el alma colectiva, vamos a nuestra organización política, como recurso supremo de educación moral y cívica de los ciudadanos, con nombre propio, con programa y ciudadanos propios también".

Los líderes obreros buscaban superar la incultura de la clase enviando a los suyos a las universidades.

Saavedra supo utilizar ciertos grupos de trabajadores contra su adversario Salamanca. "El bloque izquierdista (Salamanca), equilibrando así con el que obedecía a don Bautista, se vio en el trance de abandonar sus asientos cuando en el colmo del barullo que provocaba la barra aleccionada y formada por los carrillanos del ferrocarril La Paz-Yungas, llenaba el recinto parlamentario", (O. Urioste). Los genuinos, a su turno, también levantaron a obreros contra Saavedra.

Bajo el gobierno Saavedra fueron dictadas las leyes sobre accidentes de trabajo, de Ahorro Obligatorio, acerca de la reglamentación de las huelgas, y las que crean el Instituto de Reformas Sociales.

Hablar del socialismo de Bautista Saavedra constituye uno de los mayores equívocos. Habiendo comenzado como liberal llegó a la conclusión de que en Bolivia no podían aplicarse satisfacto-

riamente los principios de la democracia burguesa, pero esta crítica la hizo no desde el punto de vista socialista o marxista, sino permaneciendo en posiciones derechistas. Llegó a conclusiones fascistas y si rebautizó a su partido con el nombre de socialista sólo fue por concesión al espíritu de la época. Esta conclusión se desprende de la lectura de sus múltiples escritos, pues tuvo el cuidado de volcar en letras de molde todos sus pensamientos políticos.

El saavedrismo se apoyó socialmente en la clase media y particularmente el artesanado y en esta medida siguió la tradición liberal, se puede decir que fue el resultado de la ruptura del partido del general Camacho por la izquierda. El que no hubiese llegado a posiciones radicales se debió a las nuevas circunstancias que imperaban en el país. Dos nuevas fuerzas se disputaban el predominio de la política: la gran minería y las masas obreras que comenzaban a incorporarse. Saavedra, a pesar de todos sus choques con algunas gerencias capitalistas, siguió a la gran minería y en los obreros organizados únicamente vio a conspiradores comunistas.

La revolución "republicana" enarboló muy en alto los principios del liberalismo, es decir, de su tronco principal. No pocos habiaron a posteriori acerca del socialismo del doctor Saavedra, incurriendo así en una de las mayores arbitrariedades.

Reunida la Convención saavedrista comenzó declarando la vigencia de la Constitución Política de 1880 (en realidad aprobada en 1878), sin haberse atrevido a introducir reforma alguna. Este hecho, insólito si se tiene en cuenta que a lo largo de nuestra historia todos los presidentes se esforzaron por darse "su" propia Constitución, viene a confirmar la naturaleza conservadora del republicanismo, incluso en su sector más populachero.

René Zabaleta Mercado (1935)

"Estado Nacional o Pueblo de Pastores"

Fue Goethe quien escribió que "sólo se puede definir lo que no tiene historia", pero a la vez podría decirse que es la historia la única que nos da definición. Ahora que han pasado diez años me preocupa escribir sobre el fervor importante de este tiempo, poblado por la multitud de los hechos que crecen cuando se han cumplido, por una desordenada militancia y por sucesos no siempre gloriosos.

Recuerdo el 9 de abril de 1952 bajo el cielo de metal azul de Oruro, cuando los mineros de San José se descolgaron desde los cerros y nuestro pueblo mostró la fuerza de sus brazos y el calor de su sangre y tomó la ciudad y liquidó la marcha de los regimientos del sur sobre La Paz. ¿Quién sabe ahora de esas horas? — Definición de balazos en los extramuros de un cuartel terroso, conjuración más bien caótica como el corazón de un cholo. Aquel día fue resolutivo para los bolivianos que ahora tenemos menos de treinta años (1). Hasta entonces habíamos vivido en la servidumbre de las buenas intenciones y en la niebla emocional de los planes heroicos. Vivíamos en el trabajo de los dogmas satisfechos y el miedo doctrinal, en un estado de duda viviente en el que todas las ideas nos bastaban porque no teníamos ideas activas. Las buenas abstracciones no servían para sacarnos del agravio natural, de la frustración infalible que nos esperaba de no haber llegado aquel día de abril, que fue un día de sangre cumplida y de muerte derramada pero también de un nacimiento histórico. Entonces el sueño nos devolvió a la historia porque de una manera o de otra los hombres siguen la suerte del lugar en que viven y no se podía esperar que sus seres se realizaran en una nacionalidad que se frustraba. Así, supimos que cada hombre es en cierta medida del tamaño de su país y que la nacionalidad es un elemento del yo, que el yo individual no se realiza sino a través del yo nacional. Supimos que teníamos una tarea en el "reino de este mundo".

El Descubrimiento de un Método.

En las escuetas calles con muchos años, en La Paz con techos de teja y entonces temblorosas, tres días los tiradores odiaban en los techos al sol que los cegaba y tantas horas los fusiles se escupían de pared a pared y sabían vagamente y fuertemente de la Revolución aún después de seis años, de un suicida, de un colgado, de miles de muertos sin estadísticas proclamatorias, en la lucha que había empezado la María Barzola, la "perra fiel del socavón". El MNR no era entonces marxista ni sabía las propias dimensiones de su fuerza pero había logrado, de hecho, un pacto que se movía. Era una montonera o, para decirlo en el lenguaje de entonces, una "alianza" (obreros, campesinos y gentes de la

(1) Este texto forma parte de una conferencia de R. Zabaleta, dictada el 28 de enero de 1962 en el Teatro Rex de Oruro.

clase media). Montenegro lo expresó diciendo que siendo la nacionalidad explotada como un todo responde en su conjunto y esto vale en el sentido de que las clases nacionales hicieron un frente para realizar ciertos imperativos en los que coincidían.

El Feudalismo Zonzo y la Oligarquía Chilena.

Quero decir que la oligarquía boliviana no servía ni siquiera como oligarquía. Esto puede explicarse mejor con una comparación que resulta expeditiva y alceccionadora. Al empezar el siglo XIX la Capitanía General de Chile era subvencionada por el Alto Perú. Nuestro país tenía, entonces, mayor población que la de Chile y duplicaba la de la Argentina y no hay duda ninguna de que, por dar un caso, en el tiempo del Mariscal Santa Cruz éramos una potencia considerable en el Continente. En Chile, empero, existía una oligarquía adusta, astuta y específica, una oligarquía con sentido histórico compuesta por cateadores de minas pobres y agricultores y, a partir de Diego Portales, se creó allí un Estado oligárquico con ideas claras acerca de los intereses justos e injustos de su patria. ¡Ben es cierto que esos intereses parecían coincidir temporalmente con los del Imperio Británico, pero ¿qué ocurría, por contraste, con la oligarquía de nuestro país? No sirvió sino para crear un carnaval grotesco y sin fuerza a las mismas horas en que la oligarquía chilena, la república oligárquica de Chile, podía emprender con éxito una guerra de conquista. Por cierto que la del Pacífico fue una guerra execrable, pero fue también el enfrentamiento de dos oligarquías en la que salió triunfante la que tenía más vigor. Es que la decadencia oligárquica de Bolivia era ostentible en los mismos orígenes políticos del país. Acostumbrados a las chacotas fáciles, a la sensualidad que pagaban las minas potosinas, al esplendor provinciano que podía proporcionar el uso del pongueaje, al feudalismo zonzo y corrupto, no podían ofrecernos sino una jarana doctoral, un pensamiento de retruécanos locales, de intrigas dóciles y de un desarraigo practicante. ¿No es historia igual la del Chaco con sus generales borrachos y sus patriotas elegantes y sus etaperos eximios y sus emboscados aguerridos y sus presidentes practicando la ideología del dejar hacer y dejar pasar, pero con los paraguayos? Hélos a los héroes de lo que Hertzog llama "la parte más inapreciable del país". Esta oligarquía no podía tener fuerza más que para recoger las sobras de Patiño y para alojarse en sus deliciosas jiras por Europa en hotelillos baratos y sin baño, pero con desprecio infinito por khestis antihigiénicos del país.

La Izquierda PIL.

Hace algunos días el doctor Ricardo Anaya, que es una suerte de crítico rezagado de una revolución que no ha hecho, manifestó que "el MNR es una montonera en su composición" y que "el populismo es el rasgo de su ideología". Los callapos doctrinales del Dr. Anaya no parecen servir ahora sino para financiar la producción de manteguilla PIL. Esa montonera, compañeros, es la que venció en abril y fueron montoneras las que hicieron la guerra de guerrillas de la Independencia. La montonera es la forma natural de la guerra boliviana. Los puleros izquierdistas como el Dr. Anaya, cuya excelente educación no le permitió llegar al actual Partido Comunista, hicieron esquemas diáfanos y simétricos acerca de cómo tenían que suceder las cosas en Bolivia, pero a falta de montoneras adquirieron otras industrias con mejores ingresos. El MNR es, en efecto, y de esto no se asombren sino los temperamentos delicados, como el del Dr. Anaya, una montonera en el sentido de que las clases nacionales, que son el proletariado, el campesino y la clase media, hicieron en 1952 un frente —el MNR— para realizar los imperativos históricos en los que coincidían. Cada una de estas clases a la larga trata de crear un tipo distinto de sociedad, pero en los trabajos de liberación nacional hay un encuentro de intereses, una coincidencia preliminar que les permite unirse, reunirse en un partido como el MNR. Dentro de las sociedades hay varias clases que pueden ser delimitadas sociológicamente pero en última instancia la contradicción histórica se expresa en la oposición entre explotadores y explotados. Para el caso concreto de este país, la contradicción se ejecutaba entre las clases nacionales que he mencionado y la oligarquía minero feudal. A partir de 1952, prácticamente se arrasa con el poder rosquero y entonces aparecen nuevas contradicciones. "Cuanto más fuerte es la lucha de clases —según el apotegma del profesor Gurtvich— menos fuerte es en su seno la lucha entre los otros agrupamientos". Si nosotros invertimos este razonamiento, tenemos una explicación adecuada para las contradicciones internas de la Revolución. Mientras había que resistir a las clases extranjeras, a la oligarquía minero-feudal, no había ciertamente contradicción entre el proletariado y las clases medias, por ejemplo, por que ambos agrupamientos estaban acordados en la realización de un Estado nacional...

LA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA:

Carlos Ponce Sanginés (1928)

"Las más grandes excavaciones arqueológicas de Sudamérica"

Tiwanaku se encuentra a 3.842.4990 (BM A-15)) metros de altitud sobre el nivel del mar y a 20 kilómetros de distancia del Lago Titicaca. Las ruinas de Tiwanaku llamaron ya la atención a los primeros conquistadores y evangelizadores y por más de 4 siglos continúa el atractivo de su misterio. Se podría repetir hoy y siempre las palabras del P. Lizárraga, suscritas hacia 1600: 'Casi no pasa por aquel pueblo hombre curioso que no las vaya a ver'.

Para Means trátase del más importante lugar arqueológico de Suramérica y a su juicio fue claramente la metrópoli de las montañas. Hállase ubicado en un valle abierto de medianas proporciones, encerrado por dos serraníos no muy abruptas. El clima y el panorama es de puna. La vegetación escasa. Geográficamente pertenece a la meseta Andina, que como es del dominio de todos está rodeada por la Cordillera Occidental y por la Real.

El Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku se ha impuesto la tarea de revelar para la ciencia los misterios que guardan estos admirables vestigios precolombinos. Tal labor entraña importancia nacional, ya que en expresión del afamado historiador Toynbee "el monumento sobresaliente de todas las demás edades de la historia andina es la ciudad de Tiwanaku, en la altiplanicie, cuyos grandes monolitos desafían todavía los estragos de un clima cruel". El Director de la citada institución científica ha formulado también la significación revolucionaria de la obra: "En Bolivia, los estudios arqueológicos llevan implícito un mensaje de esperanza. Si en el pasado los pueblos aborígenes fueron capaces de notables hazañas, si pudieron erigir edificios y ciudades señeros, es lógico que sus descendientes, los indígenas de hoy, podrán dominar en el futuro la tecnología moderna y ayudarán a transformar el país ahora retrasado. Demuestra también la falsedad de la posición arguedina pesimista y discriminatoria, que conceptúa como enfermo a nuestro pueblo. La investigación arqueológica en Bolivia parcialmente no es ciencia pura, ya que entraña determinada vivencia. Aun perduran en algunos puntos del territorio, especialmente en la agricultura nativa, ciertos méto-

dos e instrumentos de data multisecular, similares a los que se hallaban en vigencia en el período prehispánico. Solamente conociendo ese capítulo de la ergología indígena, será posible enseñar al campesino a superar esa etapa, a través de la trasculturación planificada, para incorporarlo eficientemente a la vida nacional".

Las excavaciones que realiza el Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku en gran escala, son las más grandes en Suramérica en el momento actual (1961) y las excavaciones estratigráficas más extensas en toda América. Hasta ahora, se han puesto en claro alrededor de 10.285 metros cuadrados y se han removido 14.427 metros cúbicos de tierra, con un total de 360 pozos y 3 trincheras perfectamente estudiados y clasificados.

Las excavaciones en Tiwanaku, inauguradas por el Presidente de la República de Bolivia el 21 de septiembre de 1957, obedecen a una nueva perspectiva: 1º. Indagaciones exhaustivas para comprender en detalle el desarrollo cultural tiwanacuense, 2º. excavaciones en gran escala, 3º. restauración de los edificios desenterrados y 4º. el empleo de instrumental técnico de precisión en el gabinete. Las proyecciones son halagadoras, dado que en poco más de tres años de esfuerzo se ha logrado una posición relevante. El sacrificio que entraña podrá ser entendido únicamente por quienes formulan el lema: "Cultura nacional por la forma, revolucionaria por el contenido".

El arqueólogo De Benedetti, en 1910 formuló estas agudas y proféticas observaciones, cuando pasaba las ruinas: "De Tiwanaku poco es lo que queda en pie, visible al ojo curioso del viajero. Sus tesoros habría que buscarlos en el seno de la tierra, en sus cementerios escondidos, en sus inmediaciones vírgenes o en los faldeos de los apartados cerros, inexplorados aún. Habrá que ir allí con método, tiempo y contracción, sin perjuicios y con la experiencia que van dando las exploraciones sistemáticas de los yacimientos arqueológicos de América. Más de una revelación sorprendente espera, tal vez a la ciencia venidera". No es exagerado proclamar que el destino ha reservado esa tarea a los investigadores bolivianos, hijos de la tierra, animados por ideología renovadora y que dominan la más reciente técnica arqueológica.

El patio interior de Kalasasaya donde se han abierto hasta el presente 73 pozos, ha servido para clasificar sistemáticamente, de acuerdo a la estratigrafía, las distintas épocas del desarrollo cultural de Tiwanaku. Se ha localizado una primera etapa, cuando Tiwanaku se hallaba en sus inicios, con sus elementos todavía en germen. Tal época era completamente desconocida para los es-

tudiosos. Poseía ya cerámica pintada, se usaba la plata y el oro en adornos, se enterraba a los difuntos en huecos con cuentas de sodalita en las manos, se conocía la patata deshidratada como alimento, se cocinaba con estiércol de auquénidos ("taquia") como combustible y se practicaba la agricultura con herramientas líticas. En la tercera época se erige el recinto de Kalasasaya, rodeado de grandes muros de piedra, se impulsa el cortado de fuertes pilares de arenisca roja y empieza el culto a una deidad representada en forma de figura humana. Es la era de las grandes construcciones líticas. En la cuarta época o "clásica" aparece vigorosa la escultura en andesita volcánica, se cincela la llamada Puerta del Sol y las mejores estelas. Sin embargo, se edifica perfectamente con adobes o ladrillos secados al aire. Las paredes se pintan de colores, como predilección en tonos blancos o grises.

Kalasasaya consiste en una inmensa plataforma de 126.20 de largo (lado norte) por 117.50 metros de ancho (lados este y oeste). Muestra por el poniente una proyección de 650 metros de largo, que vulgarmentese la denomina "Pared balconera" encerrada por gruesos muros provistos regularmente de pilares monolíticos. Su acceso se halla al Este, donde subsiste una imponente escalinata de siete gradas y ocho metros de longitud. En su interior, circulando un patio, existían reducidas construcciones rectangulares de triple pared, siendo una de piedra y dos de adobe. Antaño debieron ser una especie de torres. Al centro del referido patio interior, el 8 de noviembre de 1957, se descubrió el "Monolito Ponce", gigantesca estatua de tres metros de alto, el ejemplar más perfecto del arte tiwanacota. Es antropomorfo y en toda su extensión se halla cubierto con finísimos motivos decorativos. Representa a un personaje suntuosamente ataviado que porta dos objetos con las manos.

Dirijamos la mirada a otros lugares trabajados. En primer término aparece Kheri-kala, donde se ha empleado también la excavación de parca en tablero, muy utilizado el sistema en el Cercano Oriente. Kheri-kala fue probablemente un antiguo palacio indígena, repleto de pequeñas habitaciones. Comunican algunas entre sí. Consta de cuatro alas o crujías en torno a un patio central. Los cimientos son de piedra finamente labrada y las paredes de adobe delgado y dobles. Pertenece la edificación a la IV época.

Luego, más allá, un descubrimiento remarcable en verdad. Trátase del sistema de cloacas de desagüe en el grupo arqueológico denominado Putuni. Al fondo yace un grueso canal construido con piedras cuidadosamente labradas, el cual tiene un metro

de altura y se encuentra a tres metros de profundidad de la superficie, terminando acaso a 300 metros de distancia. Encima de él está ubicado un canal de medianas proporciones y junto uno pequeño. De tal manera se comprueba que los tiwanacotas poseían un sistema planificado de desagüe.

Dick Edgar Ibarra Grasso:

La Interpretación calendárica de Posnansky sobre la Puerta del Sol

Comentario Preliminar.

En nuestros dos artículos anteriores, hemos tratado especialmente del calendario tiwanakota representado en el tejido de la época del Tiwanaku Expansivo, o época V según Ponce Sanginés que, según el mismo, se extiende desde el 724 al 1.150 D.C.; además hicimos numerosas referencias a la interpretación por el Ing. Arthur Posnansky sobre que la Puerta del Sol representaba un calendario, punto que constituía uno de los pocos hechos interpretativos con que desde el principio habíamos estado de acuerdo con Posnansky. Su interpretación nos había convencido con respecto al hecho de que allí estaba representado un Calendario, por más que negábamos la antigüedad que él mismo atribuía a la metrópoli tiwanakota.

Tenemos que tratar ahora, en esta serie de artículos, la interpretación hecha por Posnansky, y para ello nada mejor que reproducir sus propias palabras. Las tomamos de su obra: "Tihuanacu, la cuna del hombre americano", Tomos I-II, New York, 1945. Lo que reproducimos a continuación se encuentra en el tomo II, capítulo I.C. págs. 8-11. Lo que dice nuestro autor lo comentaremos en un artículo siguiente, dada la extensión que tenemos que dedicarle aquí. También, para mejor entendimiento de las cosas, reproducimos aquí su mejor ilustración explicativa de lo que dice (1).

Comenzamos, con la transcripción referida:

"La descifración de las ideográficas simbólicas de la Puerta del Sol.

"A fin de no cansar la paciencia del lector después de es-

(1) El texto transcrito es un fragmento de uno de los artículos publicados en "El Diario" por el Dr. Ibarra Grasso.

tas explicaciones preliminares, daremos comienzo a la lectura del "Jeroglífico Magno" de la Puerta del Sol.

"En el dibujo esquematizado del jeroglífico principal de la Puerta del Sol, se nota en forma impresionante la idea del calendario que quiso representar, hace miles de años, una inteligente casta de "Sacerdotes astrónomos" de avanzada cultura científica. En la forma más sencilla describiremos en seguida los fenómenos astrológicos que observaron aquéllos y las ideas que ellos tenían acerca del Universo, conforme a la mentalidad de ese tiempo. Todas esas ideas y observaciones quedaron expresadas con maestría en el "jeroglífico magno" de Tihuanacu, que figuran en la parte central de la Puerta del Sol, ocupando más o menos tres cuartas partes de la superficie.

"Tihuanacu está situado en el hemisferio astral, por lo cual el sol se halla el 23 de septiembre en el Equinoccio de Primavera. En esta fecha se levanta exactamente por el Este y se pone con la misma precisión, por el Oeste. El jeroglífico magno, la figura principal, representa, sin lugar a la menor duda, el "Equinoccio de Primavera", o sea el mes de septiembre, se levanta el Sol encima del Ecuador y el 22 de diciembre el Sol está aproximadamente a 23 grados treinta minutos al Sur del Ecuador, por lo cual se halla en el solsticio estival. De manera que los tres "rostros solares" situados a la izquierda de la figura central y encima del meandro representan los meses de octubre, noviembre y diciembre. Encima del último rostro solar, que representa diciembre, se ve un corneta de pie, que sobre sus labios apunta la "Kuepa", el "Sacabuche" de entonces, y que hace la señal de "Vuelta Atrás". En esa época, o sea en el solsticio estival, el Sol se alza del sur de levante, culmina a considerable altura y se pone al sur del poniente. Como este astro se halla entonces al sur del Ecuador Celeste, más de la mitad de su diurno recorrido se encuentra sobre el horizonte, por lo cual los días son más largos que las noches. La mayor duración diurna y la gran altura solar en el meridiano era entonces la causa, como lo son también hoy, del calor en el verano en el hemisferio austral. Durante los tres meses siguientes, o sea desde el final de diciembre hasta marzo —que en el jeroglífico magno se hallan representados por los tres rostros solares situados debajo del meandro y a la derecha del "Sol con el Corneta", baja el sol paulatinamente hacia el Ecuador, al cual llega a tocar en el Equinoccio de Otoño, o sea el 21 de marzo. En esa estación el Sol se levanta también precisamente en el Este y se pone en el Oeste geográfico, motivo por el cual en el jeroglífico magno se hallan los

dos "Soles equinocciales", uno debajo del otro y el eje vertical de estas dos figuras representa el Ecuador Celeste.

Lo transcrito corresponde a la parte fundamental de la interpretación como un Calendario solar de la Puerta del Sol, hecha por el Ing. Arthur Posnansky y debemos decir, sinceramente, que desde que lo leímos nos pareció la parte interpretativa más importante y segura de su trabajo. A lo dicho se agregan por este autor otros muchos datos, a gran parte de los cuales asignamos lo mismo: gran valor, y de ellos trataremos en otra oportunidad. Lo mismo Posnansky interpretó como representando un calendario a los motivos que adornan al gran monolito Bennett, y creemos que allí tampoco se equivocó, pero ahí la explicación es bastante más complicada que lo que nos dice sobre la Puerta del Sol, y por lo mismo también tenemos que dejarlo para más adelante.

LA INVESTIGACION TRADICIONALISTA Y FOLKLORICA:

Victor Varas-Reyes (1908)

"El Castellano Popular en Tarija" Dek Capítulo I

VI.— La tierra y el hombre en la cruz de razas.— Los chapacos

De la mezcla de sangres por estas tierras, hay tipos morenos, de ojos moriscos grandes y expresivos, asimismo blanquirrubios, barbados, de macarena prestancia, junto con oliváceos de atenuados rasgos americanos; hay magníficos ejemplares de mujeres bellas, de mozas juncas, curvilíneas y exuberantes, que con diferencia del atuendo, tendrían marcado aire familiar, si asistieran en las tierras castellanas, a la verbena de San Antonio en Madrid o aparecieran en carreteras o a la grupa del rocín de sus galanes en dirección a Almonte para participar en la romería de la Virgen gitana del Rocío en zona andaluza, o formando parte en el bando de la huerta, en Murcia, conforme la hábil descripción y artísticas fotografías que ofrece Nieves de Hoyos Sancho. Pero no el tipo genérico representativo como exclusividad de la región, que señala el himno de Aguirre Achá ("Y Tarija su tipo andaluz"). Esto, al recorrer de la colonia a la república. Mas, también hay que contar con la inmigración posterior de elementos de ultramar que

han prestado su concurrencia para cierta relativa transformación, en cuyos descendientes, según la procedencia, no deja de transparentarse alguna nostalgia que emerge del fondo del subconsciente hacia la evocación de un mundo lejano dejado para siempre por los antepasados y la adaptación irremediable a su realidad presente.

El paisaje, la tierra, "no sólo el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive", en el decir tamayano, han cooperado a la formación de su hombre. El habitante vive alrededor de menos de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar, —salvo puntos contrapuestos, como la fría meseta y la ardiente bajopampa chaqueña— dentro de una existencia corriente, sin escalofrantes catástrofes morales ni materiales. Ríos y arroyos cristalinos cruzan por sus parajes, cantando y sonriendo despreocupados. Frescos manantiales conceden su linfa al ganado y alegran las sementeras. Arriba, un cielo de marcado azul circunstancialmente cubierto en los chaparrones veraniegos o en los nublados surazos invernales. Días dorados con rutilante sol tropical; aire nocturno saturado de tibio plenilunio; noches estrelladas y solemnes en medio del silencio campestre. En la base y a los costados, tierra generosa con frutales y con árboles que proporcionan combustible para el hogar y maderas para la vivienda; collados cubiertos de vegetación para que ramonee el ganado menor y llanos para las reses; josas que brindan salaces fragancias; oteros que es necesario vencer para disfrutar de hoyadas o rincones resguardados de intemperies donde la primavera tiene larga permanencia, cultiva flores de diferentes climas y preside el señorío de las verduras, cereales y hortalizas; zonas de vid y de maíz que prodigan los ingredientes que luego de la consiguiente elaboración, provocarán en alguna fiesta de época, el estallido sincrónico de tonada y copla; terrenos sequeros y erosionados que ponen a prueba la hombridad de quienes quieren lograr lo suyo con propio esfuerzo; árboles en los patios de los ranchos, benévolos protectores con sombra y abrigo para hombres y bestias, que invitan al coloquio en los descansos; patio andaluz en las casas urbanas, con arriates que convidan colores y aromas, donde como recuerdo del tiempo viejo, aun queda la fontana como complaciente abuela...

La fusión heterogénea de conquistadores con los naturales, así como con los criollos y los mismos blancos que se soterraron para llevar una existencia decididamente rural, agrícola y ganadera, tomó la designación de chapaco, chapaca, tradicionalmente gentes de a caballo, apegadas a la querencia nativa, que la aban-

donan algún tiempo para buscar trabajo en los campos argentinos, regresando al fin con nueva indumentaria y algo de dinero, trayendo con ellos muchas veces, organismos aniquilados.

El chapaco, a quien encuadra el biotipo ciclotímico extravertido, más que cuestión racial, lo es social y de trabajo. La misma sangre, con todas las combinaciones de los cruzamientos, circula por sus venas, con predominio de la hispana. Fluye de su boca el idioma cervantino moteado con voces americanas. Si bien la pobreza alegre y resignada ha sentado sus reales en el predio, hay altivez ingénita, sin insolencia inmotivada y provocativa. Y con la educación fundamental, en los campos se han abierto nuevos y promisorios horizontes.

Del Capítulo V

1.— Coplería rural y urbana.— “Contrapunto”.— El “remate”, su forma y fondo.

Lo referente a coplería, constituye un tema de gran amplitud en el ámbito de los valles chapacos. Como la tonada campesina de época, conocida más con el nombre genérico de “chapaqueada” representa “fondo musical” para lanzar las coplas según los propósitos del cantor, el acervo es copioso, de diferente origen. Yendo en escala ascendente, la mayor parte de las veces nace en la mentalidad popular, brota espontáneamente; otras, encarna caro recuerdo de la tradición oral, sin fallar también lo producido por la musa erudita, que llega a fijarse en la memoria de los de abajo. Finalmente, asoma asimismo con los que vienen de otras tierras o de los que retornan al pago después de una ausencia más o menos prolongada.

La copla entonada por el chapaco o por el poblano con música regional, tiene modalidades características. Mas, para recoger una impresión acorde con la realidad ambiente, es necesario escucharla en el propio lugar de regocijo, a fin de captar la intención, la gracia, la picardía, la socarronería, el sentimiento, sincrónicamente con la pieza pertinente. Si se la canta con las tonadas rurales, encierra un contenido de enorme valor, pues constituye un conjunto armónico el habitante con el paisaje salaz.

Algo que dentro de la intimidad del jolgorio campesino tiene cierta vigencia es el duelo poético de “contrapunto”, ya sea entre rivales por amor, o entre un varón y una zagala esquiva, que también practican elementos populares de la ciudad. En ocasiones, se repiten versos conocidos tradicionalmente de provoca-

ción, ataque y defensa, de incitación amorosa, de burla; en otras representa un juego espontáneo entre cantores contrincantes o elementos de diferente sexo. No está dentro del ritual que siempre hubiera contrapunto; éste se produce a veces cuando menos se lo espera, dependiendo su curso del ingenio y del acopio que posean quienes se enzarzan en tan peregrino pugilato, al que ya se refirió Concolorcorvo en 1773, cuando al pasar por tierras del Tucumán, observando una jarana de los gauderios —digase gauchos— captó que ellos, al son de sus guitarras, unos a otros y a sus cortejos, se echaban coplas "que más parecían pulgas".

En lo formal, la copla chapaca toma como base la cuarteta octosilábica, la redondilla, pero engarzada con un elemento típico: el "remate" o estribillo, después de los dos versos iniciales de la misma; a veces después del primer verso, ligando los dos últimos con la repetición del primer verso del "remate", al que siguen de uno a tres versos más, con lo que concluye el motivo central de la cuarteta o periodo, cerrando con el verso con que principia dicho poético retintín.

En cuanto al fondo, ocurre a menudo lo que Rafael Cansinos-Assens decía al referirse al complejo del "cante jondo" (de la caverna) andaluz: "... Es típico de este cante que diga una cosa y quiera decir otra; todo lo de la caverna es irónico, de una ironía que va hacia al sarcasmo, pues la misma resonancia de la hondura lo es. ..."

Héctor Cossío Salinas:

"La Tradición en Cochabamba" (Antología)

Del Prólogo:

En que el compilador explica los motivos inexplicables de su presencia en este prólogo

Hilo de plata que hilvana la leyenda con la historia, es la tradición; por eso, aunque género menor, su origen se engalana de cierta nobleza literaria y de una robusta personalidad que resiste el paso de los años. Nutrida de menudos temas que registra la crónica y desdeña la historia —pues que su filiación la vincula inequívocamente con ésta—, su presencia en nuestras letras revela una tardía floración de la narrativa boliviana.

El compilador cree cumplir con un compromiso consigo mismo al iniciar esta colección de tradiciones con unas palabras de justificación a su tarea. Enfrentado por vez primera con una selección auspiciada por "El Heraldo" (1), no pudo menos que agotar esfuerzos para buscar una explicación a esa demorada reminiscencia de motivos que constituyeron la preocupación de los escritores de una época. Por eso es que, como en una vieja historia de amores incomprensidos, —vacía ya de romanticismo—, quiso hacer de paladín, tender un puente con su sayo y reconciliar a los heroicos amantes de dos tiempos literarios.

El tradicionista cosecha temas simples arrancándolos de la memoria popular: anécdotas, crónicas, leyendas, hechos que tienen justificación solo para el espíritu regional, pero que, a veces, por la grandeza y el señorio en su tratamiento, rebasan el ámbito localista. Acaso los autores pretendieron reemplazar con su obra el vacío panorama narrativo de una nación, e incitar a sus pobladores en el gusto por lo bello.

El compilador conviene en que la gran obra de arte es producto de la madurez social de los pueblos, de la formación de una nacionalidad definida en función de ideales y metas comunes, cumplida una etapa de ordenamiento material y sobre la base de un linaje no exento de aciertos y logros individuales.

En la vasta perspectiva colonial, Nueva Toledo, después Bolivia, desconoció esos elementos que contribuyen a definir un espíritu colectivo, a raíz de las creaciones culturales. Más todavía. La República a lo largo del siglo pasado, gozó de pocos momentos de sosiego para organizarse. Su historia está jalonada de episodios sangrientos, de alzamientos y cuartelazos, de indefinición política y de estancamiento económico; una minúscula oligarquía terrateniente retenía el control de la cosa pública, mientras en el área rural se conservaba a la población indígena en el "idiotismo" de un régimen semifeudal, preñado de analfabetismo y de tributos. Estos hechos ayudan a comprender por qué el escritor de la minoría urbana —ciudadina o provincial— desarrolló motivos alejados de esa realidad política combatiente. Aunque "la literatura sólo es traducción de un estado político y social", tengo para mí que con la tradición aparece una especie de búsqueda de lo popular: en el tema, en el personaje que contribuye a hacer historia pero que no la es, en las cosas que respeta el pueblo y las trasmite

(1) Colección de leyendas, apólogos, cuentos y tradiciones nacionales. Imp "El Heraldo", Cochabamba, 1946.

en su habla cotidiana; en fin, trátase de construir un derrotero precursor.

A falta de una lírica original o de una épica propia, que es sustituida por la historia, la prosa jurídica y eclesiástica de la colonia —imprescindible para justificar la exacción, el atropello, el despojo y el adoctrinamiento de los naturales—, y la de naturaleza unida a la oratoria de los primeros años republicanos, evoluciona hacia la narrativa que eclosiona en dosis homeopáticas.

Hay quien dice que el cultivo del género tradicionalista, más no tradicionalista, fue una especie de moda literaria, a imitación de D. Ricardo Palma, su creador y artífice. Aceptado en principio tal juicio, debemos completarlo en sentido de que esa moda resultó útil, pues fue destinada a suplir aquello que el fenómeno de la superposición de culturas y, sobre todo, el conquistador triunfante no pudo dárnoslo.

Donde se sabe que no todos usaban jubones de terciopelo y chapines bordados

Las formas de dominación de unos pueblos por otros adquieren diversas modalidades: unas veces se dan en sutiles expresiones económicas como las de la moderna publicidad, que crean en el hombre la necesidad de necesidades innecesarias; otras asumen modalidades directas, groseras por su cínica objetividad. Tal la política empleada por la metrópoli española en sus relaciones culturales con las colonias. "Que ningún español o indio lea... libros de romances que traten materias profanas o fabulosas, e historias fingidas, porque se siguen muchos inconvenientes".

Por Cédula Real de 4 de abril de 1531, se instruyó a la Casa de Contratación para que no pasaran a las Indias "libros de romance, de historias vanas y de profanidad como son el Amadis y otros... Porque éste es mal ejercicio para los indios a cosa en que no es bueno que se ocupan ni lean"; doce años más tarde, en 13 de septiembre de 1543, se repite la orden con el siguiente texto: "Sabed que de llevarse a las Indias libros de romance y materias profanas y fábulas, así como son libros de Amadis y otros de esa calidad de venturosas historias se siguen muchos inconvenientes, porque los indios que supieran leer, dándose a ellos, dexaran los libros de sana y buena doctrina y leyendo los de mentirosas historias deprenderán en ellos malas costumbres e vicios y demás desto, de que sepan que aquellos libros de historias vanas han sido conuertas sin haber pasado. así podría ser que perdiesen la autoridad y crédito de nuestra Sagrada Escritura y otros libros

de doctores santos, creyendo, como gente no arraigada en la fe, que todos nuestros libros eran de una autoridad y manera, y porque los dichos inconvenientes y otros que podrían haber se excusen, yo vos mando que no consistáis y deis que en ninguna manera pasen a las dichas nuestras Indias libros algunos de los susodichos, y para ello hagáis todas las diligencias que sean necesarias, de manera que acondidamente ni por otra vía no se lleven, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro".

Y, por si hubieran pasado algunos libros antes de la prohibición, por Cédula Real de 21 de septiembre de 1548, dirigida a la Audiencia del Perú —la de Charcas se constituye recién en 1561), se reitera la instrucción en los siguientes términos: "Que no consistáis ni deis lugar a que en la tierra se vendan ni haya libros algunos de los susodichos ni que se traigan de nuevo a ella y probéis que ningún español los tenga en su casa ni que indio alguno los de ellos". Como se sabe, la prohibición fue incorporada a la Compilación de Leyes de Indias, Libro I, Ley 4, y a las Ordenanzas de 1552 para la Casa de Contratación.

El Contralor de estas disposiciones estaba encomendado al Santo Oficio, pues un censor de los inquisidores revisaba los despachos hacia las Indias, mientras que la importación de libros se hallaba monopolizada por el Convento de San Lorenzo el Real.

LA HISTORIA

Ramiro Condorco Morales (1928)

"Zárate, el "temible" Willka"

Parte Segunda: El Caudillo y la Rebelión
De la Fábula y la Historia

1.— Willka: una figura legendaria

¿Quién es ese misterioso personaje conocido por la prensa del sur, a fines del pasado siglo, con el impresionante apelativo de "el temible Willka"? Los manuales de historia nacional lo ignoran. Los documentos políticos de la época se refieren a él muy brevemente bajo la simple designación de "el Vilca" (1). Las publi-

(1) Willca es corrupción española de Willka (Garcilaso, Comentarios. Lib. IV, Cap V).

caciones liberales procuran ocultar los vínculos políticos de Willka con los principales gestores de la llamada revolución federal como si mediase imperativos morales para encubrir el estigma de una vergonzosa infamia. Para los adversarios del régimen impuesto por esa revolución, Willka es una mancha que empaña la pureza de los medios utilizados por los rebeldes en la insurgencia del Partido Liberal. La tradición oral, anónima y desprovista del freno de la crítica, mesurada y responsable, lo convierte en protagonista de las leyendas negras y doradas. Pocos conocen la verdad de su intervención en la política liberal del año 99, y los que la conocen la callan o la deforman por premeditado cálculo político.

En tiempo transcurre desdibujado, a su paso la figura del caudillo. Hoy poco o nada sabemos en torno a su origen, su infancia o sus actividades privadas. A pesar de todo, el curso de los acontecimientos históricos en los que le supo intervenir no ha dejado de imprimir a su paso un apreciable número de vestigios capaces de permitirnos la restauración de su fisonomía política y la medida de su importancia histórica.

Comencemos por conocer la significación de su nombre más difundido: Willka.

La voz indígena Willka, significa, primero, título de jerarquía, y constituye, después, nombre de familia.

Tomando en cuenta la primera significación, denota superioridad de rango social, político y militar, y es voz habitualmente asignada a los jefes indígenas en una acepción muy similar a la de príncipe. Así lo indican, por una parte, la filología de las lenguas aymara y quechua, y, por otra, la etnología y la historia.

Según el Vocabulario de Ludovico Bertonio, Willka es arcaísmo aimara denominativo de sol ⁽²⁾. A juicio de Garcilaso de la Vega, irrecusable autoridad en lingüística indígena, Willka significa "grandeza" o "eminencia" ⁽³⁾. Es palabra que los indígenas, dice Garcilaso, sólo se la dieron "a cosas dignas de admiración" ⁽⁴⁾. En nuestros tiempos, José María Camacho indica que, Willka designa dignidad sacerdotal. Se trata de una voz reservada a personas sagradas por oposición a la palabra huaca destinada a las cosas divinizadas ⁽⁵⁾. En la antigua constitución religiosa del Imperio Incaico, dice Rigoberto Paredes, los Huillcas siguen en jerarquía al Vilac Huma, y ejercen la representación sacerdotal en

(2) L. Bertonio, Vocabulario. 2a. Part. art.: Vika.

(3) Garcilaso, Comentarios, Lib. VIII, cap. XXV.

(4) Ib. Lib. VII, cap. XI.

(5) J. M. Camacho: La Lengua Aymara, BSGLP, año LV, No. 67 1944, pág. 21.

las comarcas sometidas. Ellos, en todo el reino, alcanzaban apenas a diez (6).

Arturo Posnansky afirmó que el vocablo aimara *Wyllka* es la forma primitiva y precursora de la palabra quichua *inka* (7), haciéndose responsable de una opinión desfavorablemente observada por Imbelloni (8).

Alfredo Sanjinés, finalmente, describe a los Vilcas simplemente como "jefes indígenas de la región aimara en tiempos milenarios" (9).

Ni Bertonio ni Garcilaso nos han transmitido directamente el significado de esta palabra en su acepción de jefe. Pero, teniendo en cuenta la religión solar de las altas culturas andinas y su concepto monárquico —teocrático del poder político, no sería extraño que el nombre de la divinidad haya sido empleada por extensión a todas aquellas personas divinizadas por su alta jerarquía religiosa o política. Con todo, si de acuerdo con Garcilaso, *Wyllka* significa grandeza o eminencia, y se reserva sólo a objetos de la mayor veneración, es de presumir que, al aplicarse a personas, adopta un sentido similar a las expresiones castellanas: el grande, el eminente, el venerable. Naturalmente que estas inferencias no pasan de ser conjeturas de limitado grado de probabilidad.

Lo históricamente demostrable y evidente, en cambio, es que la palabra *Wyllka*, cualquiera que sea el sentido al que se encuentre conceptualmente vinculada, fue utilizada para designar una persona investida de superiores jerarquías civiles y militares. En la historia de las rebeliones indígenas, figuran muchos caudillos conocidos con el nombre de *Wyllka*.

Es un *Wyllka*, nombre varón, "de la descendencia real", según expresión de Alcibiades Guzmán, el que se alza contra las depredaciones autorizadas por el Decreto Supremo suscrito por Mariano Melgarejo en 20 de marzo de 1866. Su mando es acatado por miles de indígenas, pero la represión brutal no se hace esperar. Se producen expediciones punitivas rodeadas de contornos despiada-

(6) R. Paredes: *El Kollasuyu*, pág. 36.

(7) A. Posnansky: *Antropología*, pág. 25.

(8) J. Imbelloni: *Pachakuti*, pág. 37.

(9) A. Sanjinés: *El Quijote Mestizo*, pág. 436. No creemos que los nombres de Yana Vilca y Toquello Vita tengan algo que ver con las tradiciones indígenas de la región aliplánica boliviana, como pretende Sanjinés. (Ob. cit. pág. cit.). Tales personajes legendarios pertenecen a las tradiciones del área cultural chanca (J. de Betanzos, *Suma y Narración*, cap. VI), radicada en la costa (Garcilaso, *Comentarios*, Lib. IV, cap. XXIII).

dos y vandálicos. La madre del rebelde Willka, anciana nonagenaria hasta entonces "reverenciada como soberana" es salvajemente inmolada por los soldados del general Leonardo Antezana ⁽¹⁰⁾, uno de los "sicarios más feroces del sexenio" y usurpador de más de cien "leguas de tierras" en la zona del lago Titicaca ⁽¹¹⁾. Algo más tarde, es también un Willka, el que dirige las masas campesinas contra el gobierno del General Melgarejo. Investido del rango de "general en jefe de los indígenas comunarios de las provincias del norte", se presenta en Ayo-Ayo, ante el Coronel Agustín Morales, el 21 de diciembre de 1870, para ofrecerle los "servicios de su ejército" protestando "no atender propiedad alguna y someterse a las órdenes de sus superiores: los caballeros" ⁽¹²⁾. Su poder es tan ilimitado que, el 15 de enero de 1871, según apreciación de Rafael Díaz Romero, Jefe del Estado Mayor del Ejército insurgente, un número superior a 20.000 indígenas cercó la ciudad de La Paz en defensa de los revolucionarios ⁽¹³⁾. Este es el mismo Willka a quien el General Quintín Quevedo se vio obligado a vitorear la noche del mismo día 15 para poder escapar a la furia de los perseguidores indios. Veintiocho años más tarde, en los turbulentos días de la guerra civil más conocida por revolución federal, son varios los Willka que aparecen en el escenario del encuentro político de entonces. Un informe militar de la época nos refiere el choque de una fracción del Ejército de Fernández Albino con una partida de combatientes "capitaneados por los tres Vilca" ⁽¹⁴⁾. La figura indígena más descolante de esa jornada se encuentra representada por aquel personaje legendario a quien se le da, unas veces, el apelativo de "el Vilca", y otras, el de "temible Vilca". Este Willka, tal vez el último caudillo de importancia en la historia de las rebeliones indígenas bolivianas, es un hombre de origen obscurecido por la preterición que se ha hecho de la cultura indígena. De su vida turbulenta y atormentada, se ha adueñado la fábula, y tras ella ha surgido la figura terrible de un jefe bárbaro sólo interesado en la desolación y la muerte, o la del indio ingenuo, seducido por los engaños de los jefes políticos interesados en servirse de él como dócil instrumento de sus propósitos.

La realidad histórica se halla lejos de ambas deformaciones. Comencemos a segregar el mito de la realidad histórica.

(10) Alcibíades Guzmán: *Libertad*, pág. 251.

(11) M. Mercado: *Páginas*, p. 101.

(12) A. Morales: *Los primeros cien años*, II, p. 229.

(13) *Ib.* p. 237.

(14) R. Soría Calvarro: *Últimos días*, p. 203.

Parte IV: Tendencias de Emancipación social

2.— Objetivos y táctica indígenas

La formación y desarrollo de las grandes conexiones sociales obedecen, de modo prevalente, a las particulares condiciones económicas que pueblos y naciones afrontan en determinado momento de su historia.

"No hay que hacerse ilusiones —escribe Boleslao Lewin—, grandes masas humanas no se lanzan a la lucha, llena de peligros, movidas por ideales abstractos" (5).

Esta afirmación es muy cierta y nadie estaría dispuesto a contradecirla sin viciar su criterio de una deformadora reducción espiritualista. Empero, es igualmente admisible que, si las necesidades materiales desempeñan evidentemente en la historia de las revoluciones una misión similar a la de las fuerzas motrices, tales reclamaciones se encuentran, en la realidad, relacionadas con otros elementos de distinta significación, elementos cuya presencia no conviene perder de vista sin correr el riesgo de no explicar nada.

En la compleja actividad energética de la historia actúan fuerzas de distinta índole: causas necesarias como los intereses materiales, factores contingentes como las circunstancias incidentales de la vida humana, fuerzas morales como el resentimiento de las clases oprimidas, y principios ideales como las creencias en la reivindicación de privilegios y derechos. Las primeras, que sin lugar a dudas son las que presiden la actuación de las segundas, aparecen, sin embargo, tan inseparablemente vinculadas, unas a otras que si preterimos a las que consideramos secundarias nos encontramos expuestos incluso a inadvertir la enorme magnitud que, para el proceso de las rebeliones, tienen las exigencias materiales: nervio y motor de las conmovedoras crisis de la humanidad.

Las exigencias económicas tienen pues que traducirse forzosamente en ambiciones colectivas, las ambiciones en ideales, y, finalmente, éstos en objetivos.

En lo que atañe al levantamiento cuya formación procuramos analizar, no es necesario mencionar que el pronunciamiento indígena a favor de la revolución de La Paz no obedecía a hechos de orden espiritual: ni al amor del indio "a su propio terruño" (6)

(5) B. Lewin: Tupac Amaru, p. 30.

(6) N. Téllez F., escribe que la saña con que combatió el indio en la guerra civil de 1899 se debió, entre otras causas, al "amor de su propio terruño", amor nacido de su sentimiento de patriotismo. (Rasgos Biográficos, p. 82).

ni al desinteresado anhelo de imponer en el país la vigencia de los ideales federalistas, el imperio de los principios liberales o la prevalencia de las seculares creencias autóctonas.

Fue la permanente necesidad de emancipación en los distintos planos de la vida colectiva del indio, necesidad súbitamente agravada y puesta en acción, en la segunda mitad del siglo, por la creciente ofensiva del latifundio contra la tierra comunaria, la fuerza que dio origen al estado de subversión en que le cupo vivir a la población aborígen hasta el estallido de la guerra civil.

Heriberto Trigo Paz (1912)

"Santa Cruz y Tarija"

De "El Drama Histórico"

José María Avilés es un tarijeño notable que, política, militar y personalmente, está vinculado a Santa Cruz.

Se inicia en la carrera de las armas en el ejército realista, a órdenes del general Pedro Olañeta. Destinado al famoso regimiento de caballería Dragones Americanos, se destaca por su valor y su talento. Con esa autoridad, él es uno de los primeros oficiales de dicha unidad que, al ingresar el ejército libertador al Alto Perú, se sublevan en Cochabamba y abrazan la causa de la patria. Consagrado al servicio, hace méritos y gana ascensos.

Al lado del presidente Santa Cruz, traspasa la frontera peruana, al iniciarse la campaña de la confederación. Alcanza el generalato en Yanacocha, junto con Ballivián y Anglada. Comandando una división, combate con bravura en la toma del puente de Uchumayu, y se llena de gloria en la batalla de Socabaya.

Hombre de confianza del Protector, es destinado a Lima, en un cargo de mucha responsabilidad, donde muere, al parecer, envenenado. Había cumplido 54 años de edad.

Al tener noticias del trágico suceso, Santa Cruz exclama: "Esa espada me hará falta. Dios se está llevando a mis mejores generales".

Timoteo Raña es compañero de armas de Avilés en los Dragones Americanos, y juntos abrazan la causa de la patria.

El año 1828, cuando el general Pedro Blanco asume la presidencia de la República, Raña es destinado como jefe del regimiento que comanda aquél.

Asesinado Blanco, el general Velasco da de baja a Raña de las filas del ejército (enero de 1829).

Regresa a Tarija y se retira a su finca rústica de Tolomosa, donde le sorprende (1832) el llamado para reincorporarse, ante la amenaza de invasión del caudillo argentino Quiroga. Organiza en Tarija el Regimiento Segundo de Caballería que maniobra ante el presidente Santa Cruz impresionándole "vivamente".

En la Campaña de la Confederación Perú-Boliviana, la participación de Raña es meritoria, al mando de su regimiento "Dragones de Tarija". En diciembre de 1835, derrota al general Ramón Castilla, que se proponía invadir Bolivia, Castilla será presidente del Perú.

Amagada la frontera sur de Bolivia, por tropas del dictador argentino Juan Manuel de Rosas, Raña marcha allá con el ejército del general Felipe Braun. Comandando su "caballería tarjeña" obtiene resonante victoria en los campos de Iruya (11 de junio de 1838), frente a los ochocientos hombres comandados por el general Alejandro Heredia. El triunfo no es exclusivamente suyo, pero él tiene esencial acción en la batalla. En el parte de guerra se revela el hombre superior que es Raña. "Mi gente —dice— ha llenado muy dignamente su deber". Nada más. El y "su gente" han cumplido "su deber", lisa y llanamente. Santa Cruz le premia ascendiéndole al grado de general de brigada. El gobierno de Velasco nombra al general Raña "Comandante General de Oruro" (enero de 1839). En julio un grupo de oficiales, en franca subversión, le insinúa "la entrega de la plaza", ofreciéndole, en cambio, el despacho de general de división. El pundonoroso militar desbarata el movimiento y somete a las "fuerzas revoltosas", guiado sólo por el concepto de lealtad. Pero los subvertidos triunfan en 1841, llevando al gobierno al general Ballivián, lo que motiva que Raña se retire a Tarija y abandone las filas del ejército. En 19 de agosto de 1842 se le da, por eso, de baja; más, el mismo Ballivián, el 2 de junio de 1846, le restituye el grado y demás prerrogativas. En reconocimiento a sus méritos, el 4 de noviembre de 1847 se le asciende a general de división.

Sebastián Estenssoro ostenta el grado de mayor cuando el presidente Santa Cruz se apresta a visitar Tarija. Hijo de españoles de aristocrático linaje, es el tronco de una numerosa y distinguida familia tarjeña. A comienzos de la guerra de la independencia, Estenssoro se incorpora a las milicias del caudillo salteño Martín Güemes, y con ellas participa en las acciones de armas del primer ejército auxiliar argentino en el Alto Perú, luchando, poste-

riormente, en el sector Yavi-Humahuaca. Está en la batalla de Ayacucho, como oficial del regimiento "Rifleros", de la división del general Lara. Después, continúa sirviendo a la patria en armas, alcanzando el grado de coronel del Ejército boliviano.

Ante la amenaza de la invasión argentina del año 1838, el entonces teniente coronel Sebastián Estenssoro organiza en Tarija el "Batallón Octavo". En pocos días reúne cien hombres experimentados, que habían pertenecido al ejército del sur, los que debidamente "armados y municionados", con "dotación completa de oficiales", marchan a la zona de operaciones. Acosan al enemigo por San Diego y Narvaz, y participan en la batalla de Montenegro, en la que Estenssoro se hace acreedor, junto con otros jefes y oficiales, a "particular mención por su valor", cualse lee en el "parte" del general Agreda, así como a la distinción de "miembro de la Legión de Honor" (30 de junio de 1838).

Tomás Ruiz es "amigo muy querido del general Santa Cruz", según testimonio del general O'Connor. "Juntos habían servido en el ejército del rey", y juntos siguen el peregrinaje de prisioneros realistas, desde la batalla de La Tablada hasta la reincorporación en Lima, y, luego, pasan a formar en el ejército libertador del general San Martín. Desplazado Santa Cruz al Ecuador (1821), en auxilio del general Sucre, le acompaña Ruiz; y, de regreso al Perú, ambos sirven a órdenes de Bolívar y Sucre, sintiendo la fruición de los triunfos de Junín y Ayacucho. A poco de asumir el Mariscal Sucre la jefatura del Estado, Ruiz regresa a Tarija y se interna a "la frontera", donde se le otorga unas tierras, como merced a sus servicios a la patria. Allí se queda por muchos años, quizá para siempre. Al hacerse cargo de la presidencia de Bolivia el Mariscal Santa Cruz, éste reconoce el grado de coronel del ejército nacional a don Tomás Ruiz, y le destina como "Comandante de Resguardo de Frontera", con "un sobresueldo de 240 pesos". Cuando la invasión argentina a Tarija (1838), el coronel Ruiz se pone a órdenes del comando militar del sur, con "tresescuadrones avanzados de la Frontera", por él organizados, y ocupa el extenso frente de San Luis y Caraparí, maniobrando después, hasta tomar parte destacada y meritísima en la batalla de Montenegro.

Para referirse a Fernando Campero, nos parece útil hacer, cuando menos, una mención a su padre, el marqués de Tojo, don Juan José Feliciano Fernández Campero Martiarena y Uribe que, en la guerra de la independencia americana, abraza la causa

de la patria y le presta relevantes servicios, hasta sacrificar sus títulos y honores, su inmensa fortuna y su vida misma.

Hecho prisionero el 15 de noviembre de 1816 por el general Olaneta, es sometido a Consejo de Guerra y remitido a España, para que allí se lo juzgue. No llega a destino porque muere en el camino (octubre de 1820), en Kingston.

Hijo primogénito de ese patriota tarijeño es don Fernando Campero, quinto y último marqués de Tojo. Don Fernando se incorpora a las fuerzas patriotas, siendo muy joven, y lucha a las órdenes de su tío coronel Martín Güemes. Al ingresar al Alto Perú el ejército libertador, Campero les ofrece sus servicios y los presta eficientemente.

Reconociéndole el grado de teniente coronel, el año 1833, Campero es destinado como edecán del presidente Santa Cruz, con cuya sobrina, doña Tomasa de la Peña y Santa Cruz, contrae matrimonio.

En 1835, don Fernando está en el ejército cruzista en la campaña de la Confederación Perú-Boliviana comandando el Regimiento "Guías de la Guardia", formado por él en Chichas, unidad militar que hace "lujo de valor y bravura" en diversos combates y especialmente en la batalla de Socabaya.

Retirado a la vida privada, el último marqués de Tojo, es llamado al servicio del ejército el año 1860, "en la clase de coronel de caballería", y en 1865 ascendido al grado de general de Brigada.

LA NOVELA Y EL CUENTO

Franz Avila del Carpio (1914)

El Alma del Viejo Ceibo

Arraigado en escabrosa breña que domina el valle de Sella o en llanura pintona de verdes, alegre y jovial como moza de quince años, campos de labradío y pastoreo de Canasmoro, la tierra castellana, se alza este viejo ceibo, fuerte, grande, único, como el más viejo "chapaco" de éstas tierras, erguido y señorial como desafiando a los buenos y malos tiempos. El es el mismo de siempre, alegre como la oración de madrugada que en canto pletórico entonan las "cbulupías" y "tarajchis", que han buscado refugio en sus ramas. De sus años, ¿quién pudiera saber algo? Acaso sean cin-

cuenta, cien años que en savia lenta hayan subido por sus venas: pulsaciones rojas en cada primavera y comunión de clorófila en cada estrofa de renovación.

Años que han pasado, soles y lunas que han alumbrado estas tierras, generaciones que han transmitido con idéntico compás el mismo afán a otras tantas generaciones, pero el ceibo sigue floreciendo, dejando para todos, una leyenda que se matiza en ruego de eterno amor por lo que es bello y perenne.

Corrían los años de 1812 al 1815, época en la que, la lucha libertaria había sentado también sus reales por estas tierras en otra hora de paz y bonanza. La guerra también había sacudido a sus hombres por ese afán de independencia del yugo de los "chapelones". Surgieron de aquí y allá, hombres dispuestos en caballeroso lance a presentar lucha a las aguerridas huestes de la vieja Iberia, fraguadas en mil batallas.

Y la tierra vibró. Por todos sus ámbitos surgían guerrilleros, sangre derramada a raudales tiñó su suelo. Por el Norte los Camargo, los Padilla, los Lanza y otros más con sus aguerridas tropas comenzaron su labor titánica, guerra por la patria que surgía por los anhelos de libertad.

Los montoneros "chapacos" corrieron a la máxima aventura y en el escenario de estos valles las figuras de Moto Méndez, los Uriondo, los Rojas, los Avilés, los León surgieron a la pelea rayando fuerte el campo con sus corceles como para arar la tierra para la siembra de la verdad.

Y fue Sella, Canasmoro, León Cancha, El Paicho, donde la figura del Moto sentó sus reales: bajo, de mirada aguileña, fogoso e indómito, campeó sus hombres de pelea en pelea, de sorpresa en sorpresa, de derrota en derrota, arrojándolo todo con sus centauros y en pugna con las huestes del Rey a quien ya no reconocían autoridad en estas tierras del Alto Perú. Allí fue donde Méndez, el Moto, el de la leyenda del más bello colorido, el que un día al querer enlazar un toro cerril, perdió una de sus manos que según rezan los viejos comentarios, ofrendó este miembro por la causa de la patria y la verdad.

El ceibo de la historia florecía como florecen todos en los meses de primavera incomparable. Miles de florecitas rojas, como otras tantas de gotas de sangre derramadas en aras de la justicia de los oprimidos, fue el sitio de solaz de don José Eustaquio y sus hombres, bajo la sombra de este ceibo descansaban él y su gente después de sus correrías por los valles de Tarija, allí en los largos días de espera el vigía apostado en sus más altas ramas o en alto

de la serranía que domeñaba el valle, anunciaba con los sonidos del "erque" la presencia de alguna partida de "chapetones" que venían en su búsqueda. Ora en los momentos de descanso de las duras faenas agrícolas o guerreras, salpicaban la quietud de sus praderas con las voces cáldas de un duelo coplero, o el sentimental romance de las canciones patrias, pulsadas en la guitarra más castellana, más parlara de floridas coplas, coplas como un anuncio de nuevo amanecer.

Y el Moto don José Eustaquio, siguió peleando, cooperó al gaucho don Martín Güemes, estuvo con Araoz de la Madrid en La Tablada, el eco de los cascos de sus cabalgaduras resonaron fuerte por el campo de batalla, los jinetes chapacos, bravos en la lucha, sembraron el desconcierto en las filas de los soldados realistas que juntamente con don Mateo Ramírez defendían la plaza de San Bernardo de Tarija, montoneros legendarios, lanza en ristre abría brecha en los combatientes españoles, lucha denodada y llena de sacrificios y el montonero don José Eustaquio consiguió con sus hambres hacer realidad el sueño de toda su vida, ver libre al suelo donde vio la luz del entendimiento.

Mas, pasaron los años y la causa de la patria flameó con pendón de verdad por todos los ámbitos de la tierra chapaca y los montoneros de Méndez, con una canción en los labios, volvieron a sus lares, la tierra abrió sus brazos y el arado roturó sus entrañas para recibir la gracia de la semilla esperanza de la germinación y el fruto, muchos de ellos jamás regresaron, mas qué importaba el sacrificio si ya la causa santa de la patria estaba ganada?

Y don José Eustaquio volvió a las tierras de Canasmoro, floreció de nuevo el ceibo, rojo de tanta flor, verde de tanta esperanza, volvía con el corazón plétórico de impulsos, aunque con el cuerpo lleno de heridas, heridas que restañaría doña María Salomé Ibarbol, la bella moza de San Lorenzo, para quién el jefe montonero cantase lo más gamoso de sus coplas.

Los años han transcurrido, las aguas del cantarino río que enmarcan el paisaje han discurrido en una eternidad soles y lunas y con la vuelta de la primavera el viejo ceibo ha florecido más galano que nunca, la savia en pulsación eterna ha cantado en anunciación la verdad en clorófila y los miles de gallitos, rojos como el corazón chapaco, verdes sus bojas como plétórica esperanza, para decir al susurro del viento: ¡YO di la sombra al caballero sin tacha, yo di abrigo a más mentado guerrero, a aquel don José Eustaquio, al que llaman el Moto!

Tarija, junio de 1972.

Oscar Soria G. (1922)

Aísa...

El Santos ha trepado la tosca armazón de maderos, a metro y medio de su tops. Se agacha y alumbra con la luz de su guardatojo y las mangueras de goma de su perforadora; las aparta con su pie y apoya la espalda en la redondez lisa del callapo, al mismo tiempo que se encarama, semirientado, en su saliente. Luego, afirma bien los pies contra la viga: "¡Aura, sí...!" Su chicharra comienza su sordo estridor zumbado, y él sostiene y aprieta, aguanta con los músculos tensos la vibración sonora.

Un lodo obscuro salpica su pecho, sus brazos, su medio cuerpo desnudo y sudoroso: cuaja, espeso, en el cañón de la chicharra, baja por él, a poquitos, sacudido por la vibración y, hurtándose a la luz, se pierde en la negrura de abajo, en grumosos goterones.

Cinco, siete minutos de aguantar este chujchu y afloja... Se detiene la vibración y parece que se paralizara la vida. Por un segundo queda atontado. Luego... sí... oye el pasado paso de las botas de los que trabajan con él en el paraje. Oscilan, lejanas, borrosas, esmeriladas por la camanchaca de vapores del paraje, las lucitas de las lamparillas eléctricas... Revuelve en su boca el pijchu, amargo y dulce; escupe verde y otra vez a lo mismo!... El taladro penetra en la carne compactada de la traquita oscura...

De repente, dos corpudos callapos que sostienen la bóveda del tope, se abren astillándose: ¡¡kajjjjjj...! Y, a tiempo que se oyen gritos: "¡Aísa...! ¡Aísa...!", y unas sombras bailan en los muros toscos, unas danzan grotescas, se desploma, con fragor macizo, la masa de rocas, pedrones y arena: "¡Sojj...! ¡Ssooooojjj!

El Santos ha sufrido, en uno de los hombros, el empujón de un chorro de rocalla y cascotes. Alcaer, su cuerpo ha dado una, dos veces, contra las salientes. Ahora yace, sin sentido, con las piernas abiertas, junto a su guardatojo cuya luz se ha quedado alumbrando los cherritos de arenas y cascajos que, con leves ruidos sordos, aquí y allá, se deslizan, ruedan y se apagan...

Afuera, en la canchamina oscurecida por una nevada que cae, densa, de un cielo anochecido, el pito de alarma insiste larga, lúgubre, intermitente.

Se detiene de golpe el martilleo sordo y desigual de las pa-liris, debajo del galpón de calamina. Dejan, precipitadamente, los

combos y las piedras planas en que quiebran el mineral, y corren... Otras mujeres, con las llijllas cubriéndoles las cabezas, salen de las casitas del campamento y trepan, angustiadas, los senderos. Otras, todavía llegan por las callejas.

Se agolpan, en montón, frente a la bocamina, pugnando con el cordón de obreros que impide el paso y guarda el orden. La mujer del Santos espera entre ellas, callada, llena de miedo, con sus dos chicos. Hay un chichisbeo y se oye, claramente a ratos, repetir: "Aisa... Pique 19...". La gente presiente, casi sabe que algo ha vuelto a ocurrir en el Pique 19, mentado por sus derrumbes.

Alguien sale de la bocamina y confirma: "... Aisa en el Pique 19, en el nivel de abajo...! Han de salir los sanos... Hay algunos heridos... La patrulla está escombrando...". Algunas comienzan a llorar, bajito; otras reprimen pujos; otras ni lloran, ni dicen, ni hacen nada.

...Pasa un rato y salen los sanos, en grupo. Se oyen exclamaciones: "¡Pegro...! ¡Justo! ¡Manucho!...". Los obreros, unos tras otros, se abren paso, y se van seguidos de los suyos, por el sendero blanco y acolchado.

Pasa otro rato largo y salen unas camillas. La voz va anunciando: "... El Gregorio Quis...!". Una pallirí lanza un grito y se va, detrás del obscuro envoltorio... "El Sebastián Alcócer!..." "El Isidoro Maita...!". Una a una, llorando, lamentándose, dando alaridos, van desfilando las mujeres, detrás de sus heridos y muertos.

...Después de mucho esperar, cuando todos los que salen son ya muertos, cuando ya casi no hay esperanza, cuando los que salen ya no son ni muertos sino pedazos y piltrafas en cajones de dinamita, en sacos de muestreo... de repente, aparece, sin anuncio, tambaleante, el Santos con su guardatojo anaranjado, lleno de lodo, y su saco de lona. "¡Santilo...!", grita la mujer. El no sabe si quisiera decir algo. Sigue el mismo, el verde palor de su cara terrosa: la misma expresión. Coge, con una mano temblorosa, la copa de pisco que alguien le ofrece, y la vacía de un trago... Y nadie sabe —cuando el perforista se abre campo, pasa y se aleja con paso torpe— si hay alegría, un sentirse más hombre, un enorgullecerse de ser un "Pique 19, Pulacayo, machito", una emoción cualquiera en su adentro, en algún obscuro paraje de su pecho.

La mujer sigue los pasos de su hombre, empujando, llevando a rastras unos holzallas menuditos, entre los copos de nieve que se arremolinan en torbellinos blancos.

Eduardo Olmedo López (1924)

"Del Amor y la Muerte"

De Lo Inevitable

"incapaz de razonar nada: atemporal: desorganizada: a-racional; amoral, el ELLO es una realidad interior, zona oscura del psiquismo humano, especie de ensañ terrible, pleno de caóticas energías..."

Miguel Burreate

"No esperéis que del ELLO pueda comunicarnos grandes cosas. Es la parte oscura e inabismable de nuestra personalidad: lo poco que de él sabemos, lo hemos averiguado mediante el estudio de la elaboración oral y de la producción de síntomas neuróticos, y en su mayor parte tiene carácter negativo, no pudiendo ser descrito sino como antitético del YO".

Sigmund Freud

Veinticuatro años malgastados y vividos falsamente, en una vida en que lo único auténtico era la desorientación, precedieron a mi encuentro con Norah.

Hasta entonces, no había encontrado nada sobre la tierra que me indujera a pensar que podían existir criaturas tan insólitas y tan inexplicables, tan llenos de aberraciones y de absurdos y en las cuales pudiese plasmar, con tanta crudeza como plasmarla en ella, lo fantástico y lo imposible; aquello que no puede ser posible a riesgo de no ser más. Lo único. Lo irrepetible. El relámpago. El último relámpago: el que no antecede al trueno sino a la noche irretornable. A la última noche. A la noche en que todo es la noche; en la que ya no existe la esperanza de la aurora, ni el lejano y brillante, inalcanzable pero insustituible resplandor de los astros.

En Norah todo era paradójal. Desde su edad. Desde su pequeño y burgués matrimonio sin hijos. Hasta su marido. Hasta ese hombre que dormía con ella todas las noches (casi todas las noches), y todas las mañanas (casi todas las mañanas), despertaba a su lado con unos ojos apagados y cansados que resbalaban sobre las cosas ofreciendo la impresión, a su vez, de sercosas negras impenetrables (de afuera para adentro), pero inalcanzables fuentes (de adentro para afuera) de una tristeza densa como el petróleo. Despertaba todas las mañanas con el aspecto del hombre

que, en sueños, ha asistido a sus propios funerales con la más pobre y baja parte de su ser, como la única parte que, con una vergonzante vivencia, había sobrevivido a su anhelada muerte, a su casi buscada muerte inútil. Cuando sonreía junto a ella, se descubría, con sorpresa, que su gesto no era triste, ni melancólico, ni amargo, sino agrio: destempladamente agrio: tanto más agrio cuanto más permanecía al lado de la sonrisa de Norah. Norah sonreía siempre y siempre había luz en su sonrisa. Una luz que jamás decrecía.

Sólo cuando en el monstruoso relato que los periódicos hicieron de su muerte se dijo que tenía treinta y ocho años, pude saber su edad. A veces la creí de veinticinco, y en ocasiones hasta llegué a pensar en treinta. No obstante, a menudo, me parecía que decía una verdad cuando llamándome "chiquillo" ("ah, qué chiquillo es usted" me contestó la primera vez en que le dije que me daba vergüenza mirar de frente a su marido), me aseguraba que era milenaria.

No sé exactamente cuándo la empecé a amar. Ni sé tampoco cuánto. Pero recuerdo con precisión la tarde que supe que podía decir "nuestro amor".

Un crepúsculo pavoroso, de un modo casi imperceptible, iba tiñendo la habitación en que estábamos, con unos colores grávidos de ansiedad y de angustia. Sin darnos cuenta, ambos nos fuimos dejando impregnar por ese tinte crepuscular que era algo así como un puente tendido entre nuestras almas. De pronto, rápidamente, notamos que la noche había llegado como un cómplice, y que estábamos solos, quietos, y culpables, en medio de una semi-oscuridad que parecía hecha de la materia misma del silencio. Norah sintió —no lo sentí yo— abrir la puerta. Sobrecogida, con un salto felino, se levantó y encendió la luz (una luz fuerte y violenta que reventó contra nuestros ojos haciéndolos parpadear y entrecerrarse) y volvió a sentarse, veloz, asumiendo un aire de inviolable serenidad. Era el marido. Sus sesenta kilos de carne, su rostro cansado, su espalda encorvada y sus labios pulposos y caídos mansa y amargamente en los extremos, estaban junto a la puerta. No bien terminé de verlo, se extendió a mí una mano, pálida y tersa, que sostenía un libro. Y oí la voz de Norah, que me preguntaba fríamente, desinteresadamente, con un acento que me costó reconocer, cuándo regresaría.

Al ponerme de pie para saludar al hombre que llegaba, presentí, con vana exactitud, la inteligencia pura y obstinada de su mujer. Tomé el libro, no supe si agradecerle o no, sonreí estúpi-

damente, acudiendo a vulgares formalidades, y estreché la mano obesa del marido en un saludo y despedíla a un tiempo.

Al día siguiente, me llamó por teléfono a la pensión en que vivía. Me explicó algo ya innecesario acerca de la mentira sobre el libro. En la tarde, al encontrarnos para devolvérselo, hablamos confusamente al principio, y luego a borbotones, de modo incontrolable y nervioso, de nuestro amor. Nos detuvimos frente a un viejo asilo de niños abandonados. En uno de sus ángulos oscuros, bajo su frontis de antigua construcción estilo griego, sostenido por añosos y anchos pilares, nos abrazamos enloquecidamente y nos besamos. Fue sólo un beso, blando, sofocante, que sugirió en nosotros (y reflejó en su rostro empalidecido) la curva del espasmo. Desde aquella noche perdí el sueño, y mis desvelos mataron mi deseo de continuar en busca de trabajo.

A la mañana siguiente me fui a deambular por las calles, descubriendo de repente que la odiosa y arraigada costumbre de caminar rápido y aparentar actividad, se había extinguido en mí. Recorría la ciudad sonambulescamente, lentamente, y en todas las esquinas, con esa despectiva indiferencia que es inherente a ciertos vagabundos, me detenía, inabordable y distante, a ver cruzar automóviles y gentes.

Desde aquel día, mi voluntad empezó a abandonarme y mi alma se mostró insensible a un montón de cosas que antes me habían preocupado incesantemente. Ya ni siquiera pensaba, durante esos largos paseos ociosos, en caminar con los pies levantándolos apenas, llevándolos casi paralelos al suelo, alzándolos con un cuidadoso temor (imitando el ridículo andar de los patos) para que nadie viera los huecos que comenzaban a abrirse, circundando de miseria y de tristeza inocultables la suela de mis viejos y queridos zapatos, que se habían tornado grises, con ese gris penoso y resignado de los asnos, por el polvo y el sol.

Deseché mis acendradas costumbres de trabajar todo el día y de acostarme infantilmente cansado, y de mis noches se fue apoderando un aire espeso de solitaria y sucia sensualidad. El recuerdo de Norah y el de nuestros casi cotidianos encuentros; el retornar incansable a mi cerebro de todas nuestras horas de pasión; la evocación de aquella interminable cadena de manoseos y frases viscosas de deseo, que se había tornado torturante, y donde la esperanza de la posesión era una tortura más, inventada por mí, vivieron totalmente mis desvelos y aumentaron de manera morbosa mi ya exacerbada sensibilidad.

Norah había jurado; me lo había jurado con una especie de odio brillando en sus ojos, que jamás ("jamás ¡nunca!" repitió atrozmente) se entregaría a mí. En ningún caso. Absolutamente en ninguno. —Los hombres me dan asco; me causan profunda repugnancia, y los odio —me confesó una noche. Y a veces me parecía que hacía de su cuerpo al despertar mi pasión, un instrumento de ese odio para poder destruirme. Pero siempre terminaba entrecerrando sus pequeños y limpidos ojos, sus ojos brillantes y alegres, espantosamente fríos y atractivos, y murmurando que me quería en una forma sobrehumana.

Marcelo Quiroga Santa Cruz (1931)

"Los Deshabitados"

El sacristán divisó al padre Justiniano y a Durcot saliendo de la iglesia. Anudó sus manos en torno a la grasienta soga que colgaba del campanario y se dejó caer bruscamente, encogiendo las piernas como una marioneta.

El badajo golpeó el vientre de la campana, levantando una bandada de palomas que extendieron su mancha gris y temblorosa en torno a la torre del campanario, describiendo círculos cada vez menos densos, hasta que las últimas palomas, como rezagadas abejas de un enjambre sonoro, desaparecieron absorbidas por las molduras y sinuosidades de la torre.

El padre Justiniano se detuvo.

—Qué lástima; ya han desaparecido —dijo, mirando la torre—. ¿No las ha visto salir con las campanadas, como si fueran una materialización del sonido y desaparecer poco a poco a medida que el tañido se hace más débil? Es algo verdaderamente hermoso. La gente piensa que vuelan espantadas. No sabe que nacieron ahí; que no pueden estar más acostumbradas. Yo creo que tienen, no una comprensión del significado de esos llamados, pero sí de su carácter ceremonial. . . Hay, como una preferencia por las manifestaciones de solemnidad que tiene el hombre. Estoy pensando en la arquitectura. ¿Ha reparado usted en la predilección que sienten por las arquitecturas clásicas? Desde luego, resulta difícil imaginar una iglesia o una escuela de bellas artes o un palacio de justicia sin palomas,

—Será la forma barroca; la abundancia de ornamentos susceptibles de convertirse en nido... —insinó Durcot, timidamente.

—¡No, hombre, no! Hay muchas cosas de las que podrían hacer un palomar. Ellas prefieren aquellos edificios que albergan alguna actividad humana de carácter teatral. Yo creo que han aceptado domesticarse, a condición de que las dejemos participar de aquellos aspectos de nuestra vida en los que nos mostramos inhumanos: nuestra sed de divinidad, de justicia, de belleza. Todos esos son valores que no podremos alcanzar. Utopías. Seguramente se sienten cautivadas por el aparato escénico de que rodeamos esas aspiraciones; por la ampulosidad con que disimulamos nuestras deficiencias. Como si ellas, desde allá arriba, comprendieran mejor la inutilidad de nuestros esfuerzos y sintieran cierta simpatía por nuestra debilidad... Pero usted me dirá que voy muy rápido —dijo haciéndolo más lento su paso.

Durcot sacó las manos de los bolsillos y hundió los dedos en sus descarnadas mejillas.

—No, padre, no. Al contrario; me anima usted a decir algunas cosas... Estaba pensando en aquello de los valores inalcanzables. Yo también pienso en una impotencia de carácter espiritual, connatural al hombre. Durante mucho tiempo pensé que nuestro mal provenía de un estado de duda, de vacilación; no solamente entre el bien y el mal, sino entre muchas posibilidades innominadas y de las que difícilmente podríamos saber el nombre. Pero estaba equivocado. Esa sería una posición optimista. Significaría que, con el nombre de libre albedrío o con cualquier otro, el hombre debe elegir alguno de los muchos caminos que se le ofrecen; que su existencia tiene un sentido: el de la búsqueda, el de la elección... Ahora creo que a la inversa de lo que sucede con las plantas y los animales, a los que la naturaleza ha provisto, con bondadosa ingeniosidad, de espinas para que no las devoren o de un olor desagradable para que no las apetezcan; a nosotros nos ha puesto frente a la boca un alimento irreconocible, del que presentimos su presencia y una proximidad que jamás será otra cosa que eso: proximidad. La misma que separaba a la zorra de las uvas. Con la diferencia de que a ella le quedaba el recurso de decir que estaban verdes y que nosotros debemos resignarnos a soportar un apetito insatisfecho, por que es incapaz de reconocer el único alimento que podría saciarlo; porque es ciego, porque no sabe elegir otra cosa para aliviar su hambre.

—Perdone que lo interrumpa —dijo al párroco, detenién-

dolo con una mano apoyada en su pecho—. ¿No prefiere que volvámos a la parroquia? Siento frío. Allí estaremos mejor.

Durcot giró en silencio, mordiéndose la punta de un dedo.

—Usted pensará que hay una gran contradicción en lo que voy a decirle. Se sorprenderá de que yo, que escribo, que hasta hace poco tiempo todavía consultaba la posibilidad de hacerme sacerdote, conciba la felicidad de este modo; pero la verdad es que ninguna dicha me parece comparable a la de estar muerto. No me refiero a la muerte del cuerpo, no. ¿Ha reparado usted, alguna vez, en esa indiferencia con que una piedra parece asistir a toda mutación? Se trata de alcanzar ese estado de serena autosatisfacción que parece desprenderse de ella. No sólo su insensibilidad, sino la falta de conciencia de ese su estado de plenitud, de su total independencia; esa especie de ruido ensimismamiento, entre orgulloso y modesto, que parece emanar de su superficie y que algunas religiones islámicas pretenden lograr. Porque creo que el drama del hombre no es el de la vacilación frente a una dualidad; no nos habita siquiera una duda; no nos habita nada: estamos deshabitados. Pero no en el sentido en que lo está una casa: no; ella sabe lo que antes albergaba; sus paredes conservan, aunque sea en forma de manchas, la huella del que vivió en su interior; sabe el nombre que debe darle a su vacío; lo que necesita para llenarlo. El nuestro es distinto. Se trata de una oquedad absurda, ciega e irreparable. Nuestro vacío es total y anterior a nosotros mismos; y, pienso, nos sobrevivirá...

El padre Justiniano dejó de mirarse los zapatos para mirar los de Durcot.

—Escuche Durcot: me parece que nuestra desorientación, nuestra inhabilidad para procurarnos un alimento, nos es tan irreparable como usted supone. Como usted, yo también creo que estamos ciegos; que es difícil encontrarlo y no por escasez, sino porque no sabemos cuál es. Pero entre tanto no nos quedamos con la boca abierta. Como las gallinas, salimos a picotear lo que haya; hasta mierda. Y por ahí, sin saber cómo, a veces damos con algo. No digo que eso nos llene la boca, pero sirve para pasar el rato y nos da la ilusión de que en el futuro, siempre que sintamos hambre, podremos picotear de nuevo en el mismo lugar... Como usted, yo también he sentido la tortura del hambre. Salí a picotear y dí con el sacerdocio. ¿Cree usted que no me apetece nada más? Se equivoca. Pero cuando siento hambre, hago el sacerdote y aún sin mucha convicción, me sugestiono de que tengo bastante... Usted me dirá que eso es miserable; pero no lo es. Al contrario. Si

usted sabe captar su condición de mendigo del espíritu, llegará, como ellos, a gozar con un desperdicio, como con una langosta. Por mi parte, he llegado a creer que mi mendrugo es lago delicioso. Tanto que ya no puedo comer tranquilo sin pensar que una parte de él podría hacer feliz a más de uno; que debo compartirlo con alguien...

Durcot bajó la cabeza.

—Pero todo eso no es más que una concesión a la mediocridad de las circunstancias; a lo que ellas quieren hacer de nosotros...

—Es que su error, Durcot, está en que usted ha imaginado para el hombre un destino glorioso y se lamenta de que, habiéndosela dado pulmones para respirar a grandes alturas, no se le hubiera dado, al mismo tiempo, alas para remontarse... Yo he llegado, por un camino humilde que la vida me ha puesto delante, a comprender nuestro destino de un modo diferente. Siento que nuestro vuelo puede ser emocionante a ras de tierra... Sí. Y estoy feliz de pertenecer al género humano. Cuando usted quiere desertar de él y aspira a convertirse en una piedra, yo creo haber descubierto nuestra especie. Estoy verdaderamente orgulloso de pertenecer a ella...

Fernando Medina Ferrada (1941)

"Laberinto"

Hoy conocí al cónsul. Lleva lentes y vino acompañado del médico. Yo tomé al cónsul por médico y al médico por cónsul, puesto que quienes llevan siempre lentes son los médicos. Ya no duele mucho... Dijo que no puedo levantarme para irme... No sé dónde. Que tengo mucha fiebre y que lo que sucede es que siempre que alguien se me acerca me da fiebre.

Quiero coordinar... Estoy adolorido... Al dolor de muelas se agrega ahora otro dolor... Sí, eso es lo que quiero decir: otro dolor que ha conseguido ubicación en mí, cuando me creía totalmente habitado por la muela y su permanente quehacer de anodamiento. Por esto estoy en permanente estado de irritación, nada soporto... apenas a mí mismo... Nada que no sea la muela adolorida... pero las ratas no comprenden y decepcionado al constatar que son animabtos sin la más mínima capacidad de inteli-

gencia —atribuida por mí después de una serie de pruebas que me convenían—, herí a una de ellas, la que se llama "Manchita" porque es la única que lleva un pequeño lunar de pelo blanco en el pecho, cuando insistente vino a reclamar otro par de zapatos. Le di un fuerte puntapie y al rodar chocó contra uno de los canales de cemento, quiso levantarse pero sus patitas resbalaban, no le respondían y volvía a caer, hasta que después de intentarlo dos veces más, quedó tendida, chillando, pero no fuerte, sino débilmente, lo que me hizo comprender la gravedad de su estado. Me acerqué a ella y al notar que su respiración era agitada, conmovido estiré mi mano para levantarla y ver de calmarla acariciándole. No bien se sintió tocada, se retorció como un gusano y alcanzó a mordirme en el pulgar. Más que el dolor los nervios me impulsaron a lanzarla otra vez contra el suelo, irritado por su incomprensión, por el traicionero mordiscón... Esta vez sí quedó exánime, después de dar dos o tres rebotes en el suelo. Sólo sus pequeños y redondos ojitos tenían vida. Sin atreverme a tocarla aún, me quedé largo rato esperando que se recuperara. Pensé que tal vez un poco de agua la reanimaría y en una latita de sardinas, recogí agua y se la rocié cuidadosamente en el hociquito, pero ya sus ojitos estaban velados, vidriosos como los de un pez y no reaccionó. Entonces la levanté, pero el cuerpecito, suave y caliente aún, estaba sin vida. "Manchita" estaba muerta...

¿Cómo no pudo entender y dejarme tranquilo cuando al principio la espanté para que no me molestara?... Lloré con ella en mi mano, pero ya todo fue inútil. Sus compañeras, que seguramente habían sido testigos de todo, observando desde sitios para mí invisibles no aparecieron. Con una gran congoja, busqué consolarme pensando que ese es el destino de todos nosotros... La gente no nos comprende, Manchita, y nos maltratan, nos patean y debemos escondernos en cuevas oscuras, escapar siempre... Ahora nos iremos juntos y te conseguiré un hermoso zapato para enterrarte en él. No puedo abandonarte aquí porque no te podrás defender cuando las otras te ataquen... Pero como Manchita ya no me oía, la metí con cuidado en el bolsillo y me la llevé...

Estoy rodeado de flores en un jardín.

Desde una puerta alta de una casa que hay frente a mí, en la otra acera un niño deja caer un juguete de goma, que llega por las gradas hasta la acera. El niño es muy pequeño y no puede descender a rescatarlo.

Mira fijamente a un perro que se acerca, huele el juguete y sigue su camino, sin mirar al niño, que no deja de seguirlo con la vista, hasta que desaparece de su radio visual. Ahora se pone de cuclillas y vuelve a contemplar a su muñeco y me parece que habla algo, como si llamara a su muñeco.

La gente evita esa acera porque está inundada de sol. Pasan junto a mí hablando. Sentado aquí soy invisible... "Nos fuimos allí pero llegamos tarde"... "No vayas tan rápido, hombre!"... "Del paro de los obreros..."

Ahora veo que nadie alcanzó el juguete del niño. Entre él y yo hay como cuarenta metros, una fila de automóviles y gentes que van y vienen.

El niño gateando ha llegado a la orilla del primer escalón, se detiene un instante, luego reinicia el gateo, como si la superficie plana continuase. Rueda como otro muñeco de goma, pero no queda detenido y va a dar a la calle en el justo momento en que un automóvil viene y no alcanza a frenar a tiempo.

En un instante, el sitio se ha llenado de gentes, gritos, bocinazos.

Un hombre se tira de los pelos, como enloquecido y luego se sienta en la acera llorando a gritos.

La gente no me deja observar detalles. Con punzante estridencia la ambulancia llega hasta el sitio. Sólo alcanzo a ver que abren y cierran la puerta trasera y el coche parte veloz...

—destrozado... estaba solo... por la cabeza, la madre ha ido con él, son bárbaros, lastima no olvides a las siete... Marchita en mi bolsillo.

Mi muela se agiganta mi muela muela muela su cuerpecito ha recobrado el calor entre mis dedos que la estrujan sin darme cuenta sin darme cuenta se ha convertido en una masa sin la rigidez de un sólo hueso siento mi mano pegajosa con un líquido que brota de su cuerpo mi muela está tan grande que ya casi tengo cerrado el ojo derecho sé que es sangre y no quiero ver lo que nadie vio lo que pasó en mi bolsillo no hubieran gritos ni ambulancia alguien se ha llevado el juguete que tengo que dar examen nadie ve mi muela tomaremos mate en casa la vida me ha importado siempre poco la lana verde.

Cristina me acolchaba entre sus muslos y yo me acurrucaba allí, como en mi cuna, pequeñito y con Albertina jugábamos al papá y la mamá. Patricia me mordía y mi tripa se quedó entre sus dientes. Hermanita Albertina, me siento muy sólo sin tí me acabo... Yo soy la muela y tú el dolor, el dolor, la muela...

gencia —atribuida por mí después de una serie de pruebas que me convenían—, herí a una de ellas, la que se llama "Manchita" porque es la única que lleva un pequeño lunar de pelo blanco en el pecho, cuando insistente vino a reclamar otro par de zapatos. Le di un fuerte puntapie y al rodar chocó contra uno de los canales de cemento, quiso levantarse pero sus patitas resbalaban, no le respondían y volvía a caer, hasta que después de intentarlo dos veces más, quedó tendida, chillando, pero no fuerte, sino débilmente, lo que me hizo comprender la gravedad de su estado. Me acerqué a ella y al notar que su respiración era agitada, conmovido estiré mi mano para levantarla y ver de calmarla acariciándole. No bien se sintió tocada, se retorció como un gusano y alcanzó a mordirme en el pulgar. Más que el dolor los nervios me impulsaron a lanzarla otra vez contra el suelo, irritado por su incomprensión, por el traicionero mordiscón... Esta vez sí quedó exánime, después de dar dos o tres rebotes en el suelo. Sólo sus pequeños y redondos ojitos tenían vida. Sin atreverme a tocarla aún, me quedé largo rato esperando que se recuperara. Pensé que tal vez un poco de agua la reanimaría y en una latita de sardinas, recogí agua y se la roció cuidadosamente en el hociquito, pero ya sus ojitos estaban velados, vidriosos como los de un pez y no reaccionó. Entonces la levanté, pero el cuarpecito, suave y caliente aún, estaba sin vida. "Manchita" estaba muerta...

¿Cómo no pudo entender y dejarme tranquilo cuando al principio la espanté para que no me molestara?... Lloré con ella en mi mano, pero ya todo fue inútil. Sus compañeras, que seguramente habían sido testigos de todo, observando desde sitios para mí invisibles no aparecieron. Con una gran congoja, busqué consolarme pensando que ese es el destino de todos nosotros... La gente no nos comprende, Manchita, y nos maltratan, nos patean y debemos escondernos en cuevas oscuras, escapar siempre... Ahora nos iremos juntos y te conseguiré un hermoso zapato para enterrarte en él. No puedo abandonarte aquí porque no te podrás defender cuando las otras te ataquen... Pero como Manchita ya no me oía, la metí con cuidado en el bolsillo y me la llevé...

Estoy rodeado de flores en un jardín.

Desde una puerta alta de una casa que hay frente a mí en la otra acera un niño deja caer un juguete de goma, que llega por las gradas hasta la acera. El niño es muy pequeño y no puede descender a rescatarlo.

Mira fijamente a un perro que se acerca, huele el juguete y sigue su camino, sin mirar al niño, que no deja de seguirlo con la vista, hasta que desaparece de su radio visual. Ahora se pone de cuclillas y vuelve a contemplar a su muñeco y me parece que habla algo, como si llamara a su muñeco.

La gente evita esa acera porque está inundada de sol. Pasan junto a mí hablando. Sentado aquí soy invisible... "Nos fuimos allí pero llegamos tarde"... "¡No vayas tan rápido, hombre!"... "Del paro de los obreros..."

Ahora veo que nadie alcanzó el juguete del niño. Entre él y yo hay como cuarenta metros, una fila de automóviles y gentes que van y vienen.

El niño gateando ha llegado a la orilla del primer escalón, se detiene un instante, luego reinicia el gateo, como si la superficie plana continuase. Rueda como otro muñeco de goma, pero no queda detenido y va a dar a la calle en el justo momento en que un automóvil viene y no alcanza a frenar a tiempo.

En un instante, el sitio se ha llenado de gentes, gritos, bocinazos.

Un hombre se tira de los pelos, como enloquecido y luego se sienta en la acera llorando a gritos.

La gente no me deja observar detalles. Con punzante estridencia la ambulancia llega hasta el sitio. Sólo alcanzo a ver que abren y cierran la puerta trasera y el coche parte veloz.

—destrozado... estaba solo... por la cabeza, la madre ha ido con él, son bárbaros, lastima no olvides a las siete... Manchita en mi bolsillo.

Mi muela se agiganta mi muela muela muela su cuerpecito ha recobrado el calor entre mis dedos que la estrujan sin darme cuenta sin darme cuenta se ha convertido en una masa sin la rigidez de un sólo hueso siento mi mano pegajosa con un líquido que brota de su cuerpo mi muela está tan grande que ya casi tengo cerrado el ojo derecho sé que es sangre y no quiero ver lo que nadie vio lo que pasó en mi bolsillo no hubieran gritos ni ambulancia alguien se ha llevado el juguete que tengo que dar examen nadie ve mi muela tomaremos mate en casa la vida me ha importado siempre poco la lana verde.

Cristina me acolchaba entre sus muslos y yo me acurrucaba allí, como en mi cuna, pequeño y con Albertina jugábamos al papá y la mamá. Patricia me mordía y mi tripa se quedó entre sus dientes. Hermanita Albertina, me siento muy solo sin tí me acabo... Yo soy la muela y tú el dolor, el dolor la muela...

Cristina, la peruana, Patricia, Albertina, se sientan junto a mí. Sus entrepiernas son ahora sólo un hueco que sirve para hacer pis, para oler a rancio. Yo siento ese olor que les sale de abajo, como si ellas mismas se hubiesen enterrado allí y mi aparato, muerto también. Vienen para ayudarme a hacer pis y se rien al tocarme la tripita.

No puedo levantarme para ir al dentista. Cristina no me ayuda, nadie se comprende, pero Manchita sigue en mi bolsillo. Ellas sólo me dan pastillas para que duerma pero el dolor me sigue... Les digo que hay que enterrar a Manchita, que me den un zapato.

He ido al dentista. Las calles transitadas por sonámbulos. Salen de sus cuevas a calentarse al sol, comiendo pelos... ¿Qué diré? Sólo la muela... Tercero a la derecha, segunda puerta... ¿Si vomitara en el ascensor? Como si me jalaran de los pelos... Algo... ¡Señor me ha dolido toda la noche, la mano también porque me mordió Patricia y tengo que enterrarla en un zapato a los curas se les besa la mano señor cónsul la muela su santidad perdón excelencia... yo no busco... la muela un zapato... sentarse en las gradas para no caer... el sol brillando en las esquinas... lloviendo como cascos de plomo en las cabezas todo se alargay se achica... Tranquila Manchita. Ellos hacen ese ruido en la farmacia es mi muela señor los grillos que revientan en las esquinas llueven puntitos rojos Manchita porque

No me dejan dormir. Cuando abro los ojos algunos tratan de divertirme haciendo bromas en la puerta con un extraño disfraz que al acercarse los estira como si fueran de goma los pelos la caca

Mamita querida te escribo porque Manchita se quedó con las focas porque el calor le hacía doler las muelas pero me amarran porque quiero vomitar un poquito y no quieren que escriba porque mi mamacita sopa... ustedes han crecido y mi abuelita solía cantarme las bro...

Renato Prada O. (1937)

De: "La vida será nube"

I

Macoco se llama también José Reruvia y es flaco y grande, con los cabellos siempre largos y sucios, reunidos en grumos de lanas. Macoco es como un pobre caballo sin dueño y sin pasto, sin ganas de correr por el prado. Me pregunto si acaso tiene gusto de estirar su vida como lo hace, como un costal cargado de cosas que hieden y pesan demasiado. En las mañanas se sienta a sol, después se levanta de cama —siempre tarde, porque se emborracha todas las noches—, y se pone a escribir en un cuaderno grueso y mugriento, con las esquinas como orejas dobladas, cargadas de grasa como sus uñas y su cuello. Se esfuerza por escribir palabras y palabras con sus manos temblonas de borracho diario. Macoco es mi amigo. Me mira con sus ojos tristes que parecen dos niños perdidos que sacan sus cabecitas por ventanitas en ruinas. Me escribe y me llama para que me sienta a su lado. Me da su cuaderno y me dice que lea. Yo no puedo leer su letra porque está escrita con rayas que tiemblan y se tuercen sin seguir la palabra. El siempre me corrige y me dice que no avanzo nada en la escuela nocturna. Yo le digo que no voy todas las noches porque mis papás no quieren, pero que también su letra es muy mala. No hay letra mala para quien sabe leer, dice Macoco y se ríe cerrando los ojos, respirando como si hubiera hecho una larga caminata o quisiera meterse al fondo del río. "Yo tenía una buena letra pero ahora ya no... Lo que me interesa es decir las ideas, expresar lo que pasa en el mundo y nada más... Te dejaré mi cuaderno cuando muera. Tú podrás ganar mucho dinero con el cuaderno". Yo le pregunto cómo puedo ganar dinero con un cuaderno tan sucio y feo. Y él me responde algo que no sé si para usted mismo, que es tan decente y respetable como parece que es, tiene sentido: "Lo venderás a los editores; ellos saben esas cosas". Me quita el cuaderno para acariciarlo como a un niño mimado, como a un perrito pequeño de los ricos. Se queda así nuevamente dormido hasta que llega la hora de almorzar y desaparece de nuestro barrio como si la tierra se lo hubiese tragado para volver por la noche borracho, sin poder pararse. Se mete en su cuarto hasta el día siguiente. Me gusta Macoco; cuando sea grande y tenga que irme con un hombre, como lo hizo la Constanacia —mi hermana mayor— me irá con

uno que tenga sus mismos ojos de miedo y alegría de niño. Aunque los niños no somos tan alegres. No sé. Mi papá dice que hubiera querido ser siempre niño como yo o como Ratín, mi hermanito que se llama también Rubén Ordoñez, igual que nuestro papá. Ustedes no sufren y no tienen la preocupación de nosotros, dice mi papá, y se pone con la cara seria como si algo fuera malo ser niño, no tener preocupaciones. Ratín lo mira con miedo porque sabe que si se ríe llegará una paliza; a mí también me dan ganas de reírme por eso de ponerse serio porque somos niños y no sabemos nada de nada. Pero, que no sepamos nada no es muy bueno decir, porque la vida nos va enseñando. Sólo tienes que abrir los ojos y la vida te enseñará todo; pero aprende sólo lo que pueda servirte, me dice Macoco. Aquí en esta villa-miseria tienes la mejor muestra de la mierda que somos, dice. Yo pienso en la nocturna. Allí también nos enseñan. El profesor dice que son cosas útiles para la vida, para luchar por un mundo mejor. Yo me pregunto cómo puede servir para eso saber que en Alaska hace siempre frío y que la suma de los ángulos interiores de un triángulo suman siempre ciento ochenta... (¿no me equivoco, señor? Usted que sabe tantas cosas tiene que decirme) grados. El profesor es un hombre gordo. Cuando faltamos a sus clases no nos castiga. Nos hace quedar hasta que todos se vayan, pero a una solamente. Después se acerca y nos acaricia el cabello. Mete su mano bajo nuestras faldas y la tiene allí quieta hasta que se pone mojada de sudor. No dice nada ni mueve los dedos. Su cara se vuelve dura y empieza a lagrimear. El pobre está como para llorar porque ya no aguanta el trabajo de su corazón que bombea con fuerza. Tienes que ser buena, dice al fin cuando su mano ya no suda y la saca. Se va y no nos castiga nada. Algunas dicen que sería mejor que moviera los dedos para hacernos cosquillas. Ellas saben más que todas, pues siempre están en los recreos contándonos lo que pasa en las casas donde trabajan. Yo también sé lo que es eso porque mi hermana Constancia antes de irse con un hombre era sirvienta. Recuerdo —siempre que mis compañeras de curso cuentan sus cosas— la llegada de la Costa a mi casa un domingo, después de la primera semana de trabajo. Mi madre le pregunta cómo le ha ido. Ella permanece con su obstinación de perro sordo. Yo noto que sus ojos están cargados de lágrimas. ¿La patrona es buena? Ella dice que sí con la cabeza y sus ojos están ya para soltar las lágrimas. Y, ¿el patrón? Mi madre se acerca, la mira. Al fin, salen las lágrimas de la Costa y su garganta lanza gemidos que dan pena. Estás haciendo esto por floja, mierda. Mi madre le da un so-

papo; le sigue pegando cuando ella cae al suelo. Por floja vas a decir cualquier mentira. La Costa no dice nada, sólo llora y llora hasta que mamá se cansa de pegarle y se sale. Yo me acerco a ella y la abrazo. ¿No quieres trabajar? Ella sigue sollozando. Me quedo abrazándola hasta que se calma. Esto es cuando nuestro papá se fue con una mujer y tenía que trabajar mi hermana joven de empleada. Quizá por eso se volvió como se volvió: un poco buscadora de hombres. Su antiguo patrón también vino a buscarla dos o tres veces. Vino en un auto lindo. Todos los chicos nos subíamos a todas partes mientras él hablaba con mi hermana. Yo estaba hasta orgullosa de tener una hermana que hacía venir al barrio hombres tan decentes y ricos. Después se la llevó por toda la noche. Mi madre ya no decía nada. Pero, cuando volvió nuestro padre, la Costa peleaba cada día con él. Nuestro padre le decía que era una puta y que le iba a quemar los pies con un fierro candente. ¡No puedes ser mi hija, carajo! Mi padre está borracho y la Costa tiene que escaparse a la casa de los vecinos. Mi padre la busca con un soldador de rojo vivo que yo no sé de dónde ha podido sacar. Nosotros, —mi madre, Ratín y yo— nos prendemos a su saco. La fuerza de papá es grande. Al querer librar su brazo de nuestras manos se le cae el soldador y da en la cara de Ratín, que chilló de dolor y se revuelca en el suelo. Se sienta en el aire un fuerte olor a chamuscado, a carne asada. Mi padre deja de luchar y se para vacilante con los ojos recorriendo por todas partes para no ver la cara de mi pobre hermano que está tirado en la tierra mostrándonos la mancha roja en la frente como si le vibrara un poco, un tamborcito temblando cuando le toca la biz de la luna. Ahora, al Ratín quieren también llamarlo "Frente-partida", porque la quemadura se le ha secado como una quebrada leña y le divide la frente de arriba abajo. La Costa ya no viene más. Mi padre dice que no es su hija... Cuando se emborracha, llega besando la frente y la cicatriz de Ratín. Por una vulgar... por una... Durante el día, Ratín está siempre tocándose la herida. A mí me da nervios verlo tocarse y tocarse. Le digo que la va a volver más honda. Con el tiempo, al crecer Ratín la cicatriz le ha ido caminando, bajando la frente; ahora parece querer meterse entre las cejas; y como Ratín es un poco cejijunto, ella se entremete a querer separarlas con mayor energía, alborotándose sus vellos. Siempre seré loco, dice Ratín. Yo le digo que ahora esas cosas se curan, que piense en la chica que vive en la esquina de la plaza Colón, donde vamos a vender periódicos y a echar la basura de ellos. ¿La de esa casa linda? Sí, pues. Antes tenía una nariz así de gran.

de y tan fea que daba pena verla plantada con toda su insolencia en medio de su cara; pero, ahora tú la ves: su naricita es tan linda y chiquita como la de una artista de cine. Pero para eso hay que tener plata. La plata se consigue cuando uno es grande. Tú serás un hombre inteligente y tendrás plata. Ratín sigue tocándose la cicatriz que la gente mira con curiosidad, cuando nos compra los periódicos. El vende más porque tiene esa seña tan fea; pero no le da todo el dinero a mamá, guarda un poco cada día. Yo sé para qué, es cuando lo veo frotándose la quemadura seca y llena de costras. También yo le doy algo. El guarda ese dinero en una lata bajo unas piedras frente al Club Tenis, cerca de donde empieza nuestro barrio. Así no tendrás que esperar hasta que seas grande, le digo...

Jesús Urzagasti (1941)

"Tirinea"

Esta vez puedo aclarar que pertenezco a otra raza, a la de los extinguidos, a aquellos que favorecen el reino de la muerte. Explicqué hace poco que viví en un mundo real pero invisible. Como soy viejo, nadie me lleva el apunte, de manera que esta verdad padece de melancolía en los rincones de mi alma. Entonces es natural que confíe más en mis sueños que en la gente que pasa silbando un cha-cha-cha y que haya terminado por considerar a aquéllos como mi única realidad. Es indudable que muchas verdades desaparecerán junto conmigo, lo cual no me molesta mucho. He comenzado siendo el testimonio de la vida; ahora soy su secreto, porque vivo en manos de la muerte. Dos o tres imágenes, de las muchas que me asediaron, se han hecho perdurables, las otras han ido a buscar eternidad en otros brazos. Hay una edad en que todo comienza de nuevo, con una luz nueva en el corazón, en que uno es el único invitado de la soledad y ella se hace esperar para siempre. Yo estoy en esa edad. Soy boliviano, esa es mi nacionalidad. Me alegraría mucho si esto pudiera servir como una adorable pista. Un boliviano que desea ponerse en contacto con una araña de "Feruntaiguay", a la que nunca la he podido imaginar siquiera: de tanto buscarla en los rincones de mi habitación se me ha humedecido el tabaco que sueño fumar en las noches.

Bolivia no tiene mar, ni salida al mar. Según se nos ha explicado en tantas oportunidades, debemos reconquistar el mar el año 1979, si es posible antes, y vengar así a nuestros padres, castigar una infamia que el Continente todo apoya con su silencio. Así sea. Pero hablando en oro cuando yo nací Bolivia ya no tenía mar, y a mi Patria me cuesta imaginarla de otra manera. Si volvemos a tener acceso al fabuloso mar, habremos cumplido el designio de nuestro sueño. Nada más, nada menos. Desgraciadamente yo no estaré aquí. Partiré hacia la luz para que la tierra me devuelva a la obscuridad de los océanos. Allí dejaré de ser un mediterráneo. La muerte de un boliviano no es nada graciosa ni se entiende que la mayor parte de su vida se la pasa en la Argentina, estudiando o deshojando caña, uno que otro en Europa panza arriba en las playas, el resto en Cochabamba, menos aquellos que están confinados. Así es, otra vez. Mientras tanto, imagino yo lo cliístico o melancólico que debe ser uno al mirar, desde un satélite artificial, un pequeño país mediterráneo.

Me han venido unas ganas bárbaras de ser niño otra vez. Un pequeño bruto con los cuadernos bajo el brazo, sin ningún vínculo con lo ilusorio, un olor de otro mundo en el cuerpo y en el corazón el más noble recuerdo del astro que fugó. De eso me han venido ganas ahora. ¡Barreras! Es como tomar un Mejoral antes de meterse un balazo a la cabeza.

"A veces escucho un eco divino...", solía cantar en las solitarias calles de Villa Montes cuando era un jovencuelo. Me acuerdo bien porque en esa época el papanatas del profesor de Agropecuaria decía que éramos una tropa de "pajeros". Mis compañeros se reían y se ponían colorados. Yo también me reía, por si acaso, porque no entendía la broma. La curiosidad me llevó a descubrir el asunto. La sensación que tuve fue extraña. Se volvió a repetir cuando me afeité los bigotes por primera vez. Ni dicha ni limonada. Se me llena de cloroformo el recuerdo. Los mochos y los vaqueros de moda. Los mochos son los mismos pero los pantalones son Oxford para los que llegan a la edad que añoro. Por mi culpa han caído en desuso muchas cosas. Como ese piropo que le para siempre: "Un minuto lejos de tí es un siglo de ausencia..." dirigió el "Negro" Rivera a Ignacia Suárez, que me heló el alma. Nosotros apenas le decíamos: "Charatita, por qué estás tan arisca...", en las horas de Educación Física en la lejana escuela de El Palmar, cuando faltaba mucho para que toquen la campana de salida. Montañó era el profesor, el que estuvo en la revolución del

49 y uno de los alumnos era yo, el que estoy aquí con la clara señal de haber estado en otra parte.

Pero todo ha pasado ya. Me ha crecido la barba y si no me la corto a tiempo seguirá creciendo con un ímpetu rabioso. El afeitarme no me produce ninguna emoción y tampoco me fastidia; este hecho, milagroso en alguna época, ha ganado una naturalidad extraña. Igual cosa con tantas otras. Era la penumbra que cerraba el paso al verdaderamente deslumbramiento, el que hace que se termine contando las estrellas de dos en dos o cualquier otra cosa, con tal de retener en la obscuridad del alma la única luz. ¡Y con esto basta! Siempre vivirá en mí el deseo de retornar a la edad de oro en que uno, sin ser nada, es la esperanza para los otros; con migas en los bolsillos y en la feliz mirada de animal recién nacido los concentrados poderes de la vida en reposo. Algunos hombres conservan esta mirada. Y está bien. Pero hay que ver la mirada de los muertos. Ya no ven nada pero les queda la última imagen de la vida. Esta imagen paralizada es lo que asusta y hace llorar silenciosamente a la gente que rodea a un muerto pensativo.

Acabo de terminar el párrafo anterior. A mi lado está una mesita amarilla. Sobre la mesita un pedazo de tabaco chaqueño, una taza vacía y un plato de barro. Son las dos de la mañana, domingo. Los que pondrían "piripipi" a lo que yo digo, están durmiendo. No se pierden mucho y no es ninguna desgracia porque no he dicho nada, salvo lo de la mesita. Más desgracia es viajar por el mundo sin haber nacido, sin meter las manos en el bolsillo ni rascarse la oreja, sin mirar la punta de un zapato, allá debajo de la mesa. Una persona no nacida es aquella a la que no le funciona ninguno de los cinco sentidos. En la obscuridad, más sordo que un pañuelo mojado, una masa velluda perdura intacta con el sólo objeto de vigilarme.

Aunque las catástrofes se avecinan y tu figura tienda a desaparecer en manos del crimen o de la oscuridad, aunque el mundo se venga abajo con el objeto de no favorecer tu existencia, aunque no haya luz y todos tus pañuelos estén sucios, aunque no hayas leído El Mundo como Voluntad y Representación, aunque ya no queden dudas de tu imbecilidad y de tu pereza y hayas perdido la esperanza de explicarte a ti mismo el extraño desapego que te une al mundo, aunque suceda de golpe y porrazo lo citado y lo no citado por pudor, nunca olvides que por primera, única y última vez lo más formidable y maravilloso que habita en este mundo.

Hay paisajes maravillosos en el universo que nadie, ni tú, verás jamás; pero eres tú el sendero único para llegar a esos paisajes: lo ideal sería que te conformes con semejante privilegio y que no desconfíes de tu ceguera. Hay zonas llenas de un encanto especial para el espíritu que se han sublevado de tanto esperar tu presencia. En la lejana Finlandia existen muchas aldeas que han perdido muchas cosas por ti y por ti siguen clamando con una melancólica trompeta y cambia la luz del día y no es el atardecer sino la noche lo que ruga en la distancia estremecida de misterio. Pero tú sólo tienes inclinación a vivir en lo desconocido, a saludar con desmesurado respeto a los que perdieron lo mejor de sus vidas en la guerra del Chaco, mientras te repele todo lo que comienza con la letra W. Tus ojos adquieren la luz de los astros cuando miran objetos curvos en la obscuridad de tu habitación, pero tu sangre circula tranquila, sin remordimientos y no se asombra de tu asombro sino de ti que te crees al margen de su armónico y silencioso triunfo. Mientras tanto tú paseas de un lado a otro en tu propia jaula. No tienes ideas chicas ni grandes y con todas tus ideas juntas no se podría hacer una idea mediana por eso seguramente duermes como un cansado excursionista, con la bragueta abierta sin ánimos ya de hacerte crecer los bigotes. Levántate y agradece antes de que tengas ese olor a ropa guardada en tu cuerpo, agradece por haber venido sin tener nada a un mundo que lo tiene todo...

LA POESIA

Julio de la Vega (1924)

(De: "Poemario de Exaltaciones")

ELEGIA SERTERRAÑA

(A la memoria de André Bretón)

Cuando la hoguera recién estaba en árbol
cuando al vida recién estaba en sueño,
tu palabra, de apóstol de lo oculto
desambientaba rosas por las calles
de un manojo sanámbulo
que horadaba de rutas

las paredes de tedio
abriéndoles heridas por los cuatro costados
y barriendo de escobas a la imaginación;
disponiendo ventanas
en los rincones de un tiempo oscuro
que empezaba a iluminarse con tu nombre.
La razón desbocada
el equilibrio roto como un vidrio molesto
y el verbo nuevo en sus viejas raíces
decía cosas que brotaban de lo hondo
y hacia lo hondo iban
como un alga solada de sus anchas marinas,
igual que un pez que sube
a desvestirse de agua.

Paris

ya lo había dicho todo
y en su lenguaje universal calaba
por mutilar sus frases
y su rama cortada tenía fallas de flor
y tu gesto de mago
abrió un telón de luego
con mano de relámpagos,
mostró estrellas y barro,
el pensamiento más que la palabra,
la flor o el dios oculto en los pliegues
reconditos del alma
o en tus propias cavernas,
se hicieron luz de verso,
explosión de colores,
casernes sin techo con muros transparentes.
Fantasmas con zapatos por veredas diurnas
salían de tus libros
como albos legionarios
conquistando la vida más allá de los párpados,
campanillas a gritos
sacaban a la tierra la raíz de lo dormido
y un pañuelo de sombras fue bandera de vientos
cubriendo todo el cielo
Río que sale de madre inundando la tierra
de légamo propicio en los musgos del verso
aparece tu muerte como un sueño sin causa.

LOS DIAS

Ya está sobre mi frente,
que pende encima mío
para cortar mi aliento;
perpendicular como el filo de una espada
ya está viniéndoseme como tromba marina
barriendo mi quietud de playa,
tu camino contrario.

Camino, andén ó puerto al infinito
es viaje igual
de tí dándome la espalda para siempre.

Sin embargo,
es bello m' dolor,
como un paisaje
mirado en tu nombre;
y no pretendo echarlo de mis hombros
como una clámide
que se extendiera al viento
para que sea
por las legiones pisada.

Has vuelto a posar sobre mi cuerpo
la antigua mariposa
que trae ansiedades
volando en anhelos
siempre repetidos, pero siempre nuevos,
porque son los brazos
en los que tal vez se abraza uno a sí mismo
al escuchar su nombre o el canto de los ecos
con palabras eternas
hechas espejos reflejando
la eternidad de muslos,
de besos que forjan
el diario milagro

Pero el sufrimiento siempre es nuevo
como una rosa nueva
brotada en un jardín añoso,
como palabra que pronuncia

por la vez primera un niño
que sin embargo ya sonaba
desde antiguas edades.

Gonzalo Vásquez Méndez (1928)

(De: "Del Sueño y la Vigilia")

PIEDRA

Piedra inmortal al borde del silencio
enmudecida al gesto caminante
calcinada desolada,
repose para el grillo,
asceta milenario
donde el viento dibuja su misterio

Tu dureza no tiembla
al transcurso del fuego.
inmutable en los siglos.
tu rodar no es de angustia,
ni de sed que violenta las arterias.

Amiga de las ranas,
a veces mensajera de la muerte,
tu impenetrable designio
mira las cosas
calladamente,
deja a cuanto vive y se deshace,
a cuanto lágrima cuelga de los ojos,
a cuanto alivio rompe la piel.

Piedra inmortal
centinela del tiempo,
qué profundo el ensueño
escondido en tu entraña,
el lenguaje secreto
que no entregas a nadie.

MAR

Tu impenetrable sueño espuma y ola,
tu transparente nacer,
tu olor a helecho tierno,
tu imotivado azul,
maravilla de espejo para el cielo

Tu desmayado canto en las orillas,
tu arpegio de gaviotas,
tu humedad con fragancia de corales...

En qué remoto tiempo
se formó tu país de peces.

las algas escondidas
donde juegan los niños subterráneos?

Qué población de raras
hoy duerme al fondo tuyo?
Qué magia es la que oculta
tu dulce corazón eterno?

Ciñes mi voluntad,
sujetas mi nostalgia a su entrañas,
y quisiera perderme entre tus aguas,
desintegrar mi júbilo
en tu inmenso color siempre cambiante.

A EDMUNDO GAMARCO

Arbol desenraizado por la muerte,
la luz de los ensueños ya apagada,
el ritual de la sangre ya sin eco
el corazón sin rosa y sin nostalgia...

Perdido estoy
ante la noche súbita
que ensombrece tu frente,
ante la tempestad
que insondable
te arranca la vida.

El mar eterno te sumergió en sus
aguas,
hoy buscas
los escondidos minerales,
las algas y los peces de extraño
asombro.

Hoy quedas en la sombra
para hablar con la tierra de más
cerca.

Poeta definitivo,
tallo desmenujado y roto.

Los que supimos
de tu anhelo sin puertas,
los que tocamos tu alma,
nos venos desolados,
golpeando con las manos
tu temprana partida.

Aquí estamos,
hurlidos en dolor:
desparcidos
de que no vuelvas
a entregarnos tu río.

Llevas contigo, Edmundo
nuestra E sin fronteras,
nuestro amor levantado frente al
odio,

la verdad de saberte
siempre lirio
y siempre canto!

Héctor Cossio Salinas (1929)

(De: "Posada de los Sueños")

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA DE MI MADRE

I

Madre: cuando nací tenías
un corazón de prolongada pena.
Un martirio sin música, obediente
a mi duro cuidado, fatigaba
el frío innumerable de tus sienes.

Desde tu gracia plena y luminosa
recuerdo que la miel nació contigo.
Tus labios esparecidos en la atmósfera
dictaban un lenguaje de suspiros.

¡Primorosa manzana del secreto!
Cuidadora del sueño, arquitectura
de las celestes mieses, de los altos
senderos, de las luces más puras.

Angélica tu imagen arcangélica...
Yo buscaré lo que al amor le falta,
lo que a volar empieza sin ventura,
lo que a tornar mueve tus lágrimas.

Resucita la sombra que te duerme
—claro rodó, forma de alabastro,
nacimiento profético de albuja—
en el cauce preciso de tu mano.

Aun encuentro en la noche tu palabra
térnima y ligera de las cosas,
guardándome el destino de la abeja,
el del pétalo manso entre las rosas.

¡Ah, pájaros del huerto, si tu risa
no fuera más perfecta, comprensible
para todos mis actos, para todas
las ansias que de tu pecho vienen!

Te concebí en presencia y condición
de orígenes: sombra en la legumbre,
en el mandil de lino y en el pan,
en el "ven, no te crucas" y en la
lumbre.

Donde yo vivo, madre, estoy contigo,
con tu dictado de paciente vuelo.
Tu diligencia por regar las plantas,
hoy riega, con amor, mis pensa-
mientos.

Cabe tu mano un nido de palomas,
una gavilla de luciente trigo.
Por tu savia vigilia vespertina
será más fresco el pan, será más
limpio.

Subiré donde estás donde mañana
tu madrugado corazón me arrastre,
pues en tu ausencia mi mortal con-
junto
no encontrara precisas claridades.

Me allegaré a tu frente de rodillas
respirando el destino de los líquenes,
absorbiendo el suceso de tu vida,
reclamando el mandato que me
diste!

LABERINTO DE AMOR

19

En mi tierra salobre, dura y sola,
crecerán los racimos más tempranos.
Fértil el corazón pondrá en tus
manos
esa humilde cosecha que aureola

La esfera de la tarde. De amapola
se vestirán tu labio, y los granos

de mi primer cornita como a her-
manos
nos unirá en el fruto que se inmoló.

Quizá un salado vengará la ofensa.
Debilmente será para tu vida
mi brazo de sarmiento perdurable.

Casi en el aire azul tu alma suspende,
la mía por tu flor casi perdida
y las dos casi en lo admirable.

Félix Rospigliosi (1930)

LA SED

Más antigua que tú, más pavorosa
que la morada hueca de tu ausencia,
es mi secreta y honda turbulencia,
marcha de lodo entransito a la fosa.

Alma del tiempo, fiebre que me
acosa,
vago fermento donde tu presencia
posa sin huella y deja mi dolencia
raíz al sueño, maldecida rosa.

Nada es tu amor semaritano! Arrga
tu vano acela, el cántaro imposible
donde mi lengua en desazón se moja.

Ay, agua inútil de tu amor contrito!
Viértete hermana para mi honda
muerte
de Dios eterno y barro de infinito.

LIENZO DE TU ALMA

Girón de nubes tardías
retorno del día resomne
que rompe mi voz perdida
sobre
tu lienzo gris, amplio, informe.

Ojos yertos sin pestañas
pobres pupilas sin alba
cabeza que fuera altiva
noble
agua dulce hoy insalobre.

Canto de arpegio oscuro
alma que un día vibró...
donde hubo pñen hay todo
lacr
pñññes donde hubo grana.

Humedad de muros tristes
con musgo de amor sin nido
lana que el recuerdo extingue
grito
en sangre y nostalgias tinto.

CONTINUIDAD

No he de ser más dolor ni más congoja
 que mis padres dormidos,
 ni mayor desencanto, ni esperanza mayor,
 ni más sutil arruga,
 ni más hueso escombrado
 ni mi hueso de olvido ha de ser más profundo,
 ni mi ausencia más leve a su dolor.

He de ser más pregunta,
 más aún y árida, polvo de siglos,
 su rebote violento, su dolor resumido:
 haz de sus sueños idos
 de una huesa a otra huesa.

Porque soy hombre y muerta su calor me acompaña.
 Es mi siempre, mi signo,
 y en sus ojos eternos yo comprendo
 el latido infinito
 y el gusano sintiente.

Jorge Suárez (1932)

VIETNAM

Porque al fin todo cae y el escombro
 agrupa huesos, cava la sumiente
 y devuelve la flor al tiempo nuevo.

No digo entonces tiembla ante el irruente
 ni extiendas tú la alfombra humilde
 para el paso del Rey. Sobre la tierra el cielo
 inventa un rayo vengador. Cae
 del calendario una hoja seca.
 Es el anuncio del incendio.
 Una muchacha ve cómo el tiempo
 se ha tornado amarillo en su camisa.
 Un niño de improvviso se ve anciano en la escuela y sólo se oye
 el resplandor del estruendo. Cae

la nieve ardiendo y ha llegado
 el instante de oír
 con el oído en tierra
 aquel galope, aquel que tanto
 resonó en el recinto del corazón. La hierba
 lo sabía y no quiere florecer este mayo.
 Tampoco el ruiseñor en su huerto recóndito
 deletrea las dulces palabras del amor.

Un lenguaje distinto —cósmico estrépito— redobla en el planeta.
 Y sólo cae fuego desde el ayer. El escombros
 agrupa huesos, abunda el humus cálido y prepara
 un perfil luminoso —casi un hombre— como una espiga fresca.

Y cae un cetro antiguo de un brazo de ceniza. Vuela
 del socavón un pájaro cautivo.

No es la vida
 lo que aquí se defiende. Ni es la muerte
 lo que aquí se aproxima.
 Es la tormenta, el rayo
 que al desplomarse nos entrega
 una imprevista carga de infinito.

Cae desde el ayer un tiempo nuevo.

Todo está liso aún, salvo los monstruos.

Alberto Guerra Gutiérrez (1932)

(De: "Yo y la Libertad en Exilio")

PATRIA DE DIOSSES Y DE TIEMPO

V

La luz se hizo de repente,
 el sol fue unas veces
 la fogata que niños y dioses
 encendieron sobre la tierra
 para jugar risueños.
 Y otras, el fuego prohibido

Y otras, el fuego prohibido
 que mientras los dioses
 le daban vueltas por apagarlo,
 Los niños lo elevaron como un globo
 atado al hilo multicolor del arcoíris
 y su fulgor, aún dura
 sobre el ara terrestre
 del altiplano ignoto.

VI

La llama ya estuvo con ellos
 hibernando su propia espera
 en los ásperos caminos
 del viento y la yareta.
 Y junto a este espera fundaron
 la patria
 abierta a las tempestades;
 tempestades que lanzaron
 tantos otros dioses enloquecidos
 descontentos con la paz,
 con la gloria y con su propia obra
 de desencadenar ríos sobre la tierra;
 dioses que hastiados con sus nom-
 bres
 se hacían cada vez más viejos
 mientras más añejo era el vino
 que sorbían
 en las nocturnas fuentes del desvelo.

VII

Nadie lo dijo,
 pero se sabe por antiguas corrientes
 que aún nos laten,
 que el hombre es producto
 de dioses y de tiempo;
 de dioses que engendraron primero
 sus ojos
 en la febril fogata del deseo.
 luego su voz, que inauguró el trueno

para redimir del odio a sus seme-
 janzas.

Sus semejantes eran entonces
 el "sapo" y la "serpiente",
 las "hormigas" que juegan hoy
 una ronda de arena con el viento,
 y "Tupay" que cuida sus riquezas
 en la entraña misma de la tierra.

VIII

Y piedra por piedra
 se construyó la patria
 arañando un cielo,
 regaleando un cielo,
 prestando un hilo; sin embargo,
 diez blasones nos conducen,
 y nos vigilan
 mil conspíras nos destruyen
 para que nadie se entere
 que el conjuro de las sombras,
 piedra por piedra
 en la entraña fecunda del tiempo,
 con humo y con "wilancha"
 milenarios dioses engendraron esta
 Patria
 —grito inmerso en nuestra sangre—
 que ha de levantarse nuevamente
 como piedra de la honda,
 porque es piedra inmortal de ba-
 rrizada.

Mery Flores Saavedra (1935)

SER

Esmaos solos, mástiles de erguido
 trazo bajo este cielo frío, ausente
 por siempre de nosotros la simiente
 noble y dulce del sueño y el olvido

La palabra es un vino que, transida,
embriaga el alma a medias solamente
y es en la soledad el ser, silente
atón por sus raíces defendido.

Y es así mi verso, uno pensativo
ceniza que tal vez huya adelantada
por el tiempo, destello fugitivo;

luego, sombra en la sombra, abandonada,
nacido en soledad, verbo cautivo
de sus raíces de alma enamorada.

POEMA

Vengo desde mi infancia, vengo herida
por el murmullo, el aire, la mirada,
y ausente de mi huella voy callada,
sin pedirle más sueños a la vida.

Hoja de verde intáctil desprendida.
Por mi propia mentira ahincada,
voy igual que tú, rumbo a la nada,
y escribo sobre el humo en despedida.

Pero me llevo intacta. Nada importa
si deluve mi paso en el sendero
alguna vez. También el ave corta

el vuelo y no mancilla el fisco. Quiero
alejarme así sola, el alma absorta
y librar el camino en pie ligero.

POESÍA

Lágrimas, voz de niño, transparencia,
velo inconsútil, copa, verbo al viento
que busca herir a Dios con su lamento.
imprecación, silencio, reverencia...

Eres quizá tan solo la evidencia
del humano dolor en breve aliento

o la búsqueda eterna de un concepto
que huya gota de azogue a mi impaciencia.

Amor, eres amor y eres sonrisa,
invierno, primavera... eres el año,
ensueño que en el sueño se eterniza
eres hilo de sangre que restaño
con esa mi palabra que desliza
suave olvido a la senda en que me daño

Edmundo Camargo (1936)

(De: "Del Tiempo y de la Muerte")

POETICA

Yo tuve que nacer después de tanta herida
entre el ángel sanguinario
cuya espada abrió arpas de sangre

Era ya un día antiguo
bajo la sombra cárdena de las palomas
un tiempo mensurado
por este cementerio de sangres
que aún no es mío

Yo tuve que llegar
rompiendo las palabras
las formas
atravesar primaveras oliendo a azúcar
entre una población inominada
hallar arcilla para mi voz
manchar los lienos puros de la nada
de pronto ver cómo del cielo
sonando antiguos cráneos
de la ceniza
un oleaje disforme de hombres
subía hasta los límites
y hundían en mi sangre sus rostros
su vocerío árido.

Inmersa población
desde el principio sus engranajes
pulsaron este tiempo que es mi tiempo
midieron esta voz
unánime dolor.

El Dios golpeó las húmedas estatuas
unió miembro con miembro
a dos gargantas dio el mismo signo
los órganos se confundieron
como barro entredadosos reptiles
los sexos fueron uno.

Y entre tiempo que es de todo tiempo
de esa informe población
nací como un resumen de la muerte.

VOZ MINIMA

El viento llena su red
con pájaros
y a la noche el viento la llena
con astros.

Mas si el viento entra a mi alma
y la sacude las hojas
caen a través de mis ojos.

Roberto Echazú. (1937)

(De: "Akiramé")

I

I

Hombres que en un tiempo abrieron el debate
de las grandes
abluciones
del espíritu — quién entonces, supo conjurar
el curso de la muerte
en estida
del silencio de la tierra? Quién — fundado de
altivez —
abrió el juicio a sus propias armas, roídas en la
herrumbre
de su historia?

2

— ¡Ah! ¡La muerte grande de heroísmos,
cae!

Cae

veraz — en la honda espesura que levanta —
su baldía

soledad.

Y aún entre nosotros, quién juzga — Quién
repara, si la muerte

nada

ampara?

Sólo el olvido — Y claro designio de este
canto:

II

3

“Cuando el invierno tiende su nacimiento en
la tierra

— habéis

sentido el moho de la soledad, restregar en la
sangre, su flujo

azul?

Por qué la tierra de su ocio profundo — su
umbría

traslumbra—

como polvo de rencor todo lo cubre?

¡Ay si de tanta soledad nada queda! Ni
lumbre ni fulgor!

“Sólo tumbas!”

4

“La muerte — aparejada en su fauna
nómada—

no consume su Imperio”.

5

“Es sólo ella la que despaja con sus lanzas
la noche

de los combates en que deserta la ternura.

No hay nada más dócil en su sangre que el
temor
de la vida
Ni soledad más grande."

6
"Dónde la dicha ignorada huye de su élit
domada?"

7
"Es esta nueva voz que se cieme en
secreto
— como la muerte — sobre el Huésped que
legista
nuestro
silencio"

8
"Tal es el nacimiento de la soledad en las
lindes
de las razas.
Tal su ardua penitencia que la amamos."
Y así nuestro canto se eleva sobre los altos
foliares
de la gloria".

III

9
Era la tarde la que aplaba por la dispersión
de los hombres — y la esclavitud y la fealdad
pesaba
el cansancio y la desesperación para amarte

10
Hemos dado a la vida los colores que llevan
de sa via
a la tierra; y nuestro temor — con la impotencia —
resguardaba
bajo tus senos el relente del rocío en las
cumbres azules.
Y la noche se imprimía en el mediodía de
tu alma

— y la tristeza se enroscaba en el silencio,
como surco
destruido
de consumidas tinieblas.

11
La muerte vela su afada en los grandes
espíritus.

12
— ¡Ah! ¡Malamada y servidores de proscritos!
Por qué, su única excusa en furiosos de dolor
y de olvido, sus batallas hunde?

13
No la muerte, su propio vencimiento permanece
como piel
de esparto.
Y toda la gran dicha que en la agoría se
aliena, es curso
que sigue a su inmensa soledad.

14
"Oh alma que no entregue otro lecho de carenas,
como fina
envoltura
que una sus almas."

15
— ¡Sólo el nombre de tu corazón es más fuerte!
y tan poca
espesura
para ensanchar toda mi alma!
Mi amor que también es arma amante que
sólo se renueva en ti
despejando
a la muerte.

16
Y si el destierro de tu alma, su inmóvil
estancia,

Jesús Urzagasti (1941)

(De: "Cuaderno de Lilino")

En la montaña que tus ojos sencillos miran, justamente en esa montaña azul se ocultan los irás bellos tesoros que tiene la vida para ti: cabellos de madera, hijos de payasos y padres de marinos; princesas tiernamente travisadas en el bosque, enanos y policias que viven en los tejados adornados por el sol y la melancolía. Quisiera llevarte de una vez a ese país encantado que mi propio corazón anhela; pero nuestra mundo también es bella: es cierto que tú lloras y de vez en cuando das unos tremendos alaridos e instalas el terror y la incertidumbre en el camino. Eso verdaderamente ninguna importancia tiene, puesto que tu eres el dueño de la ilusión.

Recordarás aquel riachuelo, los árboles, los trinos eternos, buques que se van a pique en busca de las profundidades: recordarás todo. Pero ahora sólo observa, Lilino, sin pensar en el enorme peso que tendrán estas cosas sencillas en el transcurso de tu vida. Allí van otros niños, parecen seres venidos para conservar como por arte de magia la pureza de un mundo que se ahoga cada día. Así lo dijiste tú, con la primera música que nos regaló tu corazón.

Se extingue la luz en las montañas y en él nace un mundo tranquilo y terrible por su inocencia. Nosotros nos inclinamos y agradecemos por el solo y sencillo hecho de que tú estés en la tierra.

Para inflar una bomba roja, hay que cerrar el trasero; esto ya lo sabe querido Lilino. Se eleva la bomba hacia los cielos puros, da con un alfiler escondido en las nubes y vuelve a la madre tierra convertida en un remedo de su antigua hermosura. ¿Quién guarda el secreto de aquella ajosa bomba, Lilino? Solamente un ser como tú, que comienza a descubrir el penoso mecanismo que detiene el curso de los milagros.

En plena sol, con la cabeza descubierta y el pecho desnudo, tal como conviene a un bisoño explorador de los parajes olvidados por los antiguos niños, así vagas tú. Pides de comer a tu madre y por las mañanas, en cuanto descubras que estás vivo, quieres orinar; de lo cual, silenciosamente te elicitán los ángeles.

Te felicitamos nosotras, tus progenitores, de que estés aquí. Tu madre hizo una torta de maíz de aquellas tierras sembradas que en su juventud tu padre viera; te trajimos miel de la selva y cuentos que conmoverán a tu pequeño corazón salvaje.

No te olvides que el mundo es como una caja de fósforos. Lilino: preferible es que comas esa manzana sin llorar, que cantes y hagas amistad con tus juguetes, con el grillo y el agua de los ríos. Más preferible aún es que des trincos sin motivo alguno, corras y desordenes este mundo largamente conservado en la obscuridad.

Si alguna vez te decides a soñar con un lago azul, no te olvides de caminar por sus orillas, al fondo verás una cónca que nada anuncia, ni desvelos ni fatigas sobrehumanas. Llegarás hasta ella, encontrarás la puerta oculta de la gruta que descubrió mi corazón cuando supo que tú ya existías. Ahí está un cuadro. Un árbol que se destaca en el paisaje verde: pero si accresas tu cabeza ya no verás el árbol, querido Libro, verás la cabeza de una mujer, tal como una cabeza de mujer suele aparecer en los sueños sobrenatural, conquistadora de los corazones.

Quieres perpetuar una raza: deja entonces que mis palabras corran y se hagan morisquetes, que jueguen con tus sueños. La vida te saluda y mira. Pero deja que te cuente algo, a modo de distracción, que un viejo rara vez suele abrir su corazón: "Cuando ni el sol ni la luna existían, sólo la música se hacía escuchar. En la obscuridad bailaban los zancudos y las voces de todos los animales tenían un dejo que luego los hombres habrían de confundir con la melancolía, la soledad y el camino que se pierde en la lejanía. Un príncipe extraviado llegó a semejante mundo, preguntó por don Aniceto al pie de un árbol nocturno. El príncipe lloró mucho al ver que sus anhelos no obtenían respuesta, comenzó a alimentarse con raíces, hizo amistad con los pájaros y se hundía al atardecer en los mares atraído por un sollozo que venía de la profundidad. Allí encontré algo que nade hasta la fecha develó. Por eso estamos nosotros aquí, aquí estaremos mientras aquél príncipe habite en las profundidades, muy dueño de los misterios".

Pedro Shimose (1941)

(De: "Poemas para un Pueblo")

TEORIA DE LA PATRIA

Caes y te levantas en el abandono de los hombres,

Caes en el mar y te levantas en la condulera,

Caes en la noche y te levantas con auroras en los ojos

y por la tarde cargas los crepúsculos con que te hirieron
los vientos.

Pisan y no te ven, y si te ven no te siernen como algo suyo

quienes simulan amarte desgarrándose las vestiduras.

¿Por qué me ocultas tu rostro coronado de espinas, por qué
me niegas tu mirada?

Dime si yo no participo del escándalo de ser hijo tuyo ahora

que el liliño cubre tu sollozo,

dime si no merezco tu vergüenza desde aquel día que vino
la montaña por un mar de hogueras frías
y las piedras bajaron iluminando la flor del isigo y los
ojos del puma.

La luz estaba dentro de ti,
poseyéndote,
rodeándote,

energías al caos, brotabas de la chispa, caías del cielo
como una lluvia de cenizas.

(En el maíz la multitud cantaba himnos rituales en alabanza
al dios de las cosechas).

Así crecías, dolorosamente, en el dolor de tu sangre.

Tus pulmones de plata, vaciados de plata, tus pulmones en
el cerro de las lágrimas,

cautiva te llevaron por la piedra,

para azotarte el mar rompieron,

te clavaron el sol en estacas encendidas,

te descuartizaron a los cuatro potros del viento,

pero aquí estás otra vez, intacta, en la resurrección de los
hombres que te hicieron con sus manos, con su dolor,
con sus vidas,

sudando desprecios y sangrando noches en yaravi de
somboras!

Fue en la montonera, en el soldado de bruma perdido en
el desierto,

en el galope ciego y en el aullido de los lobos demar,

fue en la sed y en la fiebre que se hizo la patria,

esta patria, bolivianos, que es el pan, pero no sólo el pan;

que es el trigo del hombre-pan; la tierra del hombre trigo;

la libertad del hombre-tierra; el amor del

hombre-libertad nacido en Dios hacia la vida.

Y hubo quien nos enseñó a amarla,

y hubo quien nos enseñó a odiarla.

Esta patria aborrecida y mustia, Bolivia indivisible,

despreciada te sé, sin armistio, te sé errátil en tu gobierno,

sé mil cosas sobre tu soledad y tu ruptura,

pero yo sé también que así te quieto y sé que no te irás

clavada a la tisis de tus sociedades.

sé que no sucumbirás en el cansancio y el fraude ahora
que te espera el cielo abriéndose en horizontes por
donde llegarán los niños a publicar tu gloria postergada.

Porque te escupen y te azotan
porque te saquean el cráneo y te taladran la córnea,
porque te parten el corazón y te eximen de la gracia en la
lucha del hermano contra el hermano
porque te privaron de libertad vendiendo tú y tu
pureza en la consumación de las masacres,
porque no fuiste entregada llena de espanto y hambre en
el exilio,
porque te aniquilaron en la búsqueda de la justicia y te
humillaron en los campos de concentración y las
torturas,
no olvides nunca lo que has sufrido. Bolivia, pues volveremos
a estar solos, oh patria, en el coraje de los justos.

Mercedes Avila Jiménez (1941)

(De: "Del Idolo y su Sombra")

ANTONIO

Por ese adiós que troncha los caminos
está mi ser urgido de ser lágrima,
está mi desdado corazón girando,

Por ese adiós que ha traído un río turbio
sobre el rememorar de los nocturnos
hay soledad y pena sobre el tiempo.

Por ese adiós que troncha los caminos
tu voz angusta el recordar y el viento,
tu voz lastima la oquedad del lanto
— y ha quedado mi imagen en la ru ta
acorgujada — sombra tuya sin responso —
grito final solido de ser muerte,
marchito ser que busca las arenas
para inscribir un nombre y una fecha

Por ese adiós que troncha los caminos
está mi ser dolido de ser muerte.

POEMA

Sucede que tus pasos
crean la luz y el canto
de las hojas de otoño.

Sucede que el cristal
ilumina tus metros
en el tiempo de los pinos,
tu voz en la canción
no conocida,
la presencia del sueño
entre la piel
y el beso embriagado.

Sucede que el amor,
la pena y la ternura
hacen que quiera
ser tu sombra,
ser el río en que viajes
algún día,
y se quede la música
contigo,
y las palabras,
y el agua perfumada
de líquenes dormidos.

POEMAS PARA UN OTONO

VI

Despójame de esta congoja mustia
de subterráneo aliento.

Despójame de inviernos y tristeza
hoy que puedes borrar este silencio
con una cruz de viento en la mirada,
hoy que puedes crear un río
para mi voz que anhela tu latido.

para los días en adioses próximos,
para las noches que podrían darte
ese nombre de amor que no conoces.

Apártame de este dolor de andenes,
apártame de ~~esta~~ congoja mustia
ahora que aún puedes borrar este
silencio.

Despójame de inviernos y tristezas,

NLO

He logrado todo eso
a través de la atmósfera
azul de la distancia

tus manos a lo lejos
haciendo un gesto vago...

I

y ves
sigo tan triste
como cuando tenía
tu adiós entre los labios

Des terraré las lágrimas,
quemaré la ceniza del día
junto al parque trizado
que me acoge en silencio.

III

He buscado las máscaras
y he encontrado a la muerte
gimiendo en las esquinas,
he buscado tu voz
y ha venido a cantarme
triste tu pena antigua.

Recintos calcinados,
angustiosos umbrales,
el tiempo de los idios
inquiriendo en mis manos.

Hubo un día en que quise
encontrar tu mirada perdida
en la estatura de los trenes,
en los viajeros tristes
que musitan adioses
con levedad de bruma.

Hubo un día en que quise
aprimorar tu rostro
en redes de horizonte
y recordarte así
como ahora se recuerdo.

Oscar Rivera-Rodas (1942)

(De: "Dársenas en el tiempo")

DESDE EL AMOR DEL MAR

2

1.—

Hermano extranjero, mira:

llevo en las venas la piedra desprendida en silencio de las
cumbres más puras.

tengo la garganta de los extraviados en desiertos y dormidos bajo
la sombra incochusa del árbol que nace al pie de las ilusiones,
percibo el recuerdo enlutado de los cantos que surgen del Mar
entre los moluscos de dientes pequeños y blancos, y las
huciérnagas y las espumas;

pero, mis sueños se deslizan por la arena —sonríen con las algas—
y sé dónde extienden su nido las gaviotas, para una eternidad
respetuosa ante lo ajeno.

A veces camino descalzo

y no hay escorpiones que me muerdan los pies

como a ti te lamen cuando tus ojos se levantan sobre el pelágu,
frente a los mariscos.

Sólo llegan a mi árida boca lluvias estrenadas que no son del
camino prolongado a los nevios
que desconocen mi cuerpo y el de mis hermanos.

Sólo escucho — por las inmensas antenas que vienen de las
entrañas del viento —
que otros hombres como tú
juegan con las olas,
se tumban
y ruedan por la playa.

No te extrañe que no me conozcas:

Mi voz se quema roncamente entre la carne de tierras que tienen
semlantes sedientos de sal.
Buitres fogosos se han llevado, hace mucho tiempo, la sonrisa de
mis bordes.
Nunca he salido a conversar con las caracolas.
Me amuralla una justicia digna de escupitajo.

Algunos alardesceres
como el de hoy, que tú no conoces
como el de siempre, que tú no conoces;
como las lágrimas de las aves del Mar, que yo no conozco
como las lágrimas del Mar de las aves que yo no conozco
como incienso,
como tristeza,
como luz que desengre sus encantos
recuerdo que la niñez de mi suelo tuvo también en sus límites
Mar.

Mira cómo se desflora la piel a cada instante sordo,
cómo cortan los largos alfileres del sol y no hay agua que laven
las heridas.

Aquí sólo tengo nieves y niegos, mira:
te cambió por un pedazo de ola para los labios de los niños,
te cambió por un pedazo de ola para mis ávidas manos de largas
raíces,
te cambió por un pedazo de ola para el eco que se quema pavoroso...
¡No! ¡Espera!... Espera, hermano extranjero. No quiero pedazos.
Prefiero decirte:
Hermano, mañana cuando sientas que la sangre hierva dentro de
tu pecho.

cuando las tardes de hoy ya no existan con la palidez de los seres
 disecados,
 cuando mis bordes recobren su húmeda brisa
 retorna, hermano extranjero, retorna mañana:
 te bañará mi Mar.

EL TEATRO:

Sergio Suárez Figueroa:

"El Hombre del Sombrero de Paja" (*) (Del Acto Segundo)

A la derecha los muebles y elementos del Primer Acto. A la izquierda, al abrirse el telón, sentado sobre la silla eléctrica se hallará Margal, permanecerá así inmóvil hasta casi el final del acto. El verdugo paseará mientras se suscita el debate. En el fondo de escena habrá un sacerdote y refutándolo con gestos un ángel. Cuando haya que imponer orden sólo se oirán detrás unos fuertes y monótonos martillazos. Actores en platea harán las veces de público del tribunal.

(*): "El autor ha empleado una técnica novedosa que sale por completo de sus cánones comunes empleados hasta ahora por nuestros escasos autores teatrales. Esta técnica tiene mucho de lo que en cine se llama "flash-back", es decir continuas miradas hacia atrás. Pero en realidad, en el desarrollo de la obra no se mira hacia atrás sino que se lleva en forma paralela el crescendo de determinada situación: Presente inmediato pasado distorsionado el tiempo y el espacio: mientras los abogados discuten en la platea, defendiendo y atacando con sus respectivos argumentos, un hecho supuestamente criminoso, en el escenario se representa un cuartucho de conventillo y un patio del mismo están continuamente sucediendo cosas relacionadas con el habitante (Protagonista) del cuartucho, que nos va mostrando planos sucesivos y escenas cambiantes del pasado del protagonista que lo ha llevado a la situación de enfrentarse a un proceso judicial, la acción causante de todo el drama se origina en esto: en un país imaginario (aunque las situaciones son muy reales y tienen su origen en hechos universales que siempre pasan), un poeta alquilante de un mísero cuartucho, envenena a su propia casa, exasperado por las continuas presiones de ella, que a su vez recibe presiones de una medio cre jauría que constituye la "población" del conventillo y también el alrededor humano del poeta, conducta que tiene su razón en la incompreensión del modo de vida que lleva el poeta, que no es el otro que el del verdadero artista creador en choque con la vulgaridad que le rodea". (Del prólogo a la obra de Suárez escrito por Julio de la Vega).

Rachel

(Entra en escena y se limpia la nariz con un pañuelo perfumado. Todos sus gestos son serenos, felinos, estudiados). Si señores, lo que ha pasado en este pueblo tiene toda la fibra y la sutileza espiritual de una argucia demoníaca que ataca, en principio, a Dios y al orden de nuestra sociedad. Piensen en sus hermanas, en sus hijas, en sus madres, en sus esposas, en sus abuelas. Dios y la justicia de Dios nos han concedido un orden, una forma de actuar en la vida que no puede torcerse, como nunca se tuerce un apacible río, ni el curso de un camino hecho con fe y trabajo. (Aplausos en el público. Murmullos de aprobación. El ángel que cavila detrás de Rachel frunce el entrecejo y mueve la cabeza desaprobadoramente). Margal es un elemento pernicioso para nuestra sociedad. No entra en nuestro engranaje. Un parásito de esa índole debe ser aniquilado. (Murmullo de aprobación). El abogado Gómez es un enfermo, de ahí su deferencia hacia Margal... (Martillazos). Este... (Pausa). En el fondo... Rectifico... Quiero atenuar la obscura responsabilidad del abogado Gómez, el cual asume la defensa de un sujeto tan pasivamente peligroso como Margal. (Entra en escena el abogado Gómez. Se limpia la transpiración del cuello y la frente con un pañuelo).

Gómez

Un momento...

Rachel

(Con desprecio). Tiene la palabra.

Gómez

(Al público). Rogaría que no se dejen engañar con las palabras de mi colega. Les habló de un río, les habló de un camino, les habló de Dios... ¡Quisiera saber a qué Dios apela él para mandar al acusado a la silla eléctrica! (El sacerdote se acerca a Gómez y le acerca un crucifijo. El ángel con un ademán autoritario señala al sacerdote el lugar que acaba de dejar). Este retrocede apabullado. El ángel sonríe).

Rachel

Un río y un camino son posibilidades de la naturaleza, trabajados por la mano del hombre; el hombre que respeta a Dios y es tomado como el espíritu de Dios.

Gómez

Yo no digo que no (Pausa). Pero nuestro engranaje social

está asentado sobre fango y mentiras, y Ud. hace rato que ha hablado de un engranaje. Ese engranaje no pertenece a Dios y es la letrina donde tejen su realización todos los seres innobles. (Fuertes martillazos y rechifla del público.

Rachel

(Con gesto duro). La letrina es la Universidad donde usted aprendió a estilar sus frases. (Martillazos. Risas. Señala a Margal). Ese hombre es un parásito. (El ángel se tapa los oídos como si hubiese escuchado una blasfemia, el sacerdote sonríe aprobadoramente). Un hombre que come y vive de una sociedad, debe producir o morir de hambre.

Gómez

Con ese criterio, usted lo sabe, fue enjuiciado Cristo.

Rachel

(Elevando una caja con impertinencia). Jesús producía a su manera.

Gómez

Margal también.

Rachel

¡Esa es una blasfemia!

Gómez

(Pasea y cavila. De pronto se detiene y señala la platea). ¡Mirad! Allí lo tenéis, escritor laureado, cortejado y asalariado! ¡Produce y come, y sin embargo está corrompido! Ayer defendía la dictadura y hoy la repudia por halagar otro régimen que a su vez lo halaga y que no es menos podrido que el anterior.... (El público aplaude. Alguien en la platea se levanta y deja la sala).

Rachel

Está usted demagando que es amigo de este pueblo. Un pueblo ha evolucionado. Toda esa evolución supone un cambio y un avance. Un cambio fundamental de las ideas.

Gómez

Lo casual de este asunto es que esos cambios sobrevengan siempre con el cambio del poder político. ¿Por qué mejor no dice que el que acaba de salir de esta sala se ha corrompido voluntariamente, y que a los otros los va corrompiendo por medio de la adulación la Academia y el Premio Nóbel? Los agasajos, los estímu-

los van intencionalmente firmando las garras del león. Los escritores muestran sus uñas desde los 22 hasta los 26 o 30. A los 40 pueden estar en la Academia, a los 50 o 60 el Estado les regala una casa. Total: los han corrompido. Cuando quieren reaccionar ya no poseen uñas ni dientes.

Rachel

¡Habla usted como un loco!

Gómez

Margal, como usted lo interpreta, también actuaba como un loco.

Rachel

¡Y para usted actuaba como un genio! ¡Los genios sirven a la sociedad (Pausa). Este (señala a Margal), este, en cambio, nos chupaba la sangre.

Gómez

¿Puede decirme cuántas veces su corazón magnánimo ha sido extorsionado por este pobre ser?

Rachel

(Con gesto despreciativo). No he nacido tonto.

Gómez

(Riendo). Indudablemente: usted es un hombre que produce.

Rachel

Produzco a mi manera y sirvo a una sociedad.

Gómez

Ayuda a corromper a esa sociedad. Sirve los intereses de los peces gordos.

Rachel

(Pálido, iracundo). ¡Miente! (Se tranquiliza. Pasea). Con todos esos trucos y con el apoyo del abogado Gómez, igualmente este hombre morirá (Señala a Margal Rechiffa del público).

LA CRÍTICA LITERARIA

Oscar Rivera-Rodas:

El Aspecto Telúrico-Humano en "El Embrujo del Oro"

La Realidad de la ficción.—

No hay duda que Costa du Rels ha demostrado cierta dilección por la búsqueda de fábulas populares, perpetuadas a través de la voz anónima, respecto a los episodios fantásticos que se habrían producido en las doradas épocas mineras de los años iniciales de la República.

El vasto altiplano boliviano desde la Colonia hasta hace algunas décadas, había sido centro principal para la congregación de invasiones aventureras —nacionales y extranjeras— que se lanzaron hacia la conquista de los minerales que les proporcionarían las situaciones de bonanza de sus ensueños.

Pasados los primeros spogeos de la caótica y ambiciosa explotación, cuando las vetas comenzaron a sentir los primeros síntomas de su aniquilamiento, la tierra fue imponiendo cada vez más riesgos a quien intentaba despojarla de sus riquezas y el mineral se alejaba de las manos de los aventureros, muchos de los cuales sucumbían entre los descabros de su ambición. Misiones íntegras desaparecían en sus audaces exploraciones, mientras otras reaparecían triunfantes de sus hazañas. La conquista de la tierra y sus riquezas se convirtió en una lucha entre el hombre y sus fuerzas naturales. Fue entonces cuando brotaron historias extraordinarias de fuentes en las que se mezclaban las aguas de la realidad y la fantasía. El hecho verídico anecdótico excitaba la imaginación popular. La tradición daba curso para dejar correr los maravillosos relatos populares. A esas orillas se aproximó Costa du Rels para recoger el material legendario con el cual elaboró sus narraciones de "El Embrujo del Oro".

Dentro de ese mundo de realidad y magia que instala ese libro, transcurren sus personajes, junto a la ventura o la desventura, la miseria y el oro. La puna es una tierra de soledad donde campear el viento, la neblina y el sol. La dimensión del hombre se hace diminuta bajo esa atmósfera desgarrada.

Hemos elegido cuatro relatos de "El Embrujo del Oro" para aproximarnos a sus personajes. Los cuatro relatos están unificados en la actitud del autor y en el espacio narrativo que comparten. Dos Jinetes, Buena Suerte, Plata del Diablo y Yellow Mine.

Costa du Rels no es autor de la introversión psicológica, mantiene cierta actitud objetiva en su enfrentamiento con los protagonistas. Tiene, en cambio, extraordinario acierto para la descripción física de los mismos. Sus héroes principales de su historio gozan, de ese modo, de una presentación brillante. El autor se empeña en describir con claridad no sólo las características físicas, sino los aspectos sobresalientes del curso vital de cada ser.

Tal es el caso —en los cuatro relatos citados— de Cabralín y Estevez (en "Dos Jinetes"), Trigueros y Concha (en "Buena Suerte"), Genaro (en "Plata del Diablo"), Ivonne y Fanny (en "Yellow Mine"), personajes favorecidos por la descripción del autor, héroes o antihéroes de acuerdo a las cualidades descriptivas. Costa du Rels no sólo se ocupa de definir y fijar la presencia del héroe que transcurrirá brillante por los pasajes del relato, sino también a la contraparte de esos héroes, antagonistas ligados más con la miseria que con la generosidad humana, antihéroes al fin. Héroes y antihéroes.—

Veamos las conductas individuales que Costa emplea para sus diversos personajes, en cada uno de los relatos señalados. Citaré algunos fragmentos dentro de clasificaciones respectivas:

1.— "Dos Jinetes".

a) Héroe: Cabralín:

"... un hermoso viejo con la barba espesa y blanca como una cascada, era un español, llamado Cabralín. Nariz aguileña, sonrisa franca, palabra fácil aunque mesurada, como la de los guipuzcoanos, esos bretones de España" (pág. 116).

b) Antihéroe: Estévez:

"Era un hombre fornido, de unos cuarenta años, traza cualquero de minero o comerciante. Sus pómulos salientes, sus ojos semicerrados, su color terroso revelaba su origen y sus largos viajes por la puna. Un bigote espeso ocultaba discretamente su boca, pues dos fuertes colmillos —hemos a decir: dos defensas— sobresalían sobre el labio inferior, dando a su fisonomía un aspecto desagradable de hombre fiera. Muy conocido en toda la región, desde Huayna-Potosí hasta Huanchaca, Estévez se ocupaba de negocios turbios en las inmediaciones de las minas en boyas..." (pág. 114).

"... en su cabeza pugnaban la codicia, la ambición y la audacia, terrible trilogía" (pág. 115).

En la soledad de la puna, en efecto, Estévez impulsado por su ambición y codicia, da muerte a Cabralín. Esta muerte abre en

el relato el episodio final de la trama, real y fantástico, más bien onírico: Estévez, en pugnación de su culpa, sufre la persecución eterna del espíritu de Cabralín en la inmensidad de la puna.

2.— "Buena Suerte".

a) Héroe: Conchita de Trigueros:

"¿Habrán sido doña Conchita una bella mujer? Rostro ovalado, papada surcada de una profunda arruga, mejillas cansadas, palidez de los párpados; la piel ajada tiene el picado amarillento de las camelias marchitas. Sólo las pupilas conservan su belleza: negras y profundas, ejercen una extraña atracción..." (pág. 139).

b) Antihéroe: Alvaro Trigueros:

"En cuanto a su rostro, no hablemos. Una resoplona naricilla de borrachín aletea delante de dos mejillas sombreadas por el crecimiento de la barba semanal. ¿Sus orejas? Dos biombos ribeteados de púrpura. Ojos de topo. Algunos forúnculos... ¿Sus manos? Plebeyas; el índice y el pulgar forman una pinza de camarón, enrojecida por el frío; a lo largo de los dedos, los sabañones dan a la epidermis aquel brillo fresco de cierto tubérculo recién desenterrado..." (p. 134).

Conchita se lanzará a una aventura espantosa —ante la falta de entereza de su marido Alvaro—, convirtiéndose en la heroína de un hecho siniestro.

3.— "Yellow Mine".

En éste relato, si bien el héroe carece de una favorable descripción física y moral, tiene en cambio referencias positivas en cuanto a sus valores referentes, por ejemplo, a la realización de sus deseos. La valoración del héroes, de algún modo, axiológica:

a) Héroe: Bob Mahonny.

"Pasaba por un buen amigote, chancero, cuyas infantiles ingenuidades atenuaban con frecuencia ciertas rudezas de carácter. Amaba los negocios por encima de todo, los negocios rápidos, violentos, miríficos, que enriquecen o que matan. Bob Mahonny poseía para ello cualidades físicas incomparables" (p. 185).

b) Antihéroe: Fanny:

"¿Era acaso bonita?... Muy lejos de eso. Una cara molliguda y pecosa, cabello rojizo ensortijado y grandes ojeras azules. El aspecto dudoso de una pupila de arrabal, con una extraña mezcla de vicio y de candor. Su mirada no tenía el menor rubor, y jamás se intimidó ante la mirada de un hombre..." (p. 191).

BIBLIOGRAFIA ESCOGIDA

- Abecia Baldivieso, Valentín:
 "Historiografía Boliviana" (Ed. Letras, La Paz, 1955).
- Alarcón, Abel:
 "La Literatura Boliviana" (The Hispanic Society of America, Nueva York, 1917).
 (Publicación de la Subsecretaría de Informaciones y Cultura, La Paz, 1954).
- Antología de los Poetas de la Revolución
 (Id.)
- Antología de los Cuentos de la Revolución
 (Id.)
- Arze, José Antonio:
 "Sociografía del Incario" (Ed. Fénix, La Paz, 1952).
 "Proceso de la Educación Boliviana" (Publicación de la Oficina de Informaciones de la Cámara de Diputados, La Paz, 1947).
- Arguedas, Alcides:
 "Historia General de Bolivia" (La Paz, 1922).
- Avila Echazú, Edgar:
 "Historia y Antología de la Literatura Boliviana" (Inédita).
 "Revolución y Cultura en Bolivia" (Ed. Universitaria, Tarija, 1963).
- Baudín, Louis:
 "El Imperio Socialista de los Incas" (Santiago de Chile, Ed. ZigZag, 1940).
- Beltrán Avila, Marcos:
 "El Tabú Bolívarista" (Oruro, 1960).
- Biblioteca Boliviana
 (Tres series de volúmenes, dirigidas por G. A. Otero, L. M. Lora y Rafael Reyes).

- Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia (Album Ed. University Society Inc., Nueva York, 1924).
- Cerruto, Oscar: "La Poesía Paceña en el proceso de la Literatura". (En el álbum de Homenaje al IV Centenario de la Fundación de La Paz, 1948).
- Céspedes, Augusto: "El Dictador Suicida" (Chile, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1956).
- Colección de Libros Españoles Raros o Curiosos (Madrid (E71-1896).
- Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú (Lima, 1916-1935).
- Condarcos Morales, Hamiro: "Protohistoria Andina" (U.T.O., Oruro, 1967).
- Cossio Salinas, Héctor: "La Tradición en Cochabamba" (Ed. Los Amigos del Libro, 1968).
- Díaz de Medina, Fernando: "Thumupa" (La Paz, 1947).
- "Literatura Boliviana" (Ed. Aguilar, Madrid, 1954).
- Fellmann Velarde, José: "Los Imperios Andinos" (Ed. Don Bosco, La Paz, 1961).
- Finoi, Enrique: "La Literatura Boliviana" (Ed. Gisbert, La Paz, 1955, con un Apéndice de José de Mesa Teresa Gisbert y Luis Felipe Vilela).
- Francovich, Guillermo: "La Filosofía en Bolivia" (Ed. Losada, Bs. As., 1945).
- "El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX" (Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1956).
- Gómez Cornejo, Carlos: "Poetas Bolivianos de Izquierda" (La Paz, 1930).
- Gómez de Fernández, Dora: "La Poesía Lírica de Franz Tamayo" (La Paz, 1957).
- Gaerita, José Eduardo: "Itinerario Espiritual de Bolivia" (Barcelona, 1936).

- Gisbert, Teresa: "Esquema de la Literatura Virreinal en Bolivia" (La Paz, 1968).
- Guzmán, Augusto: "La Novela en Bolivia" (La Paz, 1955).
- Ibarra Grasso, Dick Edgar: "Prehistoria de Bolivia" (Ed. Los Amigos del Libro, 1962).
- "La Verdadera Historia de los Incas" (Id. 1969).
- Jiménez de la Espada, Marcos: "Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas" (Madrid, 1879).
- Kollmann: Revista editada y dirigida por Roberto Prudencio, La Paz, 1938-1953).
- Lara, Jesús: "La Poesía Quechua" (Ed. Juventud, La Paz, 1969).
- "Leyendas Quechua" (Id. 1960).
- Mason, Aldon: "Las Antiguas Culturas del Perú" (Ed. F. C. E., México, 1962).
- Meduscelli, Carlos: "El Huayralevismo" (Ed. Los Amigos del Libro, 1972).
- Montenegro, Carlos: "Nacionalismo y Coloniaje" (La Paz, 1946).
- Otero, Gustavo Adolfo: "Figuras de la Cultura Boliviana" (Quito, 1952).
- Paredes, Rigoberto: "Mitos, Supersticiones y Supersticiones de Bolivia", (La Paz, 1990).
- Quirós, Juan: "La Raíz y las Hojas" (La Paz, 1955).
- "Índice de la Poesía Boliviana" (La Paz, 1962).
- René-Moreno, Gabriel: "Estudios de Literatura Boliviana" (Potosí, 1953).
- "Últimos días coloniales en el Alto Perú" (Biblioteca Boliviana, La Paz, 1942).
- "Biblioteca Boliviana" (Chile, 1879).
- Tamayo, Frana: "Creación de la Pedagogía Nacional" (La Paz, 1944).

Vaca Guzmán, Santiago:

"La Literatura Boliviana" (Buenos Aires, 1932).

Vásquez Machicado, Humberto:

"Facetas de la cultura boliviana" (Ed. UTO, Oruro, 1959).

"Manual de Historia de Bolivia" (en colaboración con José de Mesa y Teresa Gisbert, Ed. Gisbert, La Paz, 1958).

INDICE

CAPITULO PRIMERO

La Cultura Aymara-Quechua ... Pág. 9

- 1) Antecedentes: Los orígenes. a) Las culturas pre-incaicas. b) La cultura tiahuanacota.— 2) Los fundamentos sociales y económicos del Imperio Incaico.— 3) Los fundamentos culturales. a) El arte. b) El idioma.— 4) La producción literaria. a) La música y la poesía. b) Las formas poéticas. c) El teatro. d) La prosa didáctica. e) Valorización.— Lecturas recomendadas.

CAPITULO SEGUNDO

La Cultura Colonial ... Pág. 27

- 1) La Conquista. a) Mentalidad de los conquistadores. b) Papel de la Iglesia en la Conquista.— 2) Los cronistas. a) Los cronistas de los siglos XVI y XVII: Juan de Betanzos, Pedro de Cieza de León, Juan Polo de Ondegardo, Pedro Sarmiento de Gamboa, Martín de Morúa y Cristóbal de Molina. b) Juan de Matienzo y Fernando de Santillán: La crónica jurídica. c) José de Acosta, Santa Cruz Pachacuti Saikamaywa, Guamán Poma de Ayala, Garcilaso de la Vega, Fernando Montesinos. d) La poesía quechua en este periodo.— 3) La organización social y económica en la Colonia: El régimen administrativo.— 4) La labor cultural de la Iglesia. a) La literatura conventual: Antonio de la Calancha, Fray Bernardino de Cárdenas y otros cronistas. b) Los Jesuitas y su influencia cultural. c) Los historiadores y juristas: Fray Gaspar de Villarroel, Victoriano de Villava, Bartolomé Arzan de Orsúa y Vela. d) La literatura

ra indígena colonial.— 5) El arte colonial. Las influencias europeas: El Barroco.— 6. La Poesía y el Teatro español coloniales.— 7. La Universidad de San Francisco Javier.— Lecturas recomendadas.

CAPITULO TERCERO

La República: Romanticismo y Postromanticismo ... Pág. 55

1) La Emancipación: Antecedentes sociales y económicos. a) Los guerrilleros. b) La creación de la República.— 2) La producción cultural durante el período de la Emancipación: La Poesía quechua. Juan V'allparrimachi.— 3) La estructura social y económica republicana. a) La mentalidad burguesa criolla. b) Vicente Pazos Kanky. c) Casimiro Olañeta. d) El periodismo y las ideas pedagógicas. e) Las ideas filosófico-jurídicas.— 4) El Romanticismo literario. a) La Historia en el período romántico: Sánchez de Velasco, José Cortés, Ramón Muñoz Cabrera y otros historiadores. b) El ensayo: José Cortés, Gabriel René-Moreno, Santiago Vaca-Guzmán. c) La novela: Manuel María Caballero, Santiago Vaca-Guzmán, Nataniel Aguirre. d) La Poesía: María Josefa Mujía, Ricardo José Bustamante y otros poetas.— 5) El Postromanticismo. a) La historia: José Rosendo Gutiérrez, Gabriel René-Moreno y otros historiadores. b) La novela y el cuento: Julio César Valdez, Tomás O'Connor d'Arlach, Julio Lucas Jaimés, Lindaura Anzátegui de Campero y otros. c) La Poesía: Rosendo Villalobos, Adela Zamudio y otros poetas.— Lecturas recomendadas.

CAPITULO CUARTO

El Realismo y el Modernismo ... Pág. 83

1) La estructura socio-económica del período Liberal. a) Conservadores y Liberales. b) La Prensa Liberal. c) La farsa democrática.— 2) La Cultura Liberal.— El Positivismo. a) Las ideas filosófico-jurídicas.— Luis Arce Lacaze, Daniel Sánchez Bustamante. b) Las ideas pedagógicas. Juan Mísael Saracho, Georges Rouma. c) Los estudios socio-históricos y pedagógicos.— Bautista Saavedra, Alcides Arguedas, Isaac Tamayo, Franz Tamayo, Rigoberto Paredes. d) La Historia: Agustín Iturricha, Alberto Gutiérrez, José María Camacho, Alcides Arguedas y otros investigadores. e) La novela y el cuento.— Alcides Arguedas, Adela Zamudio, Armando Churveches, José

Eduardo Guerra, Jaime Mendoza. f) La Poesía.— El Modernismo.— Ricardo Jaimes Freyre, Sixto López Ballesteros, Manuel María Pinto, Gregorio Reynolds, Franz Tamayo y otros poetas.— Lecturas recomendadas.

CAPITULO QUINTO

La Producción Literaria Contemporánea.— La Mística de la Tierra. La Historia y el Ensayo Pág. 107

1) Las ideas filosófico-políticas antes de la Guerra del Chaco.— 2) La producción sociológica. El ensayo. a) Ignacio Prudencio Bustillos. b) Tristán Marof. c) Jaime Mendoza. d) Gustavo Adolfo Otero. e) La Mística de la Tierra. f) Roberto Prudencio. g) Federico Avila. h) Fernando Díez de Medina.— 3) El ensayo literario e histórico. a) Carlos Medinaceli. b) Jesús Lara. c) Carlos Montenegro. d) Guillermo Francovich.— 4) Las ideologías materialistas. a) José Anotnio Arze. b) Ricardo Anaya. c) Arturo Urquidí y otros investigadores. d) Rafael Reyeros.— 5) La Historia. a) Enrique Finot y Marcos Beltrán Avila. Otros historiadores. b) Augusto Céspedes.— Lecturas recomendadas.

CAPITULO SEXTO

La Producción Literaria Contemporánea: La Novela, la biografía y el cuento Pág. 127

1) La influencia de las escuelas literarias europeas y americanas. a) El Realismo y el Indigenismo.— 2) El tema de la Guerra del Chaco.— Augusto Guzmán y otros novelistas. a) Oscar Cerruto. b) Augusto Céspedes.— 3) La Biografía.— Ignacio Prudencio Bustillo, Manuel Frontaura Argandoña, Augusto Guzmán y otros biógrafos.— 4) La Novela. a) Adolfo Costa Du Rels. b) Raúl Botelho Gosálvez. c) Carlos Medinaceli. d) Otros novelistas. e) Fernando Ramírez Velarde.— 5) El Cuento.— Sergio Suárez Figueroa, Fernando Medina, Oscar Soria y otros cuentistas.— Lecturas recomendadas.

CAPITULO SEPTIMO

La Producción Literaria Contemporánea: La Poesía Pág. 143

1) Las concepciones poéticas europeas y americanas.— 2) El simbolismo modernista a) José Eduardo Guerra. b) Abel Ah-

c) Nicolás Ortiz Pacheco. c) José Antonio de Sainz. d) Man Céspedes. e) Antonio Avila Jiménez. f) Primo Castrillo. g) Juan Capriles. h) Yolanda Bedregal.— 3) La poesía social y folklórica.— Luis Lucksié, Carlos Gómez Cornejo, Alcira Cardona y otros poetas.— a) La poesía folklórica.— Jesús Lara, Humberto Viscarra Fabre, Humberto Viscarra Monje, Oscar Alfaro, Franz Avila del Carpio y otros poetas. b) Octavio Campero Echazú. 4) La Poesía actual. a) Oscar Cerruto. b) Jaime Saenz. d) Fernando Ortiz Sanz. e) Sergio Suárez Figueroa y otros poetas.— Lecturas recomendadas.

APENDICE I

La Producción Literaria Contemporánea (1960-1972) . . . Pág. 157

1) Antecedentes. Política cultural oficial. La Prensa. Las universidades.— 2) El Ensayo: a) La difusión de las ideas filosóficas. b) El ensayo político teórico. c) La investigación arqueológica. d) La investigación tradicionalista y folklórica.— 3) La Historia.— 4) La Novela y el Cuento.— 5) El Teatro.— 6) La Poesía.— 7) La Crítica literaria.— 8) El Periodismo.

APENDICE II

Obras sobre literatura boliviana Pág. 173

ANTOLOGIA:

Instrucciones para el uso de la Antología.— La literatura incaica. Antecedentes. Las formas literarias en el incario.— La poesía: La poesía religiosa: Jaillis. Himno de Manco Capac.— Gobierno del mundo.— Runa Kamaj — Oración a todas las wakas — Madre Luna — Jaillis Agrícola. Canción de la gallardía — ¡Ea, el trunfo — Poesía lírica: Canción — Arayv. Tinaka Tarpuinikicu — La paloma agreste — La pérdida — Hermosa flor — Canción de ausencia — Wayñu — Wankas o elegías: Elegía (protectora sombra del árbol) — Al gran Inca Atahualpa.— El Teatro.— El "Ollantay".— Fragmentos: Escena primera — Escena cuarta — Escena trece — Escena catorce.— La prosa didáctica. — La sabiduría de Pachacutec — Las islas de Pachacamac.— Los Cronistas.— Antecedentes.— Características de las crónicas. —Pedro de Cieza de León, (biografía).— Fragmento de la "Crónica del Perú".— Juan Polo de Ondegardo. Biografía. Fragmento de "Relación de los

fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros".— Pedro Sarmiento de Gamboa. Biografía y fragmento de la "Historia Indica".— Cristóbal de Molina. Biografía y fragmento de "Relación de las fábulas y ritos de los incas".— La crónica jurídica: Juan de Matienzo. Biografía y fragmento de "Gobierno del Perú".— José de Acosta. Biografía y fragmento de "Historia natural y moral de las Indias".— Juan de Santa Cruz Pachacuti. Biografía y fragmento de "Relación de antigüedades deste reyno del Pirú".— Felipe Guamán Poma de Ayala. Biografía y fragmento de "La Nueva Crónica de Buen Gobierno".— Garcilaso de la Vega. Biografía y fragmento de "Comentarios Reales".— La Literatura en la Colonia.— Antecedentes.— Los cronistas conventuales.— Fray Antonio de la Calancha. Biografía y fragmento de "Crónica Moralizadora".— Fernando de Montesinos. Biografía y fragmento de "Memorias historiales y políticas del Pirú". Los cronistas e informes de juristas.— Victoriano de Villava. Biografía y fragmentos de algunos escritos.— Bartolomé Arzanz. Biografía y fragmentos de "Historia de la Villa Imperial".— La Literatura Indígena colonial. Poemas: Arawi — acuérdate Paloma — Manchay Puito.— La producción poética en lengua castellana.— La Literatura en el período de la Emancipación.— Antecedentes.— La oratoria doctoral.— Casimiro Olañeta. Biografía y fragmentos de "El general Santa Cruz".— Juan Waliparrimachi. Biografía y cinco poemas.— El Romanticismo y el Postromanticismo.— Antecedentes.— La Historia.— Vicente Pazos Kanky. Biografía y fragmento de "Memorias histórico-políticas".— Manuel José Cortés. Biografía y fragmento de "Ensayo sobre la Historia de Bolivia".— Juan Ramón Muñoz Cabrera. Biografía y fragmento de "La guerra de los quince años en el Alto Perú".— El ensayo literario.— Santiago Vaca Guamán. Biografía y fragmento de "La raza quechua y la raza castellana y su influencia en las letras bolivianas".— La novela romántica.— Manuel María Caballero. Biografía y fragmento de "La Isla".— Nataniel Aguirre. Biografía y fragmento de "Juan de la Rosa".— La poesía romántica.— María Josefa Mujía. Biografía. "La Ciega".— Ricardo José Bustamante. Biografía y "Preludio al Mamoré".— El Postromanticismo.— La Historia.— Modesto Omiste. Biografía y fragmentos de "El Cerro de Potosí".— José Rosendo Gutiérrez. Biografía y fragmentos de "Alonso de Mendoza, fundador de La Paz".— Gabriel René-Moreno. Biografía y Capi-

tulo Primero de "Últimos días coloniales en el Alto Perú".— La novela y el cuento.— Julio Lucas Jaimes. Biografía y "La Descubridora de Centeno".— Lindaura Anzoátegui de Campero. Biografía y fragmento de "Luis".— La poesía.— Rosendo Villalobos. Biografía. "Visiones" y "Mi homenaje al poeta Gregorio Reynolds".— Adela Zamudio. Biografía y "¿Quo Vadis?" — "En el campo".— El Realismo y el Modernismo.— El ensayo sociológico y pedagógico.— Franz Tamayo. Biografía y fragmentos de los capítulos XII, XVII, XVIII y XIX de "Creación de la Pedagogía Nacional".— Bautista Saavedra. Biografía y capítulo VI de "El Ayllu".— Rigoberto Paredes. Biografía y capítulo II de "Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia".— La Historia.— Agustín Iturricha. Biografía y fragmento de "Historia de Bolivia bajo la administración de Santa Cruz".— Alberto Gutiérrez. Biografía y fragmento de "El melgarejismo antes y después de Melgarejo".— Alcides Arguedas. Biografía y fragmentos de "Historia General de Bolivia".— Jaime Mendoza. Biografía y fragmentos de "El macizo de Charcas".— La novela y el cuento.— Alcides Arguedas: "Raza de Bronce", dos fragmentos. — Armando Chirveches. Biografía y capítulo IX de "La Candidatura de Rojas".— Jaime Mendoza. Fragmento de "Páginas bárbaras".— José Eduardo Guerra. Biografía y fragmento de "El Alto de las Animas".— La poesía.— Sixto López Ballesteros. Biografía: "Indiana" y "Ola de fuego".— Ricardo Jaimes Freyre. Biografía. "Castalia Bárbara": "Siempre" — "El Alba" — "El infinito amor"; de "Los Sueños son vida": "Rusia" — "El idolo".— Manuel María Pinto. Biografía: "Shakespeare" — "Baudelaire" y "Huancaras".— Claudio Peñaranda. Biografía y "Elegía a Rubén Darío".— Franz Tamayo. Sobre su poesía y fragmentos de "La Prometheida o los Oceanídes".— Gregorio Reynolds. Biografía y "Loa al Rey de las Quimeras" — "Psiquis" — "Aquellas noches" — "No analices, poeta".— José Eduardo Guerra. Sobre su poesía. Fragmentos de "Del fondo del silencio".

La Producción Literaria Contemporánea

(1930-1960).— Pág. 445

Antecedentes: Las ideas filosóficas y políticas antes de la Guerra del Chaco.— La literatura ideológica: El ensayo.— Gustavo Adolfo Otero. Biografía. De "Figuras de la cultura boliviana", fragmento del capítulo II "Gabriel René-Moreno".— Tris-

tán Marof. Biografía y "El blanco, elemento director" de "La Tragedia del Altiplano".— Carlos Medinaceli. Biografía. "La redención por la cultura indígena" y fragmento de "El fracaso de la enseñanza universitaria".— Carlos Montenegro. Biografía y "Drama" de "Nacionalismo y Colonización".— José Antonio Arze. Biografía y fragmento de "Proceso de la Educación boliviana".— La Mística de la Tierra.— Guillermo Francoich. Biografía y fragmento de "Pachamama".— Federico Avila. Biografía: "Interpretación del paisaje del valle: su influencia cósmica" de "Los valles interandinos".— Fernando Díez de Medina. Biografía y fragmento de "Thunupa".— La investigación histórica.— Marcos Beltrán Avila. Biografía y fragmento de "El tabú bolivarista".— Humberto Vásquez Machicado. Biografía y fragmento de "Imperialismo personalista".— Federico Avila: fragmento de "El fundador de Tarija. Vida de Don Luis de Fuentes y Vargas".— Augusto Céspedes. Biografía y fragmento del capítulo III de "El dictador suicida".— La biografía.— Manuel Carrasco. Biografía y fragmento de "El General José Ballivián".— Alipio Valencia Vega. Biografía y fragmento de la segunda parte de "Julán Tupac Katari — Caudillo de la liberación india".— La Novela y el Cuento.— Adolfo Costa Du Rels. Biografía y fragmento de "La Miskisimi".— Carlos Medinaceli: fragmentos de "La Chascañahui".— Augusto Céspedes: fragmento de "La Paraguaya" de "Sangre de Mestizos".— Fernando Ramírez Velarde. Biografía y fragmento de "Socavones de angustia".— Raúl Botelho Gosálvez. Biografía y fragmento de "La sequia" de "Altiplano".— La Poesía.— José Antonio de Sainz. Biografía: "La sombra peregrina".— Antonio Avila Jiménez. Biografía. "Leonardo", "Poema" — "Barro Inútil" — "El misterio" — "Y un saú" y "Ultimo poema".— Guillermo Viscarra Fabre. Biografía y fragmento de "Nubladas nupcias".— Octavio Campero Echazú. Biografía. De "Voces": "El retorno" — "Don Tomas" — "La simiente"; De "Aroma de otro tiempo". "A Guido Viha-gómez" — "El camino" y "La fiesta".— Yolanda Bedregal. Biografía: sobre su poesía y "Sed", "Nocturno en Dios" y "Antifona".— Milena Estrada Sainz. Sobre su poesía y "Corola de agua", "Greda", "Viajero", "Mar", "Palabras marineras", "Presencia del secreto" y "Vida".— Oscar Cerruto. Sobre su poesía y fragmento de "Enumeración de tu heredad" y "Cantares".— Sergio Suárez Figueroa. Sobre su poesía y de "El tránsito in-

fernal y el peregrino": "Estancias para un tema de Ravel".— Jaime Saenz. Sobre supoesía y de "Muerte por el tacto": fragmento; fragmento de "Aniversario de una visión" y poemas 1, 6 y 9 de "El frío".

La Producción Literaria Contemporánea

(1960-1972):— Pág. 550

El ensayo: la difusión de las ideas filosóficas: Arturo Orías: fragmento de "El hombre en el existencialismo".— El ensayo político teórico: Guillermo Lora: fragmento de "Historia del movimiento obrero boliviano".— Sergio Almaraz: fragmento de "El poder y la caída".— René Zabaleta Mercado: fragmento de "Estado Nacional o Pueblo de Pastores".— La investigación arqueológica.— Carlos Ponce Sanginés: fragmento de "Las más grandes excavaciones arqueológicas de Sudamérica".— Dick Edgar Ibarra Gresso: fragmento de "La interpretación calendaria de Posnansky sobre la Puerta del Sol".— La investigación tradicionalista y folklórica: Víctor Varas Reyes: fragmento del capítulo I de "El castellano popular en Tarija".— Héctor Cossío Salinas: fragmento del Prólogo a "La Tradición en Cochabamba".— La Historia.— Heriberto Trigo Paz: fragmento de "El drama histórico" de "Santa Cruz y Tarija".— Ramiro Condarco Morales: fragmento de la Parte Segunda de "Zárate, el temible Willka".— La novela y el cuento.— Franz Avila del Carpio: "El alma del viejo ceibo".— Oscar Soria: "Aísa".— Eduardo Olmedo López: Fragmento de "Lo inevitable" de "Del amor y la muerte".— Fernando Medina Ferrada: Fragmento de "Laberinto".— Marcelo Quiroga Santa Cruz: fragmento de "Los deshabitados".— Renato Prada: fragmento de "La vida será nube".— Jesús Urzagasti: fragmento de "Tirinea".— El Teatro.— Sergio Suárez Figueroa: fragmento del Acto Segundo de "El hombre del sombrero de paja".— La Poesía.— Julio de la Vega: de "Poemario de exaltaciones": "Elegía subterránea" y "Los días".— Gonzalo Vázquez Méndez: de "Del sueño y la vigilia": "Piedra", "Mar", "A Edmundo Camargo".— Héctor Cossío Salinas: de "Posada de los sueños": "Apuntes para una biografía de mi madre", "Laberinto de amor".— Félix Rospigliosi: "La Sed", "Lienzo de mi alma" y "Continuidad".— Jorge Suárez: "Viet-Nam".— Alberto Guerra Gutiérrez: de "Yo y la libertad en exilio": fragmentos de "Patria de dioses y de tiempo".— Mary Flores Saavedra: "Ser", "Poema" y "Poesía".— Edmundo Camargo: de "Del tiempo de la muer-

te": "Poética" y "Voz mínima".— Roberto Echazú: de "Akiramé": fragmento: Canto primero.— Jesús Urzagasti: fragmento de "Cuaderno de Lilino".— Pedro Shimose: de "Poemas para un pueblo": fragmento de "Teoría de la Patria".— Mercedes Avila Jiménez: "Antonio", "Poema", y de: "El ídolo y su sombra": fragmentos de "Poemas para un otoño" y "Nilo".— Oscar Rivera-Rodas: de "Dársena en el tiempo": fragmento de "Desde el amor del mar".— La crítica literaria: Oscar Rivera-Rodas: fragmento de "El aspecto telúrico-humano en "El embrujo del oro".

Bibliografía General.—	Pág. 633
Índice	Pág. 637

La presente edición se terminó de
imprimir el día 20 de febrero de
1974, en los talleres de Cooperativa
de Artes Gráficas E. Barillo Ltda.,
Avda. Simón Bolívar Nº 1225, en la
Ciudad de La Paz, Bolivia.

(Viene de la solapa anterior)

este pedagógico estudio que publicamos hoy con el título de "RESUMEN Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA"; obra que —sin duda— atraerá el interés de los estudiosos de nuestra cultura por su originalidad de concepción, su sencillez expositiva, aunada a una excepcional madurez de juicios, y su afán reivindicatorio autenticamente nacionalista. La obra en cuestión tiene la virtud de incluir una muy completa Antología para uso exclusivo de los estudiantes del Ciclo Medio y, a la vez, contiene una serie de ensayos críticos que pueden beneficiar a los maestros y contribuir al desarrollo de otros trabajos monográficos que —hoy en día— son tan solicitados en nuestras universidades; de tal manera que constituirá un libro de consulta ejemplar para profesores de la materia, estudiantes de secundaria e universitarios.

Aparte de este RESUMEN Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA, Avila Achazi tiene ya lista para su publicación una novedosa interpretación denominada "LITERATURA PRECOLOMBINA Y VIRREINIAL DE BOLIVIA" que amplía, desarrolla y profundiza muchos conceptos vertidos en la primera parte del RESUMEN Y ANTOLOGIA. Fuera de ese estudio ha terminado también una polémica interpretación sociológica-cultural del Proceso político-cultural e histórico nacional denominado "LA SILLA DE ORO", al tiempo que trabaja actualmente en una novela.

La Editorial GISEBERT, deseosa de iniciar una nueva etapa difusora de nuestros valores culturales, con un criterio esencialmente patriótico, comienza esa labor con la publicación de esta importante obra de EDGAR AVILA ECHAZU, esperando que tanto sus valores críticos como sus indudables méritos pedagógicos contribuyan al conocimiento más exhaustivo de nuestra literatura nacional.

LOS EDITORES

